Los animales en la historia y en la cultura

ARTURO MORGADO GARCÍA
JOSÉ JOAQUÍN RODRÍGUEZ MORENO (Eds.)

mHA
MONOGRAFÍAS
Historia y Arte

UCA Universidad de Cádiz
Servicio de Publicaciones

Los animales
en la historia y en la cultura

mHA
MONOGRAFÍAS
Historia y Arte

Los animales en la historia y en la cultura

ARTURO MORGADO GARCÍA
JOSÉ JOAQUÍN RODRÍGUEZ MORENO (eds.)

UCA Universidad de Cádiz
Servicio de Publicaciones

La financiación de esta obra ha corrido a cargo del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de America y del Arte, a través del Contrato Programa.

«Esta obra ha superado un proceso de evaluación externa por pares»

Primera edición: noviembre 2011
Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
C/ Doctor Marañón, 3 - 11002 Cádiz (España)
www.uca.es/publicaciones
publicaciones@uca.es
(+34) 956 015268

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
© De cada capítulo su autor

ISBN: 978-84-9828-351-8

Motivo de cubierta: *El gato con botas*. Gutave Doré, 1867

Imprime: Gráficas la Paz de Torredonjimeno, S.L.
www.graficaslapaz.com

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos, en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos, y no comerciales.

Índice

Arturo Morgado García y José Joaquín Rodríguez Moreno 9
Introducción

Arturo Morgado García 13
Una visión cultural de los animales

Joaquín Ritoré Ponce 43
Los animales en la religión griega antigua: las serpientes

Elena Moreno Pulido 69
Representaciones zoomórficas en la moneda antigua
del Círculo del Estrecho

Francisco Javier Ortolá Salas 81
Bizancio y el mundo animal

Enrique José Ruiz Pilares 101
El simbolismo de los animales en los escudos heráldicos
medievales. Los blasones de Jerez de la Frontera

María Tausiet 115
Serpientes sibilantes y otros animales diabólicos

Cristina Agudo Rey 131
El gato en *History of foure-footed beasts* de Edward Topsell

Alejandra Flores de la Flor 143
Los monstruos híbridos en la Edad Moderna

Carlos Gómez-Centurión Jiménez 153
De leoneras, ménageries y casas de fieras. Algunos apuntes sobre el coleccionismo zoológico en la Edad Moderna

José Marchena Domínguez 191
El proteccionismo hacia los animales: interpretación histórica y visión nacional

Jósé Joaquín Rodríguez Moreno 221
La guerra de las bestias. Una lectura de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial a través de los comics de animales

Angeles Prieto Barba 237
El bestiario fantástico de Joan Perucho

Introducción

Arturo Morgado García
José Joaquín Rodríguez Moreno
Universidad de Cádiz

En los últimos años, la visión del mundo animal desde una perspectiva culturalista ha sido un tema que cada vez despierta un mayor interés por parte de los historiadores españoles, al menos si utilizamos este término en sentido amplio e incluimos a quienes abordan el pasado desde la Filosofía, la Literatura, el Arte o la Ciencia. Es cierto que en España partimos con un cierto retraso (de hecho, obras ya clásicas, como *Man and the Natural World* de Keith Thomas, o *Les animaux ont une histoire* de Robert Delort, ni siquiera han sido traducidas al castellano), y de ello da fe la escasa atención que al mundo hispánico presta la obra colectiva coordinada por Linda Kalof y Brigitte Resl, *A Cultural History of Animals*, que en seis volúmenes publicara la editorial Berg Publishers en el año 2007, desinterés que, por otro lado, es recíproco por parte de los historiadores españoles. Pero no lo es menos que parecen detectarse algunos síntomas que indican que esta situación de relativa indiferencia comienza lentamente a cambiar, siendo una buena muestra de ello la celebración el pasado año de 2010 de un congreso en la universidad de Castilla la Mancha sobre la visión del mundo animal en las épocas antiguas y medieval, las traducciones de obras como *La jirafa de los Medici* (Barcelona, Gedisa, 2006) de Marina Belozerskaya, o *El oso. Historia de un rey destronado* de Michel Pastoureau (Barcelona, Paidós, 2007), las magníficas aportaciones de Carlos Gómez-Centurión, profesor titular de Historia Moderna en la Universidad Complutense de Madrid, sobre el coleccionismo de animales exóticos en la España dieciochesca, o la publicación de *El rinoceronte y el megaterio* (Madrid, Abada, 2010) a cargo de Juan Pimentel Igea, Científico Titular del Instituto de Historia del CSIC.

Estas aportaciones vienen, lentamente, a cubrir un importante hueco en el estado actual de nuestros conocimientos, laguna más inexplicable por cuanto

a lo largo de toda la historia los animales siempre han estado muy vinculados con el ser humano, que los ha utilizado, según las ocasiones, como alimento, fuerza de trabajo, diversión, o compañía. Es cierto que el estudio del mundo animal en sí mismo es competencia de los etólogos, biólogos, o zoólogos, pero no lo es menos que la morfología externa y el comportamiento de las diferentes especies animales no son cuestiones que le interesen a un historiador. El ámbito de análisis de éste no es el animal en sí, sino la imagen que el ser humano tiene del mismo, y la relación que establece con aquél, aspectos que, evidentemente, son productos culturales, como tales, cambiantes y evolutivos a lo largo del tiempo, y que, por consiguiente, entran de lleno en el ámbito del historiador.

La existencia de esta laguna nos ha llevado a los contribuyentes de este libro, vinculados de una forma u otra a la Universidad de Cádiz, a intentar paliarla en la medida de lo posible, acercándonos a diversas facetas del mundo animal desde nuestras investigaciones, desde nuestros ámbitos de interés, o desde nuestra mera curiosidad intelectual, contando además con la inestimable compañía de María Tausiet, investigadora del CSIC, y de Carlos Gómez-Centurión, profesor titular de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid, y que, como ya mencionamos anteriormente, es prácticamente el único modernista español que se dedica a estas cuestiones, aprovechando estas líneas para manifestar nuestro más sincero agradecimiento por la desinteresada colaboración de ambos colegas, y, sobre todo, amigos. La mayor parte de los firmantes no somos, ni lo pretendemos, especialistas reconocidos en el tema. Actuamos como esos viajeros ilustrados (y quizás tengamos mucho más de lo primero que de lo segundo) que no eran conocedores profundos del ámbito que describían, pero que eran capaces de acercarse al mismo partiendo de la curiosidad, el interés, y el afán por aprehender una realidad que les era, en muchas ocasiones, ajena.

Puesto que para la mayoría de los lectores el tema seguramente resultará novedoso, el primer capítulo, «Una visión cultural de los animales», obra de Arturo Morgado García, tiene como objetivo plantear un breve recorrido de las características de los estudios centrados en los animales, revisando los diferentes puntos de vista que a lo largo de los siglos han sido utilizados. Tras dicho punto de partida, Joaquín Ritoré Ponce nos ofrece en «Los animales en la religión griega antigua: las serpientes» la perspectiva que los griegos del mundo clásico tenían del mundo animal, la carga simbólica y religiosa que poseían, y nos lo ilustra a través del ejemplo de los ofidios. Por su parte, Elena Moreno Pulido nos aporta con «Representaciones zoomórficas en la

moneda antigua del círculo del Estrecho» una visión religiosa, económica y política de la simbología animal en el mundo antiguo a través de su aparición en las monedas. Y del mundo clásico, a su transición hacia el mundo medieval, donde los valores y discursos varían aunque no lo hagan los textos y representaciones, como bien nos explica Javier Ortolá Salas en «Bizancio y el mundo animal». También pasamos de lo general a lo específico, con el estudio de Enrique Ruiz Pilares «El simbolismo de los animales en los escudos heráldicos medievales: Los blasones de Jerez de la Frontera», donde se recupera las tesis de Michel Pastoureau a través de un caso español. De igual manera que el mundo bizantino heredaría una visión simbólica de los animales pero con elementos originales, también en la Europa occidental medieval y moderna se dejaría sentir tanto una fuerte influencia greco-romana como bíblica, como nos muestra María Tausiet en «Serpientes sibilantes y otros animales diabólicos». Y justamente uno de los animales con más mala fama en el medievo, el gato, es el protagonista de «El gato en *History of Foure-Footed Beasts* de Edward Topsell», de Cristina Agudo Rey.

Pero no podemos olvidar que la visión y los conocimientos del mundo medieval y moderno eran muy diferentes a los de hoy, por lo que además de las criaturas reales hemos de tener en cuenta que se creía en diversos seres fantásticos que nos enseñan mucho sobre la época, como María Alejandra Flores de la Flor nos describe en «Los monstruos híbridos en la Edad Moderna». Por su parte, Carlos Gómez-Centurión Jiménez nos ofrece un recorrido por las cortes europeas, enseñándonos con su investigación «De leoneras, ménageries y casas de fieras: algunos apuntes sobre el coleccionismo zoológico en la Europa moderna» el lugar que ocupaban los animales, mucho más significativo del que podríamos imaginar. Ya en el siglo XIX, la consciencia sobre los animales comenzaría a variar y, entre algunos sectores, surgiría el deseo de protegerles jurídicamente, en ocasiones por razones económicas, pero en otros muchos momentos por puro amor a la naturaleza, como nos explica José Marchena Domínguez en «El proteccionismo hacia los animales: interpretación histórica y visión nacional». Mas el hecho de que cambien los sentimientos hacia los animales no evita que sigan jugando un importante papel simbólico en nuestra cultura, como nos enseña José Joaquín Rodríguez Moreno en «La guerra de las bestias: una lectura de los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial a través de los cómics de animales». Finalmente, Ángeles Prieto Barba cierra este libro con un repaso a los bestiarios más importantes de los últimos siglos, haciendo especial hincapié en la visión del contemporáneo Joan Perucho, en «El bestiario fantástico de Joan Perucho».

Naturalmente, el tema es inagotable, por lo que las aportaciones que incluye esta obra han de considerarse como un mero punto de partida, que esperamos anime a los lectores a interrogarse, a formularse preguntas, a intentar plantear respuestas, y a profundizar en todas estas cuestiones. En ningún momento hemos pretendido actuar como científicos puros sino como historiadores, y, parafraseando esa genial frase de Pastoureau en su hermoso trabajo sobre la influencia vocacional de Ivanhoe en los medievalistas franceses[1], partimos de la base de que *al historiador no le interesan los animales, sino lo que el ser humano hace con ellos*.

La edición de este libro ha sido posible gracias a la colaboración económica del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea, de América y del Arte de la Universidad de Cádiz, al que estamos vinculados los firmantes de esta introducción y muchos de los participantes de la obra. Deseamos, porque es de justicia hacerlo así, manifestar nuestro más profundo agradecimiento al director del mismo, el profesor Dr. D. Alberto Ramos Santana, por haber proporcionado un apoyo financiero sin el cual esta obra no habría pasado la fase de las buenas intenciones. Agradecimiento que hacemos extensivo a la Asociación Ubi Sunt. que en su momento colaboró muy activamente en la realización de este proyecto.

Cádiz, febrero de 2011

[1] Incluido en *Una historia simbólica de la Edad Media occidental*, Buenos Aires, Katz Editores, 2006.

Una vision cultural de los animales

Arturo Morgado García
Universidad de Cádiz

Aparentemente, constituye un contrasentido unir en un mismo término la referencia a cultura, vocablo íntimamente asociado a la experiencia humana, con el mundo animal. Pero hay que superar esta dualidad: a lo largo de la historia, el hombre ha tenido una determinada experiencia y ha desarrollado una serie de representaciones acerca de la naturaleza, representaciones y experiencias que, como cualquier producto histórico, cambian a lo largo del tiempo, y que constituyen un elemento digno de analizar y de estudiar. Esta historia cultural de los animales (*cultural history of animals*), o, como la llaman los franceses, zoohistoria, tiene unos objetivos distintos a los de la tradicional historia natural: si ésta tenía como principal preocupación el análisis de la evolución de la percepción científica de los animales a lo largo de la historia, transmitiendo subliminalmente una concepción *whig* y positivista, en la cual había un especial interés por poner de relieve los aciertos (el fetichismo del precedente) y los errores, olvidando en muchas ocasiones que la misma historia natural es un producto histórico (es el ser humano el que establece una clasificación de los animales, atendiendo a una jerarquía de supuesta perfección articulada en torno a valores muy concretos, y el que decide qué animales han de ser incluidos en un grupo u otro; inclusiones que no han de ser forzosamente inmutables); la historia cultural de los animales, en cambio, tal como es concebida actualmente, enfatiza el carácter evolutivo y cambiante de las percepciones y las representaciones, muy en línea con las ideas postmodernistas que imperan actualmente en las ciencias sociales.

En el mundo anglosajón los denominados *Animal Studies, Human-Animal Studies* (HAS) o *Anthrozoology* constituyen una disciplina independiente, con la misma dignidad que pudieran tener los *Gender Studies*, la *Social*

History, la *Economic History* o la *Cultural History*. De hecho, muy recientemente, la prestigiosa editorial oxoniense Berg Publishers ha publicado una *A Cultural History of Animals* (2007) en seis volúmenes a través de cuya lectura podemos apreciar cuales son los temas predominantes: la domesticación de los animales, sus representaciones iconográficas, los parques zoológicos, su papel en deportes y espectáculos, los planteamientos filosóficos acerca de ellos… Como es natural en este tipo de trabajos concebidos en el mundo angloparlante, la mayor parte de los autores procede del ámbito académico británico y estadounidense, con algunos especialistas franceses que ponen la necesaria nota continental.

Naturalmente, este esfuerzo no ha surgido de la nada. Los animales siempre han tenido cabida en estudios arqueológicos, literarios y artísticos[1], y los bestiarios medievales han constituido, tradicionalmente, un campo privilegiado para ello[2]. Pero este nuevo enfoque, centrado sobre todo en la representación que el hombre tiene de la naturaleza, probablemente tenga una de sus primeras manifestaciones importantes con la obra de Keith Thomas *Man and the natural world* (1984). La antorcha de Thomas ha sido recogida en la actualidad por Erica Fudge, lectora en *Literary and Cultural Studies* en la universidad de Middelsex en Londres, y autora de una amplísima producción, centrada básicamente en los siglos XVI y XVII[3].

En el mundo académico francés son los medievalistas los que han jugado el papel pionero, primero, porque han derribado con precocidad las barreras que separaban unos temas de otros, lo que permitió cruzar informaciones de categorías documentales diferentes. Por otro lado, los documentos medievales dan mucha importancia a los animales, a los que podemos encontrar en textos, imágenes, materiales arqueológicos, heráldica, folklore, proverbios, canciones, o juramentos. Y sin olvidar, por supuesto, la curiosidad que hacia ellos siente la cultura medieval[4]. Podríamos señalar el trabajo de Jean Claude Schmitt *Le Saint Lévrier. Guinefort, guérisseur d'enfants depuis le XIIIe siècle* (1979, trad, esp. 1984), al que pocos años después se uniría la obra del también medievalista Robert Delort *Les animaux ont une histoire* (1984), que fue realmente el gran impulsor de la zoohistoria en el país vecino y que tendría un gran éxito mediático, hasta el punto de haber dado origen a una serie de televisión. Con el fino olfato que tradicionalmente han tenido siempre los franceses ante las nuevas líneas de investigación, ya en 1997 Eric Baratay dirigía un número monográfico de la revista *Cahiers d' Histoire*, en cuya introducción señalaba cómo la historia de los animales, nacida tímidamente en la década de 1980, aún constituía un terreno prácticamente virgen,

no tanto para el mundo antiguo y medieval, pero sí para la época moderna, y, especialmente, contemporánea. Aunque tampoco los especialistas en la época moderna, bien sea historiadores puros, de la literatura, o de la filosofía, han descuidado del todo estas cuestiones, como revela el coloquio organizado por el *Centre de Recherches sur le XVIIe siécle européen* de la Universidad de Burdeos y dirigido por Charles Mazouer, *L´animal au XVIIe siécle* (2003), o el hecho de que el último número de la revista *Dixhuitieme siécle* (2010) esté dedicado al mundo animal.

A pesar de estos destacados ejemplos franceses, la línea dominante en los *Animal Studies* viene marcada por el mundo anglosajón, donde se ha institucionalizado por completo como línea historiográfica independiente. En primer lugar, a través de institutos de investigación, como el *Centre for-Human Animal Studies* (NZCHAS) ubicado en la Universidad de Canterbury de Nueva Zelanda, el *British Animal Studies Network*, amparado por el *Arts and Humanities Research Council* del Reino Unido, y dirigido por Erica Fudge, o el *Ecological and Cultural Change Studies Group* ubicado en la universidad estatal de Michigan (EEUU), dirigido por Thomas Dietz, y cuya figura principal, al menos para los historiadores, es Linda Kalof, profesora del departamento de Sociología de dicha universidad. El interés por los *Animal Studies* en el mundo anglosajón también se plasma en la fundación de revistas específicamente dedicadas al tema, destacando, sin lugar a dudas, *Anthrozöos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals* (Berg Publishers), y *Society & animals. Journal for human-animal studies* (Brill Academia Publishers), siendo su equivalente en el mundo académico galo, *Anthropozoologica*, editada por el CNRS.

Las últimas décadas han significado, pues, un cambio en la actitud de los historiadores hacia el mundo animal, que se han sentido crecientemente atraídos por este terreno, a la que no permanece ajena, en modo alguno, la mayor sensibilidad hacia las cuestiones medioambientales que observamos en nuestros días. Pero el balance que podríamos realizar de todos estos esfuerzos es bastante desigual. En primer lugar, hay un claro escoramiento hacia el mundo anglosajón, lo cual es lógico si pensamos en la procedencia de la mayor parte de los investigadores dedicados al tema, o la especial sensibilidad que en dicho ámbito geográfico se ha tenido siempre hacia los animales, cuya muestra más evidente sería la conversión del mundo de las *pets* en un fantástico negocio desde el punto de vista económico. Y, en segundo lugar, el papel que ocupa la perspectiva histórica es, en muchas ocasiones, relativamente tangencial (de hecho, en las revistas especializadas, la mayor parte

de las contribuciones se dedica a temas arqueológicos, sociológicos o etnológicos), polarizándose, bien en la más lejana antigüedad, bien, sobre todo, en los siglos XIX y XX, dejando el mundo medieval (salvo los bestiarios) y moderno relativamente al margen. Sea como fuere, y con todas sus lagunas e insuficiencias, los *Animal Studies* parecen haberse anclado firmemente, por encima de modas pasajeras o intereses académicos coyunturales. Muy distinto es, por el contrario, el panorama en el ámbito historiográfico español[5], y, más específicamente, por ser el mejor que conocemos, en el modernista. En un mundo académico en el que normalmente se va a veinte años de distancia de los planteamientos realizados por los historiadores anglosajones, los cuales, nos guste o no, representan hoy día la vanguardia de los estudios históricos, aunque solamente sea por el hecho del predominio cuasi hegemónico del inglés como lengua de comunicación en el ámbito científico, o por la ubicación en dicho ámbito geográfico de los *abstracts* y de los índices de impacto a los que se les concede validez (aunque, en este caso, hay mucho de papanatismo), la situación, aunque no sea la de un desierto absoluto, sí que corresponde a la de un páramo historiográfico. Poco han interesado estas cuestiones a los modernistas, salvando, muy recientemente, la excepción de Carlos Gómez-Centurión[6], y las principales contribuciones, de hecho, no proceden del terreno específicamente histórico, sino de disciplinas que podríamos llamar colaterales, bastante ignoradas normalmente dado que en nuestro país los compartimentos estancos existentes entre las distintas ramas humanísticas suelen estar infranqueados.

La historia del arte, por ejemplo, constituye un ámbito en el cual se pueden rastrear algunas aportaciones interesantes. Los animales, a lo largo de la historia, han constituido un objeto artístico bastante recurrente, tal como revela su presencia en los bestiarios medievales[7], y, para los siglos modernos, contamos con un terreno privilegiado por cuanto aúna las representaciones iconográficas, la literatura y la historia cultural: nos estamos refiriendo, naturalmente, a la literatura emblemática, en cuyo análisis tendríamos que destacar a José Julio García Arranz, especialmente la obra que en su momento constituyó su tesis doctoral *Ornitología emblemática* (Universidad de Extremadura, 1996)[8], amén de otros trabajos[9] que tienen como marco la presencia del mundo animal en este género literario. No podemos olvidar, dentro del ámbito de los historiadores del arte, la obra de Barbero Richart, *Iconografía animal. La representación animal en libros europeos de Historia Natural de los siglos XVI y XVII* (Universidad de Castilla la Mancha, 1999), que aborda el fascinante mundo de las representaciones iconográficas incluidas en la rica

literatura zoológica de la Modernidad, ni la de Evaristo Casariego, que estudia la presencia de la caza en el arte[10].

Desde el punto de vista de la historia de la ciencia, habría que comenzar, obviamente, por la literatura relativa a las nuevas perspectivas que abrió a la zoología el descubrimiento de la fauna americana, tras las primeras visiones que se limitaban a trasponer los viejos bestiarios medievales[11] (y, de hecho, durante mucho tiempo lo mítico y lo fabuloso siguieron teniendo cabida)[12], destacando al respecto las referencias de López Piñero[13], y, sobre todo, la obra pionera de Raquel Alvarez Peláez[14], miembro del departamento de Historia de la Ciencia del CSIC, a la que podríamos añadir los trabajos de José Pardo Tomás[15], Antonio Barrera[16], los análisis sobre Francisco Hernández debidos a Simon Varey[17], y, más recientemente, la magnífica visión de conjunto de Miguel de Asúa y Roger French[18]. La revista *Asclepio*, publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y que representa lo mejor del panorama académico español en lo que se refiere a la historia de la ciencia, presenta asimismo algunas contribuciones interesantes[19], centradas fundamentalmente en un siglo XVIII en el cual la política zoológica de los Borbones alcanzaría su máxima expresión en la fundación del Real Gabinete de Historia Natural[20], cuya prueba de fuego sería el análisis de los fósiles del megaterio, magistralmente descrito por Juan Pimentel Igea[21].

Y, finalmente, desde la historia de la literatura, poco es lo que podemos reseñar, salvo algunas aportaciones relativas a la fauna, real o fantástica, descrita en la narrativa, la fabulística, en la cual, naturalmente, la figura de Samaniego constituye un ejemplo privilegiado, o la literatura religiosa[22]. Podemos señalar, no obstante, una excepción: el de la literatura cinegética, sobradamente conocida, y con buenos repertorios bibliográficos[23].

Queda, pues, mucho por hacer a la hora de formular una historia cultural de los animales en el mundo hispánico. Sería necesario, ante todo, analizar la percepción de los distintos animales en el imaginario colectivo, y estudiar la evolución que ha sufrido la misma, desde las primeras manifestaciones literarias e iconográficas hasta su presencia en los medios de comunicación actuales. En segundo término, analizar el modelo de relación entre hombre y animal existente, pasando de la mera dominación y explotación (la caza), a la exhibición (los animales en el circo y los espectáculos, los parques zoológicos) y a la conservación y protección (legislación proteccionista, papel de las sociedades protectoras de animales, etc). Y, por último, analizar las grandes etapas en el pensamiento científico hispano acerca del mundo animal,

constituyendo un hito fundamental al respecto la experiencia que supuso el contacto con la fauna americana.

Desde luego, no será por falta de fuentes a nuestra disposición. Tan sólo para lo que se refiere a la época moderna, podríamos contar al respecto con la literatura emblemática, la producción cinegética y ecuestre[24], y la literatura zoológica[25], sin olvidar las aportaciones de la literatura fabulística (Steinhowell, *Fábulas de Esopo*, y, por supuesto, Iriarte y Samaniego) hagiográfica *(*los *Flos Sanctorum* de Villegas y Ribadeneyra*),* demonológica *(Jardín de Flores curiosas* de Torquemada*, Patrocinio de ángeles y combate de demonios* de Blasco Lanuza*, Tribunal de superstición ladina* de Gaspar Navarro*),* la prensa (*Semanario de Agricultura y Artes*), la propia literatura de creación (las novelas de caballerías, por ejemplo, y algunos títulos tan singulares como la *Gatomaquia* de Lope de Vega), la inmensa producción generada por la exploración y la colonización del continente americano, o los diccionarios *(Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias y *Diccionario de la Real Academia española)*...y solamente nos referimos a las fuentes de carácter libresco, ya que la iconografía y la documentación de carácter artístico nos brinda una información impresionante que no ha sido utilizada en estos menesteres.

Aunque no deberíamos perder de vista el hecho de que este tipo de investigaciones ha de suponer una ruptura de los compartimentos estancos tradicionales. En primer lugar, habría que superar las barreras disciplinares, por cuanto los estudios animales requieren la consulta de un amplio espectro de fuentes, tales obras de la Antigüedad griega y romana, bestiarios medievales, tratados zoológicos, iconografía, hagiografía, literatura emblemática, libros cinegéticos, cuentos infantiles, literatura de creación, legislación, prensa, comic, cinematografía, e, incluso, el recurso a la historia oral. Y, en segundo lugar, las etapas cronológicas al uso no tienen sentido en la historia cultural de los animales, sucediéndose a lo largo del tiempo una serie de visiones hegemónicas, pero nunca exclusivas, ya que jamás llegan a desplazar por completo a la anterior, con la que coexiste sin que ello suponga una contradicción. En este sentido, habría que distinguir una primera fase, que llegaría hasta mediados del Seiscientos, en la cual predomina la visión simbólica, según la cual los animales tienden a ser considerados, en última instancia, como un mero espejo de los vicios y virtudes humanos. La segunda visión, la positivista, estaría marcada fundamentalmente por los intereses descriptivistas, siguiendo las pautas establecidas por lo que se ha dado en llamar el método científico que se consolida a partir del siglo XVII . Y la tercera, la afectiva (muy relacionada con su antítesis, la visión utilitaria, que siempre ha estado presente),

que no empieza a dar frutos hasta el siglo XIX con las primeras medidas proteccionistas (aunque con antecedentes muy antiguos, siendo Plutarco el ejemplo más destacado), y que se caracterizaría por el intento de establecer un marco de relación más igualitario entre los animales y los seres humanos, a la par que se consolida su papel como iconos del universo infantil. Todas estas visiones las vamos a encontrar a lo largo de la Modernidad[26].

1. **LA VISIÓN SIMBÓLICA**

Los primeros estudios zoológicos serios, como bien es sabido, fueron obra de Aristóteles, que en su obra intentó superar el marco de la mera descripción y enumeración de especies, para acometer una sistemática de los distintos rasgos anatómicos y fisiológicos que se podían observar en los diferentes animales, encontrándose entre sus logros la distinción entre los peces óseos y cartilaginosos, la división de los invertebrados en crustáceos, cefalópodos, gasterópodos, bivalvos e insectos, y la inclusión de los cetáceos entre los mamíferos. Estos empeños, sin embargo, no tuvieron continuidad en el mundo clásico, de tal modo que sus sucesores, de los que podríamos destacar a Plinio (que dedica cuatro libros de su *Historia natural* a la zoología, distinguiendo entre animales terrestres, acuáticos, voladores e insectos, no mencionando especies conocidas por Aristóteles), Claudio Eliano, Solino, y el epílogo que supondría la figura de Isidoro de Sevilla, realizarían un nuevo enfoque, en el que confluirían a la par la moralización del mundo animal, en el que cada especie se podría asimilar a una virtud o un vicio humano, lo cual, a su vez, era el fruto de la tradición fabulística iniciada por Esopo; y el recurso a lo mágico, lo mítico, lo maravilloso y lo fantástico, en el que la India supone la tierra de maravillas por excelencia, que ya apreciamos en la obra de Heródoto[27].

La Edad Media heredaría ambas tendencias, inspirándose sobre todo en la obra del *Fisiólogo*, supuestamente atribuido a san Epifanio (cuya traducción del griego fuera publicada en la Roma de 1587 por Gonzalo Ponce de León), copiada, ampliada, adulterada y plagiada hasta la saciedad durante este período, y que daría origen a los tan conocidos bestiarios[28], en los que predominaría igualmente la visión simbólica. Escasas figuras realizarían durante este período una aportación original, pudiendo destacarse, especialmente, la obra de San Alberto Magno, *De animalibus*[29]. El siglo XVI no supondría en absoluto una ruptura con la cosmovisión zoológica heredada del pasado.

Lo maravilloso y lo mítico, muy reforzados por la publicación de la obra de Olao Magno[30], que trasladará el reino de las maravillas de la India a los mares del Septentrión[31] (aunque tendrá la virtud de basar parte de la información recogida en sus observaciones personales), seguirán teniendo cabida en la abundante literatura teratológica publicada durante este período, a la par que la vertiente simbólica se vería reforzada por la difusión de la literatura emblemática.

La visión simbólica hace mucho hincapié en las distintas percepciones y valores asignados a cada especie animal, percepciones y valores, que, naturalmente, pueden haber evolucionado a lo largo del tiempo, y un ejemplo muy significativo al respecto viene dado por el oso, modélicamente estudiado por el medievalista francés Michel Pastoureau en *El oso. Historia de un rey destronado* (ed. fr. 2007), trabajo, que, en nuestra opinión, constituye todo un modelo de lo que debe ser la historia cultural de los animales. En el mismo el autor analiza las distintas representaciones que se han vertido acerca del oso, de la bestia feroz, fuerte y todopoderosa, rey absoluto de los animales en el mundo germánico, al ser cómico y patoso, animal de circo y de feria a partir de la Baja Edad Media, hasta su revancha desde inicios del siglo XX en forma de osito de peluche y su conversión en uno de los animales más emblemáticos de la infancia (recordemos: el oso Baloo, el oso Yogui, los osos amorosos, etc). Y, naturalmente, desde el punto de vista biológico, el oso (casi) siempre ha sido el mismo, y ha sido el ser humano el que ha ido cambiando sus percepciones y sus representaciones a lo largo del tiempo.

Algo parecido sucede con otro animal muy emblemático en nuestra cultura europea, el lobo, que en la época antigua era a la vez admirado por su fuerza y su habilidad como depredador (recordemos que en Italia era el animal de Marte, el dios de la guerra), y detestado por los mismos motivos[32].
En los primeros siglos medievales tampoco las relaciones con el ser humano fueron especialmente conflictivas[33]. En el *Roman de Renart* el lobo es tratado como un animal estúpido y ridículo, cegado por la rabia y el resentimiento, y continuamente humillado. No se le teme en los siglos XII y XIII. Pero la situación cambiará a partir del siglo XIV, cuando la peste y la crisis económica provocan la despoblación de los medios rurales y la reaparición del lobo en muchos lugares de los que había sido alejado por la presión humana. No es casual que el lobo sea el animal perverso por naturaleza en los cuentos populares europeos, siendo un ejemplo de ello la famosa Caperucita Roja[34]. Ni tampoco que la bestia de Gévaudan, que aterrorizara esta región francesa a mediados del siglo XVIII, fuese un lobo gigantesco[35].

Ejemplos de visión simbólica del mundo animal lo podemos encontrar en muchos lugares. El arca de Noé, que tan nutrida iconografía ha generado, constituye un buen puesto de observación para analizar qué especies animales han sido las más valoradas. Como es sabido, según *Génesis*, 6, 19-20, Yahvé le indicó a nuestro protagonista que «de todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca una pareja para que sobrevivan contigo. Serán macho y hembra. De cada especie de aves, de cada especie de ganados, de cada especie de sierpes del suelo entrarán contigo sendas parejas para sobrevivir» (traducción castellana según la Biblia de Jerusalén), y esta ambiguedad del texto bíblico dio pie a los distintos artistas para incluir o no, según su criterio (que, naturalmente, respondía a los valores culturales del momento) a las diferentes especies animales, así como el orden en que iban encaminándose hacia el interior del arca. Según Michel Pastoureau, las representaciones medievales del Arca de Noé muestran un bestiario perfectamente seleccionado: siempre aparecen el oso y el león, y este último casi siempre encabeza el cortejo, dado su carácter de rey de los animales. El ciervo y el jabalí suelen acompañarles, lo que no resulta extraño dado su enorme valor cinegético[36]. Y tan sólo a finales de la Edad Media aparece el caballo. Pero será un escritor del Seiscientos, Athanasius Kircher, en su obra homónima, quien más y mejor desarrolle el tema de la jerarquización animal utilizando como pretexto el Arca de Noé.

El jesuita alemán Athanasius Kircher (1601-1680), el último hombre que lo supo casi todo[37], fue uno de los máximos exponentes de la cultura tardobarroca, aún incólume a la Revolución Científica, y en la que el peso de lo erudito y lo libresco seguían siendo abrumadores. De fama inmensa en su momento, injustamente olvidado hasta tiempos muy recientes, su curiosidad universal le llevó a escribir sobre terrenos tan diversos como el mundo egipcio (*Obelisci Aegyptiaci*, 1676), las profundidades de la tierra (*Mundus subterraneus*, 1664-1678) o la cultura china (*China Monumentis*, 1667). En la obra que nos ocupa, *El Arca de Noé* (1675), Kircher realiza una detallada descripción de las circunstancias que rodearon al Diluvio Universal, abordando, cómo no, los animales que fueron introducidos por Noé en el Arca. Pasa relativamente por alto a los *Insecta*, aunque algo menos a los demás *Reptilia* (incluye entre los mismos las diversas serpientes, así como animales fantásticos tales el dragón, la salamandra y el basilisco), y se detiene más en los *Quadrupeda* (donde podemos encontrar también animales fabulosos, como el unicornio) y los *Volatilia*. Los cuadrúpedos son clasificados a su vez en *Munda* e *Inmunda*, y llega incluso a contarnos en qué disposición fueron alojados en el Arca, lo que nos indica una jerarquización del mundo

animal: así, los *Inmunda* son encabezados por el elefante, al que le asigna la letra A, al camello la B, a los simios la H, al rinoceronte la O, al león la P, al oso la Q, al lince la V, al lobo la X y a la zorra la Y (p. 105). Y la descripción de las diferentes especies animales está dominada, como es evidente, por la asignación de virtudes y vicios de carácter moral. El lobo, por ejemplo, es *quadrupes ululans ominibus animalibusque inscitum, rapacitate et voracitate insatiable ita ut vel integra ovium, caeteramque animantium corpora, unam cum pilis et ossibus devoret potius, quam comedat* (p. 62). El cerdo, por su parte, es «*grumniens, lascivum, inmundum et vorax*», en tanto que el perro se caracteriza por ser *latrable, sagax, vigilans et fidelle*. No todos los animales, sin embargo, fueron embarcados en el Arca. Kircher, en su exhaustividad, especifica los que fueron excluidos, caracterizándose en la mayor parte de los casos por tratarse de animales híbridos, como el camelopardo (cruce del pardo y el camello) o el leopardo (de león y pardo), o, en otras ocasiones, por proceder del Nuevo Mundo, tales el armadillo o el bisonte americano.

La literatura emblemática, que desde la publicación de los *Emblemata* de Alciato en 1531 prolongara durante más de un siglo y medio su existencia, reforzó en gran medida la concepción simbólica y moralizante del mundo animal. Y uno de los títulos que tuvo un mayor éxito fue *Symbolorum et emblematum ex animalibus quadrupedibus desumtorum centuria* (Nuremberg, 1595), que podemos encontrar digitalizado en el Fondo antiguo de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla. Su autor, Joachim Camerarius el joven (1534-1598), fue un reconocido médico y botánico alemán. Hijo del filosófo Joachim Camerarius el Viejo (1500-1574) ya desde sus primeros años se apasionó por la botánica, y sus inquietudes intelectuales se vieron estimuladas por su amplia educación, ya que estudió en Wittemberg y en Bolonia. A su retorno a Alemania, fundaría un jardín botánico, carteándose con destacados científicos italianos como Aldrovandi. Adquirió la magnífica biblioteca botánica de Conrad Gessner, uno de los grandes naturalistas del siglo XVI, y su nombre destaca entre los bibliófilos por su edición de emblemas extraídos de la historia natural, publicados en 4 tomos entre 1590 y 1604, siendo uno de ellos, el dedicado a los cuadrúpedos, el que nos interesa en este momento. Camerarius recoge un centenar de emblemas, en el que diferentes especies animales se encuentran representadas. Se trata de un bestiario perteneciente básicamente al Viejo Mundo, fundamentalmente al continente europeo, y las únicas especies americanas incluidas son el armadillo (que impactó desde el primer momento en que fue visto por los españoles) y una referencia dudosa al tapir. La inmensa mayoría de los animales son reales, aunque hay

algunas concesiones a los elementos fantásticos, como prueba la presencia del unicornio.

No hay ninguna especie claramente hegemónica, si bien podemos señalar que la lista es encabezada por el león y el ciervo, ambos presentes en media docena de emblemas[38] (¿será casualidad que el primero sea el rey de los animales y el segundo tenga un fuerte significado cristológico?); seguidos del perro (asociado en una ocasión al león, y en otra a la liebre), el caballo, la cabra, y el oso (asociado en un emblema al rinoceronte), en cinco; el buey, el jabalí, y el lobo (en una ocasión emparejado con una cabra), todos ellos en cuatro; el elefante (aunque sus emblemas son los que encabezan la obra, seguidos de los dedicados al rinoceronte y al león), el unicornio, el camello y el cocodrilo, en tres; y, finalmente, una larga relación en la que podemos encontrar, entre otros, la oveja, la liebre, el asno, el simio, el gato, la rana, el puerco espín, el erizo, la ardilla, el ratón, el camaleón, la tortuga, el castor, el rinoceronte, el lince, el tigre, el zorro, la jirafa, la pantera, el carnero y el alce, que aparecen en todos los casos en dos o en un emblema. Respondiendo a lo que es habitual en la literatura emblemática, en todos los casos nos encontramos con la correspondiente imagen y la divisa aclaratoria, imágenes en las que no hay que buscar, naturalmente, una descripción morfológica precisa. Obviamente, la figura del rinoceronte está claramente inspirada en el grabado de Durero. La obra de Camerarius constituye un magnífico exponente de las concepciones naturalistas de los siglos XVI y XVII, cuya perspectiva era muy diferente de la nuestra. Apoyándose sobremanera en la autoridad de Aristóteles, Plinio, Ovidio e Isidoro, Camerarius no veía contradicción alguna entre sus estudios botánicos y su producción emblemática, ya que ambas facetas contribuían a iluminar su visión de la naturaleza[39].

En esta visión simbólica, o, como Ashworth[40] la denomina, visión emblemática de la naturaleza, los animales eran un elemento más de un intrincado lenguaje de metáforas, símbolos y emblemas, constituyendo un factor primordial en la historia natural del Renacimiento, y confluyendo varias tradiciones, a saber, la jeroglífica de Horapolo, la anticuaria (que se basaba en las monedas y medallas de la Antigüedad), la esópica, la mitológica de Ovidio, Natale Conti o Vincento Cartari, la adágica de Erasmo y la emblemática de Alciato. En esta visión emblemática, si uno quería estudiar un animal, debía ver el significado de su nombre, las asociaciones que tenía, qué simbolizaba para paganos y cristianos, qué animales tenían simpatías o afinidades con la especie en cuestión, y su posible conexión con estrellas, plantas, animales, números o cualquier otra cosa. La anatomía, la psicología y la taxonomía

pueden ser el corazón de la moderna zoología, pero ello no era así para la visión emblemática. Como muy bien dijera Foucault, los signos formaban parte de las cosas, y no se habían convertido en meros modos de representación: al fin y al cabo, Aldrovandi no era ni mejor ni peor observador que Buffon, y parece saber muchas más cosas que Jan Jonston, lo único que ocurre es que la perspectiva epistemológica es diferente[41].

2. LA VISIÓN POSITIVISTA

A partir del siglo XVI comienzan a publicarse algunas grandes recopilaciones zoológicas que añaden nuevas especies a las ya conocidas por los autores clásicos, pudiendo destacarse al respecto las obras de Conrad Gessner (que todavía se basa más en los conocimientos transmitidos por los antiguos que en los adquiridos empíricamente)[42], Pierre Belon[43] (que realizó uno de los primeros viajes de la historia con fines estrictamente naturalistas, que le llevaría a recorrer entre 1546 y 1549 las tierras de Grecia, Palestina, Egipto, y la península arábiga), Guillaume Rondelet[44] (más libresco que el anterior, ya que nunca abandonaría su cátedra de anatomía de la Universidad de Montpellier, si bien rechazaría expresamente todos los elementos fabulosos), Hipólito Salviani, que trabajara como médico de la corte pontificia[45], Ulises Aldrovandi, profesor en la universidad de Bolonia[46], y, ya en el siglo XVII, Edward Topsell, párroco anglicano[47], y el médico polacoescocés, aunque vivió muchos años en los Países Bajos y Alemania, Jan (o Johannes) Johnston[48]. Al mismo tiempo, el descubrimiento del Nuevo Mundo por los españoles y la llegada a las Indias Orientales por parte de los portugueses enriquecería sobremanera el catálogo zoológico con la inclusión de nuevas especies[49], aunque las mismas tardaron algún tiempo en ser integradas en el marco zoológico general, constituyendo el primer impulso importante para ello la publicación de la obra de Juan Eusebio Nieremberg *Historia naturae maxime peregrina* (Amberes, 1635), deudora a su vez en gran medida de los trabajos realizados por Francisco Hernández en la América española durante el último tercio del siglo XVI[50]. Hasta entonces, la recepción de las nuevas especies fue muy lenta: en su *Tesoro de la lengua castellana* de 1610 Sebastián de Covarrubias solamente nos habla del caimán, el papagayo, *ave índica conocida* (p. 1342), o el pavo, *gallo de las Indias* (p. 1350), pero no incluye, por ejemplo, el armadillo, que sí aparece ya en la obra de Gessner. Esta invisibilidad de

la fauna indiana tendría sus consecuencias, ya que, precisamente, fueron las disparidades existentes entre los conocimientos heredados de la Antigüedad y las experiencias del Nuevo Mundo las que forzaron una reorganización de los modelos epistemológicos y un abandono de los autores clásicos[51]... lo contrario, justamente, de lo practicado hasta entonces, ya que para muchos autores tan auténtico era *lo leído* como *lo visto*[52].

Esta globalización zoológica no impidió, ni mucho menos, que el mundo animal siguiese siendo, durante mucho tiempo, una fuente inagotable de monstruos y prodigios[53], tal como podemos observar en las cosmografías de Sebastián Muntzer[54] o André Thevet[55], o en la obra, mucho más tardía, *Descrittione de´Tre Regni Congo, Matamba et Angola* (Milán, 1690) del capuchino italiano Giovanni Cavazzi. O la *Historia de las gentes septentrionales* (Roma, 1555), del clérigo sueco Olao Magno, que conocería una formidable difusión al ser traducida al italiano (1565), alemán (1567), inglés (1658) y holandés (1665), con extractos publicados en Amberes (1558 y 1562), París (1561), Amsterdam (1586), Frankfort (1618) y Leyden (1652). Su obra ejerció una poderosísima influencia: buena muestra de ello son las continuas referencias que encontramos en el *Jardín de Flores curiosas* (1570) de Antonio de Torquemada, cuyo tratado sexto, *En que se dicen algunas cosas que hay en las tierras septentrionales* se basa en buena medida en el autor escandinavo, de quien copia casi literalmente las referencias aparecidas a monstruos marinos.

Desde la época aristotélica, el conocimiento ha venido acompañado por la parcelación del saber: ordenar, clasificar y sistematizar es el primer paso para el estudio de las cosas. Y las clasificaciones nunca son eternas ni inmutables, antes dependen de los valores culturales existentes en una sociedad[56]: como bien muestra Pastoureau:

> Las nociones de género, familia, especie y subespecie son en gran medida culturales… El historiador de los animales no es un zoólogo, no puede proyectar nuestras definiciones y nuestras clasificaciones en el pasado, para el historiador nuestros conocimientos actuales no son verdades sino solamente etapas en la evolución constante del saber... Las clasificaciones y los discursos sobre los animales que proponen las sociedades del pasado son siempre auténticos documentos históricos, con frecuencia de un gran interés, deben situarse en su contexto e interpretarse a la luz de los conocimientos de su tiempo, no a la luz de los conocimientos actuales… la historia natural es una forma particular de historia cultural[57].

Es por ello que durante mucho tiempo la clasificación de los animales siguió unos criterios totalmente distintos a los de nuestros días: se empleaban parámetros habitacionales, según los cuales lo que importaba era el lugar en el que residían los animales (se hablaba así de animales terrestres, acuáticos y aéreos, y es por ello por lo que las ballenas, los delfines, las tortugas, y los cocodrilos, solían ser incluidos junto a los peces), y no morfológicos, que solamente triunfan a partir del siglo XVIII con la obra de Linneo.

Esta clasificación habitacional la podemos encontrar en numerosos autores. Bernardino de Sahagún, por ejemplo, en su *Historia general de las cosas de Nueva España*, nos habla de animales (por las descripciones se ve que eran terrestres y en general cuadrúpedos), aves, animales de agua (comprende peces, algunos crustáceos y quelonios, pero también el armadillo y la iguana seguramente porque eran comestibles y porque no sabía bien donde ponerlos), animales de agua no comestibles (caimanes, culebras de agua, y el *ahuitzotl*, quizás una nutria, o simplemente un animal fantástico), serpientes y otros animales de tierra (serpientes e insectos)[58]. Conrad Gessner, que publicara su obra a mediados del siglo XVI, dedica varios tomos a los cuadrúpedos, las aves, y los animales acuáticos. Y Jan Jonston, en su *Historia naturalis* (1650), seguramente la última gran recopilación que sigue el espíritu renacentista, nos habla sucesivamente de cuadrúpedos, serpientes y dragones, insectos, animales acuáticos, peces y cetáceos, y aves. Los reptiles, insectos y anfibios son especialmente detestados, debido a su anómalo status: los peces viven en el agua, las aves en el cielo, tienen dos patas y ponen huevos, las bestias tienen cuatro patas y viven en tierra, pero reptiles e insectos se mueven ambiguamente entre la tierra, el cielo y el agua, las serpientes ponen huevos y no tienen patas[59]. Hasta la publicación del *Systema naturae* (Leyden, 1735, con numerosas ediciones posteriores) de Linneo no se inauguraría la clasificación morfológica del mundo animal, distinguiendo el naturalista sueco al respecto en su edición de 1758 (considerada el punto de partida de la nomenclatura zoológica) entre los *mammalia* (mamíferos), denominados en las primeras ediciones *quadrupedia*, las *aves*, los *amphibia* (donde incluye también los reptiles), los *pisces*, los *insecta* (los artrópodos) y los *vermes* (los restantes invertebrados). Clasificación que, todo hay que decirlo, no fue aceptada automáticamente: el conde de Buffon[60] en su magna *Historia natural general y particular* (1746-1788), todavía nos sigue hablando de los cuadrúpedos.

Durante mucho tiempo, el estudio de los animales se enfrentó a un gran problema: para estudiarlos, hay que verlos, bien en vivo o en imágenes. Y no era tan fácil, en este sentido, conseguir imágenes de animales. Los libros

de historia natural de los siglos XVI y XVII aún heredan toda una tradición mitológica y fantasiosa de los bestiarios[61], encontrándose descripciones de animales con los rasgos y comportamientos exagerados o que hoy se consideran irreales, en tanto las representaciones de siglos posteriores son más realistas. En los libros de viajes las ilustraciones de animales estaban muy influidas por el grado de fantasía que pudiera tener el relato, y algunos de ellos están poblados de descripciones de seres monstruosos y de imágenes de éstos. La escasez de modelos animales especialmente cuando éstos eran extraños obligó a muchos ilustradores a inspirarse directamente en los textos, y en la descripción de un animal nuevo y desconocido se acudía mucho al uso de la comparación, método que genera errores: en la época medieval era muy habitual representar al elefante como a un cerdo con trompas. La observación directa del animal casi nunca era posible, y, ante la escasez de imágenes era muy frecuente que se copiaran una y otra vez aquellas ilustraciones de animales poco habituales (el rinoceronte es un ejemplo emblemático al respecto)[62], y a veces es el comportamiento o cualidades del animal lo que sirve de base a su descripción, como la salamandra apagando el fuego o cruzando las llamas[63]. La razón de fondo de todo ello era el hecho de que no era fácil ver determinados animales, y el ejemplo del rinoceronte es, una vez más, muy sintomático: el rinoceronte de Manuel I de Portugal, *Ganda*, fue el primero que se vio en Europa desde la época romana[64], siendo seguido por el de Felipe II, *Bada*. Y hasta mediados del siglo XVIII no llegaría el tercero, *Clara*, aunque ésta sí realizaría un largo periplo por todo el continente[65]. Ello no impediría, no obstante, que podamos encontrar a magníficos artistas especializados, precisamente, en pintar animales[66], como la germanoholandesa Ana María Sibila Merian (1647-1717), especializada en insectos, el inglés George Stubbs (1724-1806), apasionado por los caballos, o el francés Jean Baptiste Oudry (1686-1755)[67], del cual destacamos las imágenes de los animales de la ménagerie de Versalles o sus escenas de caza. Para el caso hispánico podríamos reseñar las magníficas láminas presentes en la obra de Antonio Parra, *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo* (La Habana, 1787).

Hasta el siglo XVIII no se organizaron expediciones científicas con la misión de recopilar, describir y dibujar sistemáticamente todos los especimenes, animales o plantas, que se encontraran[68]. Había que conformarse, hasta entonces, con dibujar a los animales que se encontraran en el continente europeo, bien naturales, bien exóticos. Estos últimos podían localizarse, en mayor o menor cantidad, en los parques zoológicos o ménageries[69], que los

monarcas europeos, como una forma de demostrar su poder y su dominio universal, mantenían a su costa. Ejemplos muy estudiados son los de la Italia renacentista[70], Manuel I de Portugal[71] y Felipe II de España, pero el gran modelo fue la ménagerie que Luis XIV mantuviera en Versalles[72], que prolongaría su existencia, si bien con altibajos, hasta los años de la Revolución. A una escala más modesta, Carlos III relanzaría la colección animalística de la monarquía española en los últimos años del siglo XVIII[73], procediéndose asimismo a la fundación en 1776 del Real Gabinete de Historia Natural, cuyos contenidos podemos apreciar a través de la obra de Juan Bautista Bru *Colección de láminas que representan los animales y monstruos del Real Gabinete de Historia Natural* (1784).

Más que su comportamiento o su conducta, lo que interesó en un primer momento fue el estudio de los caracteres morfológicos de las distintas especies animales[74]. La labor de la *Academie des Sciences*, fundada por Luis XIV en 1666, fue emblemática en este sentido. Sus componentes, que recibían una pensión del rey, realizaban investigaciones de matemáticas, física, química, anatomía y botánica, y tenían un particular interés por los animales muertos, que eran diseccionados en la Biblioteca real, y su mayor proeza fue la disección de un elefante que había sido regalado por el monarca portugués, siendo el resultado de todos estos trabajos la publicación de las *Mémoires pour servir a l´histoire naturelle des animaux* (1688), un esfuerzo colectivo dirigido por Claude Perrault (hermano del autor de los *Cuentos de mamá Oca*), donde se describían cerca de cincuenta especies, concentrándose básicamente en los aspectos anatómicos y prestando poca atención al comportamiento de los animales, aunque los académicos experimentaron con los cambios de color del camaleón antes de diseccionarlo, y describieron la danza de las favoritas de Versalles, las grullas[75]. Esta obsesión anatómica la podemos encontrar por doquier: Buffon le dedica bastante espacio a los caracteres morfológicos y a las mediciones cuantitativas de los distintos órganos de cada animal. Y lo mismo hará el gran naturalista español de la Ilustración, Félix de Azara, en sus *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata* (Madrid, 1802), y *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y del Río de la Plata* (Madrid, 1802-1805). Labor de disección y deconstrucción que, por otra parte, sería muy útil cuando a finales del siglo XVIII se descubrieron los primeros fósiles, destacando el esqueleto que apareciera en 1787 de lo que fuera descrito, en un primer momento, como *un cuadrúpedo muy corpulento y raro*[76], y que sería bautizado por el naturalista francés Cuvier con el nombre de megaterio[77].

No obstante, en la Edad Moderna nunca se rompió por completo con la visión simbólica. Ni siquiera Buffon pudo escapar por completo de identificar a las distintas especies animales con determinadas virtudes o vicios. Para comprobarlo, baste la consulta de las páginas dedicadas al lobo, publicadas en el tomo séptimo de su obra, aparecido en 1758. Incluido con los animales carniceros (y es el que encabeza el volumen), empieza nada menos afirmando que es uno de los animales cuyo apetito por la carne es más vehemente (en lo que no hace más que seguir la eterna imagen del lobo como animal de una voracidad insaciable) y que ha sido dotado por la naturaleza de todos los instrumentos necesarios para satisfacer dicho apetito. Perezoso por naturaleza, se vuelve ágil e ingenioso cuando le acucia el hambre. Pero, sobre todo, destacan sus continuos esfuerzos por contraponer al perro y al lobo, cuando hoy día sabemos que, desde el punto de vista biológico, son animales muy parecidos, aunque, desde una perspectiva culturalista, cada uno de ellos haya sido rodeado de un aura muy diferente.

Desde la perspectiva buffoniana, si ambos animales se parecen externamente, su naturaleza es completamente distinta, siendo totalmente incompatibles e incluso enemigos. Los perros buscan la compañía de otros animales, el lobo es enemigo de toda sociedad (lo que le aleja aún más del hombre, ya que no olvidemos que, desde los filósofos griegos, será la tendencia a la sociabilidad uno de los caracteres que definan al ser humano), y, aún cuando se encuentra con sus semejantes, nunca es con intenciones pacíficas, sino para atacar a otros animales. El tiempo de gestación también es distinto: 60 días en el perro, y un centenar en el lobo. El lobo vive más tiempo y tiene una camada al año, los perros dos o tres. El aspecto de la cabeza es diferente, así como la forma de los huesos. El perro es dulce, pero lleno de coraje, el lobo, aunque feroz, tímido por naturaleza. Pero lo que le repugna a Buffon del lobo es, sobre todo, su amor por la carne humana, llegando a seguir a los ejércitos hasta los campos de batalla para devorar los cadáveres, siendo estos mismos lobos los que con frecuencia atacan a mujeres y niños, empleando la conocida expresión francesa *loup-garou* para definirlos. Es por ello que, en algunas ocasiones, los príncipes han tenido que movilizar todos sus recursos para exterminar a los lobos, caza definida como útil y necesaria, como alimaña que es, y caza en la que no encontramos la aureola del enfrentamiento individualizado entre hombre y animal, acudiéndose, por el contrario, a batidores y perros.

Y, para rematar, no hay nada de este animal que sea aprovechable, salvo su piel. Su carne es mala y repugna a todos los animales, y solamente los

lobos son capaces de comerse a otros lobos (connotación canibalística que contribuye aún más a demonizar a este animal). Sus últimas palabras no tienen desperdicio: desagradable en todo, de aspecto salvaje, hedor insoportable, naturaleza perversa, costumbres feroces, odioso, nocivo en vida e inútil después de muerto. Después de leído todo esto, nos resultará muy difícil defender el pretendido carácter objetivo y meramente descriptivista de la historia natural dieciochesca, que, como es lógico, sigue mirando las distintas especies animales con una fuerte perspectiva simbólica. Porque, efectivamente, Buffon es el maestro de la nueva fábula. En la Francia del siglo XVIII, este término (*fable*) podía tener varios significados, bien como una noticia falsa, bien como una historia moralizante. Cuando los naturalistas muestran que Buffon eliminó la fábula de su obra, lo único que quieren decir es que descarta las falsedades que durante mucho tiempo habían sido admitidas, pero no que renuncie a extraer lecciones morales de la naturaleza[78].

3. LA VISIÓN AFECTIVA

Ya desde la Antigüedad la consideración que han merecido los animales ha suscitado opiniones muy distintas, destacando al respecto, en el plano positivo, las valoraciones de Plutarco, y la escolástica medieval continuó con esta divergencia de opiniones. Por un lado, hay quienes los oponen al hombre, como criaturas sumisas e imperfectas que son, y esta corriente insiste en su dominio absoluto sobre los animales (lo que llamamos visión utilitaria): tal como bien subrayan Karl Enenkel y Paul Smith, la única razón de éstos es la de servir al ser humano, proporcionándole comida, ropa, medios de transporte, medicinas, y entretenimiento[79]. Pero hay otra corriente que pretende ver un vínculo y un parentesco biológico y trascendente entre el hombre y los animales. La primera corriente es la más extendida, y lleva a reprimir con severidad todo comportamiento que asemeje al hombre y los animales, como las prohibiciones de disfrazarse de él, imitar su comportamiento, o tenerles demasiado afecto. La segunda corriente es a la vez aristotélica y paulina, el primero estableció una especie de comunidad entre todos los seres vivos, idea presente en *De anima*. Por otro lado, Pablo, en *Rom*. 8, 21, decía "la creación entera espera anhelante ser liberada de la servidumbre de la corrupción, para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios".

Ello hizo que muchos se plantearan si Jesús vino a salvar también a los animales, y en la escolástica se planteaba si iban al cielo, si podían trabajar los domingos o si tenían responsabilidad moral. Si la tradición clásica despreciaba a los animales, el cristianismo los dota de un alma más o menos racional y se pregunta si son responsables de sus actos, lo que llevó, en un caso extremo, a los juicios contra animales, muy frecuentes en los últimos siglos medievales en Francia, siendo los cerdos las víctimas propiciatorias más frecuentes[80], en tanto que en España los procesos contra la langosta fueron moneda de cambio muy habitual a lo largo de los siglos XVI y XVII[81].

En la Inglaterra del siglo XVII, según nos muestra Keith Thomas, el paradigma dominante era el de un absoluto antropocentrismo: la creencia general era que el mundo había sido creado para el disfrute del hombre y que las demás especies se subordinaban a sus necesidades, y es en este espíritu como se comenta el relato bíblico de la creación. Se pasa por alto *Proverbios* 12, 10, que señala que el hombre debe salvaguardar la vida de los animales y de las bestias, y *Oseas* 2, 18, que implica que los animales son miembros del convenio divino. Se insiste continuamente entre las grandes diferencias existentes entre los hombres y otras formas de vida: desde Platón se hace hincapié en su postura erguida, Aristóteles añade el tema de la risa, y otros atributos eran la palabra, la razón y la capacidad moral. Es muy sintomático que desde 1534 la bestialidad fuese considerada en Inglaterra como un crimen capital, lo que dura hasta 1861, mientras que el incesto no sería criminalizado hasta el siglo XX[82].

Fueron muy frecuentes los pensadores que insistieron en esta subordinación, aunque las posturas nunca fueron unánimes: en la España del siglo XVI oscilaban entre el automatismo de Gómez Pereira, precursor de la visión cartesiana al respecto (que era absolutamente mecanicista), plasmada en su *Antoniana Margarita* (Medina del Campo, 1554); hasta sus detractores, que les reconocían la capacidad de sentimiento, figurando entre ellos Francisco de Sosa en su *Endecálogo contra Antoniana Margarita, en el cual se tratan muchas y muy delicadas razones, y autoridades con que se prueba, que los brutos sienten y por sí se mueven* (Medina del Campo, 1556). El mismo Feijoo se ocuparía de estas cuestiones en su «Discurso sobre el alma de los brutos» (*Teatro crítico universal*, tomo III, discurso IX, 1729), que sería criticado por Miguel Pereira de Castro en su *Propugnación de la racionalidad de los brutos* (Lisboa, 1753)[83]. No obstante, a medida que avanzamos en el siglo XVIII, se van introduciendo en el pensamiento europeo actitudes mucho más favorables hacia los animales[84].

Posiblemente, la caza sea el ejemplo más evidente de dominación del hombre sobre el mundo animal. Tal como expresara con meridiana claridad Alonso Martínez de Espinar en su *Arte de ballestería y montería* de 1644 (edición consultada, Madrid 1761), caza no es «otra cosa que seguir en el campo las aves y fieras que están libres para reducirlas a nuestro dominio y servicio» (cap. 1). Esta actividad siempre ha tenido muchas funcionalidades: en la época medieval se podía practicar como pasatiempo, necesidad, o ritual social. La caza era una actividad deportiva, que permitía mantenerse en forma, y constituía un magnífico entrenamiento para el combate, por lo que no es de extrañar que fuera el divertimento por antonomasia de la aristocracia: el mismo Alonso Martínez de Espinar opina que «caza real propio ejercicio de príncipes que por lo que tiene de belicoso templan con él a la paz el ardor de sus reales y heroicos corazones acostumbrados en la guerra a domar diferentes naciones y primera que los tiempos del ocio se gastasen en acción de tanta utilidad y estorbo de tantos vicios». Era una actividad de prestigio, ya que no solamente entrañaba el enfrentamiento directo contra una bestia feroz, sino que necesitaba grandes medios económicos para sufragar el costoso aparato constituido por jaurías, halcones, oteadores y monturas. Era una actividad muy codificada y reglamentada, como consecuencia del fuerte espíritu de emulación existente entre los cazadores. Y era una actividad dotada de un profundo contenido moral, ya que asegura la salud y proporciona un placer que no es pecaminoso, constituyendo además un remedio contra la ociosidad, la madre de todos los vicios. La acción que requiere la caza neutraliza los malos pensamientos y es un antídoto contra el mal[85]. La presión implacable del hombre sobre el medio natural, ya iniciada en el Mediterráneo en la época clásica[86], acabaría conduciendo a la extinción de algunas especies: el lobo desapareció de Inglaterra ya en el siglo XIV, el uro, descrito todavía en la obra de Sigmund Herberstein *Rerum Moscoviticarum Commentarii* (1549), se extinguió en el siglo XVII, y el pájaro dodo, no volvió a ser visto en su Mauricio natal desde finales de la misma centuria, aunque su recuerdo perdure gracias a *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll.

Ello contrasta con el tratamiento que se le da a los animales domésticos, especialmente en Inglaterra, a partir del siglo XVII. Tratados a menudo como si fueran responsables moralmente, y entrenados mediante un sistema de premios y castigos, eran dos especies las claramente privilegiadas, el perro y el caballo[87], conociéndose en la época Tudor una florida literatura sobre la fidelidad canina[88], considerándose este animal en el siglo XVIII como el más inteligente y la mejor compañía posible, lo que contrastaba con el status infe-

rior asignado a los gatos, considerados demoníacos durante mucho tiempo[89]. A partir de los siglos XVII y XVIII las mascotas fueron muy comunes en las ciudades, sobre todo en los hogares de las clases medias, viviendo dentro de las casas, recibiendo un nombre individualizado y no comiéndoseles jamás aunque fuesen comestibles. Hacia 1700 la obsesión llegaba a tal punto que se les trataba mejor que a los criados, se les adornaba y se les vestía, y aparecían en los retratos de familia. Su tenencia tuvo asimismo implicaciones intelectuales, ya que la clase media se formó una opinión optimista sobre la inteligencia de los animales, circularon innumerables anécdotas sobre su sagacidad, se estimuló la noción de que tenían personalidad individual, y se fomentó la creencia de que los animales merecían consideración moral. Los viajeros ingleses se sorprendían muchas veces de la brutalidad con la que eran tratados los animales en el continente, ya que se consideraba que las bestias habían sido creadas para las necesidades del hombre, pero no había motivo para maltratarlas gratuitamente. Al mismo tiempo, se difunde el vegetarianismo[90], fundado en la idea de que el hombre no tiene derecho a matar animales para comérselos, y hacia 1790 ya es un movimiento organizado, basándose en los argumentos proporcionados por Pitágoras y Plutarco[91]. El nuevo sistema industrial representaría la inhumanidad contra los animales como algo propio de los regímenes incivilizados del pasado[92], al igual que la tortura y las mutilaciones, en contraste con la sensibilidad más refinada del nuevo orden, surgiendo en 1824 la *Society for the Prevention of Cruelty to Animals* (SCPA). De hecho, las iniciativas surgidas en la Inglaterra finidieciochesca en pro de las actuaciones filantrópicas, la abolición de la esclavitud, o el cuidado de los animales, estuvieron inspiradas, en muchas ocasiones, por las mismas personas, siendo un buen ejemplo de ello la figura de William Wilberforce, muy implicado con la SCPA y que había conseguido en 1807 que el Parlamento aboliera la trata de esclavos en el Imperio británico: como bien señalara Louise Robbins, la lucha por abolición de la esclavitud humana y de la esclavitud animal hay que situarlas en el mismo contexto ideológico[93].

NOTAS

1 CASSIN, Barbara, et al., *L´animal dans l´Antiquité*. París, Vrin, 1997 ; DUMONT, Jacques, *Les animaux dans l' antiquité grecque*, París, 2001.

2 BAXTER, R., *Bestiaires and their users in the Middle Ages*, Phoenix Mill, 1999. BERLIOZ, J., y POLO DE BEAULIEU, M.A. (comps.), *L' animal exemplaire au Moyen Age*, Rennes, 1999, CLARK, W.B., y MCNUNN, T. (comps.), *Beasts and birds of the Middle Ages : the bestiary and its legacy*, Filadelfia., 1989.

[3] Podríamos destacar *Perceiving Animals, Humans and Beasts in Early Modern English Culture* (Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2002), y *Brutal Reasoning: Animals, Rationality and Humanity in Early Modern England* (Ithaca: Cornell University Press, 2006), así como la coordinación de obras de carácter colectivo tales *Renaissance Beasts: Of Animals, Humans, and Other Wonderful Creatures* (Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2004), y *At the Borders of the Human: Beasts, Bodies and Natural Philosophy in the Early Modern Period* (Macmillan, 1999).

[4] PASTOUREAU, Michel, *Una historia simbólica de la Edad Media Occidental*, Buenos Aires, Katz Editores, 2006. De hecho, Robert Fossier dedica un extenso capítulo a los animales en su síntesis *Gentes de la Edad Media*, Madrid, Taurus, 2007.

[5] Para la época medieval destacan las aportaciones de Dolores Carmen Morales Muñiz, que utiliza el término zoohistoria. Vid. «Zoohistoria: reflexiones acerca de una nueva disciplina auxiliar de la ciencia histórica», *Espacio tiempo y forma. Serie III, Historia Medieval, 4, 1991*; «El simbolismo animal en la cultura medieval», *Espacio, tiempo y forma. Serie III. Historia medieval*, 9, 1996; «Los animales en el mundo medieval cristiano-occidental: actitud y mentalidad», *Espacio, tiempo y forma. Serie III. Historia medieval*, 11, 1998; «La fauna exótica en la Península Ibérica: apuntes para el estudio del coleccionismo animal en el Medievo hispánico», *Espacio, tiempo y forma. Serie III. Historia medieval*, 13, 2000; «Las aves cinegéticas en la Castilla medieval según las fuentes documentales y zooarqueológicas: un estudio comparativo», *La caza en la Edad Media*, coord. por José Manuel Fradejas Rueda, 2002. Arturo Morales Muñiz, por su parte, ha trabajado sobre todo en los restos faunísticos encontrados en los yacimientos arqueológicos, pero tiene alguna contribución sobre la época medieval, como «De quién es este ciervo?: algunas consideraciones en torno a la fauna cinegética de la España medieval», *El medio natural en la España medieval: actas del I Congreso sobre ecohistoria e historia medieval*, coord. por Julián Clemente Ramos, 2001.

[6] GOMEZ CENTURION, Carlos, «Exóticos pero útiles: los camellos reales de Aranjuez durante el siglo XVIII», *Cuadernos dieciochistas*, 9, 2008; «Treasures fit for a king. King Charles III of Spain´s Indian Elephants», *Journal of the History of Collections*, 2009; «Exóticos y feroces. La ménagerie real del Buen Retiro durante el siglo XVIII», *Goya. Revista de Arte*, 326, 2009; «Curiosidades vivas. Los animales de América en la Ménagerie real durante el siglo XVIII», *Anuario de Estudios Americanos*, 66, 2, 2009.

[7] MALAXECHEVERRIA, Ignacio, *Bestiario medieval*, Madrid, Siruela, 1989. MARIÑO FERRO, Xose, «El lenguaje simbólico: el bestiario como ejemplo», *La función simbólica de los ritos: rituales y simbolismo en el Mediterráneo*,1997, coord.. por Francisco Checa y Olmos y Pedro Molina. PEJENAUTE RUBIO, Francisco, «Creencia, superstición y simbolización en los «Bestiarios» medievales: el caso del unicornio», *Creencias y supersticiones en el mundo clásico y medieval : XIV Jornadas de Estudios Clásicos de Castilla y León* , coord. por Manuel Antonio Marcos Casquero, 2000, pags. 201-230.

[8] También, ROIG CONDOMINA, Vicente Maria, «Los emblemas animalísticos de fray Andrés Ferrer de Valdecebro», *Goya*, 187-188, 1985, PICINELLO, Filippo, *El mundo simbólico. Serpientes y animales venenosos. Los insectos*, México, El Colegio de Michoacán, 1999, a destacar los estudios introductorios, o SOLERA LOPEZ, Rus, «Estudio iconográfico del jabalí como animal simbólico y emblemático», *Emblemata: Revista aragonesa de emblemática*, 7, 2001.

[9] «La literatura animalística ilustrada en España durante la Edad Moderna: una panorámica», *Libros con arte, arte con libros* (2007); «Olao Magno y la difusión de noticias sobre fauna exótica del norte de Europa en el siglo XVI», *Encuentro de civilizaciones (1500-1750) : informar, narrar, celebrar : actas del tercer Coloquio Internacional sobre relaciones de sucesos, Cagliari, 5-8 de septiembre de 2001* (2003), «Las enciclopedias animalísticas de los siglos XVI y XVII y los emblemas: un ejemplo de simbiosis», *Del libro de emblemas a la ciudad simbólica* (2000), «La visión de la Naturaleza en los emblemistas españoles del siglo XVII», *Literatura emblemática hispánica : actas del I Simposio Internacional* (1996); «Fauna americana en los emblemas europeos de los siglos XVI y XVII», *Cuadernos de arte e iconografía*, 11 (1993), «El papagayo y la serpiente: historia natural de una empresa de Diego Saavedra Fajardo», *Norba - arte*, 26 (2006).

[10] EVARISTO CASARIEGO, J., *La caza en el arte español*, Madrid, 1982.

[11] FISCHER, M.L., «Zoológicos en libertad: la tradición del bestiario en el Nuevo Mundo», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 20-3, 463-476, 1996; GOMEZ TABANERA, José Manuel, «Sobre el bestiario fantástico del Medioevo europeo y su gravitación al Nuevo mundo avistado por Colón (1492)», *Congreso de Historia del Descubrimiento 1492-1556*, vol. 1, pp. 459-498, «Bestiario y paraíso en los viajes colombinos; el legado del folklore medieval europeo a la historiografía americanista», *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. *Encuentros y desencuentros de culturas: desde la Edad Media al siglo XVIII*, vol. 3, 1994.

[12] VOS, P. de, «The rare, the singular and the extraordinary: Natural History and the collection of Curiosities in Spanish Empire», BLEICHMAR, D., VOS, P.de, HUFFINE, K., y SHEEHAN, K., *Science in the Spanish and Portuguese Empires 1500-1800*, Stanford U.P., 2007. Algunas aportaciones de interés en STOLS, E., THOMAS, W., y VERBERCKMOES, J., (eds.), *Naturalia, Mirabilia et Monstrosa en los Imperios ibéricos*. Leuven University Press, 2006.

[13] LOPEZ PIÑERO, J.M., *Ciencia y técnica*; *Medicina e historia natural en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Universitat de Valencia, 2007.

[14] *La historia natural en los siglos XVI y XVII* (Madrid, Akal, 1991), *La conquista de la naturaleza americana* (Madrid, CSIC, 1993), «La historia natural en los tiempos del emperador Carlos V: la importancia de la conquista del Nuevo Mundo», *Revista de Indias*, 60, 218, 2000; «La descripción de las aves en la obra del madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo», *Asclepio*, 48, 1, 1996; «La historia natural de los animales», GARCIA BALLESTER, Luis, *Historia de la ciencia y de la técnica en la corona de Castilla, vol. 3 (siglos XVI y XVII)*, Valladolid, 2002.

[15] PARDO TOMAS, José, «La expedición de Francisco Hernández a México*», Felipe II, la ciencia y la técnica*, Madrid, 1999; *El tesoro natural de América: colonialismo y ciencia en el siglo XVI. Oviedo, Monardes, Hernández*, Madrid, Nivola, 2002; *Un lugar para la ciencia: escenarios de práctica científica en la sociedad hispana del siglo XVI*, Fundación Canaria Orotava, 2006.

[16] BARRERA-OSORIO, A. *Experiencing Nature. The Spanish American Empire and the Early Scientific Revolution*, Texas U.P., 2006; «Knowledge and Empiricism in the Sixteenth Century Spanish Atlantic World», *Science in the Spanish*.

[17] VAREY, S., (ed.), *The mexican treasury: the writings of Dr. Francisco Hernández*, Stanford U.P., 2000; VAREY, S., CHABRAN, R., y WEINER, D.W., (eds.), *Searching for the secrets of nature. The life and works of Dr. Francisco Hernández*. Stanford U.P., 2000.

[18] ASUA, Miguel de, y FRENCH, Roger, *A new world of animals,* Aldershot, 2005.

[19] Por citar tan sólo las más recientes, MAZO PEREZ, A.M., «El oso hormiguero de su Majestad» (58, 1, 2006), ZARZOSO, M., «Medicina para animales en la Cataluña del siglo XVIII» (59, 1, 2007), y MALDONADO POLO, L., «Las expediciones científicas españolas en los siglos XIX y XX en el archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales» (53, 1, 2001).

[20] CALATAYUD ALONSO, M.A., «El Real Gabinete de Historia Natural de Madrid», SELLES, M., (comp.), *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1988. PIMENTEL IGEA, Juan «La naturaleza representada. El Gabinete de Maravillas de Franco Dávila», *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003. VILLENA, M., et al., *El gabinete perdido. Pedro Franco Dávila y la Historia Natural del siglo de las Luces*, 2 vols., Madrid, CSIC, 2008. Para un contexto general, BLEICHMAR, D., «A visible and useful empire: Visual Culture and Colonial Natural History in the Eighteenth Century Spanish World», *Science in the Spanish*.

[21] PIMENTEL IGEA, Juan, *El rinoceronte y el megaterio*, Madrid, Abada, 2010.

[22] CUEVAS GARCIA, Cristóbal, «El bestiario simbólico en el Cántico espiritual de San Juan de la Cruz», *Simposio sobre San Juan de la Cruz* (1986). GOMEZ MORENO, Angel, *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar de mio Cid a Cervantes)*, Iberoamericana, Vervuet, 2008. HERNANDEZ MERCEDES, María del Pilar, «El bestiario alegórico en el Dilucidario del verdadero espíritu de Jerónimo Gracián de la Madre de Dios», *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*, vol. 1, Salamanca, Universidad, 1993, pp. 473-479. PALACIOS FERNANDEZ, Emilio, «Las fábulas de Félix María de Samaniego: fabulario, bestiario, fisiognomía y lección moral», *Revista de literatura*, 119, 1998.

[23] FRADEJAS RUEDA, José Manuel, *Textos clásicos de cetrería, montería y caza*, Madrid, Mapfre, 1999; TERRON, Manuel, *El conocimiento animalístico de la caza mayor en los clásicos de la montería hispana*, Trujillo, 1992. El contexto ideológico, en CARO LOPEZ, J., «La caza en el siglo XVIII: sociedad de clase, mentalidad reglamentista», *Hispania*, 224, 2006.

[24] Anónimo, *Diálogo de la montería,* Argote de Molina, *Libro de la montería,* Barahona de Soto, *Diálogos de la montería,* Bufanda, *Compendio de las leyes expedidas sobre la caza*, Fernández de Andrada, *Libro de la gineta de España,* Manzanas, *Libro de enfrentamiento de la jineta*, Martínez de Espinar, *Arte de ballestería y montería*, Mateos, *Origen y dignidad de la caza*, Núñez de Avendaño, *Aviso de cazadores y de caza*, Tamariz de la Escalera, *Tratado de la caza del vuelo*, Tapia Salcedo, *Exercicios de la gineta,* Zúñiga, *Libro de cetrería de caza de azor.*

[25] Prescindiendo de la literatura generada por el descubrimiento del continente americano, que se puede consultar en la obra de ASUA, Miguel de, y FRENCH, Roger, *A new world on animals. Early modern europeans on the creatures of Iberian America* (Aldershot, 2005), podemos citar para los siglos XVI y XVII, CORTES*, Libro y tratado de los animales terrestres y volátiles* (1613), o VELEZ DE ARCINIEGA, *Libro de los cuadrúpedos y serpientes terrestres, recibidos en el uso de la medicina* (1597), *Historia de los animales más recibidos en el uso de la medicina* (1613). De la producción dieciochesca, cabría destacar: ASSO, «Introducción a la ictiología», *Anales de Historia Natural*, tomo 10. AZARA, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la*

Plata (Madrid, 1802), y *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y del Río de la Plata* (Madrid, 1802-1805). BRU, *Colección de láminas que representan los animales y monstruos del Real Gabinete de Historia Natural* (Madrid, 1784). CAVANILLES, «Historia natural de las palomas domésticas de España especialmente de Valencia», *Anales de Historia Natural*, 2, 1799. CORNIDE, *Ensayo de una historia de los peces y otras producciones marinas de la costa de Galicia* (Madrid, 1788). *Descripción del elefante, de su alimento, costumbres, enemigos e instintos* (Madrid, Imprenta de Andrés Ramírez, 1773). GARRIGA, *Descripción del esqueleto de un quadrúpedo muy corpulento y raro que se conserva en el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid* (Madrid, Joaquín Ibarra, 1796). PARRA, *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo* (La Habana, 1787).

26 Una buena panorámica de las distintas vertientes del estudio de los animales durante esta época, en ENENKEL, K.A.E., y SMITH, Paul J., *Early modern zoology: the construction of animals in science, literature and the visual arts*, Brill, 2007.

27 WITTKOWER, Rudolf, «Marvels of the East: a study in the history of monsters», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 5, 1942, pp. 159-197. Traducción española, «Maravillas de Oriente: Estudio sobre la historia de los monstruos», *Sobre la arquitectura en la edad del Humanismo. Ensayos y escritos*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1979, pp. 265-311.

28 Útil información sobre los bestiarios en: *Bestiaria latina* http://bestlatin.net/sources/medievalbestiaryca.htm).

29 KITCHEL, K. F., y RESNICK, I. M., *Albertus Magnus on animals: a medieval summa zoological*. Berkeley, 1998. La edición veneciana de 1495 se puede consultar en el Proyecto Dioscórides de la Universidad Complutense de Madrid.

30 OLAO MAGNO, *Historia de las gentes septentrionales*, Madrid, Tecnos, 1989, edición de Daniel Terán Fierro, que utiliza el epítome latino publicado en Amberes en 1562. La edición de 1555, disponible en la Web de la Biblioteca Foral de Vizcaya.

31 Y que será dado a conocer a los españoles por la obra de Antonio de Torquemada *Jardín de flores curiosas* (1570), edición de Giovanni Allegra. Madrid, Castalia, 1982. Sobre su difusión, GARCIA ARRANZ, J.J., «Olao Magno y la difusión…».

32 TRINQUIER, Jean, «Vivre avec le loup dans les campagnes de l´Occident romain», GUIZARD DUCHAMP, Fabrice (ed.), *Le loup en Europe du Moyen Age a nos jours*, Valenciennes, 2009.

33 GUIZARD DUCHAMP, Fabrice, «Le loup, l´eveque et le prince au Haut Moyen Age. Entre préoccupation pastorale et volonté d´ordre», *Le loup en Europe*... También, DONALSON, Malcom Drew, *The history of wolf in western civilization : from antiquity to the Middle Ages*. Edwin Mellen Press, 2006 ; PLUSKOWSKI, A., *Wolves and the Wilderness in the Middle Ages*, Boydell Press, 2006.

34 PASTOUREAU, Michel, *El oso. Historia de un rey destronado,* Barcelona, Crítica, 2009, p. 188.

35 Bibliothéque Nationale de France (BNF), *Ecrite d´Auvergne a M. Le Conte de...au sujet de la destruction de la vraie Béte feroce, de sa Femelle et de ses cinq Petites, qui ravaegoient le Gévaudan et ses environs* (1767).

36 PASTOUREAU, Michel, *El oso*, pp. 171ss.

[37] FINDLEN, Paula (ed.), *Athanasius Kircher. The last man who knew everything*, Nueva York/Londres, Routledge, 2004.

[38] No se ha hecho ningún intento por establecer cual es el animal más recurrente en la literatura emblemática. García Arranz, en su *Ornitología*, que trata, obviamente, tan sólo de las aves, nos muestra que el águila figura a la cabeza del ranking de las especies más representadas, seguida del halcón y la lechuza, y, a una distancia muy corta, de la paloma.

[39] Naturalmente, hay muchos títulos más de interés, que podemos encontrar en la *Ornitología emblemática* de García Arranz. Nos conformaremos con citar Barthelemy Aneau, *Description des animaux* (Lyon, 1549), Samuel Bochart, *Herozoicon sive bipartitum opus de animalibus Sacrae Scripturae* (Londres, 1663), Nicolás Caussin, *Electorum Symbolorum* (ed. esp. Madrid, 1677), Andrés Ferrer de Valdecebro, *Gobierno general, moral y político, halado en las fieras y animales silvestres* (Madrid,1658), y *Gobierno general, moral y político, hallado en las aves...añadido con las aves monstruosas* (Madrid, 1683), Wolfgang Franz, *Historia aninalium sacra* (Wittemberg, 1613), Francisco Garau, *El sabio instruido de la naturaleza en cuarenta máximas políticas y morales* (Barcelona, 1702), Francesco Marcuello, *Primera parte de la historia natural y moral de las aves* (Madrid, 1617), Ramírez de Carrión, *Maravillas de naturaleza* (Córdoba, 1629), Archibald Simson, *Hieroglyphica animalium* (Edimburgo, 1622).

[40] ASHWORTH, William B. Jr., «Natural History and the Emblematic World», LINDBERG, D.C., y WESTMAN, R. S., *Reappraisals of the Scientific Revolution*, Cambridge U.P., 1990. Reeditado en HELLYER, M., *The scientific revolution: the essential readings*, Blackwell, 2003.

[41] Sobre los presupuestos de la historia natural que nace a partir de mediados del Seiscientos, FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1968, pp. 128ss. La comparación entre Aldrovandi y Buffon, en pp. 47-48.

[42] GESSNER, Conrad, *Quadrupedes vivipares* (1551), *Quadrupedes ovipares* (1554), *Avium natura* (1555) y *Piscium & aquatilium animantium natura* (1558).

[43] BELON, Pierre, *De aquatilibus*. París, Carolum Stephanum, 1553.

[44] RONDELET, Guillaume, *Histoire entière des poissons*. Lyon, Mace Bonhome, 1558.

[45] SALVIANI, Hipólito, *Aquatilium Animalium Historia* (Roma, 1554).

[46] ALDROVANDI, Ulises, *Ornithologiae* (1599-1603), *De animalibus insectis* (1602), *De piscibus* (1605), *Historia serpentum et draconum*, *Quadrupedum omnium* (1621).

[47] TOPSELL, Edward, *The history of four-footed beasts and serpents* (Londres, 1607).

[48] JONSTON, Johannes, *Historiae naturalis* (1650).

[49] ALVAREZ PELAEZ, Raquel, *La conquista*, ASUA, Miguel de, y FRENCH, Roger, *New World of Animals. Early Modern europeans on the creatures of Iberian America*, Aldershot, 2005. Para el Asia portuguesa, alguna pincelada en RUSSELL-WOOD, A.J.R., *The portuguese empire 1415-1808. A world on the move*, The John Hopkins U.P., 1998, pp. 180ss.

[50] VAREY, S., CHABRAN, Rafael, y WEINER, D.W. (eds.), *Searching for the secrets of nature. The life and works of Dr. Francisco Hernández*. Stanford U.P., 2000.

[51] BARRERA-OSORIO, A., *Experiencing nature*, p. 103.

[52] «*Cuando se hace la historia de un animal, es inútil e imposible tratar de elegir entre el oficio del naturalista y el del compilador: es necesario recoger...todo lo que ha sido relatado por la naturaleza o por los hombres*», FOUCAULT, Michel, op. cit., p.47.

[53] STOLS, Eddy, THOMAS, Werner, VERBECKMOES, Johan, *Naturalia, mirabilia et monstrosa en los Imperios Ibéricos siglos XV-XIX*, Universidad de Lovaina, 2007. Para un panorama general, el clásico de DASTON, Lorraine, y PARK, Katherine, *Wonders and the order of Nature* (1998), reed. Nueva York, Zone Books, 2001.

[54] MC LEAN, Matthew, *The cosmographia of Sebastian Munster. Decsribing the World in the Reformation*, Aldershot, Ashgate, 2007.

[55] LESTRIGANT, Frank, *Sous la leçon des vents : le monde d´André Thevet, cosmographe de la Renaissance*, París, Presse universitaire de Paris-Sorbonne, 2003 .

[56] El ejemplo de la clasificación de la temática de los libros según los distintos árboles de conocimiento existentes es muy conocido. Vid. BURKE, Peter, *Historia social del conocimiento. De Gutemberg a Diderot*, Barcelona, Paidós, 2002.

[57] PASTOUREAU, Michel, *El oso*, pp. 23-24.

[58] ALVAREZ PELAEZ, Raquel, *La conquista*, pp. 91-92.

[59] THOMAS, Keith, *Man and the natural World. Changing Attitudes in England 1500-1800*, Londres, Penguin Books, 1984, p. 57.

[60] ROGER, Jacques, *Buffon: un philosophe au Jardin du Roi* (París, Fayard, 1989), LASSIUS, Ives, *Buffon, la nature en majesté* (París, Gallimard, 2007). Acceso a su obra en *Buffon et l´histoire naturelle: l´edition en ligne* http://www.buffon.cnrs.fr/.

[61] GLARDON, Philippe, «The Relation Between Discourse and Illustrations in Natural History Treatises of the Mid-Sixteenth Century», BOEHRER, Bruce, *A cultural history of animals in the Renaissance*, Oxford, Berg Publishers, 2007.

[62] PIMENTEL, Juan, *El rinoceronte*, pp. 94ss. Muy curiosa la página web «El poder de las imágenes: notas para una ricerontología» de Antonio Bernat Vistarini. http://www.emblematica.com/blog/2009/01/el-poder-de-las-imgenes-notas-para-una.html

[63] BARBERO RICHART, Manuel, *Iconografía animal*, p. 18.

[64] Episodio novelado en NORFOLK, Lawrence, *El rinoceronte del Papa*, Barcelona, Anagrama, 1998.

[65] RIDLEY, Glynis, *Clara´s Grand Tour. Travels with a Rhinoceros in Eighteenth Century Europe*, Londres, Atlantic Books, 2004, Nueva York, Grove Alantic, 2005.

[66] La bibliografía sobre animales en el arte es muy amplia. BAKER, Steve, *Picturing the beast: animals, identity and representation*, Manchester U.P., 1993. COHEN, Simona, *Animals as Disguised Symbols in Renaissance Art*, Brill, 2008. DICKENSON, Victoria, «Meticulous Depiction: Animals in Art, 1400-1600», BOEHRER, Bruce, *A cultural history of animals in the Renaissance,* Oxford, Berg Publishers, 2007. DONALD, Diana, *Picturing animals in Britain 1750-1850*, Yale U.P., 2007. HOQUET, Thyerri, *Buffon illustré : les gravures de l'Histoire naturelle (1749-1767), Paris, Muséum national d'Histoire naturelle, 2007.* PINAULT SORENSEN, Madeleine, «The Animal in 17th and 18th-Century Art», SENIOR, Matthew, *A cultural history of animals in Enlightenment,* Oxford, Berg Publishers, 2007.

[67] MORTON, Mary (ed.), *Oudry´s Painted Menagerie: Portraits of Exotic Animals in Eighteenth Century Europe*, John Paul Getyy Museum, 2007.

[68] Un ejemplo entre muchos otros GONZALEZ CLAVERAN, Virginia, *La expedición científica de Malaspina en Nueva España 1789-1794*, México, 1988. También, MALDONADO POLO, José Luis*, Las huellas de la razón. La expedición científica de Centroamérica (1795-1803)*, Madrid, CSIC, 2001.

69 BARATAY, Eric, y HARDOUIN-FUGIER, Elizabeth, *Zoo: a history of zoological gardens in the west*, Nueva York, 2004.

70 BELOZERSKAYA, Marina, *La jirafa de los Médici*, Barcelona, Gedisa, 2007.

71 FONTES DA COSTA, Palmira, «Secrecy, ostentation and the Illustration of Exotic Animals in Sixteenth Century Portugal», *Annals of Science*, 66, 1, 2009.

72 GAILLARD, Aurelia, «Bestiaire réel, bestiaire enchanté: les animaux a Versailles sous Louis XIV», en MAZOUEL, Charles, *L´animal au XVIIe siécle*, París, 2003; ROBBINS, Louise E., *Elephant slaves and and pampered parrots. Exotic animals in Eighteenth Century Paris*, The John Hopkins University Press, 2002; SENIOR, Matthew, «The menagerie and the labyrinthe: animals at Versailles 1662-1792», en FUDGE, Erica (coord.), *Renaissance Beasts*.

73 Véase las obras de Gómez Centurión cit. Supra. También, *Descripción del elefante, de su alimento, costumbres, enemigos e instintos*, Madrid, Imprenta de Andrés Ramírez, 1773.

74 GUERRINI, Anita, *Experimenting with human and animals : from Galen to animal rights*, The Joh Hopkins University, 2003. GUERRINI, Anita, «Natural History, Natural Philosophy and Animals», SENIOR, Matthew, *A cultural history*. HARRISON, Peter, «Reading vital signs: animals and the experimental philosophy», FUDGE, Erica (coord.), *Renaissance Beasts*. PERFETTI, Stefano, «Philosophers and Animals in the Renaissance», BOEHRER, Bruce, *A cultural history*. PINAULT SORENSEN, Madeleine, «Les animaux du roi: De Pieter Boel aux dessinateurs de l' Academie royale des Sciences», MAZOUEL, Charles, *op. Cit*.

75 ROBBINS, Louise E., *Elephant slaves*.

76 GARRIGA, Joseph, *Descripción del esqueleto de un quadrúpedo muy corpulento y raro que se conserva en el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1796.

77 PIMENTEL, Juan, *El rinoceronte*.

78 ROBBINS, Louise E., *op. Cit*. LEVACHER, M., «Les lieux communes dans l' Histoire naturelle de Buffon*», Dixhuitieme siecle*, 2010.

79 ENENKEL, K.A., y SMITH, P.J., «Introduction», *Early Moderrn Zoology*, p. 2.

80 PASTOUREAU, Michel, *Una historia simbólica de la Edad Media Occidental,* , pp. 27-30.

81 SANZ DAROCA, Cosme, *Las respuestas religiosas ante las plagas del campo en la España del siglo XVII*, Madrid, UNED, 2008, Tesis doctoral inédita.

82 THOMAS, Keith, *Man and the natural World*, pp. 17ss.

83 RODRÍGUEZ PARDO, José Manuel, *El alma de los brutos en el entorno del padre Feijoo*, Oviedo, Pentalfa Ediciones, 2008.

84 WOLLOCH, Nathaniel, *Subjugated animals. Animals and Anhtopocentrism in Early Modern European Culture*, Nueva York, 2006. También, FUDGE, Erika, *Brutal Reasoning: Animals, Rationality and Humanity in Early Modern England* , Ithaca, Cornell University Press, 2006. FUDGE, Erika, WISEMAN, Susan, y GILBERT, Ruth, *At the Borders of the Human: Beasts, Bodies and Natural Philosophy in the Early Modern Period*, Basingstoke, Macmillan, 1999, paperback reprint, 2002. PERFETTI, Stephano, «Philosophers and Animals in the Renaissance», BOEHRER, Bruce, *A cultural history*. SENIOR, Matthew «The Souls of Men and Beasts, 1637-1764», SENIOR, Matthew, *A cultural history*.

85 SMETS, Ann, «Medieval Hunting», RESL, Brigitte (ed.), *A cultural history of animals in the Medieval Age*, Oxford, Berg Publishers, 2007. Para la época modena, BERGMAN,

Charles, «Hunting Rites and Animals Rights in the Renaissance», en BOEHRER, Bruce, *A cultural history*; y SALVADORI, Philippe, «Hunting and the Ancien Régime », en SENIOR, Matthew, *A cultural history*. Un planteamiento más amplio sobre el exterminio de animales en ANIMAL STUDIES GROUP, *Killing animals*, University of Illinois Press, 2006.

86 DONALD HUGHES, J., «Hunting in the Ancient Mediterranean World», KALOF, Linda (ed.), *A cultural History of Animals in Antiquity*, Oxford, Berg Publishers, 2007, pp. 60-61.

87 ORNELLAS, Kevin de, *Tropping the horses in Early Modern English culture and literature*, 2009. ROCHE, Daniel, «Les Chevaux au 18e siécle», *Dixhuitieme siécle*, 2010.

88 Hay mucha literatura sobre animales domésticos en la Edad Moderna. Por no citar más que algunos títulos, Juan Bautista Zamarro, *Conocimiento de las catorce aves menores de jaula* (Madrid, 1775), Luis Pérez, *Del can, del caballo y de sus cualidades* (1568), Carlo, *Anatomia del caballo* (Bolonia, 1618).

89 DARNTON, Robert, op. cit. Auque ya los encontramos como mascotas en la Edad Media; JONES, Malcolm H., « Cats and Cat-skinning in Late Medieval Art and Life », HARTMANN, Sieglinde (ed*.), Fauna and flora in the Middle Ages*, Francfurt, 2007.

90 LARUE, Renan, «Le végétarisme dans l´oeuvre de Voltaire», *Dixhuitieme siécle*, 2010.

91 Sobre esta evolución, THOMAS, Keith, *Man and the Natural World*.

92 SERNA, Pierre, «Droits d´humanité, droits d´animalité à la fin du 18e siécle», *Dixhuitieme siécle*, 2010.

93 ROBBINS, Elizabeth, *Elephant slaves*.

Los animales en la religión griega antigua: las serpientes

Joaquín Ritoré Ponce
Universidad de Cádiz

Para los griegos, los animales no son dioses, sino instrumentos de los que se valen éstos para comunicarse con los hombres. Jenofonte lo explica con claridad meridiana cuando se esfuerza por exculpar a Sócrates de la acusación de introducir dioses nuevos en la ciudad[1]. Sócrates, al proclamar que era guiado por un *demonio* interior no pretendía ampliar la nómina de los dioses del Estado, sino que aludía tan solo a una manifestación íntima y privada de los mismos dioses que todos reconocen, de igual modo que los que practican o creen en la adivinación saben que las aves que les salen al paso carecen en sí mismas de importancia y que actúan tan sólo como instrumento de los dioses. Sin embargo, a un lado y otro de esta posición sensata, hay «locos» que caen en la impiedad o en la zoolatría:

> Hay locos que no respetan ni los templos ni los altares ni nada de lo relacionado con los dioses, y otros que adoran las piedras y toda clase de árboles y animales.[2]

El texto de Jenofonte fija los límites del orden animal (y del vegetal e incluso de la materia inanimada) en el universo religioso de los griegos. No obstante, el pulcro racionalismo socrático que destila, radicalmente antropocéntrico, puede llevar a engaño sobre la verdadera importancia que tienen los animales en la religión griega, más allá de sus cualidades mánticas o de su condición de ofrenda en los sacrificios. A ellos, por otro lado, ni el propio Sócrates les fue ajeno en momentos decisivos de su vida: su último

pensamiento fue para recordarle a Fedón su deuda de un gallo con Asclepio.[3] En clave platónica, con la fuerte carga teológica del «platonismo medio» del siglo I, Plutarco no otorga un papel distinto a los animales, pero ofrece una perspectiva más positiva subrayando que, por su condición «animada», éstos son un reflejo privilegiado de la divinidad:

> Pues bien, si precisamente los más célebres de los filósofos, al ver en los objetos inanimados e incorpóreos un enigma de lo divino, estimaron justo no despreocuparse en absoluto de ellos ni despreciarlos, todavía más, pienso, hay que amar las peculiaridades existentes en las naturalezas que tienen capacidad de percepción y tienen alma, susceptibilidad y carácter, porque se honra no a esos animales, sino lo divino a través de ellos, al considerarlos su más claro espejo y también por naturaleza.[4]

Plutarco, en una época en la que la religión antropomórfica tradicional ha evolucionado a un alto nivel de espiritualidad, justifica, sin asomo de zoolatría y dentro de las coordenadas del platonismo, lo que es un hecho indiscutible para cualquier conocedor de la religión griega: el papel central que los animales desempeñan dentro de ella. Los animales no son dioses, pero se encuentran en el centro de la religión desde sus más remotos orígenes, según puede constatarse fácilmente en la práctica ritual (el culto) y en el aparato narrativo que la acompaña y explica (el mito, tanto en sus plasmaciones literarias como en las figurativas). En el primer aspecto, el culto, el animal es el protagonista habitual, en cuanto ofrenda, de un ritual central como el sacrificio, hasta el punto de que el tipo de animal (especie, raza, rasgos físicos) y el procedimiento seguido para darle muerte (actitud del sacerdote, hora del sacrificio, etc.) han sido explicados dentro de la dicotomía entre los ámbitos olímpico y ctónico.[5] Los propios dioses, por otro lado, y sus ministros[6], tanto en el culto como en la literatura, suelen estar asociados con epítetos o denominaciones de tipo animal o interpretados como tales (por citar dos ejemplos clásicos, Atenea tiene «ojos o rostro de lechuza» –γλαυκῶπις–, mientras que la diosa Hera es la «soberana de ojos o rostro de vaca» –la βοῶπις πότνια Ηρη de *Ilíada* I 551–, animales que, por otro lado, se enumeran entre sus símbolos y atributos. En el ámbito propiamente mítico, donde los vemos en tantas actuaciones bien conocidas por todos, desde la Tifonomaquia hasta los mitos de ámbito más local, la asociación de los dioses con los animales por medio de epifanías, metamorfosis o revelaciones mánticas es constante, y tanto la literatura como las representaciones figurativas lo ilustran continuamente.

Aunque nunca podremos saber con certeza si todos estos testimonios revelan la existencia de un verdadera zoolatría en el segundo milenio o, al menos, de un papel más decisivo de las epifanías zoomórficas de los dioses micénicos –las tablillas no ofrecen ningún dato definitivo–, es evidente que éstas se dieron y que dioses y animales estaban estrechamente asociados en la religión primitiva tanto en el mundo minoico como en la posterior cultura de los grandes palacios.[7] De aquí, de este fondo ancestral que arranca desde el momento en que se encuentran los indoeuropeos que penetran en los Balcanes con las culturas existentes en la Hélade y en las islas del Egeo, surge una corriente que permea toda la religión griega posterior pese a su máscara antropomórfica. A pesar del enfoque neohumanista que ha querido ver en la religión griega el fruto de una «sublimación estética» que se plasmaría en sus dioses «humanizados», lo cierto es que basta con raspar un poco la corteza del culto y del mito para descubrir la vigencia de ese fondo «oscuro» que se «disfraza» de religión «olímpica» y en el que los animales son algo más que un simple auxiliar al servicio del dios.

Como se desprende del citado texto de Plutarco, los griegos admiraban en los animales su estatus de «criatura viva» (de ahí el término empleado para designarlos: τὰ ζῷα), en tanto que su condición de «irracionales» (ἄλογα) los alejaba, a ojos de los filósofos, de la naturaleza humana; pero este mismo carácter impredecible, esquivo, incontrolable, hizo que perviviera en el ámbito religioso la fascinación por su misterio y su estrecha asociación con la divinidad. Aunque las Erinias, las garantes del orden universal, callaran para siempre a los caballos de Aquiles, pues no corresponde a los animales el empleo del lenguaje articulado, igualmente significativo es subrayar cómo una divinidad como Hera puede utilizarlos para revelarle su destino al hijo de Peleo cuando se dirige a los muros de Troya para vengar a Patroclo:

> ...pues nosotros podríamos correr
> con el soplo de Céfiro a porfía,
> del que se afirma que es el más ligero;
> pero para ti mismo está fijado
> por el destino que domado seas
> con fuerza por un dios y por un hombre.»
> Después de hablar así, precisamente,
> con claridad y fuerza,
> las Erinias la voz le retuvieron [...][8]

En la religión griega, los animales (τὰ ζῷα, τὰ θηρία), más allá del mero simbolismo y a pesar de la antropomorfización de todo lo divino, son una presencia activa y central y, en cuanto pervivencia de tiempos pretéritos, revelan la vigencia de fuerzas divinas ancestrales que sólo a duras penas quedan enmascaradas por los dioses olímpicos. Para Liliane Bodson, probablemente la máxima autoridad en la materia,[9] los griegos integran plenamente a los animales en el ámbito de lo sagrado (τὰ ἱερά) y su presencia, aunque carecen de estatuto divino (al menos en el período histórico), supone una pervivencia del naturalismo religioso en su doble papel de intermediarios habituales entre dioses y hombres y de «receptáculo sagrado» que pone al hombre en contacto con la divinidad: de fuerza divinas en sí mismas han pasado a ser mediadores y depositarios de lo sagrado.

Prácticamente todos los grandes órdenes del reino animal, cada uno con sus peculiaridades, está suficientemente representado en la religión griega: mamíferos, aves, reptiles, insectos, incluso los peces y otras bestias acuáticas entran con mayor o menor frecuencia en el concepto de «animal sagrado» (ἱερὸν ζῷον). Ahora bien, el espacio vital que ocupan (el cielo o el seno de la tierra, territorio fronterizo entre dioses y hombres) convierte a animales como las aves y algunos reptiles, en particular las serpientes, en criaturas ideales para la epifanía divina y para el contacto del hombre con lo sagrado. El papel de las aves queda bien patente en su protagonismo absoluto en el ámbito de la mántica, como nos ilustran tantos ejemplos históricos y literarios. Pero en esta ocasión, para el recorrido que ahora iniciamos por la religión y, en general, por la cultura griega, hemos optado por centrarnos en las serpientes. Para empezar, como hemos apuntado, por el ámbito fronterizo en el que viven: la tierra, de la que nacen y a la que, de algún modo, encarnan. Esto las convierte en uno de los animales más estudiados tanto desde la perspectiva biológica como desde la religiosa o antropológica. A ello se suman dos razones de peso. En primer lugar, la serpiente es uno de los animales cuya imagen ha sufrido un cambio más radical en la cultura europea desde la Antigüedad a nuestros días: de animal divino a personificación de la maldad y trasunto del Diablo. Esto la convierte en una criatura particularmente fascinante.[10] Por otro lado, la serpiente ilustra como ningún otro animal la pervivencia en Grecia, más allá del ropaje del mito, de esa corriente religiosa subterránea que se remonta al naturalismo del mundo egeo del segundo milenio.

Para nuestro recorrido por los textos y la iconografía seguimos muy de cerca el esquema que proporciona Bodson en sus citados Ἱερὰ ζῷα:[11] comenzamos por la condición de animal terrible e impredecible, a menudo

letal para el ser humano, y seguimos con las serpientes «benéficas» y las serpientes integradas en las distintas vertientes del culto: los cultos tutelares (en Atenas particularmente), los grandes centros de sanación y el mundo de la adivinación.

1. SERPIENTES TERRIBLES

La serpiente posee en Grecia un estatuto ambiguo: se trata de un animal que es, al mismo tiempo, terrorífico y beneficioso, letal y fecundo. Pero esta ambigüedad nace del miedo ancestral que le produce al ser humano su presencia en todos los tiempos y en todas las culturas. El habitante del bosque mediterráneo convive con ella desde tiempos remotos y es plenamente consciente del peligro que comporta. De hecho, el conocimiento acumulado a lo largo de los siglos se concretó en numerosos tratados sobre las precauciones que había que adoptar ante ella y, en caso de mordedura, de los posibles remedios para su tratamiento. Bajo el nombre de Nicandro de Colofón hemos conservado dos de ellos del siglo II a.C.[12] Por otro lado, los autores que se ocupan de la etología animal recogen invariablemente su reputación de criatura perversa, vil y pérfida (κακόν, ἀνελεύθερον, ἐπίβουλα). Eliano, por ejemplo, la compara a este respecto con la comadreja, mientras que Aristóteles describe su carácter, dentro de una larga enumeración, en estos términos:

> También los animales presentan las siguientes diferencias relativas al carácter. En efecto, unos son mansos, indolentes y nada reacios, como el buey; otros son irascibles, obstinados y estúpidos, como el jabalí; otros prudentes y tímidos, como el ciervo y la liebre; otros viles y pérfidos, como las serpientes (τὰ δὲ ἀνελεύθερα καὶ ἐπίβουλα, οἷον οἱ ὄφεις); otros nobles, bravos y bien nacidos, como el león; otros de buena raza, salvajes y pérfidos, como el lobo.[13]

En las grandes obras de la literatura griega son frecuentes la apariciones repentinas de serpientes con consecuencias fatales. Pero para nuestro propósito actual, por retratar fielmente la concepción popular que de ellas se tenía, son particularmente interesantes los símiles que subrayan lo súbito y ominoso de estas apariciones. Esquilo, por ejemplo, en los *Siete contra Tebas*,

presenta al enfurecido Tideo ante las puertas de Preto como una serpiente que silba al mediodía:

> Tideo, ya ante las puertas de Preto ruge, mas no le deja atravesar el cauce del Ismeno el adivino, pues no le son favorable las víctimas sacrificiales. Pero Tideo, fuera de sí y ansioso de batalla, grita cual serpiente con silbidos en pleno mediodía […][14]

Y en la *Ilíada*, el terror que siente Paris ante la súbita aparición de su enemigo, el Atrida Menelao, es semejante al del hombre que se topa con una serpiente en su camino:

> ...Y como ocurre
> cuando uno en las quebradas de algún monte
> ve una serpiente y hacia atrás de un salto
> de ella se retira, y de sus miembros
> un temblor por abajo se apodera
> y hacia atrás se dirige en retirada
> y palidez le toma en sus mejillas,
> de nuevo, así, metióse entre la tropa
> de arrogantes troyanos
> el deiforme Alejandro,
> ante el hijo de Atreo, temeroso.[15]

El ataque repentino de una serpiente protagoniza numerosos episodios de la mitología griega, desde algunos tan conocidos como el de la muerte de la dríade Eurídice cuando, según el relato de Virgilio, huía de la persecución de Aristeo,[16] hasta otros más oscuros como la muerte de la esposa de Ésaco, que había interpretado para sus suegros, Príamo y Hécuba, el sueño del tizón encendido,[17] o la de Hiante, cuyas hermanas, las Pléyades, sufrieron el catasterismo por el dolor de su pérdida.[18] A veces se trata de leyendas locales que fundamentan un ritual o justifican la existencia de un lugar de culto. Éste es el caso, por ejemplo, de la sepultura de Épito, rey de la Arcadia fallecido, como Hiante, en una cacería, que se ubicaba en las inmediaciones del monte Celeno,[19] o el del cipresal sagrado que, según la descripción de Pausanias, rodeaba el templo de Zeus Nemeo, en la Argólide, justo en el lugar en el que Hipsípila dejó abandonado al niño Ofeltes para atender a los Siete que marchaban contra Tebas. Dada la importancia del acontecimiento, pues se trata

del mito fundacional de los Juegos Nemeos, el episodio del estrangulamiento del niño por la serpiente está muy bien representado en relieves y monedas (Fig. 1).[20]

Fig. 1. Muerte de Ofeltes-Arquémoro. Sarcófago corintio.

El clásico relato del niño atacado por la serpiente tiene en una ocasión un desenlace anómalo y es demostrativo, por el contrario, de la condición semidivina de la criatura atacada. Se trata del famoso episodio de la infancia de Heracles, profusamente representado en las artes y en la literatura de todas las épocas. Heracles agarra con sus manos las dos serpientes enviadas por Hera y, mientras que su hermano Íficles rompe a llorar, él las estrangula y se revela como hijo de Zeus. Un dios, por lo tanto, puede recurrir a este animal para buscar la perdición de un mortal, aunque en el caso de Heracles no lo consiga. Pero junto a la tentativa fracasada de Hera, el episodio más célebre de la mitología griega es, sin duda, gracias a la narración de Virgilio y al fabuloso grupo escultórico expuesto en los Museos Vaticanos, la muerte de Laocoonte y sus hijos ante los muros de Troya por las serpientes enviadas por Posidón.[21]

Por lo demás, las serpientes letales, en consonancia con su papel profético, pueden revelarse también en sueños para anunciar futuros crímenes y desgracias a personajes atormentados. Es el caso del sueño de Clitemnestra, que se

cumple en la acción vengadora del matricida Orestes, plenamente consciente, según Esquilo, de que el terrorífico animal que se le aparece a su madre en la pesadilla no es otro que él mismo:

> ¡Ea, suplico a esta Tierra y a la tumba de mi padre que este sueño tenga cumplimiento en mí! Lo interpreto de forma que todo concuerda: si esa serpiente, abandonando el mismo lugar que yo, fue envuelta entre pañales y rodeó con su boca el pecho que me crió y mezcló mi leche con un coágulo de sangre, y ella gritó de sufrimiento por este espanto, preciso es que muera violentamente, igual que ha criado a ese monstruo portentoso. Y yo, convertido en serpiente, la mato, como indica este sueño.[22]

En este caso concreto la serpiente letal no sólo se asocia a la profecía, sino a la justa venganza. Hay seres monstruosos, como Medusa, la Gorgona por excelencia, que la incorporan a su físico,[23] o su pariente la Hidra de Lerna,[24] pero en el caso de las terribles Erinias, las serpientes que blanden y las que penden de sus cabezas, también se relacionan con la furia vengadora de los crímenes cometidos en el seno de la familia. La Pitia délfica tiene ocasión de contemplarlas junto al sagrado *omphalós* cuando vienen a pedirle cuentas a Orestes por el matricidio:

> Yo penetro en la cámara interior coronada de guirnaldas y veo sobre el *ombligo*[25] a un hombre impuro para los dioses, sentado en actitud de suplicante, goteando sangre de sus manos y sosteniendo una espada recién sacada de la herida [...] Mas delante del hombre duerme una extraña tropa de mujeres sentadas en tronos. No, no digo mujeres, sino Gorgonas. Mas tampoco puedo compararlas a las imágenes de Gorgonas que he visto pintadas llevándose la comida de Fineo. Éstas, a la vista, carecen de alas, mas son negras, absolutamente repugnantes y roncan con resoplidos no fingidos, y de sus ojos destilan un líquido odioso.[26]

En consonancia con el mito y a medio camino entre la leyenda y la descripción geográfica, la historiografía recoge noticias de serpientes terribles que se hallan en lugares remotos. La hipérbole y la mitificación no ocultan la constatación de la existencia de ofidios muy diferentes de los que se pueden encontrar en las tierras de Grecia. Tal es el caso de las noticias de Heródoto sobre las enormes serpientes libias[27] o sobre las «serpientes aladas» de Arabia,

que cumplen, por cierto, la muy tradicional función de custodios de un tesoro, en este caso del incienso:

> Lo cogen [el incienso] sahumando ese bálsamo, pues los árboles que producen el incienso en cuestión los custodian unas serpientes aladas —alrededor de cada árbol hay gran cantidad de ellas—, de pequeño tamaño y de piel moteada (se trata de los mismos ofidios que invaden Egipto). Y no hay medio de alejarlas de los árboles si no es con el humo del estoraque.[28]

La vigilancia de un tesoro, de una fuente, de un lugar sagrado, es, en efecto, una de las funciones tradicionales de las serpientes terribles, al igual que los dragones, sus herederos directos, durante el Medievo[29]. El mismo reptil que da muerte a Ofeltes está asociado a la fuente y al bosquecillo en que se ubica el santuario de Zeus en Nemea. Los objetos más preciados están vinculados a la custodia de un ser terrible, generalmente una serpiente, cuya derrota, por otro lado, es la prueba que ha de superar el héroe para hacerse con el botín. Es el caso, por ejemplo, de la serpiente que custodia las manzanas de oro de las Hespérides, aunque el desenlace no sea cruento.[30] Sí lo es, en cambio, el sacrificio del reptil que custodiaba la fuente de Ares en Beocia, cuyos dientes hubo de sembrar Cadmo para que nacieran de la tierra los ancestros de la estirpe de los tebanos.[31]

Ambos episodios, el de Heracles y el de Cadmo, están abundantemente recogidos por la iconografía y por la literatura. Más singular es, por el contrario, el caso del Vellocino de Oro. Eurípides nos informa de la existencia de una serpiente monstruosa que custodiaba el Vellocino, para cuya derrota fue necesaria la actuación decisiva de Medea, algo que concuerda con los datos de la cerámica.[32] Pero una vez más la cerámica (una pieza ateniense de figuras rojas) nos proporciona una variante del mito, ausente de las fuentes literarias, según la cual Jasón habría sido engullido (¿y regurgitado después?) por el monstruo (figs. 2 y 3).[33]

Sin embargo, la más famosa de las serpientes guardianas era la que vigilaba el oráculo de la Tierra junto a la fuente Castalia antes de la llegada de Apolo y de la trasformación de éste en Señor de Pito/Delfos. A pesar de que el «teólogo» Esquilo se demora en explicar que la sucesión en el trono délfico fue pacífica,[34] tanto el *Himno a Apolo* como Eurípides recogen la versión tradicional: la muerte del monstruo por las flechas del dios. El *Himno a Apolo* nos lo describe como un «azote cruento» para los hombres y animales del

Figs. 2 y 3. Dos versiones de un mito: Jasón se hace con el Vellocino de Oro, custodiado por la serpiente; y Jasón en las fauces de la serpiente a los pies del Vellocino y en presencia de Atenea.

entorno que el dios, en una clásica intervención benefactora y civilizadora, se encarga de conjurar con sus dardos.[35] Eurípides, más sobrio, la mantiene en su papel tradicional de animal sagrado que tutela un santuario.

> […]Allí la serpiente de moteado lomo, de color de vino, cubierta con sombrío laurel de buenas hojas por coraza, el monstruo portentoso de la Tierra, vigilaba el oráculo soterraño. Todavía un bebé, todavía palpitando en los brazos de tu madre querida lo mataste, oh Febo, y ascendiste al divino oráculo y ahora te sientas en áureo trípode, en el trono veraz, vaticinando para los mortales desde el fondo del templo vecino de la corriente de Castalia y ocupando un palacio que es el centro de la tierra.[36]

Esta serpiente tutelar de Pito esconde, no obstante, un significado más profundo. Lejos de ser una simple «guardiana», está estrechamente asociada a la práctica de la adivinación inspirada, de la que es, como veremos, en cuanto hija de la Tierra, su ministra suprema, y está asociada a un proceso sucesorio

muy revelador de un estado de cosas anterior a la llegada del dios olímpico, quien, por cierto, dada la magnitud de su crimen, hubo de someterse a un ritual catártico en el Valle del Tempe antes de tomar posesión del oráculo. Hay una corriente profunda y ancestral en la religión griega en la que la serpiente, más allá de su carácter letal o monstruoso, tiene un vínculo especial con los dioses y es un ser potencialmente benéfico para el ser humano.

2. SERPIENTES BENÉFICAS

Eurípides llama a la serpiente délfica «monstruo portentoso de la Tierra» y con ello constata la creencia generalizada en el carácter «ctónico» del animal. La serpiente es «nacida de la tierra» (γηγενής) y eso la convierte en el animal «autóctono» (αὐτόχθων) por excelencia. Hay razas enteras de hombres que entroncan con ella y, por medio de ella, con la propia tierra en la que viven, de la que son, en último término, sus hijos y herederos legítimos. Es el caso de los atenienses, a cuyo culto tutelar en el Erecteion nos referimos más adelante, o el de tantas otras estirpes célebres, como los *ophiogeneis* (ὀφιογενεῖς) de Parion;[37] e incluso surgen leyendas sobre el nacimiento prodigioso de personajes históricos como Alejandro, a quien alude burlonamente Luciano con ocasión de una visita al ágora de Pela:

> Era ella de Pela, región antaño próspera en época de los reyes de los macedonios, y ahora deprimida y con muy pocos habitantes. Viendo allí serpientes de gran tamaño, muy mansas y domesticadas hasta el punto de que podían ser criadas por mujeres y dormir con los niños, soportar que las pisaran, no irritarse si las apretaban, beber leche de una teta igual que los críos —se crían muchas serpientes de este estilo en la región, de donde procede el mito que se cuenta respecto de Olimpia, antaño verosímil, cuando engendró a Alejandro, tras dormir ella con una serpiente (δράκων) de esa naturaleza—, viendo eso, digo, van y compran una, la más bonita de las serpientes por unos pocos óbolos.[38]

En Grecia, serpiente es sinónimo de «autoctonía». Heródoto refiere un prodigio muy ilustrativo al respecto que tuvo lugar en Sardes poco antes de la derrota de Creso frente a los persas. Los suburbios de la ciudad se llenaron de serpientes y los caballos aprovecharon para abandonar sus pastos y darse

un festín de reptiles. A los telmesios no les pasó desapercibido el significado del portento:

> Mientras Creso se hacía estas previsiones, todos los suburbios de Sardes se llenaban de serpientes. Y a su aparición, lo caballos dejaban de pacer en sus pastizales y se lanzaban en su persecución para devorarlas. Creso, al verlo, creyó, como así era, que se trataba de un presagio... Los telmesios dieron la siguiente interpretación: era de esperar el ataque contra el territorio de Creso de un ejército extranjero, que, a su llegada, sometería a la población indígena, alegando que la serpiente es hija de la tierra (ὄφιν εἶναι γῆς παῖδα), y el caballo el enemigo que venía de fuera.[39]

Como «hija de la tierra», la serpiente no sólo está asociada a la muerte y a la oscuridad, sino a la vida, a la fecundidad y a la generación, y por ello es protectora no sólo de lugares sagrados, como los santuarios, los oráculos o las fuentes, sino del hogar en sentido estricto (esto es, como οἰκουρός) y, en sentido extenso, de toda la *polis*. Tan abundantes como las leyendas sobre serpientes infanticidas son las que nos muestran al animal defendiendo a una criatura hasta la muerte. Pausanias, por ejemplo, relata la historia del niño de Ofitea al que da muerte accidental su padre a pesar de la protección de una serpiente:

> Los nativos cuentan de ella lo siguiente: un hombre poderoso, sospechando una conspiración de enemigos contra su hijo pequeño, depositó al niño en un recipiente y lo escondió en un lugar de la región donde sabía que tendría la máxima seguridad. Un lobo atacó al niño, pero una serpiente se enroscó alrededor del recipiente y mantuvo una estricta vigilancia. Cuando llegó el padre del niño, pensando que la serpiente iba a atacar al niño, le disparó su jabalina y la mató, y con ella al niño. Informado por los pastores de que había dado muerte a la benefactora y guardiana de su hijo, hizo una gran pira para la serpiente y el niño en común. Dicen que el lugar se parece incluso hoy a una pira quemada, y por aquella serpiente dicen que la ciudad fue llamada Ofitea.[40]

Y en lo que respecta a las ciudades, Atenas, con la serpiente que habita la Acrópolis desde tiempos ancestrales y que huye en los prolegómenos de la batalla de Salamina (de lo que nos ocupamos más abajo) quizá sea el ejemplo más representativo, aunque Pausanias, una vez más, en su visita al santuario de Sosípolis («el Salvador de la Ciudad»), nos ofrece el relato del

«niño-serpiente», aparente encarnación de la tierra elea, que le planta cara a los invasores arcadios:

> Se dice también que, cuando los arcadios invadieron la Élide con su ejército y los eleos les hicieron frente, llegó una mujer a presencia de los estrategos eleos con un niño pequeño a su pecho, y les dijo que ella había dado a luz al niño y que obedeciendo a un sueño se lo daba para que luchara al lado de los eleos. Los magistrados pensaron que la mujer había dicho la verdad y colocaron al niño desnudo delante del ejército. Los arcadios atacaron y el niño entonces se convirtió en serpiente. Los arcadios quedaron confundidos ante el espectáculo, se dieron a la fuga y los eleos les atacaron, obtuvieron una victoria muy brillante y le pusieron al dios el nombre de Sosípolis; y en el lugar en el que les pareció que la serpiente se metía en la tierra después de la batalla construyeron el santuario. Con él decidieron venerar también a Ilitía, porque esta diosa había traído al niño entre los hombres.[41]

La relación entre hombre y serpiente –y entramos ya en un terreno humorístico– puede devenir en zoofilia (más bien «antropofilia», pues la iniciativa corresponde al animal) si hemos de creer las numerosas anécdotas al respecto que nos cuentan autores como Claudio Eliano, entre ellas la del pastor Alevas o la de la joven judía:

> En la tierra llamada Judea o Idumea, los habitantes, del tiempo del rey Herodes, contaban que una serpiente de tamaño descomunal dispensaba su amor a una atractiva muchacha. La serpiente solía visitarla y, presa de un encendido amor, dormía con ella. Pero la muchacha no se sentía tranquila, a pesar de que la serpiente se deslizaba con toda la suavidad y amabilidad de que era capaz. En consecuencia, escapó de ella y estuvo ausente un mes, creyendo que la serpiente, a causa de la ausencia de su amada, la olvidaría. Pero la soledad exacerbó la pasión del reptil, y todos los días y todas las noches visitaba la mansión. Como no encontraba al objeto de su pasión, experimentaba la misma aflicción que un amante decepcionado. Cuando regresó de nuevo, llegó la serpiente y se enroscó con el resto de su cuerpo en la muchacha, mientras con la cola daba golpecitos en las piernas de la amada, queriendo expresar, quizás, de este modo, su sentimiento por verse desdeñada.[42]

En general, y dejando de lado leyendas extravagantes, la serpiente es fuente de influjos salutíferos y es depositaria, para los griegos, de virtudes apotropaicas.

De ahí que sea un animal muy representado en los escudos[43]. Dos de los objetos defensivos más célebres de la mitología griega tienen incorporadas a las serpientes. Se trata de la «égida» (αἰγίς), la coraza que portan el propio Zeus o su hija Atenea (y Apolo en alguna ocasión), de la que cuelgan unas serpientes características a modo de flecos, y del «gorgoneion» (γοργόνειον), la cabeza de Medusa, que mantiene intacta su capacidad para petrificar de espanto al adversario. También es Atenea la que suele llevarla sobre la égida, y es habitual encontrarla como amuleto apotropaico en edificios y personas.[44]

3. SERPIENTES EN EL CULTO

La importancia de la serpiente como animal «ctónico» por excelencia y encarnación visible de la tierra también queda de manifiesto en el culto. El reptil sigue ocupando un lugar central en numerosas festividades locales e internacionales de gran antigüedad a pesar del «ropaje olímpico». Un ejemplo muy representativo, por su carácter panhelénico y su singular arcaísmo, es el de las Tesmoforias. Su celebración, en el mes ateniense de Pianopsión (octubre-noviembre), tiene lugar en honor de las dos grandes diosas vinculadas a la fecundidad de la tierra, Deméter y Perséfone, cuyo rapto al Hades y su retorno cíclico a la luz, cargada de frutos, se conmemora, garantizando de este modo la continuidad del ciclo de la vida. Es natural que en un culto agrario de fecundidad, que por lo demás posee rasgos tan singulares como su carácter reservado a la mujeres, la serpiente, heredera de tiempos pretéritos, desempeñe un papel tan importante. Forma parte del ritual, en efecto, el singular sacrificio de unos lechones, cuyos despojos eran depositados por mujeres, junto con unos pastelillos en forma de serpiente y de falos, en unos agujeros habitados por serpientes. En el segundo día de la celebración, unas mujeres descendían a las grutas, espantaban a las serpientes con ruidos y recogían los despojos restantes para consagrarlos en un altar.[45]

En el ámbito local, el caso más representativo de toda la Hélade es desde luego el ateniense. Es bien conocido que los atenienses llevaban muy a gala su «autoctonía» y que ésta venía ilustrada por los mitos de sus reyes fundadores, previos al «sinecismo» de las aldeas primitivas, que se le atribuye ya a Teseo. Tanto Cécrope, el rey primordial, como Erictonio, su sucesor, son figuras mixtas de hombre y de serpiente: unánimente en el caso del primero, por haber nacido directamente de la tierra, o con distintas versiones, en el caso del

segundo. En efecto, Erictonio, nacido de la tierra y del semen derramado por Hefesto en su efervescencia erótica por Atenea, fue introducido por la diosa en un cesto que se le confió a las hijas de Cécrope. Éstas quedaron espantadas ante el espectáculo que vieron cuando, vencidas por la curiosidad, abrieron el canasto: un niño custodiado por dos serpientes según algunos o, según otros, un niño de naturaleza mixta como el propio Cécrope. Lo cierto es que las jóvenes enloquecieron y se arrojaron desde la Acrópolis y la serpiente vino a refugiarse bajo el escudo de la diosa. Se trata de un motivo recurrente en la cerámica del Ática, mientras que la presencia de la serpiente bajo el escudo de la diosa «protectora de la ciudad» (πολιοῦχος) quedó plasmada por Fidias en la célebre estatua crisoelefantina albergada en el Partenón:

> La imagen está hecha de marfil y oro. En medio del casco hay una figura de la Esfinge, y a uno y otro lado del yelmo hay grifos esculpidos en relieve... La estatua de Atenea es de pie con manto hasta los pies, y en su pecho tiene insertada la cabeza de Medusa de marfil; tiene una Nike de aproximadamente cuatro codos y en la mano una lanza; hay un escudo junto a sus pies y cerca de la lanza una serpiente; esta serpiente podría ser Erictonio. En la base de la estatua está esculpido el nacimiento de Pandora.[46]

Esta serpiente que «podría ser Erictonio» constituye el certificado de autoctonía de los atenienses. Erictonio, «el muy de la tierra»,[47] es de algún modo el ateniense primordial, y un conocido texto de Eurípides se refiere a la costumbre ateniense de obsequiar a sus hijos con una serpiente de oro:

> […]Erictonio, nacido de la tierra. En efecto, la hija de Zeus dispuso como guardianes de éste dos serpientes y se lo confió a las doncellas de Aglauro para que lo salvaran; por ello tienen allí los Erecteidas la costumbre de criar a sus hijos con serpientes de oro.[48]

La serpiente es, por otro lado, la guardiana de la Acrópolis y, por extensión, de la *polis*. Es la misma serpiente que, según Heródoto y Plutarco, desempeñó un papel decisivo para que los atenienses abandonaran la ciudad en los días previos a la batalla de Salamina:

> Todos los aliados, pues, pusieron rumbo a Salamina, en tanto que los atenienses se dirigieron a su propia ciudad. Y, a su llegada, lanzaron un bando

> según el cual cada ateniense debía poner a salvo a sus hijos y a sus familiares donde pudiera. Y por cierto que se apresuraron a evacuarlos al objeto de obedecer al oráculo y, muy en especial, por el siguiente motivo: los atenienses aseguran que, en el interior del santuario, vive una gran serpiente en calidad de guardiana de la Acrópolis; eso es lo que aseguran y, es más, todos los meses le hacen entrega de una ofrenda, como si realmente existiese (la ofrenda mensual consiste en una torta de miel). Pues bien, esa torta de miel, que hasta entonces había sido consumida siempre, quedó a la sazón intacta. Cuando la sacerdotisa informó de lo ocurrido, los atenienses abandonaron la ciudad con mucho mayor empeño todavía, convencidos de que también la diosa había dejado la Acrópolis. Y, tras haberlo puesto todo a salvo, zarparon para reunirse con la flota.[49]

Los atenienses le siguen llevando ofrendas a su hogar, el Erecteion, años después[50], y su culto pervive hasta el final del mundo antiguo, según atestigua Filóstrato siete siglos más tarde.[51] La serpiente y la diosa, por lo tanto, están absolutamente unidas desde la perspectiva de un ateniense. En los acontecimientos narrados por Heródoto, la huida de la primera implicaba la de la segunda, por lo que la ciudad quedaba desprotegida y se imponía la evacuación. Como acertadamente ha sugerido Bodson, esta íntima vinculación entre el animal ctónico y la diosa olímpica sería una prueba del sincretismo entre el componente egeo y el helénico: la serpiente prehelénica permanece en la Acrópolis a pesar de los nuevos inquilinos, de un modo semejante a la pervivencia de la mántica ctónica de Delfos que, tras la muerte de la Pitón, pasa a ser regulada por los sacerdotes de Apolo.

4. SERPIENTES SANADORAS

En la religión griega, el culto a la serpiente está estrechamente unido a su papel como animal con virtudes terapéuticas derivadas de su origen ctónico. Tenemos testimonios de la existencia por toda la Hélade de un culto a démones «filantrópicos» y sanadores que, con independencia de su nombre, adoptan forma de serpiente. Universalmente conocido, por la pervivencia de su iconografía –la serpiente enroscada– en la medicina actual, es el caso del dios-héroe sanador por excelencia: Asclepio, cuyo santuario más importante se encontraba, como es bien sabido, en Epidauro.

Nos encontramos, una vez más, ante la asociación estrecha entre un héroe mítico y los rasgos arcaicos de un culto ancestral en el que, como se ha señalado, el dios sanador habría sido originalmente la propia serpiente.[52] La superposición del nuevo señor del santuario, el hijo de Apolo y Corónide,[53] sobre el culto antiguo la habría convertido en una simple auxiliar. En un primer momento la serpiente, dios zoomórfico, habría adquirido ante los fieles la condición de sanadora por determinados rasgos físicos asociados con las curaciones: la agudeza visual que se le atribuye, la capacidad de regenerar su piel, la producción de veneno (siendo la muerte que ocasiona la otra cara de la moneda), etc. De hecho, en las propias prácticas terapéuticas que se realizaban en el santuario, la serpiente habría tenido sin duda un papel activo –por medio del contacto de su piel o de su lengua– y nos consta que, en estrecha relación con el carácter ctónico del culto, ni siquiera durante el período clásico dejó de practicarse el método de la incubación[54] para emitir los diagnósticos, al igual que, como vamos a ver, en el oráculo de Trofonio en Lebadea de Beocia.

Mucho menos conocido, pero no por ello menos interesante para lo que aquí nos toca, es el caso del culto a Zeus Miliquio (Ζεὺς Μειλίχιος), atestiguado por las estelas votivas de El Pireo en las se puede contemplar al grupo de fieles en actitud orante ante una enorme serpiente que se alza apoyada sobre sus anillos (*fig. 4*). La cuestión ha sido estudiada en profundidad en trabajos clásicos de Jane Harrison y Picard,[55] en particular la sorprendente asociación entre el reptil y el soberano de los dioses. El apelativo de «Μειλίχιος», esto es, «propicio» o «afable», al igual que otros afines como «Κτήσιος» o «Φίλιος» –en relación las riquezas o la filantropía– alude a la vertiente cúltica de Zeus como dispensador de riquezas, de fecundidad y de salud, esto es, en a su faceta de «Zeus Ctónico» en la que se viene a identificarse con su hermano Hades-Plutón (el «Rico»).

Fig. 4. Estela de Zeus Miliquio. El Pireo, Atenas, siglo IV a.C.

Con los matices de cada cual, ya se trate de un antiguo demon ctónico al que los atenienses se propiciaban por medio de rituales (Harrison) o de un demon agrario vinculado con las necrópolis (Picard), el culto primitivo al genio de la fecundidad se reviste de un disfraz olímpico que en este caso se ve traicionado por la iconografía. Una vez más, fusión de lo antiguo con lo nuevo.

5. SERPIENTES ORACULARES

Ya hemos tenido ocasión de comprobar el papel oracular de la serpiente en determinadas circunstancias históricas: en el caso del festín de los caballos en los suburbios de Sardes, donde son un instrumento al servicio de los dioses que anuncian una derrota inminente, y en el caso de la evacuación de Atenas, como trasunto de la diosa que anima a sus conciudadanos a seguir el mismo camino. Evidentemente, si la Tierra, en cuanto diosa, es el oráculo más arcano y venerable, la serpiente, su hija, su manifestación, su encarnación, preserva en sí misma ese poder profético. En virtud de este parentesco la gran Serpiente Pitón ejerce, como vimos, la función de guardiana del oráculo de la Tierra, de modo que Apolo, el dios recién llegado dios, ha de darle muerte al monstruo para tomar posesión del santuario. Este es, sin duda, el relato original, mientras que las explicaciones de Esquilo sobre una hipotética sucesión pacífica revelan más los postulados teológicos del autor que el sentido original del mito. La Tierra y la serpiente, guardiana del sitio, simbolizan una forma de adivinación inspirada que el nuevo clero apolíneo no va a suprimir, sino a regular por la vía del monopolio interpretativo. Según el relato de Eurípides en *Ifigenia entre los tauros*, tras la muerte de la serpiente, Gea y Apolo mantuvieron una disputa que zanjó Zeus personalmente en favor de su hijo:

> Cuando desalojó del oráculo divino de Pitón a Temis, hija de la tierra, Ctón engendró nocturnos fantasmas de sueños que iban a manifestar a muchos mortales el pasado, el presente y cuanto iba a suceder, durante el sueño, en las tenebrosas cavidades de la tierra. Así Gea quitó a Febo su prerrogativa de adivino encelada por su hija. Mas con rápido pie al Olimpo se encaminó el soberano y rodeó con su mano de niño el trono de Zeus, suplicando que quitara del templo pítico la ira de la diosa terrena. Y Zeus rió porque su hijo

> vino en seguida queriendo retener su lugar de culto, cargado de oro. Y agitó sus cabellos para que cesaran las nocturnas voces, y quitó a los mortales la veracidad de los sueños nocturnos, y devolvió a Loxias sus prerrogativas y a los mortales su confianza en los versos proféticos cantados en el trono acogedor de huéspedes visitado por muchos mortales.[56]

Si en Delfos el mito nos ha habla de una época remota en la que la serpiente fue el animal oracular, la mitología nos proporciona ejemplos ilustrativos de la intervención decisiva de las serpientes en momentos de singular importancia para transmitir un mensaje de los dioses. Junto con las aves, la serpiente es protagonista habitual de portentos con significado profético. En las costas de Áulide, un hecho prodigioso, según el relato homérico, le revela al adivino Calcante lo que los griegos podían esperar de su expedición a Troya:

> Una serpiente de encarnado lomo,
> espantosa, que echó, naturalmente,
> el propio dios olímpico a la luz,
> saltando de debajo del altar,
> al plátano lanzóse, en efecto.
> Y allí de un gorrión había crías,
> infelices polluelos, de una rama
> en lo más alto, bajo unas hojas
> agazapados, ocho,
> que hacían con la madre
> que los pariera un grupo de nueve...
> Y Calcante, al punto, después de eso,
> haciendo vaticinios, así hablaba:
> «...Así como esa sierpe devoró
> a los gorriatos y a la propia madre...
> así nosotros lucharemos
> a lo largo de otros tantos años,
> pero al décimo tomaremos
> la ciudad de anchas calles.[57]

Y junto al mito, tenemos constancia histórica del papel jugado por las serpientes en determinados santuarios en los que, a diferencia de Delfos, su presencia sigue siendo aún activa. Eliano nos transmite la interesante noticia sobre un oráculo de Apolo en el Epiro en el que habitan unas serpientes muy queridas por el dios a las que se alimenta con ofrendas de miel (μειλίγματα),

como a sus hermanas de las Tesmoforias, y a las que se le atribuye un parentesco con la Pitón délfica. En esta remota región del norte de Grecia, el patronazgo de Apolo no ha suprimido el papel desempeñado por las antiguas señoras del santuario, hasta el punto de que, según el testimonio de Eliano, su acción profética tenía lugar el día de la festividad principal del dios:

> Los epirotas y todos los extranjeros que se asientan en la región, hacen diversos sacrificios a Apolo, pero un día al año celebran en su honor la fiesta principal, fiesta solemne y magnífica. Hay un bosquecillo consagrado al dios y tiene un recinto circular, dentro del cual hay serpientes, que son animales predilectos del dios. Pues bien, la sacerdotisa, que es virgen, se acerca sola a ellas para llevarles comida. Dicen los epirotas que las serpientes son descendientes de la Pitón de Delfos. Si al presentarse ante ellas la sacerdotisa, la miran apaciblemente y aceptan gustosas los manjares, todos concuerdan en que presagian un año próspero y libre de enfermedades; pero si asustan a la sacerdotisa y rechazan los exquisitos manjares que ésta les ofrece (μειλίγματα), pronostican lo contrario de lo dicho, y los epirotas esperan que se cumpla.[58]

Pero por su trascendencia y su importancia panhelénica el oráculo de Trofonio en Lebadea es el que nos ofrece un ejemplo más claro del papel de la serpiente como animal ctónico y oracular. El santuario de Trofonio, situado en el corazón de Beocia, muy cerca de las estribaciones del monte Helicón, está emplazado, como Delfos, en un paraje privilegiado, entre ríos y montañas ricas en grutas naturales. En una de ellas, junto a Lebadea, cuenta la leyenda que los beocios, guiados por unas abejas, encontraron la tumba de Trofonio, el célebre arquitecto hijastro de Agamedes que, según el mito, fue tragado por la tierra tras haberle dado muerte a éste para evitar una delación y al que se le atribuía, entre otras construcciones prodigiosas, uno de los templos de Apolo en Delfos.[59]La tumba estaba guardada por dos serpientes a las que se les ofreció la clásica torta de miel para aplacarlas. Con ello se inaugura el ritual tradicional de los consultantes de uno de los más famosos oráculos en los que se practicaba, como en Epidauro, la oniromancia.

Este ritual, obviamente ctónico, comenzaba con el sacrificio de un carnero negro cuyas entrañas informaban al sacerdote si el consultante era aceptado. Si se daba este caso, dos muchachos acompañaban al consultante a purificarse en las aguas de un arroyo cercano, donde se le bañaba y frotaba con aceite. Tras beber de las fuentes de Olvido (Λήθη) y Memoria (Μνημοσύνη), bajaba con ayuda de una escala por la terrorífica abertura

de la tierra con la correspondiente torta de miel para encarar a los monstruos que lo esperaban: «démones, serpientes y otros reptiles» (δαίμονες, ὄφεις καὶ ἄλλα τινα ἑρπετά). Tras ser ascendido, el consultante, aturdido y maltrecho, revelaba sus visiones a los sacerdotes, que le daban la correspondiente interpretación. Puede afirmarse, por lo tanto, que en Lebadea, el hombre es puesto en contacto directo con las potencias subterráneas, sin la mediación de una pitia, y que la presencia inmediata, sin intermediarios, de la serpiente, encarnación de la tierra, nos trasmite una información preciosa sobre lo que tuvieron que ser las primitivas prácticas adivinatorias de los griegos del segundo milenio.

6. CONCLUSIONES

Las serpientes, terribles y benéficas a un tiempo y, junto con las aves, habitantes de un territorio fronterizo entre los dioses y los hombres (la tierra y el cielo, respectivamente), son uno de los ejemplos más claros de la importancia del animal en la religión griega antigua. Desde el período arcaico hasta el final de la época imperial, los animales que poseen la condición de ἱερά («sagrados») están presentes en todas las manifestaciones religiosas actuando como intermediarios entre los dioses y los hombres o siendo en sí mismos receptáculos de la potencia divina. En tanto que intermediarios, transmiten al ser humano la voluntad de los dioses y desempeñan por ello un papel esencial, entre otros ámbitos, en la adivinación. En tanto que receptáculos de la divinidad, aun carentes de la condición de dioses pueden actuar como vehículo de poderes que trascienden lo humano, como puede constatarse, en el caso de las serpientes, en el ámbito, por ejemplo, de la terapéutica.

Sin embargo, el repaso de los mitos y de las principales manifestaciones cultuales en las que las serpientes tienen un especial protagonismo, nos lleva a concluir que todos los indicios apuntan a que en una fase más primitiva de la religión griega, en el segundo milenio, es muy probable que el animal fuera en sí mismo un dios o una epifanía de la divinidad, y que en sus acciones filantrópicas actuara autónomamente, sin estar al servicio de ninguna divinidad antropomórfica. Así parecen sugerirlo casos como los de Deméter en las Tesmoforias, Zeus en su vertiente de «Rico», Atenea, Apolo, o personajes «semidivinos» como Asclepio o el propio Trofonio de Lebadea.

Pero la religión griega clásica es un *continuum* cuyos estratos se encuentran perfectamente integrados. Los mitos y los rituales demuestran la cohesión y la continuidad entre sus distintas facetas: entre el fondo ctónico y la religión olímpica de los Doce, que conviven dentro del mito y de los rituales a lo largo toda la Antigüedad. Y los animales, que se encuentran en el centro de la religión, constituyen una aspecto más de esa unidad, pues si su estatus se ha degradado al de servidores o incluso al de instrumentos de los dioses, su presencia activa y efectiva en multitud de santuarios y de rituales y el respeto y el temor que despiertan delata un fondo de creencias vivo que remonta tiempos ancestrales.

NOTAS

1 JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates* 1.1.1 ss.

2 JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates* 1.1.14 (trad. J. Zaragoza).

3 PLATÓN, *Fedón* 118b. El texto, no obstante, también se ha interpretado en tono irónico más que como una manifestación de piedad.

4 PLUTARCO, *Sobre Isis y Osiris* 76 (trad. Fr. Pordomingo Pardo).

5 GUTHRIE, W.K.C., *The Greek and Their Gods*, London, 1968 (1951).

6 PÍNDARO (*Pítica* IV 60), por ejemplo, se refiere a la Pitia como la «abeja de Delfos» (μελίσσα Δελφίδος).

7 Para el papel simbólico fundamental de las serpientes y las aves en el mundo minoico cf. NILSSON, M.P., *The Minoan-Mycenaean Religion and Its Survival in Greek Religion*, Lund, 1968.

8 *Ilíada* XIX 415-9 (trad. A. López Eire).

9 Entre la gran cantidad de trabajos que ha publicado sobre los animales en el mundo griego, su obra de referencia en el aspecto religioso es Ἱερὰ ζῷα. *Contribution a l'étude de la place de l'animal dans la religion grecque ancienne*, Bruxelles, 1978. La totalidad de su producción científica puede consultarse en *Zoologica Antiqua* en la siguiente URL: [http://promethee.philo.ulg.ac.be/zoologica/lbodson/bibl/]. Además de los trabajos de Bodson, para los animales en el mundo griego con carácter general remitimos al lector al recorrido cronológico y por autores que realiza Jacques Dumont (*Les animaux dans l'Antiquité grecque*, Paris, 2001), con abundante bibliografía general, por especies y por disciplinas, y al primer volumen de la reciente *A Cultural History of Animals*, Oxford, 2007, editada por Linda Kaloff y Brigitte Resl.

10 No podemos dejar de citar aquí otro trabajo de la profesora Bodson sobre el particular: «L'évolution du statut culturel du serpent dans le monde occidental de l'Antiquité à nous jours», en COURET, A. y Oge, F., *Histoire et animal,* Toulouse, 1989, pp. 525-548. Según su análisis, la imagen negativa de la serpiente en la cultura europea no queda suficientemente explicada por sus rasgos físicos o por la superposición de la tradición judía sobre la clásica. Son tres, en su opinión, los factores que explican el cambio de la percepción de este animal: la creación de una zoología fantástica sobre la serpiente en el mundo latino, sobre todo en la literatura; el abandono paulatino de la religión tradicional y, por lo tanto,

del papel benefactor tradicional del reptil; y, por último, el cristianismo, sobre todo la elaboración teológica del autor del *Apocalipsis* y de los Padres de la Iglesia, que identifican el reptil de *Génesis* 3.1. con Satán. Queda así expedito el camino para la sustitución de la tradicional serpiente por el fantástico «dragón» del Medievo.

11 BODSON, L., *op.cit.*, pp. 68-92.

12 Los Θηριακά y Ἀλεξιφάρμακα. Siglo II a.C.

13 ARISTÓTELES, *Historia de los animales* I 488 b (trad. C. García Gual). Cf. ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* IV 14 (trad. J.M. Díaz Regañón): «perverso (κακόν) animal es la comadreja, perverso también la serpiente».

14 ESQUILO, *Siete contra Tebas* 378 ss. (trad. E.A. Ramos Jurado).

15 *Ilíada* III 33-35 (trad. A. López Eire).

16 VIRGILIO, *Geórgicas* IV 454 ss. Cf. OVIDIO, *Metamorfosis* X 1-64.

17 El sueño anunciaba el nacimiento de Paris y la ruina de Troya. Ésaco era hijo de Príamo y Arisbe. OVIDIO cuenta que se arrojó al mar tras la muerte de su esposa por una mordedura de serpiente, y que Tetis, compadecida, lo convirtió en una especie de somormujo. Cf. Ovidio, *Metamorfosis* XI 763.

18 Hiante, hijo de Atlas y Pléyone, murió por la mordedura de una serpiente durante una cacería en Lidia. Cf. HIGINIO, *Fábulas* 192, 248, *Astrol. poét.* II 121; OVIDIO, *Fastos* V 181.

19 Cf. PAUSANIAS VIII 4. 4 y 7; 16. 2 ss. PÍNDARO, *Olímpica* VI46 ss.

20 Cf. PAUSANIAS II 2. Este Ofeltes, hijo de Licurgo, rey de Nemea, según un escolio a Píndaro, fue abandonado por su nodriza, Hipsípila, en el citado bosque en una fuente guardada por una serpiente. La nodriza pretendía indicarle a los Siete dónde podían proveerse de agua, pero olvidó el oráculo que prohibía no depositar al niño en el suelo antes de que pudiese andar. Anfiarao interpretó la muerte del niño como un mal presagio, por lo que le dio el nombre de Arquémoro, e instituyó en su honor los Juegos de Nemea.

21 El relato más conocido es el de VIRGILIO, *Eneida* II 199 ss.

22 ESQUILO, *Coéforas* 540-550 (trad. E.A. Ramos Jurado). Electra le había revelado a su hermano que Clitemnestra soñó que paría una serpiente y la envolvía en pañales, y que después la serpiente le succionó de su pecho un coágulo de sangre junto con la leche.

23 Uno de los motivos más representados en la historia del arte (Caravaggio, Rubens, Cellini y tantos otros) es el de la cabeza de Medusa, cubierta de serpientes, decapitada por Perseo.

24 Cf. HESÍODO, *Teogonía* 313 ss.

25 El *omphalós* délfico.

26 ESQUILO, *Euménides* 39 ss. (trad. E.A. Ramos Jurado).

27 Cf. HERÓDOTO IV 191.

28 HERÓDOTO III 107 (trad. C. Schrader). Son las mismas serpientes –en las que algunos han querido ver una mitificación de las plagas de langosta– que cada primavera, según también Heródoto, emprenden el vuelo a Egipto y son detenidas por las ibis. Cf. II 75.

29 Sobre la evolución de la serpiente griega, cuyo carácter monstruoso reside sólo en su tamaño, hasta el fabuloso dragón medieval cf. BODSON, L., «L'evolution…», citado en n. 10.

30 Algunas versiones ignoran la intervención de Atlas: Heracles derrota al dragón y se hace con las manzanas. El animal es catasterizado en la constelación de la Serpiente. Cf. ERATÓSTENES, *Catast*. 3 y 4; EURÍPIDES, *Heracles* 394-9; HESÍODO, 334-5.

31 PAUSANIAS (IX 10.5) identifica la fuente con la de Ares Ismenio. Cf. SÉNECA, *Edipo* 484 y *Hercules Furens* 334-5.

[32] EURÍPIDES, *Medea* 480-2 (trad. A. Melero Bellido): «la serpiente que custodiaba noche y día la piel de oro, abrazándola con tortuosos anillos, yo la maté, y alcé ante ti la luz de la salvación».

[33] Cf. Hard, R., *El gran libro de la mitología griega*, Madrid, 2008, p. 511.

[34] ESQUILO, *Euménides* 1-29. Según Esquilo, el oráculo habría pasado pacíficamente de la Tierra, su primera patrona, a su hija, la titánide Temis; ésta se lo habría traspasado a su hermana Febe; y Febe, finalmente, se lo habría regalado a Apolo en el momento de su nacimiento.

[35] *Himno a Apolo* 215 ss. El autor del himno culmina su relato con la interpretación etimológica de «Pito», el topónimo antiguo de Delfos, por el «pudrimiento» (*pythein*, πύθειν) del cadáver del monstruo bajo los rayos de Helios.

[36] EURÍPIDES, *Ifigenia entre los Tauros* 1235 ss. (trad. J.L. Calvo Martínez).

[37] Cf. ELIANO, *Historia de los animales* XII 39 (trad. J.M. Díaz Regañón): «Una divina serpiente de enorme tamaño se apareció a Halia, hija de Síbaris, cuando entraba en el soto de Artemis (el soto estaba en Frigia) y yació con ella. Y de esta unión surgieron los *ophiogeneis* (ὀφιογενεῖς) de la primera generación.»

[38] LUCIANO, *Alejandro o el falso profeta* 7 (trad. J.L. Navarro González).

[39] HERÓDOTO I 78.1-3 (trad. C. Schrader).

[40] PAUSANIAS X 33.9 (trad. M.C. Herrero Ingelmo). Para otra leyenda de corte parecido cf. ELIANO, *Varia historia* XII 46.

[41] PAUSANIAS VI 20.5 (trad. M.C. Herrero Ingelmo).

[42] ELIANO, *Historia de los animales* VI 7 (trad. J.M. Díaz Regañón). Para la historia del pastor Alevas cf. VIII 11.

[43] Cf. PAUSANIAS X 26.3.

[44] Véase la imagen de Atenea en la *fig. 4*.

[45] Bodson apunta la existencia de cultos semejantes como los Dioscuros en Laconia, Ártemis y Deméter en Licosura, Deméter Mélaina en Figalia. Cf. *Ἱερὰ ζῷα…*, p. 84.

[46] PAUSANIAS I 24.5-7 (trad. M.C. Herrero Ingelmo). Cf. PLUTARCO, *Vida de Pericles* 13-14.

[47] Parece la etimología más probable, con el prefijo intensivo *eri-*. No es verosímil que tenga que ver con «lana» (εἶρος, εἴριον).

[48] EURÍPIDES, *Ión* 21-26 (trad. J.L. Calvo Martínez).

[49] HERÓDOTO VIII 41.3-4 (trad. C. Schrader). Cf. PLUTARCO, *Vida de Temístocles* 10.12.

[50] Cf. ARISTÓFANES, *Lisístrata* 758-9. Son las mismas ofrendas de miel que recoge el texto anterior de Heródoto.

[51] FILÓSTRATO, *Imágenes* II 17.6 (trad. C. Miralles).

[52] Cf. L. BODSON, *Ἱερὰ ζῷα…*, pp. 86-88.

[53] Según algunas versiones, que no lo presentan como dios, habría sido fulminado por Zeus para preservar el orden natural dado que su extrema eficacia como médico lo había llevado a practicar resurrecciones.

[54] El paciente dormía en el suelo del templo –en contacto directo con la tierra– y, de acuerdo con un estricto ritual, explicaba a los sacerdotes los sueños que había tenido. Era fundamental para el diagnóstico y la curación.

55 Cf. HARRISON, J.E., *Prolegomena to the Study of Greek Religion*, London, 1991 (1922); Picard, C.H., «Sanctuaires, répresentations et symboles des Zeus Meilichios» *Revue de l'Histoire des Religions* 126 (1943) 97-127.

56 EURÍPIDES, *Ifigenia entre los tauros* 1260-1284 (trad. J.L. Calvo Martínez).

57 *Ilíada* II 308-330 (trad. A. López Eire).

58 Eliano, *Historia de los animales* XI 2 (trad. J.M. Díaz Regañón).

59 Agamedes, célebre arquitecto también, había participado con Trofonio en un el hurto de los tesoros del rey Hirieo. Agamedes fue capturado con una red tendida por Dédalo, y Trofonio, para impedir que lo delatase, lo decapitó. Según otras versiones fue el propio Apolo el que mató a ambos, a Agamedes y a Trofonio, como pago por la construcción de su templo, pues la muerte es la mayor recompensa que la divinidad puede conceder al hombre.

Representaciones zoomórficas en la moneda antigua del Círculo del estrecho

Elena Moreno Pulido
Universidad de Cádiz

1. INTRODUCCIÓN

La intención de este trabajo es plantear muy brevemente el estudio de las representaciones iconográficas de animales en la moneda circulante desde el III a. C. hasta el I d. C. en la amplia zona geográfico cultural conocida como el Círculo del Estrecho.

En este sentido, se intentará huir de la dicotomía defendida en múltiples trabajos que presuponen que el significado de los símbolos utilizados en la moneda deben tener o bien un contenido religioso o bien uno económico. El estudio de la iconografía monetaria del Círculo del Estrecho y en particular de sus representaciones animales demostrará que no sólo es posible la conciliación de estos dos significados aparentemente contrarios, sino que éstos se enriquecen mutuamente si ambos se concuerdan en un estudio iconológico amplio. Más aún, el desciframiento de la iconografía zoomórfica de esta zona nos llevará a plantearnos cuestiones tan interesantes tales como: la percepción del mundo animal en la antigüedad, con qué fines se utilizaba su imagen, qué contenido ideológico, político, económico y cultural contienen estas imágenes, qué historias nos cuentan acerca de las comunidades que utilizaron a estos animales como estandarte propio… en conjunto, qué significado profundo tenían estas representaciones de animales para la colectividad cultural que conformó el Círculo del Estrecho.

Dando un paso más allá, se pretenderá hacer un estudio comparativo entre las representaciones zoomórficas utilizadas por las cecas de la zona. Así, el objetivo final será comprobar cuáles fueron las representaciones animales preferidas, cuáles se utilizaron más, y cuáles menos, revelándonos así la

posibilidad de estar ante una realidad cultural más o menos homogénea que se expresaría mediante la utilización de un determinado repertorio de símbolos comunes y otros en primera instancia exclusivos.

2. ICONOGRAFÍA MONETARIA, EMBLEMA CIUDADANO DEL FRETUM GADITANUM

El valor de la moneda no fue en la Antigüedad exclusivamente económico y comercial, sino que su aspecto sagrado e ideológico fue enormemente trascendental en su nacimiento y se mantuvo hasta fechas muy tardías. La moneda es uno de los documentos oficiales y públicos del estado antiguo que más eficazmente se blandirá como intermedio propagandístico entre el poder y el pueblo, para su legitimación, el numerario utilizará una imagen con contenido sagrado capaz de justificar la permanencia del régimen político imperante. Su carácter esencial de objeto de intercambio repercute en su dinámica movilidad social y geográfica, así, la moneda extiende su mensaje eficazmente por todas las clases sociales que la utilizan de manera cotidiana. De esta forma, se convertirá rápidamente en un medio de transmisión de la historia y la identidad de los pueblos, así como insignia de los valores políticos del sector social que la emite.

La imagen escogida para cada serie se convertirá en el distintivo más contundente del conjunto de los ciudadanos. Habitualmente, se optará por símbolos narrativos que representen los atributos o los objetos de culto de una ceca, un magistrado o del pasado mítico. El valor sagrado del numerario en la Antigüedad llevará a cada ceca a utilizar motivos mitológicos para sus acuñaciones, ilustrando la efigie o símbolo de su divinidad patrona, una referencia al mito de fundación de la ciudad o un tipo parlante representativo de ésta. La iconografía zoomórfica utilizada por las ciudades ubicadas en torno al *Fretum Gaditanum* (Estrecho de Gibraltar) se presenta como señas de identidad de los pueblos que la acuñan. La iconografía monetaria de la antigüedad utiliza las representaciones animales asiduamente para diferenciarse de otros pueblos, asimilarse a otras culturas y expresar una fuerte autoafirmación en su propia identidad.

Flora y fauna a ambas orillas del Estrecho de Gibraltar serán idénticas, enmarcándose en los ecosistemas llamados «Tierras Mediterráneas»[1], de gran riqueza natural fundamentada en un clima benéfico y en suelos fértiles. En la

antigüedad, existirían extensos bosques caducifolios –hoy desaparecidos por la fuerte erosión antropológica a la que han estado sometidos durante siglos- poblados de leones, íbices, cabras, muflones, ovejas salvajes, gatos monteses, linces, osos, puerco espines y otras muchas especies. Sin embargo, a la hora de elegir la tipología que blandirá cada ciudad en sus emisiones monetarias, el repertorio que se utilizó fue bastante más restringido que la realidad faunística de este rico entorno geográfico. Atunes, delfines, sábalos – con un 54% del total de la tipología zoomórfica del *Fretum Gaditanum*–, toros y caballos –con sendos 18%- , jabalíes, águilas, elefantes, abejas e hipocampos serán los únicos tipos zoomórficos esgrimidos por estas ciudades (Figura 1). Atunes, delfines, toros y caballos son los más utilizados, por ello, nos centraremos en su estudio.

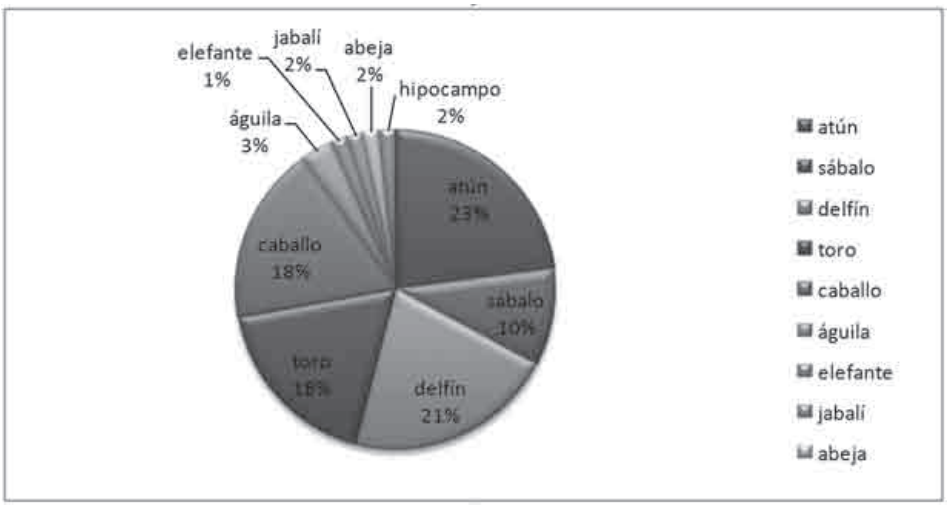


Figura 1: Resumen de la iconografía zoomórfica en el *Fretum Gaditanum*

3. ATUNES

El atún (*Thunnus thynnus*) es un pez de la familia de los escómbridos cuya longitud puede alcanzar los cuatro metros y cuyo peso puede exceder fácilmente los trescientos kilogramos, algunos han llegado a pesar 700

kilogramos. La pesca del atún es frecuente en el Mar Negro, Libia, la costa siciliana, Cerdeña, Liguria, Provenza, Cataluña, Alicante, el Estrecho de Gibraltar, Cádiz y la costa atlántica marroquí.

En la moneda del Estrecho de Gibraltar, los atunes hacen referencia a la riqueza pesquera de este hito geográfico, así como al éxito de sus industrias salazoneras, muy apreciadas en todo el Mediterráneo. Se representan muy frecuentemente en *Hispania*, dentro de las cecas que se incluyen en este trabajo, se representará, siempre en reverso, en *Abdera* (Adra, Almería), *Baesuri* (Castro Marim, Portugal), *Bailo* (Bolonia, Tarifa), *Balsa* (Faro, Portugal), *Cunbaria* (Las Cabezas de San Juan, Sevilla), *Detumo –Sisipo* (localización indeterminada), *Gades* (Cádiz), *Ituci* (Tejada la Nueva, Huelva), *Iulia Traducta* (Algeciras), *Lixus* (Larache, Marruecos), *Ossonoba* (Faro, Portugal), *Salacia* (Alcacer do Sal, Portugal) y *Seks* (Almuñécar, Granada), todas ellas cecas de raigambre y vinculación fenicio– púnica e indudable vocación pesquera.

En árabe, el término «almadraba» significa lugar donde se lucha o golpea, en alusión a las circunstancias en que tiene lugar la última fase de la pesca mediante estas artes[2]. La captura de este enorme y monstruoso animal, que puede llegar a pesar entre 300 y 700 kilogramos, precisaba de una innegable fuerza física, habilidad y experiencia. Los pescadores, provistos de tridentes y mazas, acababan con los atunes en un sangriento espectáculo donde hombre y animal se batían en una lucha a vida o muerte. Maza, fuerza y voluntad eran los instrumentos con los que se armaban estos hombres, los atributos que el dios –héroe *Melkart– Heracles* ostentaba por antonomasia. No es de extrañar por tanto que la relación entre pescadores y esta divinidad fuera tan estrecha, pues a él se encomendarían antes de salir a la mar, reclamando para sí mismos su poderío y su astucia.

La acuñación de la efigie de *Melkart-Heracles* en anverso y dos atunes en reverso será original de *Gades* (Fig. 2.1) y se extenderá inevitablemente, por el prestigio de su ceca, de su templo y de su industria, por toda su zona de influencia. Así, *Salacia* (Fig. 2.2) y *Seks* (Fig. 2.3) calcarán al detalle la iconografía de esta ceca, utilizando como símbolo identificativo la mágica relación entre *Melkart* y los atunes. La representación de este animal tiene por tanto un doble significado, el religioso, que lo presenta como una bestia sagrada, magnífica, protegida por el dios al cual los pescadores deben advocar antes de salir a su captura. A este significado se superpone otro contenido, más tangible y práctico que se relaciona con el florecimiento de la industria de salazón a orillas de toda la línea costera del Estrecho de Gibraltar.

Sus conservas fueron conocidas por todo el Mediterráneo y, orgullosamente, su símbolo más representativo, el atún, se traza con esmero en las series de muchas de las ciudades que participaron en esta industria. Pues por sus productos de exportación serán conocidas en el resto del amplio orbe romano y ésta era la imagen que pretendían exportar, pues favorecería intensamente su comercio.

En *Lixus* (Fig. 2.4), acompañando al tradicional retrato tocado con bonete, también se utiliza la iconografía de los dos atunes, horizontales, tal y como se fija en *Gadir*, y verticales, como ocurre con las espigas que se graban en anverso. Esta tipología debe relacionarse directamente con la importancia de la pesca en esta ciudad[3]. Sin embargo, en esta ciudad no se acuña la efigie del dios, pues su vínculo sería tan fuerte que la propia imagen de los atunes remitiría, metafóricamente, a *Melkart* y su templo –de gran antigüedad en *Lixus*–. En este caso, como en el de *Ilipense* (Alcalá del Río, Sevilla) (Fig. 2.5), *Ituci* (Fig. 2.6) y *Murtilis* (Mértola) (Fig. 2.7), se acompaña a atunes y sábalos de la espiga, aludiendo directamente a las dos grandes riquezas del *Fretum Gaditanum*, la pesca y la agricultura del cereal. Panes y peces, por tanto, economía de subsistencia básica en la antigüedad e imagen que estas ciudades, orgullosamente, pretendían proyectar.

4. DELFÍN

El delfín fue un signo de buen augurio utilizado en el mundo griego para representar simbólicamente la navegación segura. También fue utilizado frecuentemente en las representaciones plásticas fenicio-púnicas, tuvo valor de amuleto y un fuerte sentido funerario y religioso, con este sentido se encuentra en estelas relieves, monedas, textos ugaríticos, etc. En las acuñaciones del *Fretum Gaditanum* lo encontramos en *Abdera*, *Asido* (Medina Sidonia, Cádiz), *Bailo*, *Carmo* (Carmona, Sevilla), *Carteia*, *Gades*, *Ipses* (Alvor, Portugal), *Lacipo* (Casares, Málaga), *Murtilis*, *Olontigi* (Aznalcázar, Sevilla), *Salacia*, *Seks*, *Sirpens* (Serpa, Portugal).

Encontrar delfines durante la navegación siempre fue un signo de buen augurio para los marineros, entendido así se traslada a la amonedación de las ciudades costeras del Estrecho que los conocían bien. Su representación se asocia a la prosperidad, paz y fortuna. Así, Ponsich[4] explica que la imagen del delfín en la antigüedad fue muy querida:

> Los pescadores eran muy supersticiosos en cuanto a la captura de los delfines, a los que consideraban, no sólo protegidos de los dioses, sino como amigos de la raza humana y auxiliares incondicionales ya que atraían a los peces hacia las redes, lo mismo que hacen los perros con la caza.

Su relación con *Melkart* es por tanto clara, pues su presencia, junto a la protección y tutela del dios, eran signos de una feliz navegación y una fructífera pesca.

La combinación de tridente y delfín son atributos que remiten a *Poseidón -Neptuno*, dios del mar. Sin embargo, esta tipología se combina en *Gades* (Fig. 2.8) con *Melkart-Herakles*, dios patrono de la ciudad y tipo inamovible de ésta. Esta divinidad va adquiriendo progresivamente los atributos y poderes de *Poseidón-Neptuno*, alejándose poco a poco de la idea del héroe griego y vinculándose inseparablemente de los símbolos marinos, atún, delfín, tridente, proa, tradicionalmente asociados en los reversos, en el Mediterráneo, a *Poseidón-Neptuno*. *Melkart-Heracles* se convierte, para ámbito púnico y con *Gades* como estandarte, por asimilación, en el verdadero dios del mar. Así, se copia en *Salacia* (Fig. 2.9), *Seks* (Fig. 2.10) e *Ipses* (Fig. 2.11)

Ciertamente, la observación de la naturaleza debió tener mucho que ver en la elección de esta tipología, en las ciudades marinas situadas en el Estrecho de Gibraltar, el delfín debía ser conocido y muy querido en los ambientes populares y pesqueros. Su significado religioso, de buen augurio, se uniría al contacto real con los grupos de delfines que saludarían a las embarcaciones al pasar. El vínculo de los ciudadanos con estos amistosos animales sería fuerte en *Carteia*, ya que, entre todas las cecas del Estrecho de Gibraltar, fue la que más veces y con mayor gusto repetirá su imagen, acompañando a sus dioses más queridos (*Júpiter-Baal-Hammon* / *Poseidón-Neptuno*, *Melkart-Heracles*, Cabeza femenina torreada-*Tyche*) desde los comienzos hasta el final de su amonedación.

Durante el Imperio, *Carteia* (Fig. 2.12) emite una abundante serie en la que representa en reverso un delfín cabalgado por una figurilla infantil alada, identificada como *Eros*. Esta imagen aparecía ya en la cuarta centuria a.C. en *Tarentum* (Calabria), en *Tracia* y en *Bitinia*. En *Tarentum*, el personaje que monta el delfín no está alado, se trata de *Taras*, héroe mítico fundador de la ciudad[5], que cabalga un delfín. En varias series de esta misma polis se encuentra en anverso a un *erote* montado sobre un caballo, la unión de los tipos de anverso y reverso pudieron llevar a la formación y canonización del tipo de Amorcillo cabalgando sobre delfín. El modelo que presenta un jinete

cabalgando un delfín, reviste un sentido funerario y simboliza la ascensión del alma a través del elemento húmedo de la atmósfera (vinculado así con el mar) para alcanzar la bóveda celestial. Habría que añadir que las fuentes clásicas (Aulo Gelio, *Noc. Att.* VII, 8) ampararon esta iconografía vinculando a *Eros* con los delfines al decir que estos animales sirven a *Venus* marina[6].

5. TOROS

Los colonos fenicios reprodujeron con variantes en Occidente el modelo de explotación agrícola de Canaán e Israel, basado en la triada del cereal, vid, olivo junto a legumbres y frutas complementado por la estabulación de animales. En el extremo occidente se reproduce este patrón de ganadería y agricultura intensivas, donde los bóvidos serían la especie más importante. Su crianza sería fundamental para la carga, labranza, tiro y estiércol, así como por su carne[7]. El toro fue un tipo muy querido tanto en la campiña como en la costa del Estrecho de Gibraltar, así, encontramos su imagen en *Asido*, *Bailo*, *Detumo-Sisipo*, *Ilipa*, *Ituci*, *Lacipo*, *Orippo* (Utrera), *Seks* y *Vesci* (Gaucín, Málaga).

El toro fue uno de los símbolos que, en las representaciones anicónicas, propias de la cultura semita, simbolizaban al dios principal del panteón púnico, situación que se refuerza al incluir la estrella, símbolo solar que alude asimismo a *Baal-Hammon*. Al identificar al toro con *Baal-Hammon*, la cabeza con casco representada en *Seks* podría asimilarse a *Tanit*, pareja consorte de éste. Al mismo tiempo, *Tanit* fue una divinidad con un fuerte carácter frugífero y guerrero, lo cual explicaría que se asimilase a *Atenea-Minerva* y se tocase con un casco. Su carácter de diosa de la fertilidad se representaba anicónicamente con la espiga, de forma que esta tipología podría interpretarse como la asociación de toro / *Baal-Hammon* en anverso y espiga / *Tanit* en reverso. Al mismo tiempo, el significado económico es relevante, pues alude a la riqueza ganadera y agrícola del Estrecho. El toro se dibuja estante (Fig. 3.3-4), pastando plácidamente, al trote (Fig. 3.5) o arrodillado (Fig. 3.7), en un gesto de genuflexión que alude directamente a los sacrificios bovinos augurales y fundacionales a la divinidad, ya fuere *Baal-Hammon* o *Melkart*.

Pues en *Bailo* el toro se relaciona directamente, como reverso, con la divinidad protectora del Estrecho de Gibraltar, *Melkart* (Fig. 3.9). Esta tipología podría tener doble significado, pues se utilizó desde las primeras acuñaciones de la ciudad. A pesar de la industria salazonera, principal fuente económica

de la ciudad, no se escogen los atunes para esta emisión, quizás por la gran importancia del toro como signo consustancial de la ciudad. Esta imagen podría remitir también al ganado vacuno de Gerión. En la mitología, *Heracles* viajó en el carro solar hacia Occidente para robar los preciados toros del gigante, por lo que podría argumentarse que la Bética, supuesta región donde se produjo el mortal enfrentamiento entre *Gerión* y *Heracles*, utilizaría la imagen del toro en este sentido, recordando la hazaña del dios y prestigiando la ganadería de la región:

> Para Pherekýdes, parece ser que las Gádeira son Erýtheia, en la que el mito coloca los bueyes de Geryónes; mas, según otros, es la isla sita frente la ciudad, de la que está separada por un canal de un stadio. Justifican su opinión en la bondad de los pastos y en el hecho de que la leche de los ganados que allí pastan no hace suero. En efecto, es tan grasa que para obtener queso hay que mezclarle mucha agua, y si no se sangrasen las bestias cada cincuenta días, se ahogarían. La hierba que pacen es seca, pero engorda mucho; de ello deducen haberse formado la fábula de los ganados de Geryónes (Estrabón, III. 5, 4).

6. CABALLOS Y JINETES

El caballo fue el emblema protector de Cartago y se acuñaría en las monedas junto a palmera o junto a cabeza de *Tanit*. También fue el símbolo habitualmente escogido por las cecas ibéricas y celtibéricas, que representaron reiterativamente la imagen del jinete, armado en ocasiones con espada corta y rodela y en otras con rodela, tal y como ocurre en las cecas del Estrecho de Gibraltar. Entre ellas, será representado en *Bailo*, *Balsa*, *Carissa*, *Cilpes* (Silves, Portugal), *Ituci*, *Laelia* (Cerro de la Cabeza, Sevilla), *Lastigi* (Aznalcóllar, Sevilla), *Nabrissa* (Lebrija, Sevilla), *Oba* (Jimena de la Frontera, Cádiz), *Olontigi* y *Siga* (Desembocadura del Tafna, Marruecos).

La mayoría de estas ciudades repiten la tipología del jinete númida, relacionándolo en reverso con las espigas, por lo que aluden a ganadería y agricultura, pero se distinguen del resto de cecas, presentándose como una sociedad con origen en el Norte de África, mercenaria semita y guerrera, que se integra en la economía cerealística general que funcionaba en el Estrecho de Gibraltar. No obstante, no hay que olvidar que el tipo de jinete fue utilizado ampliamente en los denarios republicanos romanos, que representaban

a sus héroes gemelos fundadores, los Cábiros-Dióscuros, en los reversos de sus series. La utilización de este tipo en cecas como *Laelia* (Fig. 3.12) remite rápidamente al intento de asimilación de la ciudad con la potencia imperialista romana.

7. ATUNES, DELFINES, CABALLOS Y TOROS COMBINADOS

La iconografía zoomórfica del *Fretum Gaditanum* no será exclusiva, como hemos visto, sino que se utilizarán combinaciones de varios animales en anverso y reverso para la conjugación final de la tipología de la serie. Los animales se relacionan entre sí fácilmente, y así, vemos mezclados atunes y delfines, delfines y toros, atunes y caballos.

En *Bailo* se elige representar al atún como reverso del caballo (Fig. 3.10). Aparentemente, estos signos no tienen relación, no obstante, su contenido podría aludir al momento histórico en que la ciudad púnica de *Belo* se traslada, desde su ubicación interior en la Silla del Papa al emplazamiento costero que ocupará la *Baelo Claudia* romana. Las últimas investigaciones arqueológicas[8] constatan que pudo ser posible que la población de *Bailo*, durante el siglo II a. C., mantuviera ambos emplazamientos, el de la costa y el del interior, disfrutando de este modo de los recursos económicos de ambas situaciones geográficas. De esta forma, no sería extraña la asociación de estos dos símbolos en las monedas, donde la iconografía recogería el caballo, como modelo púnico tradicional asociado a la economía agrícola y ganadera, y el atún, estandarte de la nueva vida costera y marítima.

No obstante, como hemos visto, el caso de *Bailo* no es el único, pues las ciudades del Estrecho se resistieron a utilizar un único animal como estandarte identificativo. Pues la riqueza cultural, económica, social y religiosa de estos emplazamientos fue enorme y no podía ser restringida a una única simbología. Los animales marítimos son los más representados, pues es evidente que el contacto entre hombres, atunes y delfines fue intenso en esta zona. Tal fue esta relación que las sociedades de este momento se identifican con la silueta de estos animales marítimos que les proporcionaban sustento, en el caso de los atunes, o daban suerte y ánimos en la difícil empresa de la aventura de la pesca, como hicieron los delfines. Toros y Caballos no se limitan a la campiña y tienen un protagonismo muy cercano al de los animales del mar. Fueron los símbolos terrestres de estas sociedades, su relación con

hombres y mujeres sería estrecha también, pues son animales estabulados, que precisan de cariño y dedicación. Símbolo de poder y manumisión –pues fue el sacrificio favorito de *Baal-Hammon*, *Zeus* y *Melkart*–, el toro es la insignia fundamental de la ganadería de Occidente, que, orgullosa, hizo suya la mitología griega, que situaba en esta zona los bueyes de Gerión y blandió como estandarte la silueta bovina, que se mantiene, sin muchos cambios, hasta la actualidad.

En conclusión, vemos cómo las ciudades ubicadas en torno al Estrecho de Gibraltar conformaron una realidad cultural más o menos homogénea que se expresaría mediante la utilización de un determinado repertorio de símbolos comunes, entre los que destacan atunes, delfines, toros y caballos, animales que aún hoy identifican claramente la región andaluza, pues su significado estuvo tan intrínsecamente arraigado en sus mentalidades que ha permanecido prácticamente idéntico en el imaginario colectivo hasta hoy.

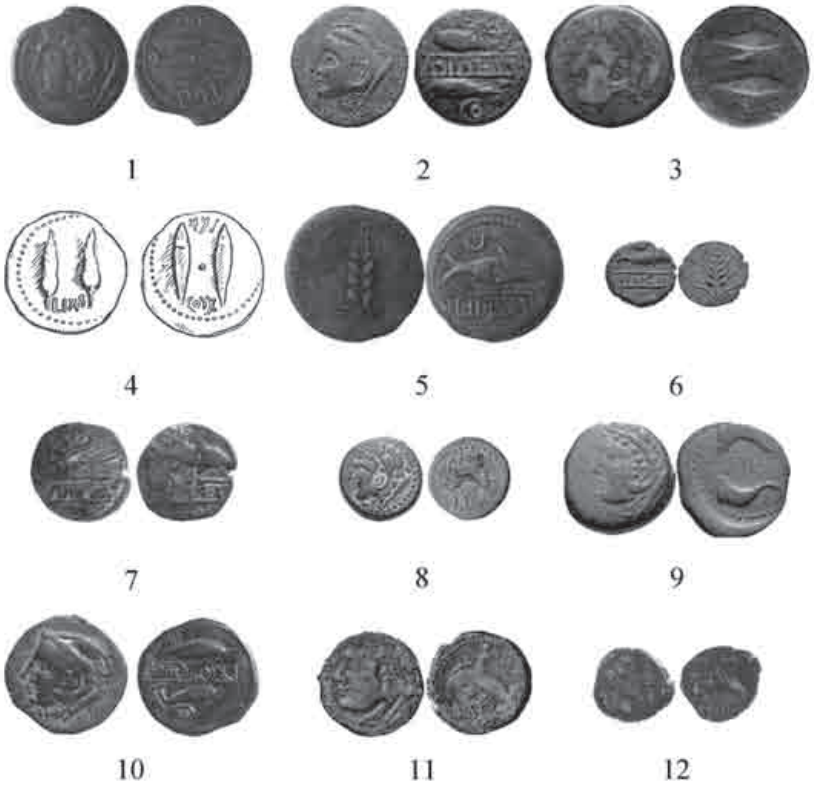


Figura 2: Algunos ejemplos de la iconografía monetaria del *Fretum Gaditanum* I.

Figura 3: Algunos ejemplos de la iconografía monetaria del *Fretum Gaditanum* II.

NOTAS

1 CESTINO, Joaquín: *Estrecho de Gibraltar: costas y ciudades: el litoral, el clima, ecosistemas y reservas naturales, aves migratorias, almadrabas, mareas y corrientes, faros y puertos, las ciudades*, ed. Arguval, Málaga, pp. 95.

2 *Ibídem*, pp. 133.

3 TARRADELL, Miquel: *Marruecos antiguo a través del Museo Arqueológico de Tetuán*, Publicación de la Academia de Interventores de la Delegación de Asuntos Indígenas, Tetuán, 1951; ARANEGUI GASCÓ, Carmen y GÓMEZ BELLARD, Carlos: «El paisaje de Lixus (Larache, Marruecos) a la luz de las excavaciones recientes», en GONZALEZ ANTÓN, Rafael, LOPEZ PARDO, Fernando, y PEÑA ROMO, Victoria (Eds.), *Los fenicios y el Atlántico*. Santa Cruz de Tenerife, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, 2008, pp. 217-232.

4 PONSICH, Michel, *Aceite de oliva y salazones de pescado. Factores geo-económicos de Bética y Tingitana*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1988, pp.38.

5 CHAVES TRISTÁN, Francisca, *Las monedas hispanorromanas de* Carteia¸ Barcelona, Cymis, 1979, pp. 27

6 *Ibidem*, pp. 26 – 27.

7 LÓPEZ CASTRO, Jose Luis, *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania Romana*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 34 – 36.

8 ARÉVALO, Alicia y BERNAL, Darío, coord. *Las cetariae de Baelo Claudia: Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000 – 2004),* Cádiz, Universidad de Cádiz, 2007.

Bizancio y el mundo animal

Francisco Javier Ortolá Salas
Universidad de Cádiz

No son pocos los estudiosos que han considerado que el Imperio bizantino es acreedor cultural del imponente pasado de la Grecia antigua. Y es que, en efecto, muchas de las disciplinas, literarias o científicas, que hicieron del mundo griego uno de los más ricos pasados de la Historia universal de todos los tiempos, son recreados o reinterpretados en la Grecia medieval. Y así, desde la fundación de Constantinopla en el siglo IV –ciudad que fue capital del Imperio– hasta el siglo XV –fecha en la que es tomada por los turcos– Bizancio supo, no sin grandes dosis de plagio, recrear en ocasiones bajo un nuevo prisma, las disciplinas antiguas. La producción escrita de los bizantinos, más allá de la que desarrollaron como simples receptores del pasado griego, bien como copistas, bien como intérpretes, es abundante[1] no sólo en prosa (retórica, epistolografía, filosofía, narrativa o historia) o en verso (novela, épica, drama), sino también en sus tratados de ciencias, pseudociencias e incluso la técnica. La mayor parte de la producción literaria es de contenido religioso; sin embargo, queda aún por encasillar un gran número de volúmenes e incontable cantidad de obras, pues, aunque parecen en principio herederas de géneros y manifestaciones literarias de la Antigüedad, los valores que subyacen en ellas han cambiado en la mayoría de los casos. A esta dificultad cabe añadir la tradicional distinción entre literatura secular y teológica, o entre lengua popular y culta.

La observación de la naturaleza, la descripción detallada de las cosas observadas y en especial la experimentación, eran por lo general desconocidas por los griegos. Aristóteles es la gran excepción. Incluso uno de sus más aventajados alumnos, Teofrasto, a pesar de la exactitud que demostró en el estudio de la botánica y en la fisiología de las plantas, no encontró ningún sucesor

digno de él. El interés de las generaciones posteriores giraba en especial hacia problemas prácticos –empleo de plantas para la medicina, de animales para la caza y el cultivo– o hacia aquello que les parecía admirable, casi milagroso, e impactante (los clásicos *mirabilia*). Muy querido por los bizantinos fue el libro de Claudio Eliano sobre *La historia de los animales*[2]. Claudio Eliano intentaba descubrir en los animales una serie de propiedades y formas de conducta que en principio sólo cabría esperar en el hombre. Esta tendencia hacia el antropomorfismo y la moralidad cristalizó, con la expansión del Cristianismo, en la conocida concepción del *Fisiologo,* según la cual animales, plantas y piedras adquieren propiedades mágicas y son interpretadas desde el punto de vista cristiano[3]. Esta concepción conduce en conjunto a un simbolismo cristiano de la naturaleza: la producción bizantina, muy sometida a los *synaxaria* y los libros de santos, aborda en gran medida el mundo animal de la mano de sus teólogos.

El repertorio de tratados sobre el mundo animal en Bizancio no sólo no está lejos de ser extenso, sino que en mayor parte es deudor de la tradición clásica. Ya entre los siglos IV-V un autor escribió una paráfrasis sobre las *Haliéuticas* de Opiano; sólo algunos fragmentos de los libros III y IV se han conservado hasta hoy[4]. De la misma época data otra paráfrasis, dedicada ésta a las aves, de un tal Dioniso de Filadelfia, enriquecida con vistosas imágenes[5]. Otros fragmentos conservados son los transmitidos por Timoteo de Gaza, pertenecientes a un manual de zoología escrito por orden del emperador Constantino VII Porfirogénito[6]. De esta colección, titulada *Sobre la historia de los animales terrestres, marinos y voladores,* se conservan tan sólo dos de sus cuatro libros, y recoge pasajes y fragmentos de la historia de los animales de Aristóteles. El resto de los fragmentos pueden encontrarse en Agatárquidas de Cnido, de Diodoro o el *Hexaemeron* de Basilio de Cesarea. En el primer libro se establece la ordenación y clasificación de los animales, así como su reproducción, mientras que en el segundo se habla de las costumbres y hábitos. Dedica el autor gran parte de este libro a hablar de especies exóticas; especialmente ricos son los capítulos dedicados al elefante, sobre todo el indio. De hecho, el autor asegura haber visto con sus propios ojos un elefante de la India en la misma Constantinopla.

También en la literatura en verso pueden encontrarse numerosas referencias al mundo animal. Manuel Files compuso en torno al año 1320 un poema bajo el título *Sobre las propiedades de los animales,* dedicado al emperador Miguel IX Paleólogo y a su hijo Andrónico II. El poema se divide en animales voladores, terrestres y marinos. También en este caso, es el elefante

Mosaico del Palacio Imperial (Constantinopla)

el animal tratado más prolijamente; no sólo se hace una descripción de tan apreciada criatura, sino que el autor elabora una constructiva reflexión sobre la piedad de este paquidermo. Precisamente este mismo intelectual, compuso en exclusiva una breve descripción del elefante en 381 versos dodecasílabos[7]. Gran parte del poema, dedicado de nuevo al emperador Miguel IX, alude a relatos semejantes de Eliano. La primera parte es de contenido naturalista, descriptivo. Es muy llamativo el pasaje en el que se describe la trompa (vv. 93-105). Files se centra especialmente en el alto grado de parentesco, así como en la posibilidad de establecer una estrecha relación de reciprocidad entre las cualidades y formas de comportamiento de hombres y animales. El elefante es el pretexto en el poema de Files para ensalzar a su emperador, quien desde su mesa arroja los despojos de sus alimentos al perro de caza, fiel y paciente. De hecho, el poema se cierra con todos los elementos de la ideología imperial bizantina, donde puede comprobarse que la naturaleza del emperador es en esencia incomprensible para el resto de los mortales. Y así, describe Files sin tapujos la enorme distancia existente entre el emperador y los súbditos, con ejemplos del reino animal, pues esa distancia es la misma que hay entre el águila y el escarabajo, un león y un mono, o una ballena y los diminutos arenques. Como colofón, Manuel Files le desea al emperador una vida más larga que la de los elefantes (300 años según el poeta).

Otro tipo de tratados bizantinos son aquéllos de contenido práctico que van de la zoología a la medicina. El veterinario más célebre de la Antigüedad, Apsirto, vivió, según la *Suda,* durante el reinado de Constantino el Grande. En el *Corpus Hippiatricorum* los capítulos atribuidos a Apsirto son aquellos dedicados al león[8]. Apsirto, en la introducción, apela a su vasta experiencia

en la práctica veterinaria. Por otro lado, las recetas que se procuran no están lejos de ser influidas por la magia[9].

También el médico Demetrio Pepagomenos escribió, en tiempos del emperador Miguel VIII, y por encargo suyo, un tratado de cetrería con el título *Sobre la alimentación y cuidado de los halcones*[10]. Demetrio asegura que las plantas medicinales y las piedras 'sagradas' son un bien que nos regala la naturaleza; sostiene haberlas empleado como remedio con hombres y animales domésticos, pero no con halcones de caza. Sus recetas son, según él, reveladas por sueños que le envían los dioses, además de su experiencia, claro está; su deseo no es otro que poner en práctica sus métodos con los halcones, una animal sagrado pues establece una relación etimológica entre la palabra halcón y sagrado[11]. Demetrio dedica los primeros capítulos de su tratado a las técnicas de caza, época idónea, y a los métodos y cuidados que debe procurar el cazador al halcón. Es muy meticuloso con la alimentación apropiada que se le ha de dar al halcón, además de las recetas conducentes a curar las enfermedades de estas aves, tales como el dolor de cabeza, las enfermedades oculares, resfriados, salpullidos, sarna, heridas provocadas por otras aves, etc[12]. Estas recetas no difieren mucho de otras que aparecen en similares tratados de veterinaria o medicina. Los últimos capítulos los dedica Demetrio a la práctica cinegética, al entrenamiento del halcón para la caza de la perdiz, del faisán o del pato. De este mismo autor se conserva un tratado dedicado al perro, el *Kynosophion*[13]. En los primeros capítulos se ocupa de la alimentación del perro; continúa con otro repertorio de recetas para sanar al can de sus enfermedades más frecuentes o de los accidentes que pueda sufrir en tiempo de caza. Demetrio Pepagomenos firmó otro tratado dedicado a las aves en general, muy en la línea del tratado sobre los halcones, con el titulo *Sobre las clases de aves, sus formas y colores*[14]. Son siete capítulos sobre los distintivos y características de muchas aves, recetas para sanar sus enfermedades y parásitos.

El mundo animal entre los bizantinos, fue colateralmente tratado por la literatura religiosa en forma de exégesis. Basilio el Grande dedicó algunas homilías del *Hexaemeron* a los animales marinos, terrestres y voladores. Otro extenso poema es aquel de Jorge Pisides (s. VII), en el que plantas y en especial animales son presentados bajo la fórmula de la pregunta retórica para conducir el pensamiento del lector desde el ser creado hasta el creador[15]. Aunque en él no se da una calificación por especies, sí que son reconocibles las historias de Eliano. Se menciona la partenogénesis del buitre, o el gusano

de seda (introducido en el Imperio a mediados de s. VI) como testimonio de la resurrección.

El mundo según Cosmas Indicopleustes

No se agota aquí el mundo animal en la producción literaria bizantina en lengua culta; la descripción de animales exóticos está ligada también a la literatura de viajes, de la cual poco ha llegado hasta nuestro días. Cosmas Indicopleustes (s. VI) dedicó el libro 11 de su *Topografía cristiana* a los animales y árboles de la India, y menciona animales tales como el avestruz, el rinoceronte, el hipopótamo, la ballena, el delfín o la tortuga, incluso el unicornio como animal fantástico[16].

> No puedo decir que lo he visto (*el unicornio*). Pero sí que he contemplado cuatro figuras en bronce que lo representan en el palacio de las cuatro torres del rey de Etiopía. Es a partir de estas figuras que helo dibujado como veis. Hablan de él como una terrible bestia e invencible del todo, y dicen que toda su fuerza radica en su cuerno. Cuando él se encuentra perseguido por muchos cazadores y poco le falta para ser capturado, salta sobre la parte superior de un precipicio desde el que se lanza al vacío, y en el descenso hace un giro mortal para que su cuerno soporte toda la conmoción de la caída, escapando así ileso.

Como ya se ha dicho un poco más arriba, una de las posibilidades a la hora de establecer una taxonomía de la literatura medieval griega que sea aceptada por el común de los investigadores, es la de ver sus diferencias en el tipo de lengua empleada: lengua culta o lengua popular. Bien es verdad que a menudo va ligado el tipo de lengua al género. Aquéllos que son más tradicionales (historiografía, ciencias médicas y otros tratados científico-técnicos, retórica, etc.) suelen recrearse en lengua arcaizante, frente al uso de la lengua popular para géneros tales como la épica, la tradición oral, la canción popular o las novelas de caballería entre otros. Beck, uno de los mejores conocedores de la literatura medieval griega en lengua popular, dedica un breve capítulo al mundo animal en la producción literaria tardía[17]. Y es que los temas de los que se nutre la imaginación de sus autores, la mayoría anónimos, se centra en el reino animal y vegetal, no como en el *Fisiólogo.* En el *Fisiólogo* se interpretan las cualidades de forma alegórica, mientras que en los textos que ahora nos ocupan, aquéllas se valoran con intencionalidad más o menos satírica. No es esto óbice para que de su lectura no se desprenda con facilidad la concepción de la realidad animal en la mentalidad bizantina.

El más antiguo de estos textos es el *Pulologos,* el libro de las aves. Son 670 versos decapentasílabos (el verso popular por excelencia en Bizancio) con el siguiente argumento: el águila, rey de todos los pájaros (y en esto no hay nada de original, pues es así considerado desde la Antigüedad), prepara la boda de su hijo, a la que invita a todas las especies voladoras. Todo se desarrolla con normalidad durante el banquete hasta que sin causa alguna comienzan las ofensas y reproches entre unas y otras aves.

> La cigüeña, la primera de todas, se burla del cisne:
> «Dime, espantoso cisne, de esquelético cuello,
> cisne de negras patas, de voz salvaje, que te alimentas en las charcas;
> siempre desgraciado, ¿qué pintas tú en esta boda?
> No puedes cantar, jugar no sabes.
> Viniste solo, desdichado, semejante a un espantapájaros».

El cisne trata de defenderse insultando a su vez a la cigüeña

> de esqueléticas patas, de andares de camello,
> de color ceniciento y pico cual hoz…

Lo propio hace el pelícano con el pájaro orejudo, el murciélago con la perdiz, el tordo con el búho, y así 14 parejas de aves en total exceptuando el águila, quien al final decide poner fin al conflicto con la amenaza de lanzar sobre todos ellos al azor y al halcón

> […] para que a todos vosotros os devoren
> y la boda se torne en carnicería y la alegría en matanza.

El *Pulologos* está repleto de detalles ornitológicos extraídos de la tradición popular griega, y algunos más del mito clásico, entremezclándose la sátira y la poesía didáctica. Y es aquí de donde resulta la cuestión de si el mundo de las aves y su confrontación tiene como objetivo censurar la conducta humana o si por el contrario el fin no es otro que «ofrecer una sátira ornitológica de forma antropomórfica» en palabras de Beck. Como quiera que sea la cosa, el autor, con gran habilidad, supo entretejer su observación del mundo de las aves y su analogía con la especie humana, pues sus afilados dardos van y vienen en una u otra dirección. No queda aquí el valor de este poema; de él se extrae una riquísima información histórico-cultural que va desde las técnicas del maquillaje en Bizancio o las recetas culinarias, hasta el incierto mundo de los juegos de azar, o el oscuro submundo de estafadores y prostitutas. Se percibe incluso una crítica social, pues el anónimo autor lleva a pensar que lo único digno de ser envidiado es el nivel de vida de las clases superiores[18].

Otro texto que gozó de gran aceptación entre los bizantinos fue la *Fábula de los Cuadrúpedos*[19], fechada en 1365[20]. La intencionalidad de esta obra es

en principio didáctica; y a lo largo de sus 1.082 versos, también decapentasílabos, se vierten todo tipo de sátiras, con grandes dosis de humor y una clara predisposición satírica, a través de la cual el hombre ve reflejados sus defectos, así como las virtudes de su especie, en los cuadrúpedos. El argumento es el que sigue: el rey de los animales, el león, reúne a todas las bestias con el fin de conseguir la paz eterna en su reino.

> Tomó asiento el rey de todos los animales,
> el león de mirada salvaje, de serpenteante cola;
> a su vera sentado el gran elefante,
> privado de articulaciones, de rodillas y tobillos.
> Cerca, tenía a su lado a sus dos principales consejeros:
> a la pantera y al leopardo, para ensalzar sus glorias.
> Presentes estaban allí el resto de las bestias salvajes:
> el lobo que marcha por las noches, bebedor de sangre;
> el perro, el sumiso, agradable a ojos de los hombres,
> que come y devora toda suerte de porquerías;
> también el zorro, de espesa cola,
> quien, astuto, mata a las gallinas por asfixia…

El inicio de la sesión consiste en tomar consejo de los demás animales, para lo que envían por doquier al resto de bestias cuadrúpedas en condición de embajadores:

> Primero envían al gato, porque ve por la noche,
> y con él al ratón, de largos bigotes,
> hocico pequeño, larga cola, como compañero del gato.
> Con ellos iba para su servicio
> el mono, ese imitador, el hazmerreír de todo el mundo.

Cuando el común de los animales comprende la gravedad de la situación, se toma la decisión de citar en

> […] un llano, a todos ellos, pequeños y grandes.
> De pregonero nombraron a la liebre, de ojos saltones,
> por su rápido y veloz paso…

Todos los animales, pese al miedo de ser devorados unos por otros, se juran amistad y reconciliación. Empieza así el debate; el león invita a levantarse a cada uno de ellos para que den cuenta de sus quejas y se defienda de las acusaciones de los otros. Se suceden, no obstante, voces plenas de vanidad, de soberbia, de aquéllos que se creen superiores a los demás; los animales hacen ostentación de los bienes con los que la naturaleza les ha dotado, arma que emplean para denigrar a su adversario, un ejercicio retórico de gran intensidad y con no pocas dosis de comicidad. Los insultos y reproches de unos a otros van y vienen verso a verso. Primero la discusión entre el gato y el ratón; le sigue la del perro con el gato; interviene el zorro, que a su vez recibe las amenazas del perro. El ciervo no se queda atrás, pues se considera un animal deseado por todos los humanos incluso cuando

> por casualidad hay serpientes en una casa;
> pues mis cuernos al ser prendidos con fuego en su interior,
> su olor hace que salgan al punto,
> para no volver allí a anidar.

A esto el cerdo, sin poder contenerse, le responde así:

> Desvergonzado de corto rabo, quita de en medio;
> ni vergüenza ni entendederas tienes:
> siempre mantienes tu cola en alto
> viéndosete así el culo, para risa de todos.
> […]
> Todos saben, grandes y pequeños,
> lo sabrosa que está mi carne
> […]
> Lo mismo que la sal sazona cualquier comida,
> Así también nuestra carne es el perejil de todas las salsas:
> Buena es con verduras, también con calabacín,
> en asados, en sopas que no tenga nada más;
> o en un buen y aromático guiso».
> […]

Y como no podía ser de otra manera, el cerdo alardea del múltiple y variado uso de sus carnes, con la que pueden hacerse también todo tipo de embutidos. A eso, y siguiendo el tópico según el cual del cerdo es todo

aprovechable, se vanagloria éste de lo preciado de sus cerdas para los hisopos con los que bendice el sacerdote; para el zapatero que las emplea en cordones y otros arreglos; también para el pintor que crea obras de arte con pinceles hechos de sus finísimos vellos. Incluso sus dientes son necesarios para el escritor o copista, que con ellos confecciona cálamos, o en la guerra, donde se emplea como punta de lanza.

Las acusaciones entre unos y otros animales adquieren un cariz más agresivo, poniendo en peligro las disposiciones pacíficas iniciales. La pantera y el leopardo llegan los primeros a las manos. El mono, a su vez, caricaturiza al elefante, al que llama desgarbado, incapaz de mover sus articulaciones con armonía. Éste, por su parte, hace oír su voz, pues no puede consentir que un mono se crea superior al él. Se jacta del valor de su ser, pues sus huesos son el material con el que emperadores y metropolitas se hacen sus tronos. El león, al final, impotente ante la impertinencia de unos y otros, anuncia el cese de la tregua y la amistad y declara una guerra general. No tardan en llegar las consecuencias:

> Entonces era de ver lamentos y lágrimas sin cuento,
> el abatimiento y la turbación de los animales,
> las idas y venidas de uno a otro lado.
> Hasta la extenuación se perseguían,
> se daban alcance, se mordían y destrozaban;
> los unos del lomo, los otros de la espalda,
> de los cuartos traseros, o del vientre,
> o de donde podían, unos a otros se cogían.
> Pudieron oírse los llantos, una gran aflicción,
> la conmoción y gran violencia de la guerra
> que sostuvieron los cuadrúpedos al devorarse unos a otros.

En cuanto al carácter de la obra, lo mismo que se dijo para el *Pulologos* es válido para esta *Fábula.* Es más un espejo que una pintura de tipos; un espejo que refleja la intolerancia y la incapacidad humana -tomando como excusa lo irreconciliable de los instintos animales- para solventar sus diferencias y entenderse como seres de la misma especie. A esto hay que añadir la numerosa información cultural que se nos otorga a propósito del uso que el hombre bizantino hace de algunos animales, como por ejemplo, el empleo de la osamenta del elefante, o el aprovechamiento del cerdo.

En la misma línea que los dos anteriores, conservamos también de esta época, e igualmente en lengua popular, el *Synaxario del asno*[21]. El asno, harto de soportar los palos de su amo, y de sentirse siempre un ser desgraciado e infeliz, decide fugarse y disfrutar de su libertad. No tardan un lobo y un zorro en salir a su encuentro con el fin de repartírselo como botín. El asno les advierte sobre su amo, que anda cerca en compañía de sus perros de caza. La zorra propone marchar los tres a los Santos Lugares como peregrinos, donde poder alcanzar las suficientes dispensas como para vivir desde entonces relajadamente. Así, suben a un barco con el lobo como capitán, el zorro de timonel y el asno como galeote. En uno de los momentos, el zorro narra un terrible sueño según el cual una tempestad los pondrá en peligro, por lo que aconseja que todos se confiesen. El lobo es el primero en confesarse y ser absuelto por el zorro; éste, por su parte, hace lo propio y después de arrepentirse promete retirarse a un monasterio. El asno, a su vez, recuerda como único pecado haberse comido una vez una hoja de lechuga del huerto de su amo, lo que le costó una somanta de palos. El zorro y el lobo deciden que como penitencia han de cortársele las dos patas delanteras y sacársele un ojo. El astuto asno les dice que una de sus patas traseras tiene poderes mágicos y que le gustaría regalársela antes de morir, unos poderes que permiten a su poseedor ver y oír lo que ocurre a kilómetros de distancia y tomar precauciones ante el enemigo. Lobo y zorro, interesados en tan enorme poder, obedecen al asno cuando les pide que se arrodillen tras sus cuartos traseros para orar. En ese momento, el lobo es arrojado al agua de una coz; por su parte, el zorro decide saltar de propia voluntad presa del pánico. El asno se pone así a salvo y por esta gran hazaña será llamado a partir de entonces Nikos[22].

La caracterización de los animales, además de otros elementos aislados, incluso las confesiones que se practican en la fábula, son ya conocidas en Occidente. Lejos de la influencia que pudo ejercer en este texto, las cualidades y características de los animales tienen una forma puramente griega. La sátira descansa sobre la crítica nada velada que se hace al clero, en especial la presión que pobres y desamparados sufren por parte de los sacerdotes y las clases ilustradas, que los manejan y controlan a su antojo con el único fin de lucrarse y enriquecerse.

Esta serie de fábulas, y la traslación que se hace del mundo animal al humano, se cierra con una obra menor, también anónima, titulada *Opsarologos,* esto es, el *Libro de los peces*[23]. No son más de dos folios, conservados en un manuscrito que atesora la Biblioteca de El Escorial, con el siguiente argumento: el mundo marino se reúne bajo la presidencia de su monarca, la Ballena,

para juzgar la traición de la caballa contra su soberano, quien convencido de su culpabilidad le condena a que se le rasuren las barbas. Hacer de la ballena rey de los animales marinos, parece tener cierta lógica; no la tiene tanto, sin embargo, el hecho de que el pez traidor sea la caballa. Tal vez detrás de esto no haya sino un juego de palabras que hoy en día se nos escapa, o quizá algún tipo de leyenda popular que nos es desconocida.

El entorno, la economía y la dieta son otros de los aspectos relevantes del mundo animal en Bizancio. No en vano, en 2008 se celebró en Atenas un Congreso dedicado a los animales y el medio ambiente. En dicho Congreso se trataron temas tales como la intervención del hombre como ganadero, cazador o agricultor en su entorno, así como el capital animal y su relación con los cultivos; las franjas de producción y explotación, y su intervención en la naturaleza; la caza, los animales salvajes e incluso los exóticos; la representación de los animales en manuscritos y frescos, etc. Pero si hay un tema entre todos que ha llamado la atención de no pocos especialistas, ha sido el del hombre bizantino y su relación con la caza, la pesca y la dieta. Quizá ello obedezca al gusto medieval por estas disciplinas en general, y de los bizantinos en particular. El habitante del Imperio griego de Oriente sentía debilidad por las carnes de caza; la cabra salvaje, el ciervo, la liebre, el jabalí y finalmente las aves entraban dentro de sus preferencias gastronómicas. Pese a las recomendaciones médicas de la época, que la consideraban una carne indigesta, los bizantinos se inclinaban por la de ciervo, si bien la de liebre también les resultaba muy sabrosa[24].

Su pasión por la caza obedecía no sólo a necesidades alimentarias, sino también a una forma de ocio. A menudo embellecían las casas con pinturas que representaban escenas de caza, e incluso abundaban las representaciones iconográficas con dichas imágenes, eso sí, con un carácter estrictamente alegórico. Nicéforo Coniata refiere que el emperador Manuel Comneno, para decorar las paredes de los lujosos aposentos que hizo construir cerca de la Iglesia de los Cuarenta Santos

> ordenó pintar escenas de caza, de carreras de caballos, bandadas de pájaros, jaurías de perros, persecuciones de ciervos y caza de liebres…[25].

Esta pasión por la caza se hace más que evidente en el poema épico bizantino por excelencia, el *Digenís Akritas.* En uno de sus pasajes

se le da como presente al admirable Digenís
doce caballos de la mejor raza, de color azabache y grandes hechuras
[…]
halcones le entregaron, [...]
doce leopardos escogidos, bien domesticados,

Cuculés, uno de los mejores conocedores del mundo bizantino, sus costumbres y civilización, en su sesudo estudio sobre la cultura bizantina[26], dedica un delicioso capítulo a la caza en tiempos de los Comnenos y Paleólogos[27]. Según este erudito griego, el cazador, que también recibía el nombre de *pulologos* (al igual que el texto visto más arriba) salía bien sólo, bien acompañado a ejercer su práctica. Junto a él llevaba además de a sus sabuesos, halcones adiestrados para la cetrería. Aunque pertenecieran a la clase superior, la caza tomaba dimensión de expedición sin que de ella se abstuvieran las mujeres. Antes de la puesta de sol organizaban la batida, incluso en noches con luna; como instrumentos: arcos, espadas o lanzas. Dependiendo del animal a batir, por ejemplo un jabalí, portaban mazas, hachas e incluso látigos. Se hacían acompañar de sus perros, los mejores de los cuales eran considerados los cretenses[28]; si la jornada consitía en dar caza a un oso, preferían los perros indios, que no se acobardaban ante tamaña bestia[29]. También de entre los halcones tenían fama, según Cuculés, los del Mar Negro. Muy codiciado era igualmente el neblí de Sagora, el dogo de Anatolia y el halcón de Tesalónica. También, y como acaba de verse en el *Digenís,* se practicaba la caza con leopardos, especialmente para apresar ciervos, sin perro alguno para evitar que se devoraran entre ellos.

Además de la perdiz (para cuya caza se consideraba diciembre el mejor mes), muy habitual era la caza de la liebre. Se practicaba en cualquier época del año, en especial en otoño e invierno, sin que hubiera ningún tipo de restricción o prohibición para su captura. Asterio, obispo de Amasia (s. IV) y Eustacio de Tesalónica (s. XII) refieren que no sólo se organizaban batidas con perros, sino que también se cazaba con redes. Algunos incluso, según relatan, lo hacían con sus propias manos, si es que eran lo suficientemente hábiles como para ello; Miguel Psellos cuenta que el emperador Isaac Comeno era uno de estos virtuosos. Otro emperador, Andrónico III, célebre en su ocio por las manadas de perros y halcones que cuidaba, pasaba por ser el más aficionado a las artes cinegéticas[30]. Otro emperador, Basilio II, que también buscaba su esparcimiento en monterías, murió de hecho nueve días después de haber sido herido por un ciervo durante una cacería en los montes

de Asia Menor. En esta región, se buscaba abatir en especial osos, más por diversión y aprovechamiento de su piel y grasas que por consumo, pues era una bestia nada apreciada en la dieta bizantina frente a la fruición con la que la consumían los occidentales.

La pesca era más accesible a la población, en especial aquélla de Constantinopla; las corrientes del Bósforo permitían a todo aquél que se acercara a sus costas proveerse de toda suerte de pescados, base fundamental en la mesa de los menos favorecidos. El emperador León VII el Sabio subraya el hecho de que cada mañana el eparca de la ciudad ponía el precio del pescado «en base a las capturas de peces blancos de por la noche». Su consumo era muy habitual, salvo los miércoles y los viernes por mandato de la Iglesia; no obstante, Juan Damasceno, que a buen seguro intentaba zafarse de este restringido menú, escribió un tratado con el título *Sobre las diferentes clases de pescados comestibles.* Por otro lado, las capturas preferidas en la dieta eran las marinas, frente a las de río o lago; estas últimas eran consideradas indigestas, si bien ante la necesidad de consumirlas lo hacían adobándolas previamente. El budión, el dentón y el mújol, por ejemplo, lo comían cocido, mientras que el bonito y la morralla en general lo preferían frito.

Pero si hay algo que despertaba el interés de los bizantinos en cuanto al mundo animal, eso no eran sino los espectáculos en el Hipódromo[31]. Las carreras de caballos fueron muy frecuentes[32], aunque otras exhibiciones fueron también muy celebradas. De las más solicitadas eran las luchas entre fieras, consistente en la pelea de toros, osos, leones de Libia, leopardos, asnos, panteras, entre ellos mismos o contra hombres. Durante el reinado de Teodosio II, «se organizaban batidas de animales en el anfiteatro de Constantinopla»[33]. Ese mismo año, Basilio el Grande censura a quienes malgastan su dinero en espectáculos de lucha entre hombres y fieras[34], una crítica que retoma Asterio de Amasia en el siglo V cuando declara que en vida pudo ver espectáculos de caza en el hipódromo[35], un espectáculo que fue restringido con el paso de los siglos a tan sólo unos días por semana[36]. Pese a algunas de las prohibiciones de los concilios constantinopolitanos, en el siglo XII continuaron las exhibiciones de fieras; de hecho, el incansable viajero Benjamín de Tudela asegura que en el hipódromo de Constantinopla vio leones, osos y leopardos luchando entre sí, una costumbre que se mantuvo incluso en los primeros años de dominio otomano de la ciudad[37].

Hipódromo (Estambul)

Dado que muchas fieras y aves de África y de Asia eran raramente vistas por la población de la capital del Imperio, siempre que tenía ocasión corría a contemplarlas al hipódromo, donde eran expuestas. La sola visión de un elefante, por ejemplo, o un camello era más que suficiente para conmocionar al pueblo[38]. Los emperadores, a la mínima oportunidad, exhibían ostentosamente en el hipódromo elefantes[39]. Cuando Teodosio el Grande trajo de la India un pequeño elefante, el emperador ordenó que fuera exhibido en público[40]. Heraclio, en el siglo VII, durante su victorioso regreso a la capital, se trajo consigo cuatro elefantes «con los que logró un triunfo durante la celebración de las carreras de caballos para regocijo del pueblo»[41].

En el museo de Santa Irene, en la actual Estambul, se han conservado relieves que representan camellos, avestruces y otros animales, indicativo de hasta qué punto estas y otras bestias eran objeto de curiosidad en aquellos siglos. De igual manera, frescos, mosaicos y sobre todo marfiles bizantinos, muestran innumerables tipos de caballos, algunos ciertamente extraños, prestos a correr en el hipódromo. A ello habría que añadir las miniaturas de las numerosas colecciones de manuscritos, aún por estudiar, que ilustran las obras de Dioscórides o del *Fisiólogo,* por ejemplo. Por mucho que se haya indagado

hasta la fecha en el impacto del mundo animal en Bizancio -sobre todos y cada uno de los aspectos que hemos visto en estas páginas, además de otros- no parece ser suficiente si lo comparamos con los voluminosos y densos estudios que se han dedicado al mundo animal en Occidente. Y es que, es de justicia reconocerlo, éste y otros trabajos quedan muy lejos de ser una obra de conjunto. El congreso celebrado en Atenas hace tres años, parece activar un campo hacia el que muy pocos especialistas han dirigido su interés. En efecto, el mundo animal en Bizancio ha sido ignorado por otros estudiosos dedicados a la historia cultural de los animales, algo que no obedece, según mi leal saber y entender, a la ausencia de testimonios, pues resulta evidente a la luz de lo dicho hasta ahora que fuentes, tanto griegas como foráneas, no faltan. Quizá sobre el milenario Imperio bizantino pese también en este caso la maldición decimonónica que vio en la Grecia medieval una tortuosa decadencia del Imperio romano, un frío continente sin contenido o una simple imitación de modelos antiguos. Considerar así la cultura bizantina, no parece ser una actitud del todo aconsejable. Juzgue el lector.

NOTAS

[1] KOHLER, E., «Byzanz und die Literatur der Romania» en *Grundriss der romischen Literaturen des Mittelalters. Generalités,* Heildelberg, Winter 1972, pp. 396-407, el autor afirma que el Imperio bizantino puede considerarse (sobre todo en su influencia en Occidente) como fuente directa por medio de su propia literatura (si bien a ojos occidentales su literatura presentaba bastante poco atractivo), como adaptador e intermediario, como una realidad histórica que proporcionó material y ocasión para una explicación política, religiosa e ideológica, y finalmente, como un administrador de la herencia de la literatura clásica, función ésta que es la que más se le viene a atribuir al Imperio. Una de las cuestiones más interesantes que no dejan de debatirse, es el problema de la continuidad de la civilización y la sociedad bizantina en relación con sus modelos tardoantiguos. También se ha añadido a este animado debate la consideración de la herencia bizantina que los griegos actuales han podido recibir de Bizancio. A este respecto, puede leerse WEISS, G., «Antike und Byzanz. Die Kontinuität der Gesellschaftsstruktur», *Hist. Z.* 224 (1977), pp. 529-560. Por el contrario, y para la distancia que separa Bizancio de la Grecia antigua, véase MANGO, C., «Discontinuity with the Classical Past in Byzantium», en MULLETT, M., y SCOTT, R. (eds.), *Byzantium and the Classical Tradition (Univ. of Birmingham Thirteennth Spring Simposium of Byzantine Studies 1979),* Birminghan, 1981. Que los bizantinos no negaron su herencia, es profusamente estudiado por BROWNING, R., «The Continuity of Hellenism in the Byzantine World: Appearance or Reality» en WINNIFRITH, T., y MURRAY, P. (eds.), *Greece Old and New,* Londres, 1983, pp. 111-128.

Un libro de alcance general sobre este particular, TOYNBEE, A., *Los griegos: herencia y raíces,* México D.F., 1988 (trad. de la edición inglesa de 1981).

2 Para el éxito de Eliano en Bizancio, véase TREU, U.-K., *Die tanzenden Pferde von Sybaris. Tiergeschichten,* Leipzig, 1978.

3 En Bizancio, existe también, fechado en época tardía, una versión del *Fisiologo,* cuyo autor se inspiró en dos versiones de este conocidísimo texto, y no en el arquetipo que inspiró los bestiarios medievales en Occidente. De hecho, en el título se aclara que se trata de una obra basada εκ του Φυσιλόγου, es decir, en el *Fisologo.* Son 49 apartados en cada uno de los cuales se hace una interpretación moral.

4 En un códice vienés de Dioscórides. GUALANDRI, I., *Incerti autores in Oppiani Halieutica paraphrasis,* Milán, 1968.

5 GARZYA, A., *Byz.* (1955-57) pp. 25-27. Para el estudio de las miniaturas, THEODORIDES, J., «Remarques sur l'iconographie zoologique dans certains manuscrits médicaux byzantines et étude des miniaturas zoologiques du Codex Vaticanus Graecus 284»m *JÖBG* 10 (1961) pp. 21-29.

6 Pertenecía a aquellas colecciones dedicadas a la agricultura o la medicina que se compusieron para satisfacer los esfuerzos enciclopédicos de este emperador.

7 En edición de LEHRS, S. y DUBNER, F., , *Poetae bucolici et didactici…,* París, 1862.

8 ODDER, E., y HOPPE, C., *Corpus Hippiatricorum,* Leipzig, 1924. En occidente, tal vez por razones culturales, abundarán los tratados dedicados a este équido. Por ejemplo, el *De medicina equorum* de Giordano Ruffo escrito entre el 1250-54. Esta obra fue muy célebre, y por ello traducida. Siguieron su estela los tratados de Borgognoni, *Mulomedicina* (1260), de Moisés de Palermo, *De curationibus infirmitatum* (1277), a los que siguieron otros autores, como los españoles Don Fadrique, Manuel Díez de Calatayud; los italianos L. Rusio, Humberto de Cortenuova o Dino Dini; los alemanes maestro Albrant; y los franceses G. De Villiers. *Vid.* DELORT, R., *Les animaux ont une histoire,* París, 1984, pp.64 ss.

9 BJORCK, G., *Apsyrtus, Julianus Africanus et l'Hippiatrique grecque,* Upsala, 1944. Otros tratados veterinarios en McCABE, A., *A Byzantine Encyclopaedia of Horse Medicine. The Sources, Compillation, and Transmission of the Hippiatrica*, Oxford 2007; LAZARIS, S., *Art et science vétérinaire à Byzance. Formes et fonction de l'image hippiatrique*, Brepols publishers, 2010; KOLIAS, T., «Versorgung des byzantinischen Marktes mit Tieren und Tierprodukten» en KISLINGER, E., KODER, J. Y KULZER, A. (eds.), *Handelsgüter und Verkehrswege. Aspekte der Warenversorgung im ostlichen Mittelmeerraum (4. bis 15. Jahrhundert)* [ÖAW, Phil.-hist. Kl., Denkschr., 388 Bd], Viena, 2010, pp. 175-184.

10 HERCHER, R., *Claudii Aeliani Varia Historia, Espitulae, Fragmenta,* Leipzig, 1866, pp. 335-516.

11 Ιέραξ *(hierax),* halcón en griego frente a ιερός *(ierós),* sagrado.

12 Algunas tan llamativas como el murciélago cocido para curar la epilepsia del halcón, o un conjuro ante la ausencia del animal de caza.

13 HERCHER, R., *op.cit.,* pp. 587-599.

14 HERCHER, R., *op.cit.* pp. 577-584.

15 HERCHER, R., *op.cit.* pp. 603-662. Vid. et. BIANCHI, G., «Note sulla cultura a Bisanzio all'inizio dell VII secolo in rapporto all' Esaemerone di Giorgio di Pisida», *RSBN* 2-3 (1965-66) pp. 137-143; DILTS, M.R., «Krumbacher on George Pisides», *BZ* 35 (1965) p. 621.

16 Los occidentales no se aventurarán en expediciones semejantes hasta el s. XIII. Además de la célebres descripciones que hace Marco Polo a partir de su viaje a China, contamos con los testimonios de Juan de Plan Carpin, Guillermo de Rubrock u Odorico de Pordenona. *Cf.* DELORT, R., *op. cit.,* p.72.

17 BECK, H.G., *Geschichte der Byzantinischen Volksliteratur,* Múnich, 1971 (hay edición griega, Atenas, 1988).

18 Hay quien incluso ha intentado ver en el texto una sátira política que satiriza a francos y búlgaros, es decir, contraria a las fuerzas extranjeras que se movían a su antojo por el territorio bizantino, de ahí que las causas históricas que llevaron a su redacción se sitúen en el siglo XIII, si bien el texto más antiguo conservado está fechado un siglo más tarde. Los manuscritos que nos han transmitido el texto son varios y de diferentes épocas, lo que hace pensar que se trató de un texto muy requerido. Una última edición con traducción al alemán, en KRAWCZYNSKI, St., Ο Πουλολόγος, Berlín, 1960.

19 Hasta cinco manuscritos nos han transmitido el texto, uno de ellos, tal vez el más antiguo, en una lengua más cuidada, con un nivel lingüístico superior. El texto puede consultarse editado por TSIOUNI, V., Παιδιόφραστος διήγησις των ζώων των τετραπόδων, Múnich, 1971. En cuanto a las traducciones, cabe notar la ausencia de las mismas, salvo en ruso (SANDROVSKAJA, V.S., *V. Vre.* 9 [1956] pp. 181-194).

20 El autor data la reunión animalesca en ese año. Por qué ese y no otro, es algo que hasta hoy sigue siendo una incógnita. Por otro lado, la fecha de la convocatoria debe ser la misma de composición de la obra.

21 Este texto se ha conservado en dos versiones: la primera con el título de *Synaxario del asno,* en 393 versos decapentasílabos sin rima, y una segunda titulada *Fábula del asno, del lobo y el zorro,* en 540 versos de igual metro pero rimados. El *synaxarion* era un género en sí mismo que narraba la vida y milagros de los santos. Una edición bastante completa del texto griego, que recoge ambas versiones, en ALEXIU, L., «Η φυλλάδα του γαδάρου», Κρητ. Χρ. 9 (1955) pp. 81-118, con glosario y notas. Un denso trabajo de alcance general sobre esta obra en TSANTSANOGLU, K., «Περι όνου...», *Ελληνικά* 24 (1971) pp. 54-64. Además de los estudios sobre el mundo de la fábula, sus relaciones con Esopo, y el alcance del mundo animal en Bizancio, también hay algunos centrados, por ejemplo, en esta fábula como pretexto para el humor (SOYTER, G., *Griechischer Humor von Homers Zeiten bis heute,* Berlín, 1959, pp. 108-111) o la importancia del *synaxarion* en las representaciones iconográficas (PALLAS, D.I., «Βυζαντινον υπέρθυρον του μουσείου Κορίνθου απλώς Αισώπειος μύθος ή το Συναξάριον του τιμημένου γαδάρου», *Επετ. Επ. Βυζ. Σπ.* 30 [1960-61] pp. 413-452).

22 Quizá por la relación de dicho nombre con la palabra 'victoria' (*niki*).

23 El *Opsarologos* sigue muy de cerca otro texto parecido, el *Poricologos,* es decir, el *Libro de las frutas.* En éste, muy semejante a su vez al *Pulologos,* se narra en prosa un juicio presidido por el rey Membrillo, asistido por sus ministros (el logoteta Manzana, el protovestiario Naranja Amarga o el drungario Limón) contra la Uva, acusada por otras frutas de alta traición. La condena consiste en ser colgada de un madero, mutilada y pisoteada por los hombres.

24 Además de la pieza para guiso, la piel era aprovechada para confeccionar el gorro con el que se tocaban los médicos.

25 NICÉFORO CRONISTA, Χρονική Διήγησις περί Ανδρονίκου Κομνηνού 433, 13ss.

[26] CUCULES, F., Βυζαντινών Βίος και Πολιτισμός, 9 vols., Atenas, 1948-1955. *Vid. et.* MOTSIAS, J., Τι έτρωγαν οι Βυζαντινοί, Atenas, 1998, pp.139-152.

[27] CUCULES, F., *op. cit.* vol. 5, pp. 387-423.

[28] SINESIO DE CIRENE, *PG* 66, 1217.

[29] FILES, Manuel, *Sobre las propiedades de los animales* 148.

[30] BECK, H.G., *op. cit.,* p. 204

[31] Aunque las fiestas y celebraciones en el hipódromo sufrieron ciertos altibajos a lo largo de su historia (por ejemplo, en época de los Comnenos casi no se habla de ningún espectáculo allí), éstas se mantuvieron hasta al menos el s. XIV. Ya durante la francocracia, tras la caída de la Ciudad en manos de la IV Cruzada (1204), todavía el hipódromo era espacio para celebrar carreras de caballos. Nicéforo Gregorás menciona repetidamente en su historia el hipódromo, y el conocido viajero castellano Clavijo dice haber visto carreras. Bien es verdad que la majestuosidad del hipódromo fue poco a poco degradándose al tiempo que se depauperaban las arcas del propio estado.

[32] Un capítulo dedicado a estas carreras en CUCULES, F., *op. cit.* Vol. III pp. 37-39.

[33] SOCRATES, *Historia Eclesiástica* VII, 22.

[34] *PG* 31, 268.

[35] *PG* 40, 189.

[36] TEOFANES CONTINUATUS, VII, 18, 27.

[37] La diversión en el hipódromo no estaba sólo limitada a espectáculos de fieras; también se organizaban mimos, juegos malabares, de acrobacia, de destreza (como por ejemplo, juegos de equilibrio sobre caballos), incluso se empleaba para actos religiosos o políticos, como la proclamación de un nuevo emperador o la celebración de triunfos después de la victoria. De igual forma, el hipódromo adquirió en ocasiones un uso más siniestro, pues en él se sometía a escarnio público a los rebeldes, traidores o emperadores depuestos, e incluso como cadalso. Coricio, Constantino Porfirogénito, Cedreno, Ana Comnena o Teófanes Continuatus son algunas de las fuentes que nos lo transmiten.

[38] GREGORIO DE NISA, *PG* 46, 308.

[39] Cosmas Indicopleustes (*PG* 88, 449) se refiera a una monomaquia entre elefantes para disfrute de la población, y en presencia del rey de la isla de Taprobane.

[40] PSEUDO-CODINO, Πάτρια Κωνσταντινουπόλεως II, 247, 14, y TEOFANES CONTINUATUS, *Cronografía* 351, 15 (*PG* 85, 819).

[41] NICEFORO, Patriarca de Constantinopla, *Historia sucinta* XXII, 20.

El simbolismo de los animales en los escudos heráldicos medievales. Los blasones de Jerez de la Frontera

Enrique José Ruiz Pilares
Universidad de Cádiz

Los escudos heráldicos perviven hoy día en muchas parcelas de nuestra cultura. Sin duda alguna es en el ámbito deportivo, al igual que hace un milenio con los torneos y las justas, donde adquieren su mayor representación, y en ellos, las representaciones zoomórficas son las más representativas. Su origen debemos de buscarlo en el nacimiento del arte del blasón, la heráldica. En ella nos imbuiremos para conocer el significado que adquieren los animales en la cultura medieval, sobre todo en una cultura caballeresca donde los valores relacionados con el arte de la guerra priman sobre otros. A la hora de acercarme al conocimiento de emblemas específicos tomaré como referencia la riqueza heráldica que nos ofrece la ciudad de Jerez de la Frontera, cuyos habitantes, en continuo contacto con los musulmanes granadinos, son el ejemplo más representativo de vida caballeresca en la zona del bajo Guadalquivir a fines del medievo.

1. EL NACIMIENTO DE LA HERÁLDICA

La heráldica es un fenómeno europeo y sólo puede comprenderse dentro de este marco geográfico y cultural. Su origen ha sido un tema muy discutido desde los primeros tratadistas medievales. Varias hipótesis se plantearon, la mayoría de ellas fantásticas, que atribuían su origen a Adán, Alejandro Magno, Julio César o al rey Arturo; otras basadas en antecedentes históricos, situaban como predecesores de la heráldica a los emblemas militares grecorromanos, la influencia de las runas célticas o a supuestas costumbres musulmanas o bizantinas conocidas durante la primera cruzada (1096-1099). Sin embargo, su nacimiento debemos de buscarlo en la evolución del armamento militar de la época, ya que la utilización del casco con nasal convertía a los combatientes en irreconocibles, y fue necesario pintar en los escudos las

señas de identidad del caballero[1]. El escudo era el arma *defensiva* (de ahí que se conozcan como escudos de armas) perfecta para plasmar esta simbología, ya que al estar unido al caballero por una bracera de correas era muy difícil que se desprendiese, siendo el caballero así siempre identificable[2].

En la segunda mitad del siglo XII la heráldica ya estaba prácticamente consolidada, hasta el punto que la difusión de la heráldica por Europa entre los años 1140 y 1180 estuvo marcada por la uniformidad del sistema de signos. Esta codificación se basa en un número reducido de esmaltes (los metales oro y plata, y los colores rojo o gules, azul o azur, verde o sinople, y negro o sable), una representación gráfica de ciertas piezas (palos, bandas, fajas, etc.) y ciertas figuras (león, castillo, roble, etc.). Estos elementos poseen una intencionada uniformidad en el diseño para evitar que cada figura o pieza se represente de manera caprichosa en cada escudo[3]. En este proceso de sistematización fue clave el papel de las chancillerías regias y los heraldos, los encargados de blasonar o describir las armerías de los caballeros. Desde sus inicios, fueron los torneos y no la guerra, el punto de encuentro entre caballeros que contribuyó a la difusión de la heráldica. En el torneo era imprescindible la heráldica porque los luchadores sólo podían identificarse por el público gracias a los emblemas pintados en los escudos[4].

La heráldica nació como identificación personal del caballero, pero pronto comenzará a hacerse hereditario, con el objeto de conservar el recuerdo de la procedencia de un origen común. El blasón, al igual que el apellido, se convierte en el elemento identificador de un linaje. Las armas adoptadas por los fundadores del mismo se convertirán en la síntesis de los valores e historia de cada linaje, queriéndose honrar por cada miembro los valores que simbolizan su escudo de armas[5]. Los escudos heráldicos se extenderán pronto entre todos los príncipes, nobles, caballeros e incluso alcanzarán a todas las clases sociales[6]. Para adquirir las armas heráldicas cuatro serán las maneras de las que se valieron en el medievo: por la herencia emblemática de sus antecesores, dadas por un monarca, ganadas en la batalla o tomadas por si mismos, como bien reflejo mosén Diego de Valera en su *Espejo de verdadera nobleza*[7].

2. LA ELECCIÓN DE LAS REPRESENTACIONES HERÁLDICAS

Respecto al origen de los signos representados, hay que mencionar que ya se utilizaban ciertos símbolos en las insignias colocadas en los estandartes

o banderas cuyo objeto era reunir o agrupar a los luchadores de una misma hueste. Estas iban teñidas de determinados colores y representaban ciertas figuras o piezas. Por otro lado, toda una serie de emblemas marcados por la libertad de diseño han sido utilizados desde tiempos inmemoriales para afirmar la autoridad o posesión sobre determinados objetos. Estos símbolos son conocidos como *señales* cuando no aparecen colocados dentro de un escudo y marcados por las reglas de la heráldica. Aunque su representación era caprichosa, totémica, mitológica, sin duda alguna influyeron en el origen de las representaciones que aparecerán en los escudo. Por ello son conocidos como emblemas preheráldicos[8].

Ejemplos claros de esta tradición preheráldica los encontramos por toda la geografía europea. Desde finales del siglo XI la alternancia de tiras verticales de oro y de rojo componían los colores patrimoniales de la familia condal de Barcelona. Aún más identificativos del caballero o la familia que la ostenta, son señales de origen *parlante*. El caso más claro es el león que simbolizará al reino hispánico. Aparece documentado por vez primera en las monedas acuñadas por Alfonso VII, el Emperador (1126-1157). Hasta entonces, el signo preponderante utilizado por los reyes leoneses en sus documentos y monedas era la cruz, pero a partir de ahora, ésta se irá viendo desplazada paulatinamente por el león. El por qué de la utilidad de este emblema es clarísimamente parlante, ya que el topónimo de la ciudad de León procede etimológicamente de la Legio Septima Gemina. No hay intención simbólica en su utilización, sin duda el símbolo parlante era la mejor manera de identificar a las personas que luchaban bajo su representación como leoneses[9]. Estas dos manifestaciones, como muchas otras, al inventarse la heráldica se trasladarán a los límites del escudo.

Jerez nos ofrece dos casos bastante reveladores sobre la adquisición de sus escudos heráldicos. Los Cabeza de Vaca, poderoso linaje del bajo Guadalquivir, remontan sus armas, según un relato que nos traslada Argote de Molina, entre la realidad y la leyenda, en la conquista de las tropas cristianas del castillo de Castro Ferral en tierras jienenses. Los cristianos no encontraban la manera de conseguir superar las defensas moriscas ante la aspereza del monte donde se encontraba la fortaleza. Según se nos relata, un pastor de la zona se presentó ante los monarcas cristianos que dirigían las tropas y les mostró un sendero por donde podrían pasar sin ser vistos por las defensas enemigas para tomar el castillo. El pastor, llamado Martín Alhaja, indicó que en el paso que deberían de recorrer había una calavera de una vaca. Debido a ello, el rey don Alfonso VIII de Castilla le dió por armas «siete jaqueles rojos en campo de

oro, y una orla con seis cabezas de vaca en plata en campo azur», y fue llamado «el de la cabeza de vaca»[10]. En Jerez el linaje utilizará en sus escudos como variante una sola cabeza «en campo de azur una cabeza de vaca de plata» como puede observarse en la portada del palacio de los marqueses de Campo Real[11].

Palacio de los marqueses de Campo Real (Jerez de la Frontera). Escudos de armas de los Zurtia (arriba izq.), Villavicencio (arriba dcha.), López de Haro (abajo izq.) y Cabeza de Vaca (abajo dcha.).

El segundo ejemplo jerezano nos lo proporciona el linaje de los Zurita, que junto al anterior, es de los pocos que a fines del medievo podía presumir de proceder de sangre hidalga en la ciudad, frente al resto de los principales linajes procedentes de la caballería villana o de cuantía. Las primeras armas «de sinople dos lebreles o canes rampantes enfrentados de plata» las tomaron según Argote de Molina «por alusión del lugar de Zurita de los Canes (Guadalajara) donde fueron naturales y heredados por haberse hallado sus pasados en la conquista del, famoso por el cerco que le puso el rey D. Alonso octavo». El apellido «De Los Canes», según la tradición, procede de la época posterior a la conquista cristiana en la cual la Orden de Calatrava custodió la fortaleza con perros alanos que se ocupaban de proteger la villa[12]. Todos estos ejemplos nos muestran cómo la leyenda, la tradición y los animales vinculados a ella, son claves para la representación heráldica posterior.

Diego Fernández de Zurita, caudillo de la ciudad en la batalla del Salado, donde derrotaron en 1340 decisivamente a los benimerines, última nación norteafricana que trataría de invadir la península Ibérica, fue armado caballero de la Orden de la Banda por el rey Alfonso XI. Diego cambió según la costumbre sus armas antiguas del solar de su linaje por las de la dicha Orden que son «de azur la banda de oro engolada de dos dragantes de sinople

lampasados de gules»[13]. La Orden de la Banda fue fundada en 1332 cuando Alfonso XI de Castilla, intentando cimentar su poder sobre la levantisca nobleza, recompensó los servicios prestados por sus mejores caballeros al soberano con su pertenencia a ella. Sus miembros debían tener un escrupuloso e intachable comportamiento cortesano, participar en justas, ser solidarios y sobre todo leales al rey:

> E esto fizo el Rey porque los omes cobdiciando aver aquella Banda oviesen razón de facer obras de cavalleria. Et asi acaeció después que los cavalleros et escuderos que facian algun buen fecho en armas contra los enemigos del Rey, o probaban de las facer, el Rey dabales la Banda, et faciales mucha honra, en manera que cada uno de los otros cobdiciaban facer bondat en cavalleria por cobrar aquella honra et el buen talante del rey, asi como aquellos lo avian.

El origen de los símbolos se remontaba a uno de los símbolos primitivos de los Condes de Castilla, que había consistido en una banda dorada sobre gules, engolada de cabezas de dragantes del mismo color[14].

3. EL SIMBOLISMO DE LAS FIGURAS ZOOMÓRFICAS

No cabe duda, que en un mundo cargado de profundo simbolismo como era el medieval, sería ilógico suponer que el azar haya podido dirigir la confección de las armerías, pues nadie compone un emblema sin saber qué quiere representar[15]. Es por ello que la sociedad medieval inmersa en un profundo simbolismo iconográfico fue escogiendo una serie de figuras para representarlas como signos identificativos del portador de los blasones.

A la hora de acercarnos a la tipología de animales encontrados en los blasones, podemos hacer alusión a dos grandes tipos de representaciones; las parlantes, en relación con el nombre o apodo del personaje que asume las armas; o las simbólicas, en las que juegan un papel fundamental la visión que se tiene de estos seres en el medievo. Serán estos los que expliquen la importancia de los animales en la heráldica, ya que justifican su utilización por los hombres del medievo, asumiendo los valores y virtudes que representan[16].

La tradición oral, los refranes o los cuentos, entre otras manifestaciones, pueblan nuestra mente y nuestra cultura haciendo referencia a una forma de

concebir los animales cuyos orígenes debemos de remontarlos al medievo. No es difícil escuchar expresiones que hacen mención a que alguien come o se comporta como una bestia, que alguien tiene vista de lince, o nos previenen que nos metamos en la boca del lobo.[17]. No hay duda de que ninguna otra sociedad en la historia ha otorgado a los animales un papel simbólico tan destacado como la Edad Media.

Este simbolismo motivó que la heráldica europea para representar la rica variedad de virtudes, pasiones o valores humanos que quería encarnar el poseedor del blasón, recurriera a los animales, inspirándose en los Bestiarios que durante la Edad Media se pusieron de moda en toda Europa. Este se trata de un género literario que toma como base compilaciones pseudocientíficas de los autores clásicos sobre zoología, pero imbuidos del pensamiento cristiano, que convirtió a los animales en símbolos polisémicos, con toda una carga conceptual, de virtudes y pecados, que nos acerca a la mentalidad del hombre de la época[18].

Sin embargo, la simbología cristiana y eclesiástica no era la única. En una sociedad tan guerrera como la medieval, la nobleza se identificaba con los valores reflejados en la caza y la guerra. Los animales que mejor simbolizan este espíritu eran los grandes predadores, como el oso, el lobo o el león[19].

La fauna heráldica, inicialmente limitada a unos pocos animales, tomados generalmente de las enseñas militares preheráldicas, se fue incrementando paulatinamente a lo largo de toda la Edad Media. El bestiario medieval estará compuesto, por tanto, por animales del entorno europeo y por aquéllos procedentes de las narraciones orientales que les traían los cruzados que regresaban de Palestina. Así el bestiario europeo (lobos, osos, zorros, jabalíes, perros, águilas, halcones...) se vio enriquecido por nuevos animales, unos reales (leones, panteras, elefantes..) y otros fantásticos (grifos, unicornios, dragones...)[20]. A continuación haré relación de una serie de animales que fueron los más representandos en las armerías de toda Europa tomando como base las principales familias jerezanas bajomedievales.

4. EL OSO: EL ANCESTRAL SEÑOR DE LOS BOSQUES

Es el animal más fiero y poderoso de los bosques europeos, siendo durante siglos el animal totémico de muchos guerreros europeos. Los reyes intentaban adueñarse de sus poderes reflejándolos en sus emblemas, y se realizaban

ceremonias de carácter sexual donde se representa la cópula con este animal considerado pariente del hombre[21]. Era admirado por germanos y eslavos, muchos de los cuales no están aún cristianizados durante la Alta Edad Media. Todo esto contribuyó a que la Iglesia llevara a cabo toda una cruzada de desacreditación y demonización con el objeto de bajarlo de su trono. Esta lucha contra el oso no desapareció hasta el siglo XIII, cuando desaparecieron las últimas huellas de los antiguos cultos ursinos[22].

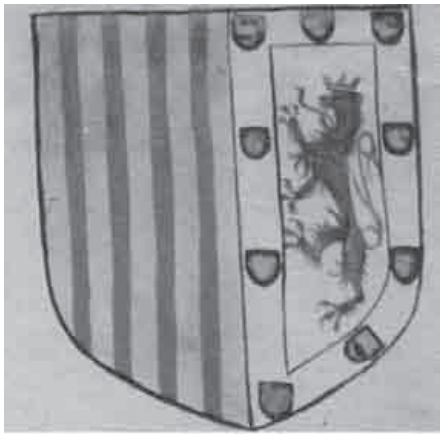
El oso es el animal heráldico de los López de Carrizosa, la familia más poderosa del cabildo jerezano a fines del XV. El linaje de los Carrizosa era oriundo de Medina de Pomar en Burgos. Aunque en algunos armoriales se describe el animal como un león, parece más acertado pensar que se trate de una osa, formando así su apellido parlante de «carriz-osa» [23], ya que su descripción es «en campo de gules cuatro carrizos de oro, y una osa terrazada de su color atravesante; bordura del escudo cargada de ocho aspas rebajadas de oro». En Jerez los Carrizosa enlazarán con los poderosos López, por ello nos encontramos el escudo de armas partido en dos, en un campo «de oro tres bandas de gules»; procedente de los López, y en el otro las armas del linaje procedente del territorio burgalense[24].

El oso perdió su trono, pero seguirá manteniendo un lugar importante en la heráldica europea. Simbolizará al hombre magnánimo y generoso, capaz de sufrir pacientemente las calamidades de la guerra, soportando las mayores privaciones, pero capaz de pelear con gran ferocidad contra sus enemigos. Se le representa de perfil, levantado sobre las patas traseras; pudiendo estar sólo o bien apoyado en el muro de un castillo o el tronco de un árbol[25].

5. EL LEÓN: EL REY DE LA HERÁLDICA, SEÑOR DE LOS ANIMALES

El león no era ajeno a la sociedad europea, ya que, aunque desaparecieron hace milenios de nuestra geografía, desde la antigüedad, a través de los espectáculos del anfiteatro romano, las ferias medievales, donde eran relativamente frecuentes, o a través de las casas de fieras reales, la población pudo conocer de primera mano la existencia de este animal. La iglesia y las tradiciones orientales lo auparon al trono del mundo animal, por ello, es sin duda alguna el animal más representando en la heráldica, el rey de los animales. El mejor ejemplo de escudo de armas donde podamos apreciar la figura del león

es la ilustre casa de los Ponce de León, duques de Cádiz, que durante la baja edad media tuvo una gran vinculación con la ciudad, donde se avecindó una de sus ramas.



Ponce de León. Duque de Cádiz. Armorial de Tamborino 1516-1519.

Procedente de tierras zamoranas, este linaje descendía de Pedro Ponce, alférez mayor de Alfonso IX de Castilla y León y de Aldonza Alonso, hija natural o bastarda de aquel monarca. Pese a la ilegitimidad de la esposa, los Ponce emparentaban con la familia real. Es lógico que un logro tan señalado dejara huella indeleble en la memoria colectiva, justificando la aparición del león como signo identificativo del linaje. La adopción del «león púrpura sobre campo de plata», conseguirá arrinconar a las cabras heredadas del apellido parlante de don Ponce Cabrera, su antecesor. La consolidación del prestigio del linaje, se reflejará en la definitiva expresión gráfica de su escudo heráldico que se llevará a cabo a mediados del siglo XIV. Pedro Ponce de León, II señor de Marchena, casó con Beatriz de Jérica, bisnieta de Jaime I el Conquistador, rey de Aragón con Teresa de Vidaurre. El linaje, orgulloso de los enlaces matrimoniales alcanzados gracias al prestigio atesorado, representará a las dos grandes casas hispánicas en sus armas:

> Escudo partido, en campo de plata un león coronado y rampante de gules y oro (León), y en el otro, en campo de oro cuatro palos de gules (Aragón), bordura del escudo de azur con ocho escudetes de oro en una faja de azur (Vidaurre de Navarra)[26].

Aunque el león que asumirán muchos de los linajes hispanos tiene un carácter parlante procedente de las armas del reino de León, como antes hemos explicado, este animal para sus portadores posee una simbología que hunde sus raíces en la antigüedad. El felino era visto como un animal astuto, cruel, que encarnaba las fuerzas del mal, dado que era un animal relativamente frecuente y peligroso en la Palestina bíblica. Sin embargo, influido por tradición oriental transmitida por las fábulas, que considera al león como al «rey de todas las fieras», los bestiarios latinos irán invistiendo a este felino

de cualidades cristológicas, por influencia clara de las propiedades atribuidas de su herencia oriental. El león que borra las huellas de sus pasos con su cola para desorientar al cazador es Jesús que esconde su divinidad para engañar mejor al diablo o el que perdona la vida a un adversario derrotado es el Señor compasivo. Incluso sería mitificado hasta convertirlo en el símbolo de la resurrección. Autores antiguos desde Orígenes hasta San Isidoro de Sevilla contaban la fábula de que los leoncillos nacían muertos hasta que su padre el león les insuflaba su aliento en la boca para reanimarlos[27].

Todo esto explica que el león se convierta en la figura animal más importante de los escudos heráldicos desde su aparición, ya que más del 15% de los escudos europeos lo contiene. Es una proporción considerable, ya que el águila, el único auténtico rival en el bestiario heráldico no supera el 3%[28]. Todas las casas reales europeas, menos la francesa, han llevado en algún período de su historia medieval un león en sus emblemas heráldicos. Se utilizará por los príncipes y caballeros germanos en contraposición al poder imperial, cuyo emblema era el águila, como veremos a continuación.

El dibujo heráldico del león se ajusta a una figura estereotipada que pone de relieve los atributos característicos de este animal: cabeza, cola y garras. Generalmente se lo presenta rampante, en posición majestuosa, alzado descansando sobre la pata posterior derecha y con la otra levantada, así como con las dos garras delanteras alzadas en actitud amenazante, la derecha más alta que la izquierda. Su cabeza se dibuja de perfil y su boca está abierta con la lengua fuera. Su cola suele estar muy desarrollada y se la dibuja siempre en posición alzada, unas veces casi recta y otras con el extremo doblado hacia el dorso del animal formando la letra S, terminada en una borla de pelos[29].

6. EL LOBO, EL REY DEL NORTE PENINSULAR

Si bien el lobo es un animal muy poco frecuente en la heráldica europea en donde apenas aparece en el 1% de los blasones con animales, en España ocupa el segundo puesto en nuestro Bestiario Heráldico. Esto se debe a su preponderancia en la heráldica vasca y la Navarra, donde era un animal temido pero a la vez respetado, en unos territorios donde en el medievo era normal encontrarlos con relativa frecuencia. De tierras norteñas procede el linaje de los Suazo, que se asentarán en tierras andaluzas a inicios del siglo XV. Este hecho se producirá al convertirse en señores jurisdiccionales de La Puente de

Suazo, cuyos términos corresponden con la actual localidad de San Fernando (Cádiz), y en importantes miembros e la oligarquía jerezana[30]. Desde su solar de origen vizcaíno los Suazo traerán el lobo en sus armas, animal poco común en la zona andaluza, de ahí la importancia de este linaje para acercarnos a su representación. Siguiendo la descripción del erudito jerezano Bartolomé Gutiérrez traen «en un escudo cuartelado el primero y cuarto de oro, cuatro bandas de gules, el segundo y el tercero en plata dos lobos en gules» [31].

Los romanos lo asociaban a Marte, dios de la guerra, padre de Rómulo y Remo, que fueron amamantados por una loba; de ahí que este animal se convirtiera en el símbolo de Roma y su imperio. Su simbolismo heráldico se presenta en una doble acepción: en sentido activo representa al guerrero esforzado, cruel con sus enemigos, a los que nunca da cuartel, y siempre listo para la acción, lo que se manifiesta por su posición de pasante o acechante. Mientras en su aspecto pasivo de lobo desollado o con solo su cabeza, resulta ser un trofeo de caza y simboliza el triunfo sobre malhechores o traidores al reino que han sido vencidos[32].

El lobo en heráldica por su fiereza natural suele ser dibujado con gesto agresivo y las fauces abiertas, mostrando la lengua, la pata delantera derecha alzada, las orejas rectas, y el rabo largo, ancho y extendido en toda su longitud, cuya punta cae hacia el suelo; esta posición se denomina por los autores españoles como acechante[33].

7. EL ÁGUILA: SÍMBOLO DEL IMPERIO

Aunque los animales terrestres son los que mayor difusión tienen en la heráldica, no podemos terminar esta exposición sin hacer mención a uno de los pocos rivales que tuvo el león en las armerías europeas, el águila. Para los romanos era el símbolo de Júpiter, deidad suprema del panteón romano. Ellos la utilizaron en sus estandartes como símbolo de la autoridad imperial. Carlomagno cuando se coronó emperador en el 800, no dudó en asumirla como símbolo del recién creado Imperio de Romano de Occidente, produciéndose con ello la cristianización del antiguo símbolo romano. A partir de entonces, el Águila monocéfala se fue convirtiendo en el símbolo del poder de los emperadores y sus partidarios[34]. Los emperadores germánicos adoptarán posteriormente el águila de dos cabezas para disputar las aspiraciones bizantinas al dominio universal sobre Oriente y Occidente[35].

En los bestiarios medievales el águila simboliza el poder, la generosidad, magnanimidad y vigor del espíritu. Representa la renovación del hombre por el bautismo, basándose en leyendas según las cuales cuando el águila envejece busca un manantial y se baña tres veces en sus aguas para recuperar de nuevo su juventud. Se le dibuja en posición alzada o de frente con la cabeza mirando a la diestra, las alas extendidas y levantadas, la cola esparcida, y las patas abiertas mostrando todas sus uñas[36].

En Jerez de la Frontera podemos encontrarla en las armas de una de las principales familias de fines del medievo, los Dávila. La aparición de este ave en el blasón tiene un puro significado simbólico para la estirpe arraigada en tierras andaluzas, ya que el tronco familiar procedente de tierras abulenses llevaba en sus escudos «en campo de oro trece roeles azules»[37]. Sin embargo, cuando a mediados del siglo XV esta familia procedente de los escalones más bajos de la caballería alcanza importantes cuotas de poder en la ciudad, tomarán símbolos, entre los que destaca el águila en su escudo, como muestra de su nobleza, llevando en su escudo «en oro, una encina de sinople, arrancada, acompañada de dos águilas, de sable, y en los flancos, seis roeles de azur, puestos en palo, y uno en punta»[38].

No cabe duda, tras acercarnos a los escudos de armas de gran parte de los linajes más poderosos del Jerez bajomedieval, que el mundo animal está muy presente en la emblemática de la época. Los caballeros esgrimirán sus blasones en los campos de batalla, pero también en celebraciones, actos lúdicos y deportivos de distinta índole, como es el conocido «juego de cañas» jerezano. Estas representaciones perdurarán con el paso de los siglos, y hoy día, es difícil que en la iconografía sea del índole que sea, principalmente la deportiva, el mundo animal no aparezca, aunque ya no evoque con la misma fuerza y rigor las virtudes que simbolizaba para las personas del medievo, los cuales siempre portaron los emblemas con dignidad y solemnidad.

NOTAS

1 PASTOUREAU, Michel, *El oso. Historia de un rey destronado*, Paidos, Barcelona, 2008, p. 166.

2 RIQUER, Martín de, *Heráldica castellana en tiempos de los Reyes Católicos*, Quaderns Crema, Barcelona, 1986, p. 13

3 *Ibídem*, p. 14.

4 *Ibídem*, p. 17.

5 VALERO DE BERNABÉ, Luis y EUGENIO, Martín de, *Análisis de las características generales de la Heráldica Gentilicia Española y de las singularidades heráldicas existentes entre los diversos territorios históricos hispanos*, Tesis doctoral, U. Complutense de Madrid, 2007, p. 5.

6 *Ibídem*.

7 RIQUER, Martín de, *op. cit*, p. 23. Obra que dedicó Valera en 1443 al monarca Juan II de Castilla.

8 *Ibídem*, p. 15. Sobre las señales preheráldicas es fundamental consultar la obra de PASTOUREAU, *Traité d'héraldique*, Grands manuels Picard, París, 1979.

9 *Ibídem*, p, 170

10 ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo, *Nobleza de Andalucía,* Nueva edición ilustrada, Jaén, 1866, (1º ed. Sevilla, 1588) p. 74 y 75. El linaje de los Cabeza de Vaca tiene su estudio genealógico en SÁNCHEZ SAUS, Rafael, *Linajes medievales de Jerez de la Frontera*, Ediciones Guadalquivir, Sevilla, 1996, pp. 38-42.

11 SEVILLA GÓMEZ, A., *Los Adorno en Jerez de la Frontera*, Jerez de la Frontera, 2008, p. 23. Los Zurita en SÁNCHEZ SAUS, *op. cit,* pp. 232-239.

12 ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo, *op. cit*., p. 423.

13 MORENO DE GUERRA Y ALONSO, J., *Bandos en Jerez. Los del puesto de abajo. Estudio social y genealógico de la Edad Media en las fronteras del reino moro de Granada*, Editorial Talleres Poligráficos, Madrid, 1929, T. II, p. 85.

14 TADEO VILLANUEVA, Lorenzo, *Boletín de la Real Academia de la Historia,* tomo 72 (junio 1918), p. 438

15 VALERO DE BERNABÉ, Luis, *op. cit*, p. 6.

16 *Ibídem*, p. 9.

17 MORALES MUÑIZ, Mª Dolores Carmen, «Los animales en el mundo medieval cristiano-occidental: Actitud y mentalidad», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Hª Medieval, t. 11, 1998, p. 308.

18 *Ibídem*, p. 317.

19 *Ibídem*, p. 319.

20 VALERO DE BERNABÉ, Luis, *op.cit*, p. 127.

21 PASTOUREAU, Michel, *El oso*, p. 109.

22 *Ibídem*, p. 19.

23 SEVILLA GÓMEZ, A., *Heráldica jerezana. II Escudos de armas de caballeros jerezanos*, Jerez de la Frontera, 2009, p. 46. Para conocer el devenir de este poderoso linaje jerezano en SÁNCHEZ SAUS, *op. cit,* pp. 109-113.

24 ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo, *op. cit*, p. 193.

25 VALERO DE BERNABÉ, Luis, *op. cit*., p. 154

26 CARRIAZO RUBIO, J. L., *La Casa de Arcos entre Sevilla y la frontera de Granada (1374-1474)*. Ed. Universidad de Sevilla, Sevilla, 2003, pp. 27-30. El asentamiento de la casa en Jerez de la mano de Eutopio Ponce en SÁNCHEZ SAUS, *op. cit,* pp. 147-149.

27 VALERO DE BERNABÉ, Luis, *op. cit*., p. 131.

28 *Ibídem*, p. 54.

29 *Ibídem*, p. 131.

30 Para conocer la vinculación de esta familia con Jerez consultar, SÁNCHEZ SAUS, Rafael, *op. cit*, pp. 169-172.

31 GUTIERREZ, Bartolomé, *Historia de la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Jerez de la Frontera,* BUC (Biblioteca de Urbanismo y Cultura), Edición facsimilar, Jerez de la Frontera, 1989 (1º ed. Jerez, 1886), t. III, p. 217. Hay que indicar que también existen menciones de escudos familiares donde el animal representado es un león, posiblemente variaciones producidas ante la supremacía heráldica de este animal en todo el occidente europeo.

32 VALERO DE BERNABÉ, Luis, *op. cit*., p. 145.

33 *Ibídem*, p. 143.

34 *Ibídem*, p. 195.

35 El antagonismo heráldico entre el león y el águila será llevado al campo de la política; así, las ciudades alemanas e italianas gibelinas, seguidoras de la causa de la familia imperial de los Hohenstaufen, adoptarán el águila por emblema, mientras que el león será adoptado por las ciudades güelfas, seguidoras del pontificado y de los Anjou.

36 Ibídem, p. 195.

37 ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo, *op. cit*, p. 225.

38 ALONSO DE CARDENAS Y LÓPEZ, A, y CADENAS Y VICENT, V., *Blasonario de la consanguinidad ibérica*, Instituto Salazar y Castro, Madrid, 1980, t. I, p. 150. Sobre los Dávila consultar SÁNCHEZ SAUS, *op. cit*, pp. 61-73.

Serpientes sibilantes y otros animales diabólicos

María Tausiet
CSIC, Madrid

«Todos se transformaron en serpientes, al ser cómplices todos de su osado motín […] Así, el pretendido aplauso se convirtió en un estallido de silbidos, y el triunfo en vergüenza.»[1]

«Los perros son de Dios y los gatos del Diablo»[2]

En la Europa medieval y moderna, la obsesiva oposición entre los conceptos del bien y el mal se aplicó a los terrenos de la religión y la filosofía, pero también a las ciencias y al mundo natural. La mayoría de los tratadistas insistían en que el ser humano no era el único determinado por sus virtudes y pecados, sino que toda la naturaleza (animales, plantas, minerales) compartía un universo moral común. Por su mayor cercanía y semejanza con el hombre, los animales en particular solían dividirse entre maléficos y benéficos, no tanto individualmente como agrupados por especies.

Desde un punto de vista marcadamente antropocéntrico, la razón de ser de los animales no era otra que servir a los propósitos del hombre. En ese sentido, eran considerados útiles en un sentido práctico (como alimento o ayuda) y sentimental (como compañía), pero también como símbolos morales o espejos en los que el hombre podía contemplar sus propias inclinaciones. La tendencia a proyectar determinadas categorías humanas en los animales servía para reforzar el orden social tomando como justificación la idea de lo «natural».[3] Sin embargo, las características atribuidas a las distintas especies de animales constituían estereotipos, menos basados en la observación directa de su comportamiento que en la cultura heredada generación tras generación. Pese a las evidencias en contrario, afirmar una y otra vez que los

Hugo Van der Goes, «Díptico de Viena. La caída», Kunsthistorisches Museum, 1467-68.

zorros eran astutos; los tigres, crueles; las cabras, lujuriosas; las tórtolas, leales, y las hienas, hipócritas, implicaba una forma de encasillamiento moral, pero al mismo tiempo constituía un lenguaje simbólico, un vocabulario que proporcionaba un amplio abanico de categorías para describir y tratar de entender las cualidades humanas.

Por su condición anómala y equívoca, los reptiles (serpientes, lagartos…), los anfibios (ranas, sapos…) y determinados artrópodos terrestres, como la araña o el escorpión, solían figurar entre las especies más detestadas. Como afirma Keith Thomas, «los peces vivían sólo en el agua; los pájaros volaban en el cielo, tenían dos patas y ponían huevos; las bestias tenían cuatro patas y vivían en la tierra. Pero muchos reptiles, insectos e invertebrados se movían ambiguamente entre la tierra, el aire y el agua».[4] El hecho de ser difícilmente clasificables convertía a tales especies en objeto de especial desconfianza.[5] No obstante, por encima de todas las criaturas, la más sospechosa sin duda era la serpiente. ¿Qué pensar de unas bestias extrañas e inquietantes que, aunque vivían en la tierra, ponían huevos y no tenían patas, lo que les obligaba a arrastrarse de forma sinuosa? Además, al margen de su aspecto exterior, las glándulas salivares de las serpientes eran capaces de producir un veneno que en ocasiones podía llegar a ser mortífero.

De acuerdo con diferentes mitologías, la ponzoña de las serpientes podía transmitirse a sus víctimas por mordedura, pero también mediante simples efluvios e incluso a través de la mirada (mal de ojo). El agudísimo dolor resultante venía a simbolizar algunas de las aflicciones humanas más extremas, como el remordimiento o la envidia. Por otra parte, el hecho de que la lengua de las serpientes –que, al igual que la de los lagartos, se dividía en dos al llegar a la punta– fuera tan larga y tan asombrosamente ágil constituía un motivo añadido de inquietud. Según Aristóteles, «la lengua de las serpientes es delgada, larga y negra, y sale de la boca hasta muy lejos»[6] y, en palabras de

Isidoro de Sevilla, «ningún animal mueve la lengua con tanta celeridad como la serpiente, hasta el punto de que parece estar dotada de tres lenguas, cuando en realidad no posee más que una».[7]

La lengua larga, ligera y bífida de las serpientes se convirtió desde antiguo en símbolo de la maledicencia y la murmuración, del resentimiento y la mentira y, una vez implantado el cristianismo, también de la herejía, en tanto que religión falsa. Una lengua tan hábil constituía el perfecto sinónimo de la astucia, de la inclinación a argumentar con sofísticos ardides y, en suma, de la seducción por la palabra. Tal visión aparecía ya en el libro del Génesis, donde se afirmaba que «la serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que el Señor Dios había hecho».[8] De ahí que fuera la elegida para engañar a Eva y, de ese modo, provocar la caída de nuestros primeros padres. Dicho episodio bíblico provocó la posterior identificación de la serpiente con Satanás, el adversario de Dios, a quien se consideraba responsable de la introducción del pecado en la humanidad.

A partir del Génesis, las interpretaciones alegóricas de la serpiente como símbolo del Mal por antonomasia se sucedieron una y otra vez en la literatura cristiana. Ya en el siglo I d. C. el filósofo judío Filón de Alejandría había dedicado una parte considerable de su obra[9] a desentrañar el significado oculto de la serpiente en la Biblia, lo que influiría más tarde en autores como Clemente y Orígenes y, a partir de ahí, en otros tratadistas posteriores hasta muy entrada la Edad moderna. Para Filón, la esencia de la maldad de la serpiente radicaba en su asociación con el placer, que el hombre virtuoso debía dominar mediante la templanza. Según sus propias palabras: «El movimiento del placer es, como el de la serpiente, tortuoso y variable.»[10] Yendo un paso mas allá, Filón identificaba a la serpiente-placer-vicio con la mujer, en oposición a la razón representada por el hombre. Según afirmaba, las habilidades femenino-serpentinas eran las que habrían seducido a Adán, siendo el nombre «Eva», en hebreo, una manera de referirse a la serpiente misma.[11]

A lo largo de la Antigüedad, el simbolismo de las serpientes había sido en buena medida ambivalente. Por un lado, su capacidad para rejuvenecerse mediante la constante renovación de la piel las asociaba con la salud y, en consecuencia, con Asclepio, el dios griego de la medicina. Por otro lado, la serpiente *ouroboros* que se muerde la cola representaba la unidad de todas las cosas, aparentemente buenas o malas, que nunca desaparecen, sino que únicamente cambian de forma, en un ciclo eterno de destrucción y nueva creación.[12]

Serpiente ouroboros («Hic est Draco caudam suam devorans», emblema nº 14:, en Michael Maier, *Atalanta fugiens*, 1618).

Tales asociaciones positivas quedaron eclipsadas en la cultura judeo-cristiana. Para Filón, todas las alusiones bíblicas a la serpiente se referían a su carácter vicioso y, en el fondo, a la necesidad para el hombre de controlar sus pasiones. Así, por ejemplo, el episodio del Éxodo en que Dios convertía la vara de Moisés en serpiente[13] significaba la necesidad de no temer a los bajos instintos y de aprender a dominarlos a voluntad:

> Ni siquiera de Moisés, el amadísimo de Dios, se aparta el placer, semejante a una serpiente; y he aquí lo que se lee: ¿Y qué les diré si no creyeren en mí ni oyeren mi voz […]? Y dijo el Señor a Moisés: ¿Qué tienes en la mano? Él dijo: Una vara. Y Él dijo: Arrójala sobre la tierra. Y la arrojó sobre la tierra, y la vara

> se convirtió en serpiente, y Moisés huyó de ella. Y dijo el Señor a Moisés: Extiende tu mano y tómala por la cola. Extendió Moisés su mano y la tomó de la cola, y aquélla tornóse vara en su mano […] El motivo por el que Dios prescribe a Moisés que la tome por la cola es como decirle: No te espante la hostilidad del placer y su salvajismo; por el contrario, apodérate de ella asiéndola fuertemente y acaba por vencerla. Efectivamente, será de nuevo bastón en vez de serpiente, vale decir, en vez de placer se tornará en tu mano instrucción.[14]

La asociación de la serpiente con la lujuria y los placeres de la carne continuó vigente a lo largo de la Edad Media y en siglos posteriores. No obstante, la vertiente sofística y taimada de la serpiente engañadora se subrayó mucho más en la Edad moderna. Ello no es de extrañar si se tiene en cuenta el renovado interés por la retórica al hilo de las numerosas controversias religiosas que acarreó la Reforma protestante. Para el filósofo aragonés Miguel Servet, la serpiente representaba un tipo de sabiduría falsa, basada en la lógica y los razonamientos, con los cuales resultaba imposible acceder a la verdad en un sentido trascendente: «La serpiente es la sabiduría del mundo»;[15] «otro es el camino de la verdad, no conocido de los metafísicos, sino de los idiotas y los pescadores».[16] Lo que Servet denominaba «sabiduría serpentina» (*serpentina sapientia*), característica de los intelectuales, procedería en último término de la serpiente-demonio «que camufla lo verosímil como verdadero y compone lo verdadero con lo falso».[17]

La plasmación literaria quizá más impactante de las funestas consecuencias que dicha «sabiduría serpentina» podía acarrear se encuentra en el *Paraíso perdido* de John Milton, en la terrible escena de las serpientes silbantes. Satanás ha cumplido lo que él considera su hazaña: conseguir convencer a Eva con sus argumentaciones para que ella y Adán desobedezcan los preceptos divinos. Satisfecho y orgulloso, vuelve al infierno esperando ser aclamado por los suyos, cuando, «contrariamente a lo supuesto, oye de todos lados un silbido lúgubre y general, que procedía de innumerables lenguas: un sonido de público desprecio».[18] Y es que, debido a la complicidad del resto de los demonios, todos ellos se han transformado en serpientes al mismo tiempo que él: «El horror se apoderó de ellas, y una horrible afinidad, […] y por contagio contrajeron aquella horrenda forma, iguales en el crimen y en el castigo».[19] De este modo, cuando intentan aplaudirle, lo único que pueden hacer es silbar-abuchear: «El aplauso que ofrecerle intentan se trueca en estallido de silbidos, y el triunfo se les convierte en vergüenza que por sus propias bocas les humilla».[20]

Una vez más, Milton resalta en su poema cómo «los castigos divinos» se producen de forma automática, como resultado de las acciones, sin que sea necesario ningún agente exterior. En esta ocasión, ¿qué peor castigo para Satanás que la involuntaria humillación por parte de los suyos, debido a su nueva condición de serpientes?:

> Era espantoso el ruido de silbidos en la sala, abarrotada de enlazados monstruos que mezclaban sus cabezas y sus colas, el escorpión, el áspid, la horrible Anfisbena, la cornuda cerata, la hidra, el horrendo elope, la dipsa (no se vio nunca nido más espeso de reptiles por el suelo, rociado con sangre de Gorgona, ni en la isla de Ofiusa).[21]

La confusión o mezcolanza de serpientes reales y míticas que presentaba Milton en su poema constituye un buen reflejo de la mentalidad de muchos europeos de la época. Del mismo modo que, en el *Paraíso perdido*, Satanás no era sólo serpiente sino también «dragón»,[22] en la conciencia de algunas personas, ciertos animales –en especial aquellos considerados maléficos– tendían a asimilarse a determinadas fantasías, siendo imposible trazar una barrera entre realidad y ficción. Buen ejemplo de ello lo ofrecen muchos de los procesos de brujería pertenecientes a la Edad moderna que se han conservado hasta nuestros días. En ellos no es extraño encontrar menciones a supuestas brujas con rasgos animales,[23] cuando no directamente metamorfoseadas en lobos u otras bestias.[24] Pero si hay un documento excepcional por el protagonismo concedido a los animales es el llamado proceso de Zugarramurdi, incoado por la Inquisición española entre 1609 y 1614, en el que aproximadamente dos mil personas del País Vasco-Navarro fueron consideradas sospechosas de brujería.[25]

Brujas metamorfoseadas en animales (Ulrich Molitor, *De Lamiis et Pythonicis Mulieribus*, 1489).

Según la impresionante descripción del sabbath o aquelarre publicada a raíz de la investigación llevada a cabo en la zona,[26] ciertos anfibios, en especial los sapos, constituían un elemento fundamental. Divididos en dos categorías (sapos desnudos y sapos vestidos), los primeros servían para fabricar «polvos y ponzoñas» con los que destruir las cosechas y «matar o hacer mal a las personas o a sus ganados».[27] Se suponía que los adeptos a la secta de los brujos se organizaban en cuadrillas para, de tanto en tanto y guiados por el Demonio, salir a la caza de sabandijas con las que elaborar sus venenos:

> Salen por la mañana llevando consigo azadas y costales. Y luego el Demonio y sus criados se les aparecen y los van acompañando a los campos y partes más cavernosas, y buscan y sacan gran cantidad de sapos, culebras, lagartos, lagartijas, limacos, caracoles y pedos de lobo. Y habiéndolos juntado y recogido en sus costales, los traen a sus casas y, unas veces en el aquelarre y otras veces en ellas, en compañía del Demonio, forjan y hacen sus ponzoñas, echando primero sobre todo su bendición el Demonio. Y comienzan a desollar los sapos, mordiéndolos con sus dientes por las cabezas, apretando hasta que con ellos les cortan el pellejo, del cual van tirando y se lo arrancan al rodopel, y se lo entregan al Demonio. Y descuartizan los sapos y todas las demás sabandijas, mezclándolas en una olla con huesos y sesos de difuntos que sacan de las iglesias.[28]

De acuerdo con la fantasías descritas en el proceso, los sapos desnudos se agrupaban en rebaños y eran cuidados por los niños pertenecientes a la malvada secta, advirtiéndoles que debían tratarlos «con mucho respeto y veneración» si no querían ser castigados cruelmente:

> Y porque María de Yureteguía a un sapo que se apartó de la manada, le volvió a ella careándole con el pie, y no con la varilla que para ello le habían dado, se lo recriminaron por un gran delito, y la castigaron dándole muchos azotes y pellizcos, de que le duraron los cardenales algunos días.[29]

Pero aparte de los sapos desnudos, cuyo destino era ser desollados y convertidos en polvo, existía otra categoría de sapos a quienes se vestía «de paño o de terciopelo de diferentes colores»[30]. Estos encarnaban a los demonios familiares que acompañaban y protegían a cada uno de los brujos, en especial a los novicios. Nada más entrar en la malvada secta, después de renegar de la fe católica y adorar al demonio, los nuevos adeptos no sólo eran señalados

con la forma de un sapillo[31] (en el cuerpo y en la niña de los ojos[32]), sino que también recibían un «sapo vestido» («que es un demonio en aquella figura, para que sirva como ángel de la guarda al novicio que ha renegado»[33]).

El cuidado de los sapos-demonios debía ser todavía mucho más exquisito que el de los sapos comunes. Iban ataviados con un traje especial («ajustado al cuerpo, con sólo una abertura, que se cierra por lo bajo de la barriga»), cubierta la cabeza con un capirote, y adornados «con cascabeles y otros dijes».[34] No sólo se les vestía, sino que también eran alimentados con sumo cuidado («les dan de comer y beber, pan y vino, y de las demás cosas que tienen para su sustento»[35]) y, según testimonio de una acusada, ella solía amamantar a su sapo («que algunas veces desde el suelo se alargaba y extendía hasta buscar y tomarla el pecho, y otras veces en figura de muchacho se le ponía en los brazos para que ella se lo diese»[36]).

Dentro de la fantasía sabática, tales consideraciones no se contradecían con el hecho de que, una vez cuidados y alimentados, los sapos fueran azotados por sus dueños con unas varillas provocando que se hincharan para, a continuación, pisarlos y estrujarlos con la mayor fuerza posible, consiguiendo así que vomitaran. Con el «agua verdinegra muy hedionda» que expulsaban «por la boca o por las partes traseras» se confeccionarían posteriormente los ungüentos con los que cada miembro de la secta se untaba (en la cara, manos, pechos, órganos genitales y plantas de los pies) antes de correr o volar hacia el aquelarre.[37]

La doble vertiente, venenosa y alucinógena, de algunas especies de sapos del género *bufo* aparecía reflejada, por tanto, en un mito extendido según el cual los acusados de brujería utilizarían las secreciones tóxicas de estos reptiles para dañar a sus vecinos, pero también para provocarse en sí mismos un efecto narcótico que les permitía dar rienda suelta a sus ilusiones y fantasías.[38] El mito de los sapos alcanzó su punto culminante en el momento de mayor persecución de la brujería en el sur de Francia, en la región de Labourd, debido a la represión impuesta por el juez Pierre de Lancre, cuya obsesión por la maldad de las brujas le hizo buscar testimonios nada fiables procedentes de niños, ancianos y algunos adultos que declararon bajo tormento.[39] Este tipo de testimonios se produjeron también en el norte de España, en zonas próximas al sur de Francia, como el área pirenaica aragonesa y las comarcas vasco-navarras implicadas en el gran proceso de Zugarramurdi.[40] No obstante, tras la concienzuda y valiente investigación del inquisidor Alonso de Salazar y Frías, todas las declaraciones contra las supuestas brujas quedaron invalidadas y relegadas al terreno de la imaginación: «He tenido y tengo por

muy más que cierto que no ha pasado real y corporalmente ninguno de todos los actos deducidos o testificados en este negocio».[41]

Frente al escepticismo y la compasión mostrados por el inquisidor Salazar, su contemporáneo, el juez De Lancre, responsable de una de las más crueles persecuciones contra cientos de inocentes acusados de brujería, dio muestras de una credulidad, una falta de crítica y una severidad extremas. En contraste con el humanismo de Salazar, la obsesión del magistrado francés por el diablo y sus pretendidos secuaces iba unida a su convicción sobre la íntima asociación del Maligno con el mundo animal. Según De Lancre, el diablo se caracterizaba principalmente por ser:

> poseedor de un parecido con varias y diversas bestias a un tiempo, ya sea uniendo a la rabia y la malicia, la ferocidad del león, del tigre y del oso; ya transformándose de facto en dragón o en hidra de varias cabezas.[42]

Resulta significativo que en el tratado que dedicó a describir su visión de la brujería, comenzara por establecer la inseparabilidad de los animales y el Mal. En este contexto, De Lancre insistía en la perversión de la serpiente (primer cuerpo adoptado por Satanás[43]), pero asimismo del resto de los animales:

> los demonios tienen mil medios para seducir a los hombres e inducirlos a la tentación. Allí donde la sutileza de la serpiente no logra su propósito, utilizan la fuerza del león o la agilidad del mono.[44]

No obstante, si había un género de animales capaces de erigirse en símbolo de lo demoníaco, estos eran, para De Lancre, las langostas:

> Los jeroglíficos de los diablos son unas langostas; por eso, cuando se abrieron las simas del infierno, San Juan vio salir de las mismas un ejército de langostas, en las que vemos los símbolos de la inconstancia.[45]

Si bien es cierto que, en el libro del Apocalipsis, San Juan narraba el ataque de unas langostas claramente simbólicas, puesto que «se les ordenó que no dañaran las praderas, ni las plantas, ni los árboles, sino solamente a los hombres que no llevaran la marca de Dios sobre la frente»[46], para la mayoría

de los campesinos europeos, más que un símbolo, las frecuentes plagas de langosta constituían una amenaza real de terribles consecuencias. De tanto en tanto, la proverbial voracidad[47] de las langostas acababa con todos los cultivos que encontraban a su paso, provocando escasez y hambrunas. Así, por ejemplo, en su *Tratado de las langostas*, Juan de Quiñones, reseñaba cómo en el año 1495:

> Huvo muchas langostas en la mayor parte de Aragón, y […] por la muchedumbre de langostas […] la tierra quedó tan emponzoñada, y el aire tan inficionado que no solamente hizo gran daño en los panes y viñas, pero aun lo que parece increíble, en todos los montes […]. Y siguióse tras ella gran pestilencia en muchos lugares del Reyno [ya que] la putrefacción dellas causó y engendró pestes tan terribles que acabaron con muchas provincias y consumieron innumerables gentes.[48]

Pese al evidente daño causado por las langostas, su caracterización como animales maléficos en sí mismos no era nada clara, ya que siempre cabía la duda de si eran enviadas por el diablo, o más bien, por Dios, como expresión de su ira ante los pecados cometidos por las poblaciones afectadas por las plagas.[49] Según Quiñones, ante tal dilema, existían criterios de discernimiento como el que él mismo proponía inspirándose en la plaga que Yahveh enviara a Egipto[50]:

> Quando las langostas vienen por mano de Nuestro Señor, se conoce en que hazen tan grande estruendo y ruido que se oyen de dos leguas, y se entran por las casas hasta lo más interior dellas; y es tanta la multitud que escurecen el sol y hazen sombra a la tierra.[51]

Fuera como fuera, para el jurista Quiñones, al igual que para la mayoría de sus contemporáneos, la explicación más plausible para tales azotes era la intervención de la justicia divina:

> Y assi no hay que espantarnos [de] que causen hambres y engendren pestes, de que se sigan tantas muertes, pues son embiadas por mano de la divina justicia, que usa de semejantes armas quando está enojado contra el género humano para unción y castigo de los pecados.[52]

¿Qué remedios aplicar ante semejante calamidad? Quiñones insistía en el arrepentimiento de los pecados, la penitencia y la reforma de las costumbres; en las procesiones, novenas, rogativas y plegarias de todo tipo, pero también en la aplicación de otras medidas menos espirituales, como el pago de los diezmos: «Pagar los diezmos es otro remedio importantíssimo que, por no pagarlos, suele Nuestro Señor embiar las langostas.»[53] Según afirmaba, la conveniencia de dicho remedio se confirmaba con lo sucedido «en cierta parte de Inglaterra que se llama Norfolchia [Norfolk]»:

> Sucedió que un año, estando los sembrados muy buenos y con esperanças de colmado fruto, llegándose ya el tiempo de cogerlos, vino un género de moscas en tan grande multitud que los consumió, de tal manera que apenas en más de legua y media no se hallava un pedaço que dexasse de estar destruido y consumido. Viendo los de aquella tierra que las moscas eran extraordinarias y nunca vistas en ella, cogieron algunas y, mirándolas con cuidado, hallaron que tenían unas letras escritas y pintadas en las alas. En la una dezía IRA, y en la otra DEI, para que se manifestase aver sido por deméritos del pueblo, y por no querer pagar los diezmos.[54]

Como es de suponer, pese a la fe en la providencia divina, ni el pago puntual de los diezmos ni los repetidos actos de penitencia conseguían acabar con las temidas plagas, lo que a menudo conducía a la búsqueda de otros recursos más expeditivos. Desde el punto de vista de los encargados de mantener el orden y el bienestar en las poblaciones de la Edad moderna, el procedimiento más eficaz era dirigirse directamente a las langostas y conjurarlas, esto es, exhortarlas a que se marcharan. En el caso de que se negaran a irse, también podía utilizarse la excomunión de la Iglesia,[55] para lo cual se hacía necesaria la apertura de un proceso judicial en contra de las langostas antes de dictar sentencia definitiva.

Uno de tales procesos animalescos y, desde nuestro actual punto de vista, inconcebible, fue incoado en 1650 en Párraces (Segovia), una pequeña aldea situada en la parte norte de los montes de El Escorial.[56] En él comparecieron varios vecinos, tanto en nombre de las langostas como en el de sus víctimas (entre las que se incluían las ánimas del purgatorio, también afectadas por la falta de dinero para pagar sus misas). Pese al misterio sobre quién habría enviado la plaga (Dios o el diablo), el defensor de las langostas expuso un argumento a favor de su absolución: que, aunque los males causados por los insectos no fueran «en provecho de los cuerpos» bien podían serlo

«en provecho de las almas», pues los hombres pecadores «así afligidos» «se reconocen y humillan […], y se ha de mirar más por el provecho del alma que por el del cuerpo».[57]

Dicho argumento no impidió que, tras escuchar las declaraciones de varios testigos sobre las innumerables desgracias causadas por la plaga, el juez dictara una sentencia definitiva, por la cual se condenaba a las langostas a la pena de destierro, a cumplir en el plazo de tres días. Sin embargo, pasados éstos, y visto que se negaban a cumplir la sentencia, el juez procedió a declararlas como excomulgadas, rebeldes y contumaces, además de merecedoras de la pena de muerte:

> En la causa y pleito que ante Nos ha pasado contra la langosta, por los daños grandes que han hecho y se teme que han de hacer, después de haber sustanciado la dicha causa y procediendo según derecho, fue por Nos pronunciada la sentencia definitiva contra las dichas langostas, en la que mandamos saliesen desterradas […] so pena de excomunión mayor si no obedecían […]. Por cuanto el término que les dimos y asignamos en dicha sentencia es cumplido y aún pasado, y no han obedecido como se les mandó, por tanto procedemos a declararlas como excomulgadas […] Y de nuevo, usando de toda la plenitud y potestad que habemos y tenemos, según derecho, y como juez eclesiástico ordinario, por este dicho auto mandamos a las dichas langostas […] que, so pena de excomunión mayor […], salgan dentro de veinte y quatro horas de los dichos términos, y no vuelvan a ellos, y vayan a los montes y lugares silvestres y baldíos, adonde tendrán su mantenimiento necesario, dejando el que es propio de los hombres y ganados. Donde, si no obedecieren y el dicho término [es] pasado, desde luego las damos por rebeldes y contumaces y les quitamos todo género de mantenimiento y declaramos que merecen morir y acabar de todo punto.[58]

Ni la sentencia del juez, ni la posterior conminación iban a obrar efecto alguno. Pero la sola idea de iniciar un juicio contra unos insectos a quienes se consideró culpables de un delito por sí mismos, al margen de su asociación con Dios o el diablo, revela en último término una relación entre el hombre y el resto de la naturaleza bastante alejada de la defendida por muchos teólogos.[59] A pesar de la distancia con que la mayoría de los tratadistas contemplaba el mundo de los hombres y el de los animales, lo cierto es que la convivencia, la intimidad y la comunicación de los europeos de la Edad moderna con ciertos animales era tan estrecha que a menudo éstos eran tratados como «moralmente responsables».[60] De esta manera, la doctrina según la cual

los seres humanos eran los únicos «animales religiosos» que poseían un alma inmortal, se veía cuestionada en numerosos rituales y costumbres en los que, por encima de cualquier otra consideración, se hacía palpable un sentimiento de profunda afinidad entre el hombre y el reino animal.[61]

NOTAS

1 «Now were all transformed / alike, to serpents all as accessories / to his bold riot […]. Thus was the applause they meant, / turned to exploding hiss, triumph to shame». MILTON, John, *El Paraíso Perdido* (1667), libro X, versos 519-521 y 545-546.

2 Proverbio provenzal. En SEBILLOT, Paul, *Le folklore de France* [1ª ed., 1904], París, Imago, 1982, p. 89.

3 En palabras de Pierre de Beauvais, en su versión latina de *El Fisiólogo* (1218), primer bestiario conocido, de origen griego: «La totalidad de las criaturas que Dios puso sobre la tierra, las creó para el hombre, a fin de que éste aprenda ejemplos de creencias religiosas y de fe […] Con justa razón, pues, el Fisiólogo adaptó las naturalezas de los animales a las cosas del espíritu.» En GUGLIELMI, Nilda, *El Fisiólogo. Bestiario medieval*, Buenos Aires, Ed. Universitaria, 1971, p. 57.

4 THOMAS, Keith, *Man and the Natural World. Changing Attitudes in England, 1500-1800*, Londres, Penguin, 1984, p. 57.

5 Véase LEACH, Edmund, «Anthropological Aspects of Language: Animal Categories and Verbal Abuse» [1ª ed., 1964], en HUGH.JONES, Stephen, y LAIDLAW, James (eds.), *The Essential Edmund Leach. Anthropology and Society*, vol. I, New Haven, Yale University Press, 2001, pp. 322-343.

6 Aristóteles II, 17 (508a). En MARIÑO FERRO, Xosé Ramón, *El simbolismo animal: creencias y significados en la cultura occidental*, Madrid, Encuentro, 1996, p. 404.

7 *Etimologías* XII, 4, 44. En MARIÑO FERRO, Xosé Ramón, *op. cit*., p. 404.

8 *Génesis* 3:1.

9 Véase su *Legum Allegoriae II* (literalmente: «Interpretación alegórica de las sagradas leyes posteriores a los seis días»), 71-105.

10 FILON DE ALEJANDRIA, «Interpretación alegórica de las sagradas leyes contenidas en el Génesis II», en *Obras completas de Filón de Alejandría*, vol. I, Buenos Aires, Acervo Cultural, 1975, p. 180.

11 El nombre «Eva», pronunciado correctamente en hebreo –esto es, con una aspiración inicial-, significa «serpiente hembra». Véase ALESSO, Marta, «La alegoría de la serpiente en Filón de Alejandría: *Legum Allegoriae*, II, 71-105», *Nova Tellus. Anuario del Centro de Estudios Clásicos* (2004), 22.1, pp. 99-119.

12 En palabras de Ramón del Valle-Inclán: «El principio de acción busca al principio de negación, y así la serpiente del símbolo quiere morderse la cola, y al girar sobre sí misma se huye y se persigue.» (*La lámpara maravillosa. Ejercicios espirituales*, Madrid, Espasa Calpe, 1995, p. 120).

13 *Éxodo*: 4, 1-5.

14 FILON DE ALEJANDRIA, *op. cit*., pp. 184-186.

15 SERVET, Miguel, *Christianismi Restitutio* (*Restitución del cristianismo*), IV, I. En ALCALA, Angel (ed.), *Obras completas*, vol. VI, p. 948.

16 *Ibídem*, p. 36.

17 *Ibídem*, p. 954. Véase TAUSIET, María, «Espíritus libres: el alumbradismo y Miguel Servet» (en prensa).

18 «*A while he stood, expecting / their universal shout and high applause / to fill his ear, when contrary he hears / on all sides, from innumerable tongues / a dismal universal hiss, the sound / of public scorn.*» MILTON, John, *El Paraíso Perdido* (1667), libro X, versos 504-509.

19 «*Horror on them fell, / and horrid sympathy […] and the dire form / catched by contagion, like in punishment /as in their crime.*» *Ibídem*, versos 539-540 y 543-545.

20 «*The applause they meant, / turned to exploding hiss, triumph to same / cast on themselves from their own mouths*». Ibídem, versos 545-547. Sobre la dialéctica silencio/ruido infernal y su plasmación en Milton, véase STEGGLE, Mathew, «*Paradise Lost* and the Acoustics of Hell», *Early Modern Literary Studies* (2001), 9: 1-17.

21 «*Dreadful was the din / of hissing through the hall, thick swarming now / with complicated monsters, head and tail, / scorpion and asp, and Amphisbaena dire, / cerastes horned, hydrus and ellops drear, / and dipsas (not so thick swarmed once the soil / bedropped with blood of Gorgon, or the isle / Ophiusa*)». *Ibídem*, versos 521-528.

22 «En medio, aparecía entre todos, Satán, como el más grande, transformado en dragón, aún más enorme que Pitón.» («*Still greatest he the midst, / now dragon grown, larger then whom the sun / ingendered in the Pythian vale on slime, / huge Python*»). *Ibídem*, versos 528-531.

23 Véase TAUSIET, María, «Avatares del mal: el diablo en las brujas», en TAUSIET, María y AMELANG, James (eds.), *El diablo en la Edad Moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 45-66.

24 Véase LEVACK, Brian P., *The Witch-Hunt in Early Modern Europe* (trad. esp., *La caza de brujas en la Edad moderna*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 78-79)

25 Véanse HENNINGSEN, Gustav (ed.), *The Salazar Documents. Inquisitor Alonso de Salazar Frías and Others on the Basque Witch Persecution*, Leiden, Brill, 2004, y HENNINGSEN, Gustav, *The Witches´Advocate. Basque Witchcraft and the Spanish Inquisition*, Reno, University of Nevada Press, 1980 (trad. esp., *El abogado de las brujas. Brujería vasca e Inquisición española*, Madrid, Alianza, 1983).

26 Véase FERNÁNDEZ NIETO, Manuel (ed.), *Proceso a la brujería. En torno al Auto de Fe de los brujos de Zugarramurdi. Logroño, 1610*, Madrid, Tecnos, 1989.

27 HENNINGSEN, Gustav (ed.), *op. cit*., p. 127.

28 *Ibídem*, pp. 125-127.

29 FERNÁNDEZ NIETO, Manuel (ed.), *op. cit*., p. 47.

30 *Ibídem*, p. 48.

31 Véase DELPECH, François, «La ´marque´de sorcières : logique(s) de la stigmatisation diabolique», en JACQUES-CHAQUIN, Nicole, y PREAUD, Maxime (eds.), *Le sabbat des sorcières en Europe (Xve-XVIIIe siècles)*, Grenoble, 1993, pp. 347-368.

32 La marca con que el Demonio señala en la niña de los ojos a los novicios es «un sapillo que sirve de señal con que se conocen los brujos unos a otros». FERNÁNDEZ NIETO, Manuel, *op. cit*., p 40.

[33] *Ibídem*, p. 40.
[34] *Ibídem*, p. 48.
[35] *Ibídem*, p. 48.
[36] *Ibídem*, p. 49.
[37] *Ibídem*, p. 49.
[38] Sobre el componente alucinógeno del sapo, véanse, de GARI LACRUZ, Angel, «El uso de drogas en la brujería y en algunos relatos de magia», en *XV Jornadas de Socidrogalcohol*, Zaragoza, 1987, y «Los aquelarres en Aragón según los documentos y la tradición oral», *Temas de Antropología Aragonesa*, 4 (1993), pp. 241-261.
[39] En su famoso libro titulado «Tableau de l´inconstance des mauvais anges et demons…» [1ª ed., 1612], De Lancre asociaba el veneno (o maldad) de las brujas al obtenido de los sapos. Según uno de los testimonios recogidos por él, una mujer «afirmó que había visto cómo algunas brujas atrapaban sapos a dentelladas para luego desollarlos y apilarlos» y otra testigo afirmó que existían tres tipos de veneno: uno espeso (utilizado como ungüento por los brujos), otro líquido (utilizado para dañar las cosechas) y otro en polvo (hecho con sapos tostados y secados al fuego). Véase BARBERENA, Elena (ed. y trad.), *Pierre Lancre. Tratado de brujería vasca. Descripción de la inconstancia de los malos ángeles y demonios*, Tafalla, Txalaparta, 2004, pp. 116-119.
[40] Véase CARO BAROJA, Julio, *Las brujas y su mundo* [1ª ed., 1961], Madrid, Alianza, 1982, pp. 202-218.
[41] SALAZAR Y FRIAS, Alonso, *Relación y epílogo de lo que a resultado de la visita que hizo el Sancto Officio en las montañas del reyno de Navarra y otras partes…*, Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 2031, fol. 132r.
[42] Véase BARBERENA, Elena (ed. y trad.), *op. cit*., p. 16.
[43] «El primer cuerpo que a mi juicio adoptó fue el de la astuta serpiente, cuando gracias a esta artera forma, removiendo hacia dentro su móvil lengua, encandiló a la primera de las mujeres y madre de nuestra desgracia […]. Jesucristo también llama al Diablo serpiente, dando potestad a sus discípulos para que la pisen.» *Ibídem*, p. 16.
[44] *Ibídem*, p. 16.
[45] *Ibídem*, p. 21.
[46] *Apocalipsis*, 9:14.
[47] Un buen ejemplo de la vigencia actual del mito de las langostas como animales demoníacos debido a su voracidad destructiva es el «Corpus Clock» de Cambridge, inaugurado en 2008 por Stephen Hawking, que en sí mismo constituye una alegoría del paso del tiempo. El reloj aparece coronado por un gigantesco insecto devorador del tiempo (*cronófago*), una especie de langosta apocalíptica que engulle los minutos del día.
[48] QUIÑÓNES, Juan de, *Tratado de las langostas*, Madrid, Luis Sánchez, 1620, fols. 23r-24v.
[49] Véase APONTE MARIN, Angel, «Conjuros y rogativas contra las plagas de langosta en Jaén (1670-1672)», en ALVAREZ SANTALO, Carlos, BUXO I REY, María Jesús, y RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador (eds.), *La religiosidad popular, vol. II: Vida y muerte: la imaginación religiosa*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 554-563.
[50] «La langosta invadió todo el país de Egipto […] en cantidad tan grande como nunca había habido antes tal plaga de langosta ni habría después. Cubrieron toda la superficie del país hasta oscurecer la tierra, devorando toda la hierba y todos los frutos de los árboles que el

granizo había dejado. No quedó nada verde ni en los árboles ni en las hierbas del campo.» (*Éxodo* 10: 14-15).

51 QUIÑONES, Juan de, *op. cit*., fol. 27v.

52 *Ibídem*, fol. 27r.

53 *Ibídem*, fol. 32r.

54 *Ibídem*, fol. 33r.

55 En relación con el tema de la excomunión de animales, durante los siglos XVI y XVII fueron muchos los tratadistas que denunciaron dicha práctica como supersticiosa. Véase TAUSIET, María, «La exclusión de las almas: contumaces y descomulgados en los siglos XVI y XVII», en MARTINEZ RUIZ, Enrique (ed.), *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía, vol. III (Vida y cultura)*, Madrid, Actas, 2000, pp. 395-405.

56 Véase TOMAS Y VALIENTE, Francisco, «Delincuentes y pecadores», en TOMAS Y VALIENTE, Francisco, CLAVERO, Bartolomé, HESPANHA, Antonio Manuel, BERMEJO, José Luis, GACTO, Enrique, y ALVAREZ ALONSO, Clara (eds.), *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza, pp. 11-31.

57 *Ibídem*, pp. 27-28.

58 *Ibídem*, p. 29.

59 En España, tanto Martín de Azpilcueta como Pedro Ciruelo, entre otros, denunciaron la excomunión de los animales. Véase TAUSIET, María, «La exclusión de las almas…», p. 403.

60 Sobre otros procesos incoados contra animales en la Edad moderna (casi siempre acusados de homicidio o intercambio sexual ilícito), véase THOMAS, Keith, *op. cit*., pp. 97-98.

61 Sobre la fusión entre animales, santos y humanos, véanse CATEDRA, María, *La muerte y otros mundos*, Gijón, Júcar Universidad, 1988, y CHRISTIAN, William A., «Sobrenaturales, humanos, animales: exploración de los límites en las fiestas españolas a través de las fotografías de Cristina García Rodero», en MARTINEZ-BURGOS, Palma, y RODRÍGUEZ GONZALEZ, Alfredo (eds.), *La fiesta en el mundo hispánico*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2004, pp. 13-31.

El gato en *History of foure-footed beasts* de Edward Topsell

Cristina Agudo Rey
Universidad de Cádiz

A pesar de ser un animal sigiloso, el gato no ha pasado desapercibido a lo largo de la historia, tanto para ser venerado como un dios, como condenado por ser un diablo. Si bien es cierto que durante los últimos años las tendencias historiográficas han centrado su estudio en la historia cultural, enmarcándose dentro de ésta la historia de los animales, el gato tiene un protagonismo destacado. Sea cual fuere su condición durante las diferentes etapas, este animal nunca ha sido ignorado. La existencia de diferentes bestiarios encargados de recopilar toda información centrada sobre todo en aquellos animales místicos y desconocidos, tampoco dejan de lado un apartado dedicado al gato y al estudio del mismo.

A través de estas lecturas, de diversos estudios modernos, sin obviar la importancia de la iconografía y el arte, encontramos una simbología íntegra asociada a este animal pero que ha ido variando desde la época clásica hasta la renacentista, pasando por un patrón demonológico iniciado en los siglos medievales, así como su integración como animal de compañía a finales del siglo XVII. Todo estos comportamientos hacia el gato ha ido conformando su historia cultural dentro de la sociedad humana, entendiéndose así en la actualidad la supervivencia de miles de supersticiones asociadas a este animal.

Se asume generalmente que la domesticación del gato como tal, en su proceso cultural de incorporación en la estructura social de la comunidad humana, tiene lugar en el Valle del Nilo[1] durante la civilización egipcia, aunque las evidencias murales en la isla de Chipre nos muestran una antigüedad, bastante superior, de 8.000 años. A través de las pinturas murales o esculturas, nos aportan esa visión del gato como animal de compañía y de caza, destacando las famosas escenas deportivas en el Nilo encontradas en la Necrópolis

Lionel Lindsay, *The Witch* (1924)

de Tebas, concretamente en la Tumba del rey Hana[2]. No obstante, también nos encontramos con una idealización del gato, en su visión más sacralizada, como muestran las estatuas de bronce o medallones egipcios, todos ellos dedicados a la diosa-gato Bastet o Bubastis. La religión zoomórfica que caracteriza la cultura egipcia nos muestra al gato en su vinculación con un dios vivo, que cuida del hogar y de la familia, encontrándose ya enmarcado desde la antigüedad asociado a la vida doméstica y dentro de la casa como animal protector. Asimismo, autores clásicos griegos harán referencia en sus escritos a esta importancia que del gato se evocaba dentro de la comunidad egipcia, tales como Plutarco o Herodoto, los cuales afirman que era uno de los animales más importantes de todos los sagrados y el dominante en la momificación, tal y como muestran a su vez las evidencias arqueológicas[3].

Si bien esta visión no será tan halagüeña en las épocas posteriores, concretamente durante los años del medievo occidental[4]. Durante este período constatamos un incremento de la intervención humana para con el mundo animal, ya fuera para las actividades básicas como la caza o el arado, o dentro de un sentido más abstracto, para la religión, la ciencia y la filosofía[5]. Aparece una centralidad en torno al mundo animal dentro de esta cultura medieval, reflejándose sobre todo en las enciclopedias zoológicas. Estas enciclopedias evidencian esa visión simbólica que empieza a tomar cuerpo en el mundo animal, destacando una cierta humanización, es decir, se le otorgaba a los

animales un carácter humano dentro de esa visión medieval. No obstante, esto irá variando por la continua secuencia de desastres catastróficos naturales durante los siglos XII, XIII y XIV, los cuales fundamentaron la culpabilidad de ciertos animales en dichas catástrofes, siendo el gato en este caso el causante de las epidemias de peste, así como las hambres provocaron su integración en la dieta cotidiana, de modo que tanto perros como gatos eran un plato habitual en la mesa.

Por otro lado, la fuerte presencia de la Iglesia en la Europa medieval será otro factor que condicionará la visión del gato en la sociedad, marcando ese fuerte simbolismo que acompañará al animal a partir de estos siglos. Dentro de este contexto, algunas actitudes reverenciadoras hacia los animales que mostraban un comportamiento leal u honorífico, como es el caso de los perros, serían criticadas por la Iglesia como idolatría, algo contra natura, que evidenciaban más la presencia de seres demoníacos que un verdadero animal. Este comportamiento se irá generalizando, observándose durante fines del siglo XII y XIII en ciertas asociaciones a los herejes y a los judíos el culto al demonio presentado como un monstruoso gato[6]. Este cambio en las actitudes medievales y la negativa connotación que el cristianismo daba a este animal nocturno y tímido, influirían en la construcción de la brujería, tratándose en mayor medida de una crisis filosófica sobre la base de una confusión entre diferenciar al verdadero animal del animal demoníaco.

A pesar de todo, los siglos medievales muestran a su vez otra cara al prestar mayor atención al tratamiento veterinario. Debido a la concepción de portadores de enfermedades, sobre todo dentro del ámbito urbano, la práctica veterinaria recomendaría una cierta prudencia en cuanto a la convivencia con animales dentro de las casas[7]. Debería evitarse pues la presencia de cerdos y gatos, aunque otros animales, como perros, aves y caballos, sí serían permitidos. Aparece una división animal, un estatus dentro del hogar y la granja, que indica pues los inicios de las mascotas modernas en cuanto al lugar de los animales en la casa[8]. Mientras que el perro mostrará en todos sus aspectos una aceptación general en la sociedad, el gato por el contrario sería repugnado por las connotaciones simbólicas negativas. Estas connotaciones estarían incentivadas por la propia Iglesia la cual le otorgaba una vinculación directa con el demonio, con la muerte, la herejía o la brujería, así como consideraciones negativas de carácter sexual. No obstante, encontramos algunos gatos dentro de la casa pero solo como depredadores, pues como animal de compañía o mascota, solo aparecerá a fines del siglo XVI como un animal exótico.

Así pues, hasta el siglo XVI no se observará un paulatino acercamiento al gato por parte de la sociedad al otorgarle ese carácter de mascota. Keith Thomas la define como aquel animal que era permitido dentro de la casa, que tenía un nombre propio y que no era para comer[9], destacando un status especial para los animales domésticos, pues un cerdo podía ser permitido dentro de la casa, y tener nombre pero sin embargo su destino estaba claro. No obstante, la aceptación del gato como mascota integrante dentro de una familia llevará consigo un proceso que se extenderá hasta el siglo XVII, y, sobre todo dentro de las familias pertenecientes a la clase alta. El gato siempre encontrará la competencia del perro en cuanto a popularidad dentro de toda familia, siendo el gato menos aceptado por su independencia, pues el perro era más valorado por su lealtad al amo. Su integración en la sociedad no evitaría la visión peyorativa que siempre les acompañaría, por cuanto eran vistos como cazadores nocturnos, independientes y bastante misteriosos, llegando incluso a provocar cierto miedo ante el escepticismo que provocaba su presencia. En el siglo XVI, el poeta francés Ronsard[10] nos relata ese miedo:

> Tuve sus ojos, su frente y su mirada:
> Y mirándolos me sepulté en otro lado
> Temblando de nervios, de venas, y de miembros,
> Y jamás el gato volvió a entrar en mi cuarto.

Sin embargo, en contraposición al poema de Ronsard, también encontramos en dicha centuria una doble visión en cuanto a su presencia como animal de compañía y la aparición de un cariño especial como mascota, como es el ejemplo del retrato del III Conde de Southampton al cual se le representa, prisionero en la Torre de Londres por haberse involucrado en la revuelta del conde de Essex, con la compañía de su gato *Trixie*[11]. Destaca dentro de las diferentes visiones, un valor ritual ligado a la tortura animal, la obra *La gran matanza de gatos en la calle de Saint-Séverin* de Robert Darton, en la cual un obrero relata la divertida anécdota en la cual se vengó de las injusticias de su patrón y su señora, para lo que les hicieron creer que los gatos que merodeaban en la calle estaban endemoniados y procedieron a torturarlos hasta la muerte.

Pero sin duda alguna, la visión protagonista del gato durante el renacimiento será su carácter de icono y símbolo de la brujería, tanto gatos negros como blancos, los gatos era la forma que tomaban las brujas para hechizar a

sus víctimas y para reunirse para organizar aquelarres[12]. Éstas brujas en forma de gato maullaban, peleaban y copulaban bajo la dirección del diablo bajo la forma de un gran gato macho, siendo el remedio para protegerse proceder a mutilarlos, mostrándose de nuevo ese ritual de tortura. Autores renacentistas como Gessner[13] o Aldrovandi[14] nos muestran esta visión simbólica a través de sus obras, visión simbólica bien puesta de relieve en el clásico estudio de Ashworth[15]. Todo el simbolismo vinculado al gato estará fundamentado con la presencia de poderes ocultos ligados a la brujería y la demonología, poderes ocultos que podían provocar que la sola presencia de un gato pudiera impedir que la masa del pan creciera o echar a perder la pesca del día.

H. Thoma, *La bruja* (1870)

Perrault por otro lado, nos muestra otra visión, a través de su relato *El Gato con botas*[16], en la cual se muestra el campo específico de actuación de este animal para el ejercicio de su poder dentro de la casa y a través de su dueño, presentándolo como un animal con talento para la intriga de carácter doméstico, perspicaz e inteligente capaz de explotar la vanidad y credulidad de todos los que le rodean para conseguir sus objetivos y los de su amo. No obstante, dentro de esa visión ambivalente que acompaña al gato durante los siglos del renacimiento, desde el siglo XV se les relacionaba igualmente con el aspecto más íntimo de la vida doméstica, es decir, la sexualidad humana. De este modo, era recomendable acariciar gatos para tener éxito con las mujeres, del mismo modo que comer carne de gato podía producir un embarazo no deseado[17]. Se presenta pues un contraste indeciso en cuanto a la percepción de lo que podía significar los maullidos de un grupo de gatos en celo durante la noche, pudiéndose tratar de una orgía satánica o de un desafío metafórico

entre machos en celo hablando en nombre de sus amos humanos por el amor de una mujer. De ahí el proverbio del siglo XVIII al que se refiere «En la noche todos los gatos son pardos», tratándose pues de una alusión sexual refiriéndose al hecho de que «todas las mujeres son bellas en la noche».

Autores modernos también se interesarán por la visión del hombre hacia el mundo animal, como Robert Delort a través de su obra *Les animaux ont une histoire*, que nos presenta un capítulo exclusivo al gato, presentando un estudio sobre la base de una visión humanista[18].

Gato, en Edward Topsell, *History of foure footed beasts* (Londres, 1658).

Contrarrestando esta visión simbólica, Topsell nos dará una visión más analítica y menos emblemática sobre el gato durante el siglo XVII en su obra *History of Foure Footed Beasts*, publicada por primera vez en 1607. A diferencia de las enciclopedias medievales, Topsell destaca por ser un autor naturalista además de clérigo. Nacido en 1572, su fama vendrá por la autoría de esta obra, así como por su formación universitaria en Cambridge y posteriormente por ser el primer rector de la East Hoathly. Su obra resulta un tratado de 1100 páginas sobre zoología, pero destaca el hecho de combinar

un análisis físico y zoológico con la recopilación de leyendas antiguas sobre los animales y testimonios de bestias míticas. A pesar de todo, su libro se basa casi totalmente en autores clásicos, aludiendo a ideas propuestas por Aristóteles, Plinio y Virgilio, pero sobre todo alude en demasía a la famosa *Historiae Animalum* de Conrad Gessner, la cual copia, tomando incluso las mismas ilustraciones. Estas ilustraciones serán a su vez las que le otorguen fama al tratado de Topsell, incluyendo la famosa imagen del rinoceronte de Durero. La obra está dividida en tres apartados concretos: Bestias Comunes, como el perro, el lobo o el zorro; Bestias Exóticas, como el león o el hipopótamo, y Bestias Fantásticas, donde trata seres como la mantícora, el lamia o el unicornio.

Al gato lo encontraríamos enmarcado en el apartado de «Bestias Comunes», en el cual Topsell hace un análisis exhaustivo de todo lo referente a este animal. Empezando por la propia etimología de la palabra gato, del latín *Feles o Catus*, la concepción del gato en la antigüedad, aludiendo a varios mitos que explicaban la aparición de éste por primera vez en la tierra a partir de una transformación de la diosa Artemisa en la Gigantomaquia. A su vez, hace referencia a la época clásica y a la llamativa actitud de los egipcios hacia el felino como animal sagrado, así como un dios, tomando ejemplo de un incidente con los romanos en tiempos de Ptolomeo, durante el cual un embajador mató sin querer a un gato, lo que causó una revuelta entre egipcios, que fueron a rebelarse en contra de los embajadores y después le dieron un funeral al gato en su templo. Topsell califica sin pudor alguno de estúpidos a los egipcios por esta creencia, al igual que los árabes, aludiendo a San Pablo el cual llegó a decir que «Cuando pensaban que eran listos, en realidad eran tontos», pues es de destacar la visión del autor desde una perspectiva eclesiástica.

Topsell deja de lado estas leyendas introductorias para centrarse en el gato y en su aspecto físico. En primer lugar establece un análisis comparativo, estableciendo una similitud exagerada con el físico de un león, excepto por sus orejas puntiagudas, así como los hay de diversos colores, pero afirma que la mayoría tienen tonos grisáceos por la condición de su carne. Su piel es suave y manejable, y sus ojos destacan por ser muy brillantes, aludiendo sobre todo a ese aspecto llameante que caracteriza los ojos de los gatos pudiendo soportar la oscuridad de la noche. Topsell parafrasea a Demócrito al describir sus ojos como la esmeralda persa, pues el brillo de esta gema le recuerda a los ojos de una pantera o de un gato. Así como acudiendo a Gillius, referencia en palabras de éste que los egipcios veían en los ojos de los gatos el brillo de la luna creciente, del mismo modo que su piel era mas dura con la luna llena

y sin embargo se volvía más débil con los cambios menguantes. No obstante, destaca en este aspecto los ojos del gato macho los cuales varían con el sol, cuando amanece se tornan alargados, hacia medio día redondeados y en la tarde apenas se divisa al estar muy abiertos. Al ser un animal nocturno, capaz de cazar por la noche, es comparado y familiarizado con los murciélagos. Aludiendo a Plinio, Topsell sigue su descripción anatómica por la lengua, definiéndola como «muy atractiva y contundente como un filo», peligrosa para la carne humana, pues si un gato lame la sangre de la herida de un hombre, su saliva se mezcla con ella y éste puede volverse loco. Sus dientes por otro lado son como una sierra, y sus largos pelos que crecen debajo de la boca, si son cortados, advierte que el gato perdería su coraje, así como sus uñas recuerdan esa similitud a las de un león en la forma que están enfundadas en sus patas.

Respecto a su modo de alimentarse, el autor del Bestiario vuelve a aludir esa similitud con el león, pues resulta una bestia ágil a la vez que juguetona, estando entre sus presas ratas, ratones y pájaros, así como es de su naturaleza esconder sus propios excrementos para no dar pistas a las presas cercanas. Del mismo modo, argumenta que parte de la concepción de ser una bestia venenosa es debido a que también juega con serpientes y sapos. Según el autor, cazan también monos, pues poseen la misma celeridad y agilidad como para perseguirlos por los árboles, pero no pueden llegar a cazarlos, pues no poseen la ingeniosidad de agarrarse a las últimas ramas como sus compañeros primates.

Como característica esencial a destacar de este animal, se señala el hecho de ser sumamente estático e independiente en lo que a su lugar de nacimiento se refiere, pues a diferencia del perro, un gato nunca abandonaría una casa por amor y fidelidad a su dueño. Al igual que tampoco les gusta mojarse, pues según el autor es contrario a su naturaleza, ya que de por sí es una criatura limpia y pulcra, así como su modo de limpieza podía interpretarse como presagio de lluvia dentro del simbolismo que acompaña a esta característica. Si bien, aludiendo a Aristóteles, Topsell afirma que les gusta el fuego y los lugares cálidos, descansar en sitios delicados, no obstante, durante el periodo de celo, se vuelven salvajes y fieros, sobre todo los machos que llegan a abandonar sus casas en busca de las hembras. Topsell sigue acudiendo a Aristóteles para describir el modo de reproducción de los gatos y del celo de las gatas, a la vez que argumenta que éstas tienen menos años de edad que los machos por las ansias sexuales que corrompen su espíritu.

Establecidas las pautas de comportamiento de este animal así como su análisis anatómico, el autor poniendo en conocimiento dichos aspectos, actúa como consejero a través de sus palabras para ser prudente con este animal que, aunque cariñoso, una interacción excesiva con un gato puede resultar peligrosa. Como base argumentativa, define la respiración del gato como corrosiva, la cual corrompe en sí el aire y esto a su vez destruye los pulmones humanos. Por otro lado, en tiempos de la peste podían envenenar a un hombre con la mirada, poseyendo una naturaleza compleja, ya que eran portadores de infecciones las cuales provocaban sudores y temblores. Asimismo su cerebro también sería venenoso debido a su alimentación contagiosa de ratas, ratones y aves de carácter ponzoñoso, así como también Topsell aconseja evitar su mordedura por el veneno que se contrae a través de sus dientes. El autor redacta a su vez una serie de curas para evitar este envenenamiento, como es el hecho de mezclar miel con esencia de trementina y aceite de rosas y untar esta mezcla con la herida. Del mismo modo hay que evitar comer pelo de gato, aún por casualidad, ya que éste obstruye las arteras y causa sofoco y asfixia.

Topsell afirma, como naturalista, que no pretende dar una mala imagen del animal, pero que se siente obligado a dar todos los detalles para evitar pequeños males. Según el mismo autor, «con un ojo cauteloso y discreto se debe evitar su herida, teniendo en cuenta sus consecuencias sobre las personas». Alude a países como España, Francia y Narbona (sic) en los cuales era usual comer carne de gato, pero que previamente les cortaban la cabeza y la cola y los dejaban dos noches al aire libre para liberarlos de veneno alguno. Por otro lado, el hecho de que las brujas tomen la forma de gato resulta otro argumento para considerarlo una bestia peligrosa para el alma y cuerpo. A pesar de que Topsell no desmienta este aspecto demonológico de los gatos, no entra en materia sobre la transformación de las brujas en este animal, centrándose en aspectos de carácter menos simbólico y más naturales. De este modo, Topsell hace alusión a las observaciones medicinales respecto al gato, como es el uso de su carne para curar hemorroides, la gota y otros dolores como cegueras en el ojo, argumentando el autor que esta medicina está aprobada por muchos médicos en el mundo. El autor añade un último apartado dedicado al gato salvaje, al que no le presta mucha atención, pues, según el propio Topsell, «No hay nada memorable en esta bestia que yo pueda aprender», tan solo ciertos aspectos medicinales que destacan del uso de su carne.

La obra de Topsell difiere mucho del marcado simbolismo que se observa en bestiarios anteriores al exponer un análisis más naturalista, que sin embargo

mantiene a su vez dicho simbolismo pero siempre a raíz de ese naturalismo como son los aspectos negativos que supone el contacto con el gato. Este aspecto natural lo observamos en todos los animales que analiza en su obra, si bien incluso en los animales fantásticos, los cuales los analiza sistemáticamente igual que con el gato. A pesar de ser una obra especial en ese aspecto, Topsell se dedica a copilar toda la información de autores anteriores, pues en la introducción de su obra deja claro este aspecto para no tener problemas morales a la hora de acusaciones posteriores, ya que lo que él escribe es lo que han escrito otros. No obstante, se observa esa generalidad del aspecto negativo del gato en las obras renacentistas, que comenzó en los siglos medievales y se mantuvo durante el renacimiento, marcado sobre todo por el simbolismo y la importancia que la demonología supuso durante dichos siglos, llegando incluso muchos de esos aspectos peyorativos o supersticiones hasta nuestros días. Pero a pesar de esa característica general demonológica que se le otorga a los gatos ligados a la brujería o de su carácter venenoso como nos alude Topsell, encontramos otro aspecto que muestra esa simbología ambivalente entre el gato malvado y el gato cariñoso, tomando como referencia, en contraste con la visión de Topsell, el poema escrito por Christopher Smart en 1760, en el que nos muestra a su querido gato Jeoffry:

> Porque consideraré a mi gato Jeoffry.
> Porque él es sirviente del Dios vivo, al que sirve diaria y debidamente...
> Porque tan sólo cuando termina su día de trabajo se ocupa de sus asuntos
> Porque vigila a su Señor durante la noche contra sus posibles adversarios
> Porque contrarresta los poderes de la oscuridad con su piel eléctrica y sus ojos brillantes.
> Porque contrarresta al diablo, que es muerte, moviéndose alegremente en torno a la vida.
> Porque, en sus plegarias matinales, ama al sol y el sol lo ama a él.
> Porque no causará destrucción alguna si está bien alimentado, ni rugirá sin ser provocado.
> Porque ronronea agradecido cuando Dios le dice que es un buen gato.
> Porque es un instrumento para que los niños aprendan a ser benevolentes.
> Porque ninguna casa está completa sin él y su espíritu carece de esa bendición.[19]

NOTAS

1 CLUTTON-BROCK, Juliet, «How domestic animals have shaped the development of human societies», KALOF, Linda (ed.), *A cultural history of animals. In the Antiquity,* Oxford, Berg Publishers, 2007.

2 CHAMPLFEURY, M. *The cat past and present,* Londres, The Wildhem Press, 2007.

3 MORRIS, Christine, «Animals into art in the ancient world», KALOF, Linda (ed.), *op.cit*.

4 Algunos aspectos sobre el gato en la época medieval en JONES, Malcolm H., «Cats and Cat-skinning in Late Medieval Art and Life», HARTMANN, Sieglinde (ed*.), Fauna and flora in the Middle Ages*, Francfurt, 2007.

5 PAGE, Sophie, «Good creations and demonic illusions», RESL, Brigitte (ed.), *A cultural history of animals. In the Medieval Ages,* Oxford, Berg, 2007.

6 PAGE., Sophie, *op. cit*.

7 *Ibídem.*

8 CLUTTON-BROCK, Juliet, *op. cit*.

9 THOMAS, K., *Man and the natural World: changing attitudes in England 1500-1800*, Londres, Penguin Books, 1984.

10 EDWARDS, Peter, «Domesticated animals in Renaissance Europe», BOEHRER, Bruce (ed.), *A cultural history of animals In the Renaissance,* Oxford, Berg Publishers, 2007.

11 *Ibídem*.

12 DARTON, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de cultura económica, 1984.

13 GESSNER, Conrad, *Quadrupedes viviparum,* Zurich*,* 1551.

14 ALDROVANDI, Ulises, *De quadrupedibus digitatis viviparis,* Bolonia, 1637.

15 ASHWORTH, William B. Jr., «Natural History and the Emblematic World», en HELLYER, M., *The scientific revolution: the essential readings*, Blackwell, 2003.

16 PERRAULT, Charles, «Le Maître chat » en *Histoires ou contes du temps passé, avec des moralités* , París, 1697.

17 DARTON, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de cultura económica, 1984.

18 DELORT, Robert, *Les animaux ont une histoire*, cap. IV, *Les Vertébrés domestiques, Le Chat,* París, Seuil D.L., 1993.

19 Christopher Smart, extractado de su poema *Jubilate Agno,* citado por OUTRAM, D., *La Europa de la Ilustración*, Barcelona, Blume, 2008.

Los monstruos híbridos en la Edad Moderna

Mª Alejandra Flores de la Flor
Universidad de Cádiz

A lo largo de este trabajo vamos a analizar las ideas que en torno a los monstruos híbridos había en la Edad Moderna. Éstos eran individuos que surgían de la mezcla de seres de diferentes especies. La combinación, por tanto, podía ser muy numerosa y dar lugar a todo tipo de monstruos inverosímiles. Así Claude Kappler en su obra *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, ofrece toda una clasificación de monstruos híbridos en la que incluye algunos mitad planta y mitad animal como el cordero vegetal[1], o mitad planta y mitad humano, siendo famoso el árbol de fruto zoomórfico cuya creencia fue fomentada por la cultura musulmana[2]. Incluso había determinadas combinaciones, que se podían considerar monstruosas, por ejemplo, dentro del reino animal las mezclas de razas contrarias o enemigas por naturaleza eran consideradas antinaturales y monstruosas, por esta razón era inconcebible la unión de un león y de un cordero o la de un pez con un ave. En este sentido, el monstruo más famoso sería la mantícora que era descrita con cuerpo de león, cola de escorpión y con una dieta basada en carne humana[3]. Sin embargo, ajustándonos a la temática de este trabajo, nosotros nos centraremos en los monstruos híbridos formados por la mezcla de animal y humano. Éstos ocupaban un significativo lugar dentro de los libros de teratología y eran citados como «monstruos multiformes»[4] al estar formados por elementos anatómicos dispares de diferentes especies.

1. LA DIVERSIDAD MORFOLÓGICA

No todos los monstruos híbridos mitad animal y mitad humano eran iguales, ya que sus formas podían ser muy diversas. En primer lugar, podían estar

constituidos por un cuerpo totalmente humano coronado por una cabeza animal, como ocurría por ejemplo con los llamados cinocéfalos. Éstos fueron una raza monstruosa cuya creencia pervivió hasta bien entrada la Edad Moderna, así Antonio de Torquemada en su *Jardín de Flores Curiosas* (1575) los describía de la siguiente manera: «todos con las cabeças como perros, y que no tenían otra habla sino solamente ladrar como ellos»[5]. E incluso Cristóbal Colón hacía referencia a éstos en su *Diario de a bordo:*

> Toda la gente que hasta hoy ha hallado diz que tiene grandísimo temor de los de los Caniba o Canima y dicen que viven en esta isla de Bohio […] y decían que no tenían sino un ojo y la cara de perro[6].

También podía darse la combinación contraria, es decir, el cuerpo animal coronado por una cabeza humana o bien, poseer el tronco y la cabeza humana y el resto animal. Un ejemplo de éstos serían los tritones y nereidas o los sátiros cuya creencia perduró hasta bien entrado el siglo XVIII, y en numerosos tratados de teratología la presencia de estos seres casi mitológicos era constante. Tomando de nuevo como ejemplo a Antonio de Torquemada, éste hablaba de un tipo de pez llamado tritón y que era «*semejantes en todo a un cuerpo humano»*[7]. Asimismo fueron muy famosos los hombres marinos del reino de Galicia que se dedicaban al secuestro de mujeres para tener *ayuntamientos libidinosos* con ellas[8]. Más curiosa resulta la declaración de Feijoo al afirmar: «En los tritones, y Nereidas hay poquísimo que purgar de fábula a la verdad»[9]. Sorprende ver, por tanto, cómo uno de los mayores representantes de la Ilustración en España creía ciegamente en la existencia de estos seres híbridos y así, para que no hubiera duda de ello, hacía referencia a dos casos ocurridos pocos años atrás, uno cerca de la isla Martinica (1671) y un segundo en Brest (1725).

Por otro lado, también los sátiros ocuparon bastantes páginas de los libros teratológicos, describiéndolos Torquemada de la siguiente manera:

> Y de la manera que los autores los pintan, es con la semejança de hombres aunque las cabeças tienen el hocico largo a manera de perros, y con muy grandes cuernos en ellas, los pies a la manera de cabron y otras cosas disformes de con los hombres[10].

Del mismo modo, Feijoo consideraba plausible el nacimiento de estos monstruos como consecuencia de *la detestable conmixtión de individuos de la especie humana con los de la caprina*[11].

Tritones y nereidas. Conrad Licóstenes: *Prodigiorum ac ostentorum chronicon* (1557).

De la Edad Media provenía la historia de Melusina. Ésta era un hada que se casó con un caballero –Lusignan– al que le prometió riquezas con la condición de que jamás intentaría verla los sábados. Sin embargo, corroído por las sospechas, un sábado decidió espiarla encontrándosela en el baño, descubriendo que Melusina era medio mujer y medio serpiente. Tal hallazgo produjo la caída en desgracia de Lusignan y la huída de Melusina al sentirse traicionada por no haber cumplido éste su promesa[12].

Otra posible caracterización de estos seres híbridos sería la constituida por gemelos unidos en el que uno sería humano y otro animal[13]. En España sería muy conocida la historia de una mujer que trajo al mundo un monstruo que tenía dos cuerpos, por un lado era un hombre completo y por el otro, tenía la figura de un perro[14].

Sin embargo, es necesario advertir que no todos los monstruos frutos del bestialismo salían con forma híbrida, podía darse el caso de que el fruto de la unión de un hombre con animal fuera un ser enteramente humano. Sería éste el caso de la famosa historia que dio lugar a la leyenda sobre el origen de los reyes daneses, recogida en primer lugar por Olao Magno en *Historia de las gentes septentrionales* (1555) y copiada por Torquemada, que nos cuenta la historia de una joven doncella que, estando paseando con sus damas de compañía, fue secuestrada por un oso, que acabó enamorándose profundamente de la bella dama, a la que proporcionaba vestidos y alimentos al mismo tiempo que la violaba[15]. Un día, la doncella escuchó voces humanas y no dudó en gritar para que la liberaran de su terrible cautiverio. Al regresar

Ser con dos cabezas, una de perro y otra humana. Hartman Schedel: *Chronica Mundi o Liber Cronicarum* (1493).

al pueblo junto a sus padres, se dio cuenta que estaba embarazada dando a luz meses después a un niño que, exceptuando el excesivo vello que tenía, en nada se parecía al padre. Al pasar los años, el niño se convirtió en un valeroso hombre que, al enterarse del asesinato de su padre por parte de los cazadores que liberaron a su madre, no dudó en matarlos en venganza de dicho acto. Según Torquemada, el joven engendró a *Trugillo Sprachaleg* que tuvo por hijo a *Ulfon,* padre del Rey de Dacia[16]. Aunque esta historia pudiera parecer únicamente una fábula creada con el fin de dar al origen de los reyes daneses más prestigio, lo cierto es que se estuvo manteniendo durante muchos siglos en los libros de historia, y en las genealogías oficiales compiladas en Dinamarca hasta el siglo XVIII el oso tenía una existencia reconocida, e incluso, este origen llegó a imitarse en otras cortes como la italiana o la inglesa[17].

La misma situación se exponía en la historia que contaba Eusebio Nieremberg sucedida en Flandes sobre un hombre que, al tener relaciones con una vaca, la había dejado preñada naciendo a los pocos meses un niño con «perfecta forma humana» al cual bautizaron. En nada se parecía a su madre, sin embargo, cuando se hizo mayor empezó a darse cuenta que «sentía grandes movimientos, y antojos de andar por los prados, y comer yerva»[18].

2. LA CONMIXTION DE ESPECIES COMO CAUSA DE LA MONSTRUOSIDAD

Los monstruos híbridos surgían de lo que se denominaba «conmixtión de especies», ya que para los tratadistas teratológicos la cópula con animales constituía una causa indiscutible de la monstruosidad. Ambroise Paré, cirujano francés del siglo XVI, no dudaba en recoger en su obra *Des Monstres et Prodiges* (1575) que la cópula con animales generaba, como consecuencia, monstruos mitad animal y mitad humano siendo esta unión *produits des Sodimites, & Atheistes, qui se ioignent & desbordent contre nature avec les vestes,* y para ejemplificarlo relataba el caso de un pastor que, al saciar su deseo sexual con su cabra, vio cómo el animal dio a luz poco después un cabritillo que tenía cabeza humana y el resto del cuerpo de forma caprina[19]. De la misma opinión se mostraban autores españoles como Eusebio Nieremberg o Antonio Fuentelapeña[20]. No es de extrañar que se creyera en esto, ya que el bestialismo era uno de los pecados más extendidos, sobre todo entre los jóvenes de baja clase social que habitaban en lugares aislados, ya que la continua soledad provocaban que la sodomía o el bestialismo se convirtieran en una solución más que tentadora[21].

Sin embargo, a pesar de que los tratadistas sostenían que la cópula con animales era una causa indiscutible de la generación de los monstruos, muchos se preguntaban si dicha relación era fructífera. Para Salamanca Ballesteros, la creencia en la generación de monstruos híbridos tenía su base en la teoría del varón como único procreador[22]. Tal idea era extraída por los comentadores de la obra de Aristóteles quien consideraba al varón de cualquier especie como el único generador del feto, convirtiendo al sexo opuesto en meros invernaderos donde se alimentaban a los seres diminutos sembrados en su interior. Es Torquemada el que nos permite ver la influencia que Aristóteles llegó a tener sobre las diferentes opiniones que, sobre la fecundación, tenían los tratadistas de la época al afirmar lo siguiente: «yo siempre he oydo que basta solamente la simiente del varón para engendrar, y que no es necesario que concurra también la de muger y así lo asiente Aristoteles»[23]. La tesis aristotélica, por tanto, fue fundamental para todos aquellos autores que trataban el espinoso tema de si el bestialismo era fructífero.

Pero no sólo la teoría aristotélica respaldaba la conmixtión, ya que, en muchas ocasiones, ésta se veía favorecida por la intervención divina. Para Torquemada, por ejemplo, la causa final se hallaba en Dios pues, al fin y al cabo, era éste quien había creado la naturaleza y el que podía hacer cosas

tan imposibles como que de la unión de un animal y un humano naciera un monstruo híbrido[24]. Asimismo, determinados profesionales respaldaban la teoría de la intervención divina, Ambroise Paré, por ejemplo, consideraba que los monstruos multiformes surgían como fruto de la cólera divina, debido a las abominaciones cometidas por los padres al copular como los animales, o bien por incurrir en el pecado de la lujuria excesiva[25]. Y José Rivilla Bonet, médico español del siglo XVII, afirmaba la posibilidad de la conmixtión a pesar de los muchos impedimentos que ésta pudiera tener, como la diferencia anatómica entre ambas especies o la incompatibilidad en la temporalidad de los embarazos entre las mismas, concluyendo su exposición confirmando la fertilidad de la unión entre animal y humano sin entrar en la *question sobre si pueden vivir tales Monstruos, o no*[26]. Para otros autores como Pierre Boaistuau, la causa principal de la conmixtión era la putrefacción:

> […] Y la otra es, aver acaecido que alguna mujer se bañasse en agua, adonde alguna culebra, u otro animal de los que se crian de putrefacción, huviesse echado su simiente: porque como con el calor del agua se abren las carnes; puedo aver concebido un animal de aquella especie[27].

E incluso en el siglo XVIII se mantuvo la creencia de la mezcla de especies como algo que podía dar origen a nuevos seres, siendo Feijoo un ejemplo de ello, ya que, en el caso de los sátiros (como hemos podido ver anteriormente) los consideraba como el fruto de la unión contra natura entre un hombre y una cabra.

3. UNA CLASIFICACIÓN PROBLEMÁTICA

Sin embargo, el problema que planteaba la conmixtión de especies no radicaba únicamente en saber si ésta podía ser fructífera o no, sino, aceptando que efectivamente sí lo era, determinar a qué especie pertenecía este nuevo ser híbrido, pregunta que no era fácil de responder, por cuanto había muchas opciones. Eusebio Nieremberg, el autor que con mayor profundidad habla de este tema, llegó nada menos que a establecer una serie de reglas al respecto. La primera de ellas hacía referencia a los monstruos que salían de forma totalmente diferente de la madre, ya que en tales casos había que considerar

la posibilidad de que el «niño» hubiera sido engendrado por ésta como consecuencia de la relación con algún animal, ya que, siguiendo a Aristóteles, el vientre femenino de cualquier especie, sea humano o animal, podía fomentar la semilla de animal ajeno, es decir, una mujer podía engendrar en su vientre la semilla de un perro. En este caso, el recién nacido pertenecería a la especie del padre fuera la que fuera.

La segunda regla hacía referencia a los monstruos híbridos que salían con partes del cuerpo de diferentes especies. Nieremberg se mostraba convencido de que si el padre y la madre eran de la misma especie, el niño, aunque con forma diversa, pertenecía a la misma especie que éstos ya que *padre y madre de una misma especie no tiene virtud para formar hijo que sea de diversa*[28]. Sin embargo, si el padre pertenecía a una especie diferente, había que examinar en profundidad al niño monstruoso para valorar qué partes del cuerpo pertenecían a la madre y cuáles al padre. Así, si las partes principales pertenecían al éste, podía deducirse que dicho niño pertenecía a la especie paterna, pero si existía un equilibro entre ellas, se podía pensar que el niño pertenecía a una especie distinta a la del padre y la madre pero con rasgos participantes de ambos.

La tercera y última regla hacía referencia a los partos «accesorios». En ella Nieremberg, explicaba que si la criatura nacía totalmente diferente a la figura de la madre y del padre había que considerar si éste era el parto principal, o bien si era un parto accesorio. En el primer caso, aunque totalmente diferente, ésta debía ser considerada de la misma especie que la de sus padres. En el caso de parto «accesorio», debía ser considerado de diversa especie ya que no se engendró de forma natural, es decir, *«de virtud seminal»,* sino de putrefacción. Esto significaba que la mujer había engendrado una semilla que se hubiera introducido en su cuerpo por haber estado en contacto con agua o tierra putrefacta como ocurría con determinados seres de la naturaleza que surgía por putrefacción[29].

Otros autores, como Rivilla, se mostraban más escuetos en este debate. Concretamente, este autor se limitaba a afirmar lo siguiente:

> Sin embargo se debe advertir, que por mas que se aya comprobado la posibilidad de la conmixtion de las especies, no por eso se debe afirmar, antes se niega, que por la unión de la simiente humana, aunque se produzgan miembros correspondientes a ella, puede aver capacidad de anima racional en tales Monstruos…[30]

4. CONCLUSIÓN

En la Edad Moderna se mantuvo vigente la creencia en seres híbridos de diversas formas cuyo origen se encontraba en la antigüedad clásica. Nereidas, tritones, sátiros, e incluso centauros y sirenas, seguían ocupando muchas páginas en la literatura teratológica hasta bien entrado el siglo XVIII. La presencia de estos seres dio paso al surgimiento de los monstruos multiformes o híbridos, es decir, constituidos por elementos anatómicos de diversas especies, considerados fruto de lo que se ha denominado «conmixtión de especies», que acabaría convirtiéndose en una de las muchas causas que provocaban la monstruosidad, y estando muy presente en los tratados teratológicos, a pesar de que el bestialismo se consideraba uno de los mayores pecados que podía cometer el ser humano pues suponía ir contra las leyes de la naturaleza y, por tanto, ir contra Dios y contra uno mismo.

Sin embargo, aunque estaba aceptado por unanimidad que la conmixtión de especies daba como fruto seres monstruosos, la posibilidad de que fuera fructífera no siempre estaba muy clara y la reflexión en torno a ese problema ocupó mucho espacio en los tratados de teratología. A esa cuestión había que añadirle el hecho de que, una vez aceptada la idea de que la conmixtión sí era posible, era necesario saber a qué especie pertenecía el recién nacido, lo que conllevaba entrar en el gusto por la clasificación tan presente en nuestros tratadistas tal y como explica C. S. Lewis en *La imagen del Mundo*[31] Este debate por saber a qué especie pertenecía el monstruo híbrido, aunque, a primera vista, podía carecer de importancia, era crucial en la Edad Moderna, motivado, sobre todo, por cuestiones religiosas. La Iglesia, efectivamente, impedía que determinados sacramentos, como el bautismo, fueran administrados sobre seres cuya alma no fuera racional, pues sólo el hombre poseedor de alma racional podía ser bautizado para lograr la salvación[32]. El saber, por tanto, a qué especie pertenecía el ser híbrido era importante, ya que podía suponer la identificación de su alma como racional, y de esta manera ser digno de recibir el sagrado sacramento del bautismo y lograr la salvación eterna.

NOTAS

1 El cordero vegetal fue una planta-animal que se caracterizaba porque sus frutos eran muy grandes y que, al abrirse, contenía un animal similar al cordero. Gozó de gran difusión gracias a viajeros como Mandeville u Odorico. KAPPLER, C., *Monstruos, demonios y maravilllas a fines de la edad media,* Ed. Akal, Madrid, 2004. P. 154.

[2] *Ibídem* p. 157.
[3] *Ibídem* p. 169.
[4] SALAMANCA BALLESTEROS, A., *Monstruos, ostentos y hermafroditas,* ed. Universidad de Granada, Granada, 2007. P. 241.
[5] TORQUEMADA, A., *Jardín de Flores curiosas,* imprenta de Iván Corderio, Madrid, 1575. Tratado Primero, Fol. 50
[6] COLON, Cristóbal, *Diario de a bordo,* Madrid, Cajamadrid, 1991. Edición, traducción y Notas de Luis Arranz. Lunes, 26 de noviembre de 1492. P. 131.
[7] TORQUEMADA, A., *Op. Cit.* Tratado primero, fol. 97.
[8] *Ibídem* tratado primero, fol. 100.
[9] FEIJOO, B.: *Teatro crítico universal,* Real Compañía de impresores, Madrid, 1778. Tomo VI, Discurso 7.
[10] TORQUEMADA, A.: *Op. Cit.* Tratado primero, fol. 38.
[11] FEIJOO, B.: *Op. Cit.* Tomo VI, Discurso 7.
[12] KAPPLER, C.: *Op. Cit.* P. 177.
[13] SALAMANCA BALLESTEROS, A., *Op. Cit.* P. 235.
[14] *Ibídem* p. 169.
[15] Es curioso ver como en todos los casos de raptos de damas por parte de animales, ésta siempre es forzada contra su voluntad, ejemplo que también podemos apreciar en la historia de una mujer del Reino de Portugal que al ser desterrada a la Isla de los Lagartos, fue violada y tuvo hijos con un mono, TORQUEMADA, A.: *Op. Cit.* Asimismo, en la historia de la dama y el oso se expresa claramente que ésta *«con temor de perder la vida, vino a consentir, aunque no por su voluntad, que tuviesse sus ayuntamientos libidinosos con ella», Ibídem* Tratado primero, Fol. 106.
[16] *Ibídem* Tratado primero. Fols. 105-108. Para la versión de Olao Magno vid. MAGNO, Olao, *Historia de las gentes septentrionales*, ed. Tecnos, Madrid, 1989, edición de Daniel Terán Fierro, que utiliza el epítome latino publicado en Amberes en 1562. Pp. 448-449.
[17] PASTOREAU, M.: *El oso. Historia de un rey destronado.* Barcelona, Ed. Paidos, 2007 P. Pp. 100-103
[18] NIEREMBERG, E.: *Curiosa y oculta filosofía,* imprenta de María Fernández, Alcalá, 1649. Lib. III. Cap. XXV. Fols. 83-84.
[19] PARE, A.: *Les Oueuvres de M. Ambroise Pare conseiller, et premier chirurgien du Roy…* Paris, Chez Gabriel Buon, 1595. Cap. XIX. M. XLVII.
[20] NIEREMBERG, E. ,*Op. Cit.*. Fol. 60; FUENTELAPEÑA, A.: *El ente dilucidado. Discurso único novísimo que muestra hay en naturaleza animales irracionales invisibles y quales sean,* Madrid, Imprenta real, 1676. Sección 2. Duda 8. 51.
[21] Vid. «El modelo sexual: la Inquisición de Aragón y la represión de los pecados «abominables» BENNASSAR, Bartolomé: *La Inquisición española: poder político y control social,* ed. Crítica, Barcelona, 1981. Pp. 295-320, y TOMAS Y VALIENTE, Francisco, «El crimen y pecado contra natura», VVAA: *Sexo Barroco y otras transgresiones premodernas,* Madrid, Alianza Editorial, 1990.
[22] SALAMANCA BALLESTEROS, A.: *Op. Cit.* P. 236.
[23] TORQUEMADA, A.: *Op. Cit.* Tratado primero. Fol. 103
[24] *Ibídem.* Tratado primero. Fol. 103
[25] PARE, A.: *Op. Cit.* Cap. III. M. XXI.

[26] RIVILLA BONET Y PUEYO, J., *Desvíos de la naturaleza o tratado del origen de los monstruos*, Lima, 1695. Cap. IV.

[27] BOAISTUAU, Pierre: *Historias prodigiosas y maravillosas*, Madrid, 1603.Traducido al castellano por Andrea Pescioni. Primera parte. Fol. 172.

[28] NIEREMBERG, E.: *Op. Cit.* Lib. III. Cap. XXVI. Fol. 84.

[29] *Ibídem* Lib. III. Cap. XXVII. Fol. 85.

[30] RIVILLA BONET Y PUEYO, J., *Op. Cit.* Cap. IV. Fol. 31.

[31] LEWIS, C.S.: *La imagen del mundo, introducción a la literatura medieval y renacentista,* Barcelona, ed. Península, 1997. P. 17

[32] Fuentelapeña deja bien claro que solo el hombre con alma racional podía recibir la salvación eterna al afirmar que *«que todos los verdaderos hombres* [es decir, los poseedores de alma racional] *son capaçes de la salud eterna».* FUENTELAPEÑA, Fray Antonio de: *El ente dilucidado. Discurso único novísimo que muestra hay en naturaleza animales irracionales invisibles y quales sean,* Madrid, Imprenta real, 1676. Sección 2. Duda 2. Fol. 30.

De leoneras, ménageries y casas de fieras: algunos apuntes sobre el coleccionismo zoológico en la Europa moderna

Carlos Gómez-Centurión Jiménez
Universidad Complutense de Madrid

1. POR MAGNIFICENCIA

«En todos los tiempos ha sido muy propio de los Soberanos para ostentación de su grandeza tener en sus palacios y casas reales aquellos animales, plantas y frutos más extraños y particulares que se crían en otros países». Con estas palabras comenzaba Juan Antonio Álvarez Quindós uno de los capítulos de su *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, dedicado en este caso a referir cuantos animales extraños y curiosos había habido en aquel real sitio durante el reinado de Carlos III, entre los cuales alcanzaba a recordar la presencia de una cíbola procedente de México, varias cebras de África, guanacos de Chile, carneros de Tafilete y tres magníficos elefantes asiáticos que durante muchos años habían sido las grandes joyas de la colección zoológica del monarca[1]. Asociar el coleccionismo de animales exóticos con la ostentación de la majestad real era, sin embargo, un tópico ya muy antiguo que se venía repitiendo desde los siglos medievales, aunque con particular intensidad a partir del Renacimiento, momento el que esta práctica alcanzó una difusión hasta entonces desconocida entre los grandes príncipes y potentados de toda Europa. «La magnificencia de un gran señor ha de verse también en sus caballos, en sus perros, en sus halcones y demás aves, como en sus bufones, sus músicos y en los animales extraños que posee», escribía a comienzos del siglo XVI el humanista italiano Franceso Matarazzo[2]. Y es que, como emulación de los más gloriosos caudillos y emperadores de la Antigüedad, la posesión de animales extraños y fieras salvajes estaba llamada a convertirse en una de las grandes aficiones de la aristocracia europea de los siglos XVI, XVII y XVIII, aunque reservada en muchas ocasiones por sus

exorbitantes costes únicamente a los príncipes. Considerados prestigiosos objetos de lujo y símbolos de la distinción natural de la nobleza, los animales de este tipo fueron reunidos en grandes colecciones, al igual que las obras de arte, los objetos preciosos o las antigüedades, como una manifestación más de reputación y magnificencia de las altas jerarquías sociales[3].

Producto de la conciencia humana de su superioridad sobre los animales, de su capacidad para ejercer un control creciente sobre la naturaleza y del extenso dominio de ciertas civilizaciones sobre territorios cada vez más vastos y lejanos, el coleccionismo de animales exóticos hunde en realidad sus raíces en la noche de los tiempos. Desde el Egipto faraónico, en el que la reina Hatshepsut (1479-1457 a. C.) creara el primer jardín zoológico del que tenemos noticia para la aclimatación de los animales y plantas traídos del lejano reino de Punt, hasta la China imperial de la misma época, en la que sus soberanos gustaban ya de reunir animales procedentes de todos sus dominios en torno a sus palacios[4]. Lo mismo sucedía en la India, o en las fértiles tierras de Mesopotamia, donde los frescos oasis de sus jardines –*pairidaeza*– estaban siempre poblados por bestias sagradas o trofeos de caza[5]. Fue gracias a sus contactos militares y diplomáticos con Oriente a partir de Alejandro Magno como los griegos –tan amantes de las aves– fueron adquiriendo también el gusto por coleccionar otros animales, como leones o elefantes, que en la cultura persa constituían símbolos de lujo y de poder[6]. Pero, sin duda alguna, fue la civilización romana la que estaba destinada a dejar una huella más profunda en las actitudes y en los comportamientos occidentales hacia los animales salvajes y exóticos. Los patricios romanos acostumbraron desde antiguo a poseer aviarios y estanques en sus villas –tanto para adorno de los jardines como para aprovisionar su mesa–, además de reservas de animales destinados a la caza. A partir del siglo III a. C., los cónsules y generales victoriosos comenzaron a hacer llegar hasta Roma además elefantes y otros animales capturados durante sus campañas, exhibidos como botín de guerra en los desfiles triunfales y que, al igual que los prisioneros, acababan siendo masacrados públicamente para reparar las pérdidas sufridas en los campos de batalla o representar la destrucción del adversario y de sus riquezas[7]. Esta práctica, que sedujo rápidamente a una población ya acostumbrada a los violentos combates entre gladiadores, se convirtió en una de las principales atracciones públicas durante el Imperio. Las peleas de animales entre sí o con los gladiadores o las ejecuciones de prisioneros a manos de las fieras fascinaban tanto al público que acudía al circo que los patrocinadores de los juegos rivalizaban por lanzar a la arena un número cada vez mayor de bestias feroces. Las colecciones

reunidas por los emperadores -usadas también en sus solemnes paradas- no bastaban para alimentar esta demanda, como tampoco los botines de guerra ni los regalos diplomáticos. Para satisfacerla fueron precisas capturas sistemáticas de animales salvajes por todos los confines del Imperio, despoblando con ellas grandes áreas del norte de África y del Oriente Próximo. En los últimos días del Imperio, la creciente escasez de estas especies era tal que los animales tenían que ser conservados vivos y exhibidos una vez tras otra y el número de combates mortales reducido en favor de exhibiciones de destreza y valentía[8].

La decadencia del coleccionismo de animales en Europa durante la Edad Media es una cuestión que aún no ha sido del todo resuelta. El eclipse definitivo de los juegos en Roma se produjo ya entrado el siglo VI –aunque continuaran celebrándose en algunas provincias– y, todavía doscientos años más tarde, Carlomagno trataba de emular el lujo y la magnificencia de los antiguos emperadores romanos criando aves exóticas en sus palacios y reuniendo los animales raros que recibía como regalo de algunos soberanos orientales. Donde sí se mantuvo viva la atracción por las peleas entre fieras fue en el Imperio bizantino, en cuyos anfiteatros siguieron teniendo lugar al menos hasta el siglo XII. Fue precisamente a través de sus contactos con Bizancio y con el mundo musulmán –que estaba en vías de convertirse en el principal abastecedor de animales salvajes para Occidente– como los cruzados de Tierra Santa recobraron la práctica de cazar con felinos adiestrados y el interés por reunir especies exóticas. Probablemente, la primera colección importante de animales de la Europa medieval fue la que perteneció a Federico II Hohenstaufen, quien llegó a poseer un elefante y una jirafa, camellos, dromedarios, leones, panteras y guepardos que acarreaba en su corte ambulante provocando el asombro de sus contemporáneos[9]. Fue gracias a los regalos recibidos de Federico II y de otros monarcas europeos como su cuñado, Enrique III de Inglaterra, pudo engrosar la colección reunida por sus antepasados en Woodstock y trasladar una parte hasta la Torre de Londres, símbolo del poder y de la autoridad de la corona sobre la ciudad y albergue de los animales reales hasta bien entrado el siglo XIX[10]. En Francia, el principal coleccionista antes de Luis XIV fue Renato de Anjou, en cuyos jardines del castillo de Angers había una leonera, habitáculos y cercados para rumiantes y mamíferos, un estanque con peces y diversos aviarios diseminados por todo el parque. Sin llegar a alcanzar estas mismas dimensiones, la costumbre de poseer y exhibir animales salvajes o poco comunes, importados a veces de otras regiones, permaneció también arraigada a lo largo de la Edad Media en

las grandes fundaciones monásticas, los castillos señoriales o los orgullosos burgos independientes. Cautivos en fosos y leoneras o poblando las amplias reservas de caza, los osos, lobos y grandes felinos constituían encarnaciones vivientes de la heráldica nobiliaria y símbolos inequívocos de la superioridad social y el poder de sus amos[11].

Gracias al activo comercio del Mediterráneo y a sus contactos con el Oriente, a la creciente acumulación de riqueza y a su liderazgo cultural, fueron las ciudades de Italia las que volvieron a dar un nuevo impulso al coleccionismo de animales en la Europa del Renacimiento, difundiendo un nuevo término, *serraglio*, para referirse al lugar en el que las fieras eran recluidas[12]. En el siglo XV, Génova, Pisa, Livorno y Venecia, cabezas del comercio con el norte de África y el imperio turco, eran los puertos que aseguraban las importaciones imprescindibles para sostener estos establecimientos en las principales cortes italianas. Pero más que ninguna otra fue Florencia la que desarrolló una mayor afición hacia los *serragli,* convirtiendo la costumbre de mantener leones y otras bestias enjauladas en una de las tradiciones más arraigadas de la ciudad. Aunque sufrió varios traslados a lo largo del tiempo –desde su primitiva ubicación en la plaza de San Givanni hasta la de San Marco–, el *serraglio* florentino era considerado ya en el siglo XIII como una auténtica institución comunal representante de su orgullo y de su independencia ciudadana. Los incidentes en la vida de las fieras cobraban una significación grave y eran interpretados como presagios, de manera que la muerte de uno de los leones constituía un mal augurio y el nacimiento de nuevos cachorros un buen auspicio. Conscientes de la importancia simbólica y emocional que tenía para la vida de los florentinos, Cosme y Lorenzo de Médicis elevaron el *serraglio* hasta su cima, incrementando el número de animales y organizando combates entre ellos para rememorar las grandes celebraciones de la Roma imperial[13]. Otro Médicis, el papa León X, se encargaría de extender este coleccionismo hasta la Ciudad Santa, contagiando con su comportamiento a buena parte del colegio cardenalicio[14].

Por aquellos mismos años, sin embargo, era la península ibérica la que estaba destinada a relevar a Italia como principal centro de importación de animales exóticos hasta Europa. Ninguna otra corte como la de Portugal pudo experimentar de forma tan temprana y tan directa los extraordinarios efectos de las recientes exploraciones oceánicas y del establecimiento de nuevas rutas comerciales con África, la India, el lejano Oriente o América tras los históricos viajes de Vasco de Gama a través del cabo de Buena Esperanza y de Pedro Álvares Cabral al Brasil. Por ello, en torno a 1500, tampoco ninguna

otra corte podía pretender emular el esplendor y la opulencia de la de Lisboa, donde lo exótico, lo fantástico, lo extraño y maravilloso habían pasado a formar parte de su vida cotidiana. Y donde, además de manufacturas y productos de lujo, especias, semillas o plantas medicinales, comenzaron a llegar desde los lejanos confines de su emporio comercial toda clase de animales exóticos que nunca antes –o hacía muchos siglos– habían sido vistos en Europa. Alfonso V y Juan II pudieron enriquecer de esta manera las colecciones de animales de la corona portuguesa, pero ninguno de ellos alcanzó la fama y la gloria que le proporcionaron a Manuel el Afortunado sus famosos elefantes asiáticos o el resto de sus ejemplares exóticos –gacelas, antílopes, leones y pájaros de todas las especies– acomodados en sus palacios de Estaus y de Ribeira, al que en 1515 llegaría incluso el primer rinoceronte visto en Europa desde el siglo III[15].

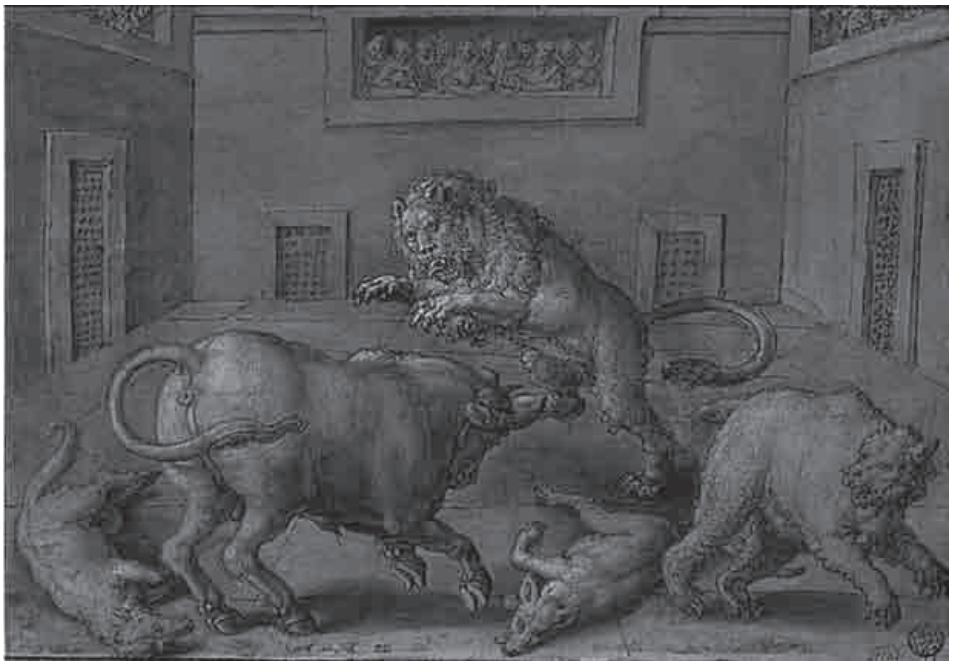
Después de Portugal, sería la corte española –que tuvo un conocimiento privilegiado y de primera mano sobre las colecciones del emperador Moctezuma en Tenochtitlán[16]– la principal beneficiada por los descubrimientos geográficos y por la llegada de nuevas especies de animales desde América. El papel jugado por España y por sus monarcas en el coleccionismo de animales exóticos, sin embargo, ha sido injusta y erróneamente ignorado por la historiografía especializada desde comienzos del siglo XX hasta la actualidad. Gustave Loisel, pionero en estos estudios y autor de la más ambiciosa monografía consagrada al tema, no dedicó al caso español más allá de seis páginas de su amplísima obra, publicada en 1912, alegando el desconocimiento de fuentes documentales que le permitieran dar fe de la existencia de colecciones zoológicas en España entre los siglos XVI y XVIII[17]. Desde entonces el error se ha perpetuado de unos autores a otros, de manera que E. Barathay y E. Hardouin-Fugier en su reciente y magnífico trabajo sobre los zoológicos europeos y sus orígenes inciden en idéntica omisión, atribuyéndola a otro absurdo tópico tan difícil de desterrar como es la supuesta «austeridad» de la corte española a lo largo de la Edad Moderna[18]. Afortunadamente, el panorama ha comenzado a cambiar en fechas muy recientes. Algunos medievalistas han puesto de relieve la riqueza de las colecciones zoológicas hispanas a lo largo de aquellos siglos, algo perfectamente lógico si tenemos en cuenta la continuada presencia musulmana en la Península durante más de ochocientos años y su privilegiada posición geográfica respecto al norte de África, de donde provenían la mayor parte de las especies foráneas[19]. Las aportaciones más valiosas para la época moderna, no obstante, han llegado de la mano de los especialistas en historia del arte, cada día más conscientes de la

importancia que tenía para su disciplina estudiar el fenómeno del coleccionismo en su conjunto, sin omitir ninguno de sus componentes y añadiendo a los consabidos repertorios de objetos artísticos y preciosos el interés hacia las producciones de la naturaleza, los animales vivos y las plantas, llamados a desempeñar un papel tan importante en los gabinetes de curiosidades o en los nuevos espacios ajardinados surgidos durante el Renacimiento[20]. Los Habsburgo fueron la dinastía más poderosa de Europa a lo largo de un siglo y medio y constituyeron también los principales coleccionistas de su época, tanto por lo que se refiere a las cortes de Madrid, Lisboa y Bruselas como a las de Viena, Praga o Innsbruck, promoviendo un intercambio permanente de piezas y regalos entre ellas que, con gran frecuencia, incluían también animales. Aunque atravesó por diversas etapas, algunas más brillantes que otras, el interés por el coleccionismo zoológico no desapareció jamás de la corte española y, como veremos, alcanzaría su cénit durante el siglo XVIII.

2. LAS PELEAS DE ANIMALES

Durante la Edad Media y los primeros siglos modernos, el coleccionismo de animales estuvo muy fuertemente influido por la herencia cultural clásica y, en particular, por la tradición del Imperio romano. Los animales salvajes y exóticos se siguieron utilizando por tanto en los desfiles ceremoniales y en las paradas triunfales, donde los grandes felinos uncidos a un carro o los magníficos elefantes jugaban un papel esencial en cuanto manifestación de poder y soberanía, concepto difundido a través de la literatura emblemática –los *Hyeroglyfica* de Horapolo (1505) y Valeriano (1556)– o de representaciones plásticas como los *Triunfos de César* de Andrea Mantegna (1506). Fuera de los *serragli* y de las leoneras, algunos felinos más o menos domesticados podían llegar a exhibirse conviviendo con sus amos dentro de los castillos, poniendo en evidencia cómo hasta la naturaleza más salvaje se rendía ante la majestad de los grandes príncipes, lo mismo que la práctica de cazar con guepardos o linces adiestrados, muy extendida en la Italia del Renacimiento a juzgar por los frescos del *Viaje de los Reyes Magos* (1459) de Benozzo Gozzoli en el Palacio Medici-Ricardi de Florencia.

Pero uno de los usos preferentes que se les dio a los animales salvajes en las cortes europeas durante los siglos XVI y XVII fue la celebración de sangrientos combates que trataban de rememorar la fama de los festivales circen-



Combate de animales, siglo XVII.

ses romanos y la magnificencia de los emperadores que los organizaron. De hecho, ésta era la función fundamental a la que estaban destinadas la mayoría de las leoneras, los *serragli* y las *cours de lions* que tanto habían proliferado durante el Renacimiento, aunque, en ocasiones, algunas peleas pudieran tener lugar también en el interior de los palacios, como la lucha entre un oso y varios perros de presa a la que el futuro Luis XIII asistió cuando tenía cinco años en el salón oval del castillo de Saint-Germain[1]. Si los *serragli* constituían ya un testimonio de la supremacía humana sobre la naturaleza salvaje aprisionada, los combates no hacían sino subrayar dicha dominación, masacrando a las fieras para la simple diversión de los espectadores. Las batallas más habituales enfrentaban a bestias salvajes entre sí –osos, jabalíes, leones, tigres, elefantes– o contra animales domésticos –toros, perros, vacas, caballos–, una manera de medir el poder y la bravura de los primeros frente a la conocida fuerza de los segundos y de comprobar, una vez más, si triunfaría el ímpetu de la naturaleza sobre la capacidad humana para controlarla. La organización de estos combates respondía perfectamente a los códigos de honor nobiliarios, pues acreditaba la liberalidad del anfitrión dispuesto a sacrificar algunas de sus más preciadas posesiones para el placer y solaz de sus huéspedes. Las

refriegas solían culminar en una apoteosis de sangre y violencia y las más formidables –rinoceronte contra elefante– o las más injustas –león contra vaca– se organizaban precisamente con el objetivo de provocar una carnicería. Concebidas para satisfacer las pasiones de una sociedad que admiraba la guerra, las peleas se consideraban un fracaso si, en contra de lo previsto, los animales rehusaban luchar o no asumían el papel que se les había asignado. Este fue el caso, por ejemplo, del elefante que en 1515 se negó a pelear contra un rinoceronte en la corte lisboeta, incidente que provocó una inmensa decepción y un alud de burlas contra las infortunadas criaturas, en cuya conflagración se habían depositado tantas expectativas[2]. Para la nobleza que los organizaba y asistía a ellos, resultaba fundamental que tales torneos contribuyeran a realzar el valor de la bravura y la fuerza y a exaltar la supremacía de lo heroico. Las peleas entre bestias feroces constituían un espejo de los duelos entre valientes caballeros y aquéllas que encaraban a animales salvajes contra domésticos servían seguramente también para resaltar la superioridad de la nobleza guerrera sobre el pueblo llano. Los frecuentes enfrentamientos entre los grandes felinos de los *serragli* señoriales y los ganados de los campesinos encerraban ciertamente este tipo de mensaje, de ahí que la victoria de los últimos causara siempre tanto estupor[3].

La corte española, donde –además de las ancestrales corridas de toros– la existencia de leoneras en los castillos y alcázares se remontaba a una tradición antiquísima, no escapó a esta costumbre tan arraigada en la época. Ya desde el Medievo, gracias a sus contactos con el mundo musulmán y con el norte de África, la mayoría de los monarcas peninsulares habían podido disfrutar sin problemas de la posesión de abundantes leones –u otros grandes felinos– que a menudo se regalaban entre ellos o se permitían obsequiar a otros soberanos europeos, como los enviados por Jaime II de Aragón a la ciudad de Florencia en 1316 o por la regente de Castilla, Catalina de Lancaster, a Carlos VI de Francia en 1411. De Enrique IV coincidieron en criticar casi todos los cronistas de la época de los Reyes Católicos su excesiva afición a «todo linaje de animales y bestias fieras», entre los cuales se contaban la media docena de leones que mantenía con «grandes gastos» en el alcázar de Segovia[4]. El disfrute de leoneras, sin embargo, no se limitó a los monarcas, sino que muchos grandes señores, el conde de Benavente o los marqueses de Cenete y de Elche, las poseían también en sus estados. El condestable Miguel Lucas de Iranzo, favorito de Enrique IV, organizó en Bailén en la primavera de 1460 una corrida en homenaje del enviado francés, el conde de Armagnac, en la que se soltó además una leona para que luchara contra los toros. Lo mismo

hizo el duque del Infantado, permitiéndose agasajar en su palacio a Francisco I de Francia, cautivo después de la batalla de Pavía, con una pelea entre un león y un toro bravo[5].

Carlos V había heredado de sus antepasados borgoñones la leonera de Gante a la que periódicamente continuó remitiendo animales, como los tres leones capturados durante la campaña de Túnez de 1535[6]. Calvete de Estrella tuvo ocasión de visitarla en 1549 y de contemplar en ella los combates que se organizaron para festejar la llegada del príncipe heredero, el futuro Felipe II[7]. Menos noticias, en cambio, tenemos de la posesión por parte de éste de leones en España, a los que quizás no fuera demasiado aficionado. No consta la fecha exacta en que Solimán II le hizo llegar a través de su embajador «cuatro leones reales con sus collares y cadenas de oro y en ellos esculpidos las armas de su Majestad», pero es posible que fuese uno de estos ejemplares el que se escapó del Real Alcázar de Madrid en 1562 y al que salieron a dar caza la reina Isabel de Valois y el príncipe don Carlos en compañía de sus cortesanos. Quien sí tenía un león amansado que se había traído de Túnez, igual que su padre, era don Juan de Austria. Un animal, al parecer tan dócil y domesticado, que le acompañaba a todas partes y dormía en su mismo aposento. Con esta clase de gesto –que ya tuvieran otros monarcas como Juan II de Castilla o Francisco I de Francia–, el hijo natural del emperador conseguía resaltar su estirpe real, su valor y su coraje, ante el cual las bestias más feroces no podían sino rendirse[8].

Fue durante la primera mitad del siglo XVII cuando los combates entre fieras, toros y otros animales se convirtieron en un espectáculo cada vez más frecuente en España, formando parte de los continuos festejos y celebraciones que animaban a todas horas la brillante corte de los austrias madrileños. Luis Cabrera de Córdoba ha dejado en sus *Relaciones* numerosas noticias de ellos, organizados tanto en Madrid como en Valladolid por el duque de Lerma para entretener al rey Felipe III[9]. Años después, la Leonera inaugurada en el Buen Retiro en 1633 sirvió durante gran parte del reinado de Felipe IV para rememorar las grandes peleas entre bestias salvajes que tanta gloria habían proporcionado a los emperadores romanos[10]. La más famosa de todas, sin embargo, fue la que tuvo lugar en la plaza de la Priora del Alcázar de Madrid, el 13 de octubre de 1631, para celebrar el segundo cumpleaños del príncipe heredero, don Baltasar Carlos. En ella participaron un león, un «tigre» –probablemente un jaguar–, un oso, un caballo y un toro bravo, además de otros animales de menor tamaño que se echaron a la arena para acrecentar la carnicería, como gatos, zorras, monos, perros y gallos. Tras la victoria

final del toro sobre el resto, tuvo lugar un acontecimiento poco usual y que despertó el entusiasmo del público, ya que el propio monarca decidió acabar personalmente con la vida del ganador de un solo y certero disparo de arcabuz. Precisamente porque la participación del príncipe en esta clase de acontecimientos realzaba su simbolismo y le dotaba de un particular prestigio, el escritor José Pellicer decidió escribir la crónica del suceso y convocar a los mejores poetas del momento para que celebraran la heroicidad y la gloria del soberano, publicándose aquel mismo año el *Anfiteatro de Felipe el Grande*, en el que se incluían más de un centenar de composiciones salidas de las plumas de otros tantos autores[11].

Poco a poco, sin embargo, las peleas de animales salvajes fueron cayendo en desuso. Al menos en Europa occidental, desde finales del siglo XVII y a lo largo del siglo XVIII, la sociedad cortesana, más civilizada y menos violenta, fue perdiendo paulatinamente el interés hacia ellas. El serrallo de Gante fue cerrado en 1649 y el del palacio de Vincennes dejó de funcionar hacia 1700, siendo sus animales enviados al nuevo zoológico de Versalles. Lo mismo sucedió en Neugebäude en 1781 y en Florencia en 1776[12] . Por lo que respecta a España, la vieja leonera del Buen Retiro fue mandada demoler en el verano de 1700 para construir una nueva en medio de los jardines, donde los últimos combates entre leones y perros de presa se organizaron hacia 1720 para divertir al príncipe de Asturias[13].

3. LOS GABINETES DE CURIOSIDADES VIVAS

Si en adelante los grandes felinos continuaron estando presentes en las colecciones de animales no fue tanto porque se valorara su furia y su bravura, cuanto su aspecto y su belleza. Y es que, con el transcurso del tiempo, al compás de los cambios culturales y científicos o de las nuevas formas de sensibilidad, los criterios acerca del coleccionismo también fueron evolucionando. Hasta finales del siglo XVI, los dos grupos más numerosos de animales salvajes que se podían encontrar en las residencias principescas eran los «feroces» –osos, linces, lobos, leones y otros felinos– y los dedicados a la caza –jabalíes, ciervos, venados, etc.–, predominando siempre los ejemplares autóctonos sobre los exóticos, más difíciles de conseguir. A partir de aquellas fechas, sin embargo, los coleccionistas más prestigiosos dejaron de estar volcados preferentemente hacia las especies más fieras y comenzaron a mostrar

un interés cada día mayor por otras raras y curiosas provenientes del Oriente o de las tierras recién descubiertas. El consumo y el coleccionismo de objetos de lujo –incluido el de animales– experimentaron un salto revolucionario, cuantitativo y cualitativo, a partir de los grandes descubrimientos geográficos y de la expansión de las rutas comerciales de los siglos XVI y XVII[14]. La llegada de toda clase de nuevos objetos y mercancías que nunca antes se habían visto excitó la atención de los coleccionistas, propiciando que los gabinetes de curiosidades y maravillas –las *Wunderkammern*– aumentaran de tamaño y proliferaran por toda Europa, convertidas en un elemento más de emulación y prestigio social, cuya dimensión, variedad y riqueza constituía un fiel indicador del estatus de sus dueños[15].

Estos gabinetes carecían todavía de un carácter especializado y reunían dentro de ellos un sinfín de objetos preciosos, raros y exóticos, tanto manufacturados por el hombre, los *artificialia* –antigüedades, obras de arte, piezas etnográficas, etc.–, como producidos por la naturaleza, los *naturalia* –minerales, fósiles, plantas, semillas, maderas, especímenes de animales, etc.–. El interés por la naturaleza durante el Renacimiento, no obstante, tenía aún poco que ver con la ciencia moderna y mucho con la tradición hermética y con la magia natural, que consideraba el universo entero como un organismo vivo, emanación de la mente divina, y dotado de un espíritu propio capaz de inventar, jugar y decorar el mundo con las más admirables y singulares creaciones. Por ello, los gabinetes de maravillas eran concebidos antes que nada como un pequeño microcosmos destinado a albergar en su seno todo el universo sensible a partir de los objetos más dispares, raros o curiosos que mejor expresaran todo el poder y la diversidad de la inventiva del hombre, de Dios y de la naturaleza. Carecían de una clasificación familiar o fácil de entender para nosotros porque en su seno la separación entre lo natural y lo sobrenatural no existía en absoluto y porque, a ojos de los contemporáneos, era la acumulación de piezas extraordinarias la que mejor podía hacer comprensible el universo divino. Entre los *naturalia* de carácter zoológico había dos clases de especímenes que provocaban una particular fascinación en los coleccionistas: los animales deformes que revelaban el carácter extraordinario y a veces caprichoso de la naturaleza, y las criaturas más raras y curiosas que ilustraban la inmensa variedad inherente a su potencial creativo. Los animales vivos, sin embargo, resultaban siempre más difíciles de conseguir, de manera que sus dueños se debían contentar a menudo con esqueletos y restos disecados o con simples retratos que dieran testimonio de su aspecto[16]. Uno de los ejemplos mejor conocidos de este afán coleccionista probablemente

sea el del emperador Rodolfo II. Su padre, Maximiliano II, había albergado ya pequeñas colecciones de animales en sus residencias de Ebersdorf y Neugebäude, pero en la corte de Rodolfo en Praga se podían encontrar animales exóticos tanto en los alrededores del palacio imperial, como en su W*underkammern* o en los álbumes de dibujos realizados para preservar su memoria[17]. Un eclecticismo que estuvo presente también en las colecciones de su tío, Felipe II, en cuya corte precisamente se había educado el futuro emperador:

> Hizo traer también pezes para los estanques; de Flandes, carpas, tencas, burgetes; y gambaros de Milán, y recoger de diversas regiones, de ambas Indias, de Alemania, Arabia y Grecia, virtuales y medicinales plantas de inestimable valor por sus efectos. Embió Médicos y erbolarios con pintores, para que le truxessen los dibuxos y pinturas de quantas diferencias de yervas avía, árboles de huerto y montaña, de las aves, culebras, sabandijas de generación y putrefacción conocidas, animales bravos, mansos, terrestres, marinos monstros y de cosas admirables en naturaleza y ordinarias en aquellas regiones. De todo se hizieron retratos y copias, y se pusieron en libros curiosos y preciosos que hoy conserva la librería de San Lorenzo [...] excediendo en esta parte a Tolomeo Filadelfo y a Alexandro Magno, por cuyo mandato escribió los libros de la naturaleza de los animales su maestro y secretario Aristóteles. Ni fue menor el número de los que hizo traer Orientales, y Meridionales, Reynocerontes, Elefantes, Adives, Leones, Onças, Leopardos, Camellos (de que ay cría y servicio en Aranjuez) Abestruces, Zaydas, Martinetes, y Ayrones, sobrepujando en curiosidad en esto a los primeros Emperadores Romanos.

Así describía Lorenzo van der Hammen, biógrafo del Rey Prudente, la gran afición que éste monarca había sentido por coleccionar plantas y animales exóticos y por poseer un conocimiento lo más preciso y detallado posible sobre todos ellos. Una inclinación que, según el autor, le equiparaba con Alejandro y los más gloriosos emperadores de la antigua Roma, por lo que había considerado oportuno incluirla en el apartado de su biografía dedicado a los esfuerzos del rey por potenciar la «estima y veneración de la dignidad real»[18]. En la actualidad, conocemos cada vez mejor el liderazgo ejercido por la casa de Austria en el coleccionismo de prestigio durante los siglos XVI y XVII y el papel tan importante que cumplieron los animales –o sus restos disecados o sus dibujos– en los intercambios de regalos que se producían entre sus diferentes cortes. Los miembros femeninos de la familia –Margarita de Austria, María de Hungría o Catalina de Portugal– desempeñaron un papel fundamental en sus inicios[19]. En las siguientes generaciones quizás fueran Felipe

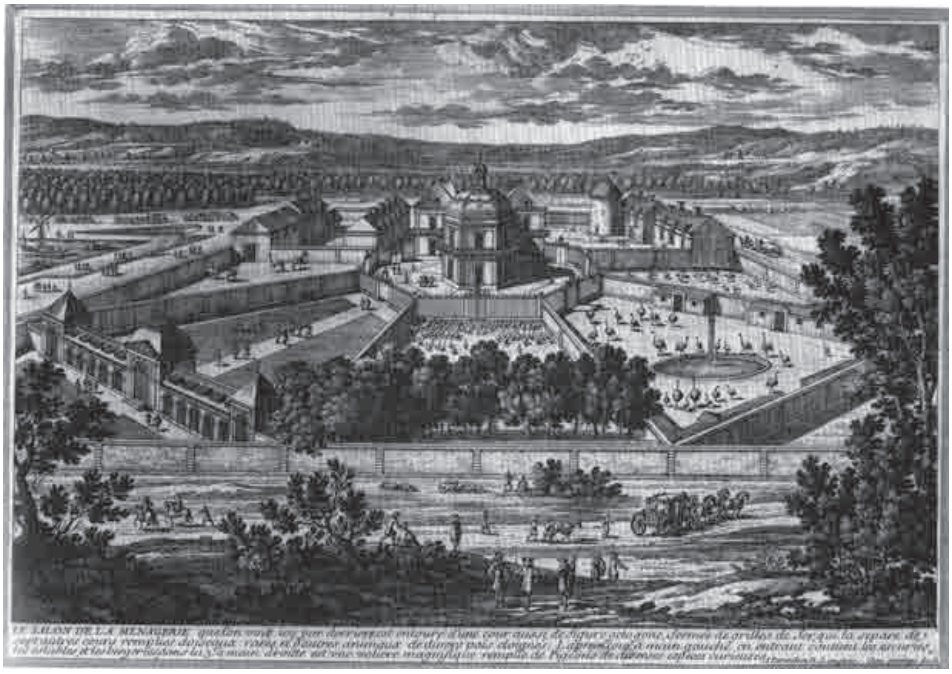
II, los emperadores Maximiliano II y Rodolfo II y los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia quienes destacaran por su pasión hacia los animales y por el afán de coleccionarlos, pero todavía es mucho lo que nos queda por saber a este respecto[20].

4. ESPACIOS PARA LOS ANIMALES

Lo mismo que los objetos preciosos en una *Wuderkammern*, la instalación de estos animales en las cortes principescas no obedecía tampoco a criterios clasificatorios demasiado establecidos. Tanto si se destinaban al combate y a espectáculos de carácter público como si se consideraban piezas coleccionables, se albergaban de manera dispersa en dependencias de los palacios, parques o reservas de caza dependiendo siempre del espacio disponible. El deseo de poseer animales exóticos coexistía además con un creciente interés por coleccionar todo tipo de plantas, por lo que acabaría siendo el arte de la jardinería la fuente de inspiración para el diseño de nuevos espacios naturales en donde albergar tanto las colecciones botánicas como las zoológicas. Fue el arquitecto León Battista Alberti, en su obra *De re aedificatoria* (1485), el primero en considerar el jardín como parte integral del diseño de la villa y continuación del espacio vital de su propietario. A partir de esta idea, las nuevas villas de la aristocracia italianas, plagadas de ventanas y galerías que las inundaban de luz y aire, se volcaron hacia el exterior permitiendo la vista del paisaje y del horizonte pero, ante todo, de los primorosos jardines ornamentales cultivados a su alrededor. Opuestos al concepto del jardín cerrado medieval, estos jardines abiertos y espaciosos pretendían también a su manera constituir un modelo de microcosmos, punto de encuentro entre la naturaleza y la cultura. Se llenaron no sólo de árboles y de plantas ornamentales y exóticas, sino también de estatuas y bajorrelieves que rendían homenaje a la Antigüedad. Los animales se integrarían dentro de esta escenografía distribuidos en jaulas, cercas, estanques y aviarios, que en mucha ocasiones buscaban deliberadamente una connotación simbólica[21].

Aunque los nuevos jardines del Renacimiento inspiraran un modelo más ordenado para la exhibición de las colecciones zoológicas, fue a partir de la segunda mitad del siglo XVII cuando los espacios destinados a albergar los animales exóticos experimentaron un cambio más importante al tiempo que variaban su denominación, adoptando desde entonces el nombre francés

de *ménageries*. Derivado de la voz *ménages* –usada desde el siglo XIII para referirse a la administración de los gastos domésticos–, el término *ménagerie* se empleaba en el siglo XVI para aludir a la administración de una granja y a sus elementos constitutivos -incluyendo los animales- o, unas décadas más tarde, al propio paraje destinado en una casa de campo para alimentar el ganado y las aves de corral. Por extensión, se utilizó en enero de 1664 en las *Comptes des bâtiments du roi* para denominar el lugar que albergaba la colección de animales de Versalles, sentido que acabó adoptando a partir de entonces y con el que se generalizó en una gran parte de Europa[22]. Extravagante despliegue de magnificencia que sólo un monarca como él podía permitirse, la *ménagerie* del Rey Sol ha sido considerada tradicionalmente como una innovación arquitectónica crucial que serviría de modelo para las colecciones zoológicas europeas durante casi un siglo y medio, no tanto por el número y la diversidad de animales que llegó a albergar, sino por haber establecido el criterio de mantenerlos a todos ellos reunidos en un único emplazamiento, poniendo fin a la costumbre anterior de dispersarlos en torno a las diferentes residencias reales[23].



La *ménagerie* de Versalles en el siglo XVII.

Situada en el área sudoeste del parque, al borde del camino hacia Saint-Cyr, la *ménagerie* fue uno de los primeros grandes proyectos de Luis XIV para Versalles y una de las tantas instalaciones de recreo que se construyeron alrededor del castillo. Edificada por el arquitecto Le Vau entre 1662 y 1664, adquirió una mayor importancia tras la excavación del gran canal en 1668, al quedar ubicada en el extremo sur de uno de sus brazos y contrapuesta al Trianon, con lo que su presencia contribuía a resaltar la simetría del conjunto. La misma simetría reinaba dentro de la *ménagerie*, vertebrada en torno a un pequeño palacete presidido por un pabellón de planta octogonal en torno al cual giraban el resto de las instalaciones. El espacio más sobresaliente de este pabellón lo constituía el salón de su piso principal –el llamado «salón de la *ménagerie*»–, abierto al exterior por siete amplios ventanales desde los cuales era posible dominar el panorama y asomarse a una gran balconada que, rodeando todo el edificio, permitía prácticamente divisar a todos los animales en un sólo golpe de vista. La decoración interior de esta pieza y de la galería antecedente consistía en sesenta y una pinturas de Nicasius Bernaerts representando a los ejemplares más llamativos de la colección real, «como para preparar al visitante para lo que va a ver, o para recordárselo después» según estimaba Madeleine de Scudéry. Siguiendo a esta misma espectadora, los alojamientos de los animales consistían en otros siete patios dispuestos de forma radial alrededor del edificio, cerrados por verjas, sembrados de césped y dotados con estanques, de manera que «no falta allí nada que sea necesario o cómodo para los animales o pájaros que contienen»[24]. Con el paso de los años, conforme la colección zoológica aumentaba, fue necesario construir nuevos cercados alrededor de los siete originales, pero sin que fuera ya posible respetar por completo su primitivo diseño radial. Según datos proporcionados por Loisel, durante más de un siglo allí se albergaron centenares de especies de cuadrúpedos y de aves, un conjunto rico y sorprendente que servía de complemento a las colecciones de obras de arte o de plantas exóticas que adornaban los jardines[25]. Tal y como escribía asombrado Dézallier d´Argenville, era *como* «sí África hubiese pagado un tributo a su progenie y las demás partes del mundo hubiesen rendido homenaje al rey con sus más raros y singulares animales y pájaros»[26].

El aspecto más original de la *ménagerie* de Le Vau era su planta octogonal que le daba el aspecto de una pequeña fortaleza. La arquitectura del conjunto no sólo estaba a la altura de los requerimientos barrocos de artificio y representación: su estructura cerrada, amurallada y compartimentada constituía una muestra palpable de la creciente capacidad del hombre para dominar la

naturaleza. Un artificio humano que permitía presentar a los animales separados jerárquicamente de acuerdo a las clasificaciones científicas más recientes, a la manera de un libro de historia natural, pero que al tiempo proporcionaba una visión simultánea de todos ellos, en un efecto que no era ajeno a los criterios escenográficos de unidad de tiempo y espacio imperantes en el teatro de la época. Un lugar que funcionó como un «gabinete de curiosidades vivas», en el que la diversidad basada en aparentes diferencias naturales acababa produciendo una impresión de orden. En cierto sentido, la *ménagerie* presentaba notables semejanzas no sólo con el resto de los elementos que constituían el conjunto del palacio y de los jardines de Versalles, sino también con la nueva sociedad cortesana que allí residía y que mantenía a la aristocracia francesa encerrada en un magnífico escenario desde el que mostrar sus atributos ante el resto del mundo, pero privada ya de su libertad y su poder[27].

Otra característica importante que tuvo la *ménagerie* es que nunca se efectuaron en ella peleas entre animales, para las que se reservaba el *serraglio* de Vincennes, hasta que la práctica cayó en desuso y éste acabó siendo abandonado en los primeros años del siglo XVIII. En cambio, sí que fue el escenario de algunos de los grandes espectáculos cortesanos celebrados en los jardines del palacio, tomando parte sus animales en los desfiles triunfales. Cuando los festivales comenzaron a declinar, la *ménagerie* continuó siendo el punto de destino de muchos paseos o el lugar para almuerzos informales y encuentros de la aristocracia, y sus animales pudieron ser copiados y estudiados por una escuela emergente de pintores de animales –como P. Boël, N. Bernaerts, A. F. Desportes o J. B. Oudry– o disecados y diseccionados por los miembros de la recién creada Real Academia de Ciencias[28].

El prestigio del Rey Sol y de su corte propició la difusión de este nuevo modelo de albergue zoológico por casi toda Europa, particularmente en tierras germánicas, donde las imitaciones más ambiciosas fueron las llevadas a cabo en el Alto Belvedere por el príncipe Eugenio de Saboya (1721-23) y en el palacio de Schönbrunn por el emperador Francisco I (1752). En todas ellas, el emplazamiento unitario de los animales y su integración en el conjunto del jardín fueron elementos tenidos en cuenta en los proyectos, pero predominando siempre una escenografía teatral que fomentaba la confusión entre realidad y artificio y favorecía su utilización en los grandes festivales y entretenimientos principescos. Serían, asimismo, las primeras grandes instalaciones zoológicas abiertas paulatinamente al público a lo largo del siglo XVIII[29].

La *ménagerie* del Rey Sol, en cambio, apenas tuvo eco en Inglaterra, donde la aristocracia y la *gentry* fueron enormemente renuentes a las influencias culturales francesas como expresión de su rechazo hacia el absolutismo. Una manifestación muy particular de esta resistencia fue la rebelión contra los jardines geométricos barrocos, al estilo de Versalles, que daría lugar en torno a 1720 a la irrupción del jardín paisajista, pronto denominado «jardín inglés» por su país de origen. Este nuevo estilo de jardinería tuvo su caldo de cultivo en los ambientes políticos del llamado «partido del campo», opuesto a la corte y a la corrupción del gobierno presidido por Robert Walpole, pero sobre todo en el temprano desarrollo del pensamiento ilustrado inglés y en su nueva concepción del mundo sensible y de la relación existente entre el hombre y la naturaleza. No cabe duda de que en el jardín paisajista se refleja un cambio fundamental de la sensibilidad occidental hacia la naturaleza que, en pugna con el racionalismo, evolucionó hasta transformarse en un sentimiento individual basado en la contemplación y la intuición. Un sentimiento que alcanzó uno de sus puntos culminantes en la formulación del deísmo, religión natural que rendía culto al Dios arquitecto y constructor del mundo a través de su propia creación. Igualmente importante fue el hecho que la Ilustración inglesa asociara su nuevo concepto de naturaleza con la idea de libertad individual y política, fundamentando ambas en el derecho natural. De esta manera, si la naturaleza virgen se convertía en el espejo de las libertades recién conquistadas, por oposición, allí donde aparecía enajenada de su propia esencia, como en el artificioso jardín barroco, era vista como símbolo de la opresión y la arbitrariedad políticas, como resultado de la acción despótica del absolutismo.

Toda esta nueva visión de la naturaleza, cargada de significaciones éticas y religiosas, fundamentó también las exigencias morales y políticas del nuevo arte de la jardinería, responsable de representar las recientes ideas ilustradas y de permitir expresar -quizás con mayor facilidad que otras manifestaciones artísticas- todo el alud de afectos y de sentimientos implícitos en ellas al margen de las convenciones cortesanas tradicionales. Si la jardinería del Barroco, casi contrapuesta a la naturaleza y cuidadosamente separada de ella, venía representando la regularidad matemática y cósmica del orden jerárquico de la sociedad y del Estado, el nuevo jardín paisajista estaba llamado a suprimir sus fronteras con la naturaleza libre, considerada en su propia esencia como un jardín que apenas había que modificar, sino apenas retocar levemente, adoptando todas sus bellezas originarias -colinas, valles, praderas, arroyos, lagos, bosques y vegetación espontánea- como expresión de un renovado

concepto del paraíso terrenal. Naturalmente que el jardín inglés, a pesar de su afán de naturalidad y de otorgar primacía a las formas irregulares y sinuosas por encima de la geometría, encerraba también unas fuertes dosis de artificio. Pero tuvo la virtud de trastocar en pocos años la relación preexistente entre arquitectura y jardín, emancipando a este último de la primera para someterlo a la autoridad de la pintura. Estéticamente, por tanto, estuvo antes que nada influido por las obras de ciertos pintores paisajistas como Nicolás Poussin, Claudio de Lorena, Salvatore Rosa o Jacob van Ruysdael, pero también por las descripciones de la jardinería china llegadas en aquellas fechas hasta Europa. Desde el punto de vista formal operó toda una revolución en las grandes mansiones inglesas ya que, obedeciendo a otro precepto ilustrado de unir lo bello con lo útil, permitió trabar libremente el jardín ornamental con las explotaciones agrícolas, armonizando los pastos para la ganadería, la horticultura, el desarrollo forestal o el cultivo de los campos con la disposición artificial del paisaje[30].

Resulta obvio señalar que los nuevos jardines paisajistas hicieron asimismo alterar las reglas acerca de cómo los animales debían ser albergados y expuestos en ellos. La búsqueda de la naturalidad exigía que, en la medida de lo posible, los animales formaran parte del paisaje y vagaran sueltos por los diversos parajes del jardín, en lugar de ser exhibidos en leoneras y *ménageries*, lo que obligaba además a variar sus criterios de selección. Las preferencias tuvieron a la fuerza que orientarse hacia los animales domésticos o semidomésticos y hacia especies autóctonas por delante de las exóticas: caballos, vacas, carneros y patos que deambulaban alrededor de las granjas, lecherías o estanques para dar una mayor sensación de vida al conjunto. Con todo, las grandes mansiones señoriales, como las de los duques de Portland o Richmond, podían incluir también otros ejemplares raros y exóticos como ciervos asiáticos, faisanes o *goldfishes*. En estas ocasiones, los edificios para albergarlos adoptaron formas caprichosas y pintorescas, como grutas o templetes, tratando de despertar la imaginación y la fantasía hacia mundos inexplorados, misteriosos y desconocidos[31].

El ideal de retorno a la naturaleza, que con tanta rotundidad predicó en Francia Jean Jacques Rousseau, acabó penetrando también con fuerza entre las élites del continente. En 1749, Madame de Pompadour convenció a Luis XV para que instalara una nueva *ménagerie* junto al palacete del Trianon, pero en esta ocasión no se trataba de una colección de animales salvajes, sino algo más parecido a una granja de lujo, diseñada por el arquitecto real Ange-Jacques Gabriel, provista de gallineros, establos para las vacas, corrales para

las ovejas y palomares. Unas décadas más tarde, María Antonieta hizo levantar también un conjunto de granjas en miniatura, su delicioso *Hameau* del Petit Trianon, donde la reina y sus damas mataban el aburrimiento y se entretenían fingiendo ser pastoras. Tanto en uno como en otro caso, sin embargo, los animales de granja habían sido seleccionados con cuidado y traídos expresamente desde Holanda y Suiza, de manera que seguían tratándose de ejemplares raros y selectos que permitían a sus dueños jugar a ser granjeros sin caer en la rusticidad, manteniendo su distancia respecto a los campesinos y preservando su distinción aristocrática[32]. Un espíritu parecido determinó la elección de animales realizada por Josefina Beauharnais para sus jardines de la *Malmaison*, restringiendo su presencia siempre a aquéllos que fueran domésticos, mansos o inofensivos, tales como llamas, gacelas, una cebra domesticada o una pacífica hembra de orangután que habitaban en el parque a poco de instalarse la emperatriz en el palacio. Gracias a las expediciones científicas francesas de los primeros años del siglo XIX, su colección se enriqueció con nuevos ejemplares exóticos como lémures, canguros, faisanes chinos o cisnes negros provenientes de Australia, que durante mucho tiempo fueron una de las grandes atracciones de su residencia[33]. Sobre ellos comentaba un contemporáneo que: «el parque de la Malmaison ha sido embellecido con un puñado de animales exóticos de las más hermosas especies, pero en lugar de ponerlos todos juntos en una *ménagerie* o en un área cerrada y cercada, corren por aquí y por allá en aquellos parajes que les resultan más agradables»[34]. Una pauta que estaba llamada a convertirse en el modelo de los nuevos zoológicos urbanos que proliferaron en todas las grandes capitales europeas durante las décadas siguientes.

5. LAS COLECCIONES DE LA CORTE ESPAÑOLA DURANTE EL SIGLO XVIII

Ambos modelos, el de la *ménagerie* barroca o el más informal del jardín paisajista inglés, ejercieron influencia en la forma de concebir y de ubicar las colecciones de animales en la corte española durante el siglo XVIII. Sus monarcas, tal y como pudo observar el embajador francés Bourgoing, no tuvieron nunca una *ménagerie* al estilo de la de Versalles[35]. Pero ello no obsta para que sí tuvieran una auténtica colección zoológica. Al fin y al cabo, lo que realmente define la existencia de una colección no es tanto el repertorio de objetos que están presentes en ella o cómo éstos se distribuyen y exponen

a la vista de los demás, sino la relación que sus propietarios sostienen con ellos[36]. Independientemente del afán de ostentación y del ansia de prestigio que latían detrás de estas colecciones, sabemos que a la gran mayoría de los miembros de la familia real española les gustaban los animales exóticos y disfrutar de su presencia. Todos los testimonios apuntan a que la primera gran aficionada fue la reina Isabel de Farnesio, quien transmitió esta inclinación a sus hijos. El infante don Luis tuvo el primer gabinete de historia natural de la familia y coleccionó animales desde niño pero, sin ninguna duda, quien contó con mayores medios para desarrollar esta pasión y convertirse en el principal coleccionista de la dinastía fue Carlos III a quien, aunque en menor grado, imitarían también sus descendientes[37]. Precisamente porque se trataba de una afición personal y no únicamente de un coleccionismo de prestigio, los animales reales se dispersaron por diferentes palacios y residencias en busca de un mayor y más frecuente contacto físico y visual con ellos, en lugar de ser expuestos todos juntos al público en una única *ménagerie*. El deseo de disfrutar a menudo de los ejemplares más raros y más apreciados, de proporcionarles unas condiciones de subsistencia lo más adecuadas posibles y fomentar su crianza fueron los factores que contaron a la hora de decidir la ubicación de estos «animales de placer» en los distintos reales sitios, teniendo además en cuenta la época del año en que la corte residía en cada uno de ellos y sus características territoriales y climatológicas.

Rafael Mengs, *Oso hormiguero* (ca. 1776), Museo de Ciencias Naturales de Madrid.

Al igual que en las dos centurias anteriores, los animales que surtieron las colecciones reales españolas durante el siglo XVIII tuvieron un origen geográfico muy diverso, siendo casi siempre resultado de regalos y donaciones, encargos o, con carácter más excepcional, de compras realizadas directamente en los mercados extranjeros. Aunque, por supuesto, la principal fuente de aprovisionamiento continuó estando con diferencia en los propios territorios extrapeninsulares de la Monarquía: los presidios del norte de África, la América española y Filipinas[38].

En términos generales, los Borbones llevaron a cabo un gigantesco esfuerzo por volver a poner en óptimas condiciones todo el entramado de los reales sitios –sobre todo los más importantes– heredados de la dinastía austriaca. Tal entramado había sido en gran medida resultado de la planificación y de los esfuerzos constructivos llevados a cabo por Felipe II durante la segunda mitad del siglo XVI, pero que sus sucesores -con la excepción de la edificación del nuevo palacio del Buen Retiro- a duras penas habían conseguido mantener intacto durante la centuria siguiente[39]. La nueva dinastía emprendió obras de ampliación y de restauración de todos los edificios, de ensanchamiento y urbanización de sus territorios, remodelación de sus jardines y perfeccionamiento de las explotaciones agrícolas y ganaderas existentes como parte de un vastísimo plan de actuaciones imposible de abordar con detalle en estas páginas[40]. Además, logró ejercer un control más directo sobre la administración y el gobierno de cada uno de ellos poniéndolos bajo la autoridad de la primera Secretaría de Estado, en detrimento de la antigua Junta de Obras y Bosques disuelta definitivamente en 1768[41]. Ello permitió, entre otras cosas, una mayor vigilancia sobre el cuidado de los animales reales que quedaron instalados en cada sitio real, a pesar de lo cual los resultados no siempre estuvieron a la altura deseada. Precisamente porque no era posible obtener en cada instante la plena colaboración y asistencia que eran necesarias para garantizar la supervivencia de las colecciones zoológicas por parte del ingente tropel de criados que componían el servicio real, algunos establecimientos tuvieron un régimen económico y jurisdiccional privativo, como sucedió con la Casa de las Aves del Buen Retiro, costeada por el Bolsillo Secreto del monarca y dependiente siempre de su Real Cámara.

Algo que apenas experimentó cambios, salvo alteraciones muy puntuales, fue el periplo estacional que la corte realizaba a lo largo del año por los principales sitios reales. Según describía el marqués de la Villa de San Andrés, el calendario que regía los desplazamientos de Felipe V era el siguiente:

> En los primeros días del año sale la Casa Real para El Pardo, adonde la estación rigurosa del invierno pasa, y vuelve a Madrid para gozar la Semana Santa el Sábado de Ramos. Fenecidas sus funciones, pasan sus Majestades a Aranjuez, adonde la primavera es hermosa, fértil el sitio, abundantísima la caza y el terreno deleitable. De allí salen para Valsaín así que sale San Juan. En este sitio, sólo apetecible en verano, está la Corte hasta que a mediados de octubre sale para El Escorial, de cuyo encantado monasterio, apenas diciembre su nevada frente asoma, vuelven a Madrid para tener aquí las Navidades y recibir de los consejos las Pascuas[42].

Exactamente el mismo que en época de Carlos III se mantenía con la regularidad de un reloj. Las únicas excepciones importantes en la organización de estas jornadas serían el lustro que la corte pasó en Sevilla –1729-1733–, la exclusión de San Ildefonso durante el reinado de Fernando VI –ocupado por la reina viuda Isabel de Farnesio–, y la reducción de las estancias en El Pardo durante el de Carlos IV.

En todos estos traslados anuales de la corte, la mayoría de los «animales de cámara» que pertenecían a cada miembro de la familia real –pájaros, monos, perros, etc.– seguían a sus amos durante las jornadas y sus jaulas eran transportadas a pie colgadas de angarillas por una legión de mozos que en época estival se veían obligados a recorrer los trayectos durante la tarde o noche para evitar las horas de la canícula[43]. El resto de los animales, en cambio, tenían un emplazamiento fijo que, como hemos señalado, dependía de las posibilidades que ofrecía cada sitio real para darles albergue.

En la capital, donde la corte residía poco más de un mes al año, ni el antiguo Alcázar –pasto de las llamas en 1734– ni su sucesor, el Palacio Nuevo –inaugurado en 1764– dispusieron nunca de unos jardines lo bastante amplios para albergar una fauna numerosa y no hay documentación alguna que aluda a ella a lo largo de todo el siglo. Desde el reinado de Felipe II, el auténtico parque natural de este enclave palaciego había sido la finca aledaña del Real Bosque de la Casa de Campo, dotada por este monarca de estanques y pesquerías y repoblada con cisnes, faisanes y francolines. Durante el siglo XVII, también hubo en ella una Leonera para animales salvajes, pero fue rápidamente suplantada por la del Buen Retiro. Después del progresivo abandono sufrido durante aquella centuria, en 1724, la Casa de Campo le fue cedida por Luis I a su hermano don Fernando para su disfrute particular, dedicándose el príncipe durante los años siguientes a invertir importantes sumas en comprar los terrenos colindantes para su ampliación[44]. No es mucha la documentación

Luis Paret y Alcázar, *Cebra* (1774), Museo del Prado.

que se conserva de esta época, pero todo hace sospechar que el Real Bosque continuó siendo un espacio dedicado preferentemente a la caza y a la pesca. Precisamente para no alterar su equilibrio ecológico se sacaron de él a principios del siglo las vacas que surtían de leche fresca a la Casa de la Reina, trasladándolas al vecino Soto de Migas Calientes, y lo mismo hubo que hacer durante el reinado de Carlos III con sus preciadas cabras de Angora, mudadas a pastar a Boadilla. En repetidas ocasiones, incluso, se expresaron fuertes

dudas sobre la conveniencia de instalar en la Casa de Campo los excedentes de patos asiáticos que se multiplicaban sin cesar en el Buen Retiro, por miedo a que pudieran acabar rápidamente con la pesca de los estanques. La única especie exótica introducida a lo largo del siglo en este real sitio fueron los faisanes, que se acabaron reproduciendo con mucho mayor éxito que en San Ildefonso o en Aranjuez y pudieron servir como divertimento para las cacerías reales de Carlos IV. Gracias a la notoriedad que adquirieron la faisanera y sus eficientes empleados, se instalaron también dentro de su cercado algunos otros animales exóticos, como gacelas y vicuñas, pero siempre con carácter muy ocasional[45].

Al contrario que el Alcázar, el palacio del Buen Retiro, situado en el extremo oriental de la villa de Madrid, disponía de unos amplios jardines y de un espacio mucho más adecuado para el emplazamiento de toda clase de animales. El Estanque Grande, poblado de peces y aves acuáticas, continuó siendo un lugar de esparcimiento para la familia real que se divertía navegando y pescando en él. Lejos de perder el interés por cazar en el Retiro, como se ha dicho a veces, los Borbones siguieron practicando este deporte dentro de su recinto y, en 1754, Fernando VI emitió una real orden declarando oficialmente los límites del coto alrededor del real sitio y extendiendo a él la ordenanza para la conservación de su fauna que regía en El Pardo[46]. A lo largo de todo el siglo se realizaron considerables esfuerzos para repoblar el parque de palomas, perdices y codornices, y sus empleados tenían estrictamente prohibida la posesión de toda clase de animales domésticos que pudieran espantar la caza[47].

La actividad cinegética, no obstante, tuvo siempre un papel secundario entre las diversiones de este real sitio. Desde su misma inauguración en la década de 1630, tanto el palacio como los jardines del Buen Retiro se convirtieron en el escenario privilegiado para la celebración de los grandes fastos de la monarquía, constituyendo por ello también el lugar ideal donde exhibir los mejores animales exóticos que llegaban a parar a manos del soberano. La vieja Leonera de tiempos de Felipe IV –donde como hemos visto se celebraban con frecuencia peleas de fieras– acabó siendo derruida y reemplazada, en 1703, por una nueva edificación cuyas jaulas continuaron acogiendo a los ejemplares salvajes que nutrían las colecciones reales. No obstante, durante la segunda mitad de la centuria, fue decreciendo el interés hacia los grandes felinos y aumentando la curiosidad por la especies extrañas que comenzaron a llegar en mayor número de América como obsequio para la familia real, por las que los naturalistas y los aficionados sentían una inagotable fascinación[48].

También desaparecieron de enfrente del Campo Grande las tres grandes pajareras –el «Gallinero»– que albergaran la colección de aves de Rey Planeta y que no serían reemplazadas hasta la llegada de Carlos III a Madrid por la nueva Casa de las Aves, muy próxima a la Puerta de Alcalá. En cambio, aunque desplazado de sitio, continuó existiendo un Corralón de Avestruces para hospedar a los ejemplares de esta especie que, de cuando en cuando, llegaban como regalo hasta la corte madrileña, así como a otros herbívoros –como antílopes, gacelas y vicuñas– con los que podían convivir pacíficamente. A partir de la década de 1760, a estos tres pequeños núcleos zoológicos se añadió un cuarto, la Cerca de los Venados, destinada por Carlos III a la cría de los venados «buras» que le enviaban desde América los virreyes de Nueva España. De esta forma, a lo largo del siglo, los jardines del Buen Retiro se fueron convirtiendo en el principal emplazamiento para los animales reales, adquiriendo un aspecto que, más que a la *ménagerie* de Versalles, recuerda a los primeros zoológicos del siglo XIX en los que, por influencia del jardín paisajista, se buscaba la integración de los animales en el entorno natural circundante, permitiéndoles cuando era posible vagar en semilibertad dentro de amplios recintos que pretendían recordar su paisaje de origen. A partir de 1773, Carlos III dictaría una real orden para que todos los animales muertos en real sitio fueran entregados en adelante al Gabinete de Ciencias Naturales, aunque nunca se llegó a permitir un control directo de sus colecciones zoológicas por parte de la dirección del Gabinete, tal y como pretendiera José Clavijo y Fajardo[49].

Del resto de los sitios reales que rodeaban a Madrid el que menos condiciones ofrecía para albergar una colección de animales era El Pardo, habitado por los reyes durante los fríos meses de invierno y destinado principalmente a la caza. Su palacio, literalmente incrustado en medio del amplísimo bosque circundante, ni siquiera gozaba de un jardín ornamental, reducido a una pequeña plantación en el contorno del foso que rodeara primitivamente al edificio. Como en la Casa de Campo, Fernando VI tapió y amplió la superficie del bosque hasta alcanzar los cien kilómetros de perímetro, convirtiendo los anteriores derechos de vedamiento sobre vastos terrenos en propiedad particular de la Corona. Precisamente porque el real sitio se concebía, antes que nada, como un espacio natural destinado a la actividad cinegética, la presencia de otra clase de animales constituía siempre un estorbo y Carlos III ni siquiera permitía que se llevase hasta allí el rebaño de cabras que siempre acompañaba a la familia real para proporcionarle su leche medicinal. En todo caso, el único rastro de animales de placer que podríamos encontrar en El

Pardo sería en torno al «gallinero» o pabellón de caza del príncipe de Asturias, probablemente destinado a criar especies cinegéticas antes que animales exóticos[50].

Por contraposición, el Real Heredamiento de Aranjuez, inserto en la fértil vega donde confluyen los ríos Tajo y Jarama y en el que transcurrían las jornadas primaverales, ofrecía unas posibilidades casi infinitas para albergar toda clase de fauna, exótica o autóctona[51]. Además de una abundante caza de venados y jabalíes, este real sitio albergaba desde antiguo las principales cabañas ganaderas pertenecientes a la Corona: yeguas, vacas de leche, búfalos asiáticos y toros bravos. Felipe II había elegido Aranjuez para emplazar en sus jardines y contornos gran parte de su pequeño zoológico privado, constituido por avestruces, pavos americanos, cisnes , y los célebres dromedarios que acabarían reproduciéndose con tanto éxito en el real sitio durante casi dos siglos[52]. Fue Carlos III quien volvió a darle esta función durante su reinado, en testimonio de la cual mandó erigir dos fuentes a la entrada de la calle del Príncipe con sendas esculturas, realizadas en plomo por el escultor Juan Reina, que representaban a dos de los animales más notables que vivieron durante algún tiempo en el real sitio: una cíbola y un elefante[53]. La decisión de instalar aquí tales especímenes –a muchos de los cuales el embajador francés recordaba haberlos visto «pacer y saltar en un prado [...] como si estuvieran en su país natal»[54]– resulta indisociable de las intensas actuaciones llevadas a cabo por el monarca en el real sitio con la intención de convertirlo en una explotación agrícola y ganadera modelo según las ideas fisiócratas entonces tan en boga[55]. Como resultado de ellas, Aranjuez se convirtió durante las cuatro últimas décadas del siglo XVIII en una ciudad cortesana que vivía al tiempo inmersa en un idílico paisaje rural, unido al palacio y a los jardines de recreo a través de paseos y glorietas arboladas. Naturaleza virgen, espacios cultivados y jardín ornamental entablaron de esta forma un proceso de diálogo y de influencias recíprocas cada vez más intenso, cuya rusticidad y carácter evocador de lo «natural» acabaron por impregnar la totalidad del territorio con un espíritu rousseauniano cada vez más próximo a los nuevos principios del jardín paisajista inglés. No es casual que la pequeña *ménagerie* de Carlos III girara precisamente en torno a una de sus fundaciones predilectas, la Casa de Vacas, una nueva lechería erigida según los modelos lombardos para la que había hecho traer expresamente un centenar de flamantes vacas suizas y en la cual se intentaría también la cría de algunas especies americanas –como guanacos o vicuñas– que se consideraban particularmente útiles para el desarrollo de la industria textil peninsular. Hasta Aranjuez fueron a parar además

otros herbívoros raros como una cíbola o una vaca sin pelo procedentes de América, carneros de Tafilete y los ejemplares más preciados de la colección real que se esperaba que llegaran a reproducirse en un escenario natural tan privilegiado: dos cebras y tres elefantes indios adquiridos por el gobernador de Filipinas[56].

El palacio de La Granja de San Ildefonso, comenzado a edificar a principios de la década de 1720, se acabó convirtiendo en el sucesor del Valsaín de los Austrias, dañado por un grave incendio en 1682 y nunca restaurado. Felipe V lo había concebido en sus inicios como el paraje escogido para su retiro después de su abdicación, pero tras la muerte de Luis I y la vuelta al trono del rey padre acabó siendo utilizado como el lugar donde la corte pasaba los meses más calurosos del verano[57]. A partir de 1724, tuvo como empleado fijo un pajarero para hacerse cargo de los animales de cámara de los monarcas que, con el tiempo, terminó dedicado casi exclusivamente a cazar y cebar las tórtolas y los pájaros hortelanos que tanto le gustaba comer a Isabel de Farnesio[58]. Aunque con escaso éxito, los principales esfuerzos de los reyes en La Granja se centraron en la cría de faisanes y de aves acuáticas con que poblar sus hermosos jardines de estilo francés[59]. Los duros inviernos solían acabar con estas aves y los faisanes se resistieron siempre a criar en cautividad, a pesar de los innumerables recursos invertidos por Felipe V y Carlos III. A finales del siglo, sólo quedaban en San Ildefonso los peces del Mar y de los otros estanques, además de varios ciervos instalados en la llamada Cerca del Venado Blanco, donde durante algunos meses habían conseguido también sobrevivir algunos de los renos regalados por Gustavo de Suecia en 1777[60].

El ciclo anual de los desplazamientos de la corte concluía durante el otoño en el monasterio de El Escorial, dotado por su fundador de un conjunto de fincas que, o bien eran explotadas en provecho de los frailes del monasterio, o constituían un bosque de caza para la diversión del monarca[61]. Tampoco este real sitio albergó durante el siglo XVIII ninguna colección zoológica importante, a excepción de su magnífico vivero de peces del Estanque de la Huerta. La abundancia de sus pescados permitía sin mayores problemas repoblar con ellos los demás estanques reales cuando era necesario, y su variedad era tal que la reina María Luisa de Parma estaba segura de poder encontrar allí, mejor que en ningún otro sitio, los «peces colorados» que le había pedido su favorito Godoy y que tanto interés tenía en obsequiarle[62].

6. EL FIN DE UNA ÉPOCA

El declinar en Europa de las *ménageries* reales se inició en Europa a finales del siglo XVIII. Para entonces la admiración y el interés que los naturalistas y otros hombres de ciencia habían sentido por sus colecciones zoológicas comenzó a desfallecer y a transformarse en un sentimiento de profunda decepción. En Francia, a pesar de que Buffon y otros científicos tuvieran la ocasión gracias a la *ménagerie* de Versalles de poder estudiar de cerca decenas de especies a las que de otra forma difícilmente hubieran tenido acceso, en seguida se dieron cuenta también de lo artificiales que eran las condiciones en que llevaban a cabo sus observaciones. Comenzaron, entonces, a criticar estas instalaciones como insalubres y antinaturales, además de poco adecuadas para su trabajo por estar más orientadas a impresionar y provocar la admiración del público que a fomentar el desarrollo de los saberes útiles[63]. Justo la mala impresión que manifestaba el disecador Juan Bautista Bru hacia la Casa de Fieras del Retiro cuando trataba de explicar por qué los animales salvajes no se reproducían en ella:

> Si ésta no se logra con los tigres, leones, elefantes y otros, si tampoco se consigue con algunas aves de regiones remotas, deberá quizás atribuirse a la opresión y estrechez en que viven y a la falta de libertad en tiempo de celo. Por lo común se les encierra en jaulas pequeñas, donde apenas pueden andar algunos pasos, sin que les de el sol ni se renueve su ambiente, de que resulta vivir poco aún cuando no estén hambreando, que es lo más ordinario; y, si están bien mantenidos, padecen por la falta de ejercicio, otros males que igualmente les acortan la vida. Con efecto se ve que todos los animales que viven sujetos en encierros, aunque bien cuidados, están regularmente flacos, no aprovechándoles cuanto comen, ni equivaliendo ningún esmero a la falta de libertad, sin la cual todo ser viviente carece de energía de ánimo y de fuerzas del cuerpo[64].

Pero si lo leemos con atención, en este texto de Bru –alguien acostumbrado a diseccionar animales muertos y a disecarlos– no sólo se refleja el desencanto del naturalista al que se le cierran las puertas del conocimiento, sino que palpita también un sentimiento de compasión hacia las condiciones crueles y claustrofóbicas en las que vivían aquellas pobres criaturas carentes de libertad. Una desaprobación parecida a la que expresaba el embajador francés en Madrid, el barón de Bourgoing, tachando a las casas de fieras de

«magníficas prisiones, obras maestras de la crueldad más aún que del lujo, que manifiestan la tiranía del hombre sin acreditar su poder»[65].

Y es que, igual que para los seres humanos, la privación de libertad, aunque fuese en un dorado encierro, pasó a considerarse desde las últimas décadas del siglo XVIII como un destino poco deseable para los animales salvajes. Las críticas contra las casas de fieras, entonces, no sólo tuvieron un sesgo científico, sino también moral y filosófico. En Francia, las *ménageries* reales ya habían sido objeto de las críticas de los enciclopedistas por constituir un derroche suntuario[66]. Cuando estalló la Revolución, la de Versalles se erigió ante los ojos del pueblo parisino en un símbolo más del boato, la opresión y la tiranía de la monarquía absoluta, siendo saqueada en varias ocasiones. Tal y como ha demostrado L. E. Robbins, los animales salvajes de las colecciones reales y de la nobleza no salieron muy bien parados durante los años del terror a causa de la persistente asociación que la ideología prerrevolucionaria había acuñado entre su ferocidad y la de la nobleza opresora. Años de tenaces esfuerzos y de intensa disuasión le costó a Bernardin de Saint Pierre, director del parisino *Jardin des Plantes* –antiguo *Jardin du Roi*–, convencer al Comité de Salud Pública de que aprobara los fondos necesarios para establecer en él una nueva *ménagerie*. Tuvo antes que convencer a sus miembros de que no existía una conexión forzosa entre la fauna exótica y la aristocracia corrompida, ni entre los animales enjaulados y la esclavitud, y que una *ménagerie* en el propio París podía ser motivo de orgullo para el pueblo y para la Nación como antes lo había sido para sus tiranos. Su utilidad para la instrucción pública y el desarrollo de la ciencia quedaba fuera de toda duda. Pero, además, apelando a las sentimentales ideas rousseaunianas en torno a la bondad innata de la naturaleza, trató de demostrar también que, bien alimentados y tratados con amabilidad, los animales salvajes convivirían pacíficamente entre sí, ofreciendo a los ciudadanos un ejemplo más de la armoniosa fraternidad universal que defendían los ideales revolucionarios. El pueblo aprendería a amar a los animales lo mismo que éstos responderían al afecto que les fuera demostrado. Nacía con esta nueva *ménagerie* del *Jardin des Plantes* una institución diferente, el zoológico municipal, cuya tipología arquitectónica y principios fundacionales se extenderían como un reguero de pólvora por todas las capitales europeas durante el siglo XIX, encandilando a la nueva burguesía protagonista de aquella época[67].

La decadencia y posterior desaparición de las colecciones zoológicas del Retiro y de los demás sitios reales no fueron en España fruto de la agitación revolucionaria, como en el caso francés, sino de las crisis bélicas que

sacudieron a todo el continente durante el periodo napoleónico. Aunque la documentación de estos años es mucho más escasa que para periodos anteriores, todo induce a sospechar que, a comienzos del siglo XIX, el colapso de la navegación y del comercio impidió que los animales exóticos llegaran hasta las colecciones reales al mismo ritmo que lo habían hecho en sus mejores tiempos. Los apuros financieros, además, obligaban a la corona a realizar economías y priorizar ciertos gastos sobre otros. Con todo, el desastre se precipitó con el estallido de la Guerra de la Independencia.

Aranjuez se sumió en el caos más absoluto, acentuado en su caso porque los recursos agrícolas y ganaderos de que gozaba constituían un botín muy codiciado para las tropas de ocupación. Por orden de José Bonaparte, a finales de julio de 1808 el ejército francés confiscó y se llevó consigo casi todos los animales que encontró en el sitio y sólo pudieron recuperarse aquellos pocos ejemplares que, extraviados, emprendieron solos la vuelta por «la querencia de la tierra» que les resultaba familiar[68]. En diciembre, el regreso de las tropas francesas que habían vuelto a ocupar Madrid provocó una desbandada general entre sus empleados por miedo a las represalias. El gobernador, los oficiales reales y una gran parte de los vecinos optaron por salir huyendo con sus familias y acompañar a las tropas leales a la Junta Central que se retiraban hacia Andalucía, llevándose consigo el resto del ganado útil que quedaba en el Heredamiento[69].

Por las mismas fechas en que ocurrían estos acontecimientos, en Boadilla del Monte, caía en manos del ejército napoleónico otra de la joyas zoológicas pertenecientes a la Corona española: el rebaño de cabras de Angora que Carlos III había hecho llegar desde Constantinopla y que se habían criado y multiplicado con éxito en la Casa de Campo y sus contornos desde hacía casi cincuenta años. Las tropas devoraron todas las cabras que encontraron a su paso e hicieron lo propio con cuantos animales quedaban encerrados en la faisanera del real sitio[70].

El Buen Retiro fue objeto de varios saqueos a lo largo de 1808 y, durante el resto de la guerra, acabó convertido en una ciudadela fortificada desde la cual los franceses controlaron la capital hasta su capitulación en 1812. Le Leonera quedó vacía y es de suponer que la mayoría de los animales que aún sobrevivieran –los peces y patos del Estanque, las aves de los palomares y aviarios, etc.– acabaran sus días como alimento para los oficiales y la tropa del ejército de ocupación. Tras su retirada, una gran parte del palacio estaba reducido a escombros y los jardines devastados. Según un informe elaborado a finales de 1812, sabemos que el edificio de la Leonera no había sufrido

demasiado, pero el estado de la Casa de las Aves era lamentable[71]. Ya durante el reinado de Fernando VII, se levantaría una nueva Casa de Fieras formando parte del llamado «Reservado del Buen Retiro», un espacio ajardinado y recreativo acotado por Fernando VII para su propio disfrute y el de su familia, al que Mesonero Romanos le dedicó un retrato despiadado y que a Teófilo Gautier le causó la impresión de no ser otra cosa que la «*finca de un tendero enriquecido*»[72].

NOTAS

* El presente trabajo se inserta dentro del proyecto de investigación *Realidad y apariencia de la corte española: las Casas Reales, siglos XVII y XVIII,* financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR2008-00882).

1 ÁLVAREZ QUINDÓS, J.A., *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez* [Madrid, 1804], ed. facsímil, Aranjuez, 1993, pp. 333-335.

2 Cit. por BURKHARDT, J., *La cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, 1971, p. 216.

3 Sobre la historia del coleccionismo de animales, la obra más amplia sigue siendo la de LOISEL, G., *Histoire des ménageries de l´antiquité à nos jours*, 3 vols, París, 1912. Aunque no con tanta amplitud, el tema ha sido tratado desde un punto de vista historiográfico más actual por HOAGE, R.G., y DEISS, W.A. (eds.), *New Worlds, New Animals. From Menagerie to Zoological Park in the Nineteenth Century*, John Hopkins University Press, 1996, y BARATAY, E., y HARDOUIN-FUGIER, E., *Zoo: A History of Zoological Gardens in the West*, ed. en inglés, Londres, 2002. Desde un punto de vista más divulgativo v. BELOZERSKAYA, M., *La jirafa de los Medici. Y otros relatos sobre los animales exóticos y el poder*, trad. esp., Barcelona, 2008.

4 MALAISE, M., «La Perception du monde animal dans l´Egypte ancienne», *Anthropozoologica*, 7 (1987), pp. 28-48; Les Animaux dans la culture chinoise, *Anthropozoologica,* 18 (número monográfico), (1993).

5 LIMET, H., «Les Animaux enjeux involontaires de politique (au Proche-Orient ancien)», en BODSON, L. (ed.), *Les Animaux exotiques dans les relations internationales*, Lieja, 1998, pp. 33-51.

6 BODSON, L., «Contribution à l´étude des critères d´appréciation de l´animal exotique dans la tradition grecque ancienne», en BODSON, L. (ed.), *Ibidem*, pp. 129-212.

7 LOISEL, G., *op. cit.*, t. I, pp. 64-139; JENINSON, G., *Animals for Show and Pleasure in Ancient Rome*, Manchester, 1937; PEREZ, C., «La Symbolique de l´animal comme lieu et moyen d´expression de l´idéologie gentilice, personnelle et impérialiste de la Rome républicaine», en *Homme et animal dans l´Antiquité romaine. Actes du colloque de Nantes 1991*, Tours, 1995, pp. 259-275.

8 AYMARD, J., *Essai sur les chasses romaines des origines à la fin des Antonins*, París, 1951; BERTRANDY, F., «Remarques sur le commerce des bêtes sauvages entre l´Afrique du

Nord et l´Italie», *Mélanges de l´Ecole française de Rome. Antiquité*, 99-1 (1987), pp. 211-241; BOMGARDNER, D., «The Trade in Wild Beasts for Roman Spectacles: a Green Perspective», *Anthropozoologica*, 16 (1992), pp. 161-166.

9 TOUBERT P., y PAREVICINI BAGLIANI, A. (eds.), *Federico II e le scienze*, Palermo, 1994; ABULAFIA, D., *Frederick II: a Medieval Emperor*, Londres, 2002.

10 HAHN, D., *The Tower Menagerie*, Londres, 2003.

11 LOISEL, G., *op. cit.*, t. I, pp. 140-182 y 237-255; *La Chasse au Moyen âge: actes du colloque de Nice, 22-24 juin 1979*, Niza, 1980; COLARDELLE, M. (ed.), *L´Homme et la Nature au Moyen Age*, París, 1996.

12 El término fue exportado a toda Europa, denominándose *serrallo* –o *leonera*- en España, *serralho* en Portugal y *serrail* o *sérail* en Francia, donde también se utilizaban expresiones tales como *hostel* o *maison de lions*, MASCHIETTI, G.,MUTI, M., y PASSERIN D'ENTRÉVES, P., *I serragli e le menagerie in Piemonte nell'Ottocento sotto la Real Casa di Savoia.* Turín, 1988, p. 15; BARATAY, E., y HARDOUIN-FUGIER, E., *op. cit.*, p. 17.

13 LOISEL, G., *op. cit.*, t. I, pp. 197-209; SIMARI, M.M., «Serragli a Firenze al tempo dei Medici», en MOSCO, M. (ed.), *Natura viva en Casa Medici*, Florencia, 1986, pp. 23-26; LAZZARO, C., «Collecting Animals in Sixteenth-Century Medici Florence,» en PREZIOSI, D. y FARAGO, C. (eds.), *Grasping the World: The Idea of the Museum*, Ashgate, 2004. pp. 500-526.

14 BEDINI, S.A., *The Pope´s Elephant*, Manchester, 1997.

15 BEDINI, S.A., *Ibidem,* pp. 111-136; JORDAN GSCHWEND, A., y PÉREZ DE TUDELA, A., «Renaissance Ménageries: Exotic Animals and Pets at the Habsburg Courts in Iberia and Central Europe», en ENENKEL, K.A.E., y SMITH, P.J. (eds.), *Early Modern Zoology. The Construction of Animals in Science, Literature and Visual Arts,* Leiden, 2007, pp. 419-447; JORDAN GSCHWEND, A., «The Portuguese Quest for Exotic Animals,» *Triumphal Procession with Giraffes. Exotic Animals at the Service of Power/Cortejo Triunfal com Girafas. Animais exóticos ao serviço do poder*, Lisboa, 2009, pp. 32-42, y *The Story of Süleyman. Celebrity Elephants and other Exotica in Reanissance Portugal*, Zurich, 2010; FONTES DA COSTA, P., «Secrecy, Ostentation, and the Illustration of Exotic Animals in Sixteenth-Century Portugal,» *Annals of Science*, 66, 1, (2009), pp. 59-82; PIMENTEL, J., *El Rinoceronte y el Megaterio. Un ensayo de morfología histórica*, Madrid, 2010, pp. 19-120.

16 CORTÉS, H., *Cartas de relación*, ed. M. HERNÁNDEZ, Madrid, 1985, pp. 138-139 y DÍAZ DEL CASTILLO, B., *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. J. RAMÍREZ CABAÑAS, México, 1939, t. I, pp. 324-325.

17 LOISEL, G., *op. cit.*, t. I, pp. 212-215; t. II, pp. 17-18.

18 BARATAY, E., y HARDOUIN-FUGIER, E., *op. cit.*, p. 20.

19 ADROER I TASSIS, A.M., «Animals exòtics als palaus reials de Barcelona», *Medievalia*, 8 (1989), pp. 9-22; MORALES MUÑIZ, D.C., «La fauna exótica en la Península Ibérica: apuntes para el estudio del coleccionismo animal en el Medievo hispánico», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª. Medieval*, 13, (2000), pp. 233-270.

20 MORÁN, M., y CHECA, F., *El coleccionismo en España. De la cámara de las maravillas a la galería de pinturas*, Madrid, 1985; SÁENZ DE MIERA, J., «Ciencia y estética en torno a Felipe II. Imágenes naturalistas de América en El Escorial», *Reales Sitios*, 112 (1992), pp. 49-60 y «Lo raro en el Orbe. Objetos de arte y maravillas en el Alcázar de

Madrid» en CHECA, F. (ed.), *El Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la corte de los reyes de España*, Madrid, 1994, pp. 264-307. El primer trabajo monográfico dedicado al coleccionismo zoológico de los Austrias es el de JORDAN GSCHWEND, A., y PÉREZ DE TUDELA, A., *op. cit.,* 2007, pero dichas autoras se han ocupado también de esta cuestión en «Luxury Goods for Royal Collectors: Exotica, princely gifts and rare animals exchanged between the Iberian Courts and Central Europe in the Renaissance (1560–1612)» en TRNEK, H., y HAAG, S. (eds.), *Exotica. Portugals Entdeckungen im Spiegel fürstlicher Kunst- und Wunderkammern der Renaissance. Die Beiträge des am 19. und 20. Mai 2000 vom Kunsthistorischen Museum Wien veranstalteten Symposiums, Jahrbuch des Kunsthistorischen Museums Wien,* 3 (2001), pp. 1–127, y «Exótica habsburgica. La Casa de Austria y las colecciones exóticas en el Renacimiento temprano», en ALFONSO MOLA, M., y MARTÍNEZ SHAW, C. (eds.)*, Oriente en Palacio: tesoros asiáticos en las colecciones reales españolas*, Madrid, 2003, pp. 27-44.

21 ARIÈS, P., *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1987, p. 98.

22 BEDINI, S.A., *op. cit.*, pp. 117-119; PIMENTEL, J., *op. cit.*, pp. 49-63.

23 BARATAY, E., y HARDOUIN-FUGIER, E., *op. cit.*, pp. 24-28.

24 MORALES MUÑIZ, D.C., *op. cit.*, pp. 247-256.

25 COSSÍO, J.M., *Los toros: tratado técnico e histórico*, Madrid, 1964 (5ª ed.), t. I, p. 692.; LÓPEZ RINCONADA, M.A., «Al margen de la lidia: la lucha de las fieras», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 39 (1999), pp. 285-302.

26 LOISEL, G., *op. cit.*, t. I, pp. 226-227.

27 «*Tienen en aquel palacio de Gante tres leones muy fieros y osos muy bravos y otros animales peregrinos y extraños de diferentes especies, que los crían y tienen allí por cosa de magnificencia y grandeza*», CALVETE DE ESTRELLA, J.C., *El felicíssimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Phelippe*, ed. de P. CUENCA, Madrid, 2001, pp. 202 y 205.

28 GÓMEZ DE AMEZÚA Y MAYO, A., *Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*, Madrid, 1949, t. I, pp. 283-285.

29 CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, ed. facsímil, Salamanca, 1997, pp. 200 y 308.

30 BROWN, J., y ELLIOTT, J.H., *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, 1981, pp. 225-226.

31 PELLICER DE TOVAR, J., *Anfiteatro de Felipe el Grande*, ed. facsímil de A. PÉREZ GÓMEZ, Cieza, 1974.

32 LOISEL, G., *op. cit.*, t. II, pp. 22, 66 y 101; SIMARI, M.M., *op. cit.*, p. 25.

33 GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, C., «Exóticos y feroces: la *ménagerie* del Buen Retiro en el siglo XVIII», en *Goya. Revista de Arte*, 326 (2009), pp. 3-25.

34 LACH, D., «Asian Elephants in Renaissance Europe», *Journal of Asian History*, 1, (1967), pp. 133-176; LACROIX, J.B., «L´Approvisionnement des ménageries et les transports d´animaux sauvages par la Compagnie des Indes au XVIIIe siècle», *Revue française d´Histoire d´Outre Mer*, 239 (1978), pp. 153-179; CLARKE, T.H., *The Rhinoceros fron Dürer to Stubbs, 1515-1799*, Londres, 1986; GORGAS, M., «Animal Trade between Indian and Western Eurasia in the Sixteenth Century: The Role of the Fuggers in Animal Trading», en MATHEW, K.S. (ed.), *Indo-Portuguese Trade and the Fuggers of Germany*, Nueva Delhi, 1997, pp. 195-225; SMITH, P.H. y FINDLEN, P. (eds.), *Merchants and Marvels: Commerce, Science and Art in Early Modern Europe*, Nueva York-Londres,

2002; RINGMAR, E., «Audience for a Giraffe: European Expansionism and the Quest for the Exotic», *Journal of World History*, 17-4 (2006), pp. 375-397.

35 Entre la casi inabarcable bibliografía sobre el coleccionismo renacentista y manierista destacamos POMIAN, K., *Collectionneurs, amateurs et curieux. Paris-Venise, XVIe-XVIIIe siècle*, París, 1987; SCHNAPPER, A., *Le géant, la licorne et la tulipe. Collections et collectionneurs dans la France du XVIIe siècle*, París, 1988; IMPEY, O., y MACGREGOR, A. (eds.), *The Origins of Museums: The Cabinets of Curiosities in Sixteenth and Seventeenth-century Europe*, Nueva York, 1996; LUGLI, A., *Naturalia et mirabilia: les cabinets des curiosités en Europe*, París, 1998; MAURIES, P., *Cabinets of curiosities*, Nueva York, 2002; para el caso español MORAN, M., y CHECA, F., *op. cit,* 1985.

36 LAZZARO, C., «Animals as Cultural Signs: A Medici Menagerie in the Grotto at Castello», en FARAGO, C. (ed.), *Reframing the Renaissance*, New Haven-Londres, 1995, pp. 195-227.

37 EVANS, R.J.W., *Rudolph II and his World: A Study in Intellectual History, 1576-1612*, Oxford, 1984; HAUPT, H., et. al., *Le Bestiaire de Rodolphe II: Co. min. 129 et 130 de la Bibliothèque Nationale d´Autriche*, París, 1990.

38 VAN DER HAMMEN Y LEÓN, L., *Don Felipe el Prudente, Segundo deste nombre, Rey de las Españas y Nuevo Mundo*, Madrid, 1625, f. 187 vº-188rº. Sólo tres años más tarde otro biógrafo del rey volvía a repetir idénticas alabanzas, casi palabra por palabra, en otro capítulo de su obra titulado «Por potencia y grandeza», PORREÑO, B., *Dichos y hechos del Señor Rey Don Felipe Segundo. El prudente, potentísimo y glorioso monarca de las Españas y de las Indias*, estudio introductorio de A. ÁLVAREZ-OSSORIO, Madrid, 2001, pp. 121 y 127.

39 LOISEL, G., *op. cit.*, t. I, pp. 221-230; JORDAN GSCHWEND, A., y PÉREZ DE TUDELA, A., *op. cit.*, 2007, pp. 423-432.

40 Además de la bibliografía citada anteriormente, JIMÉNEZ DÍAZ, P., *El coleccionismo manierista de los Austrias. Entre Felipe II y Rodolfo II*, Madrid, 2001; LABRADOR ARROYO, F. (ed.), *Diario de Hans Khevenhüller, embajador imperial en la corte de Felipe II*, estudio introductorio de S. VERONELLI, Madrid 2001; RUDOLF, K.F., «Antiquitates ad ornamentum hortorum spectantes, Coleccionismo, antigüedad clásica y jardín durante el siglo XVI en las cortes de Viena y Paga» en *Adán y Eva en Aranjuez, Investigaciones sobre la escultura en la Casa de Austria*, Madrid, 1992, pp. 15-34; PIEPER, R., «The Upper German Trade in Art and Curiosities before the Thirty Years War», en NORTH, M. y ORMROD, D. (eds.), *Art Markets in Europe, 1400-1800*, Aldershot, 1998, pp. 93-102 y «Papageien und Bezoarsteine. Gesandte als Vermittler von Exotica und Luxuserzeugnissen im Zeitalter Philips II», en EDELMAYER, F. (ed.), *Hispania-Austria II. Die Epoche Philipps II (1556-1598)*, Munich, 1999, pp. 215-224; JORDAN, A., «Las dos águilas del Emperador Carlos V. Las colecciones de Juana y María de Austria en la corte de Felipe II», en RIBOT GARCÍA, L.A. (ed.), *La monarquía de Felipe II a debate*, Madrid, 2000, pp. 429-472; STOLS, E., «De triomf van de exotica of de bredere wereld in de Nederlanden van de aartshertogen», en W. THOMAS y L. DUERLOO (eds.), *Albert & Isabella, 1598-1621. Essays*, Bruselas, 1998, pp. 291-301; VERGARA, A. (ed.), *El arte en la Corte de los Archiduques Alberto de Austria e Isabel Clara Eugenia (1598-1633). Un reino imaginado*, Madrid, 1999; GARCÍA GARCÍA, B.J., «Los regalos de Isabel Clara Eugenia y la corte española. Intimidad, gusto y devoción», *Reales Sitios*, 43 (2000), pp. 16-27.

41 BARATAY, E., y HARDOUIN-FUGIER, E., *op. cit.*, pp. 43-48; COMITO, T., *The Idea of the Garden in the Renaissance*, Hassocks, 1979; PREST, J., *The Garden of Eden. The Botanic Garden and the Recreation of Paradise*, New Haven, 1981; LAZZARO, C., *The Italian Renaissance Garden*, New Haven, 1990; VISENTINI, M.A., *La villa in Italia: quattrocento e cinquecento*, Milán, 1997.

42 BARATAY, E., y HARDOUIN-FUGIER, E., *op. cit.*, pp. 41-42; BARATAY, E., «Architectures animales», *Historie de l´art*, 49 (2001), pp. 91-97.

43 MABILLE, G., «La Ménagerie de Versailles», *Gazette de Baux Arts*, 116 (1974), pp. 5-36; ROBBINS, L.E., *Elephant Slaves and Pampered Parrots. Exotic Animals in Eighteenth-Century Paris*, John Hopkins U. P., 2002, pp. 37-67; SENIOR, M., «The Ménagerie and the Labyrinthe: Animals at Versailles, 1662-1792», en FUDGE, E. (ed.), *Renaissance Beasts. Of Animals, Humans and Other Wonderful Creatures*, University of Illinois Press, Urbana and Chicago, 2004, pp. 208-232.

44 DE SCUDÉRY, M., «Un paseo por Versalles», en CALATRAVA, J. (ed.), *Manera de mostrar los jardines de Versalles*, Madrid, 2004, pp. 93-94.

45 LOISEL, G., *op. cit.*, t. II, pp. 102-183.

46 BARATAY, E., y HARDOUIN-FUGIER, E., *op. cit.*, pp. 51.

47 MUKERJI, Ch., *Territorial ambitions and the gardens of Versailles*, Cambridge U.P., 1997, p. 213.

48 DROGUET, V., SALMON, X., y VÉRON-DENISE, D., *Animaux d´Oudry. Collection des ducs de Mecklembourg-Schwerin*, París, 2003; MORTON, M., (ed.), *Oudry´s Painted Menagerie. Portraits of Exotic Animals in Eighteenth-Century Europe*, Los Angeles, 2007; GUERRINI, A., «The 'Virtual Ménagerie': The Histoire des animaux Proyect», *Configurations*, 14, 1-2 (2006), pp. 29-41.

49 PAUST, B., *Studien zur barocken Menagerie im deutschsprachigen Raum*, Worms, 1996.

50 JACQUES, D., *Georgian Gardens*, Londres, 1983; VON BUTLAR, A., *Jardines del Clasicismo y del Romanticismo: el jardín paisajista*, Madrid, 1993; PEVSNER, V. (ed.), *The Picturesque Garden and its Influence outside the British Isles*, Washington, 1974.

51 FESTING, S., «Menageries and the landscape garden», *Journal of Garden History*, 8-4 (1988), pp. 104-117; PLUMB, C., *Exotic Animals in Eigteenth-Century Britain*, University of Manchester PhD, 2010.

52 BARATAY, E., y HARDOUIN-FUGIER, E., *op. cit.*, pp. 37 y 73-79.

53 Sobre la expectación que levantó en Europa la fauna australiana y, en particular, los canguros ver KNIGHT, C., «Canguri e Papiri», *Cronache ercolanesi*, 32 (2002), pp. 305-320.

54 LACK, H.W., *Jardin de la Malmaison. Empress Josephine´s Garden*, Prestel Publishing, 2004, p. 34.

55 BOURGOING, J. F., *Tableau de l´Espagne Moderne*, 1797, en J. GARCÍA MERCADAL (ed.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Reedición de la Junta de Castilla y León, 1999, t. V, p. 530.

56 URQUIZA HERRERA, A., *Coleccionismo y nobleza. Signos de distinción social en la Andalucía del Renacimiento*, Madrid, 2007, pp. 19-28.

57 Sobre los inicios del coleccionismo zoológico de este monarca en Nápoles ver MARTUCCI, V. (ed.), *Un elefante a corte. Allevamenti, cacce ed esotismi alla Reggia di Caserta*, Nápoles, 1992.

58 GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, C., «Curiosidades vivas. Los animales de América y Filipinas en la *Ménagerie* real durante el siglo XVIII», *Anuario de Estudios Americanos*, 66, 2 (2009), pp. 181-211.

59 MORÁN TURINA, M., y CHECA CREMADES, F., *Las Casas del Rey. Casa de Campo, Cazaderos y Jardines. Siglos XVI y XVII*, Madrid, 1986.

60 Una síntesis general de estos cambios en MORÁN TURINA, M., «Los sitios reales entre los Austrias y los Borbones», *Madrid, revista de arte, geografía e historia*, 5 (2002), pp. 201-217. La ingente bibliografía que existe hoy en día relativa a los diferentes sitios reales puede ser consultada en el magnífico estudio de SANCHO, J.L., *La Arquitectura de los Sitios Reales. Catálogo Histórico de los Palacios, Jardines y Patronatos Reales del Patrimonio Nacional*, Madrid, 1995.

61 DÍAZ GONZÁLEZ, F.J., *La Real Junta de Obras y Bosques en la época de los Austrias*, Madrid, 2002 y «La disolución de la Real Junta de Obras y Bosques en el siglo XVIII», *Anuario de la Facultad de Derecho de Alcalá de Henares* (2006), pp. 62-82.

62 Cit. por MORÁN TURINA, M., *op. cit.*, 2002, p. 201.

63 GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ: C., «Chamber Animals at the Spanish Court During the Eighteenth-Century», *The Court Historian* 16, 1 (2011) en prensa; «Virtuosos e impertinentes: los pájaros de cámara en la corte española del siglo XVIII», *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 1 (2010).

64 FERNÁNDEZ PÉREZ, J., y GONZÁLEZ TASCÓN, I., (eds.), *A propósito de la Agricultura de Jardines de Gregorio de los Ríos*, Madrid, 1991; TEJERO VILLARROEL, B., *Casa de Campo*, Madrid, 1994; FERNÁNDEZ, J.L., BAHAMONDE, A., BARREIRO, P., y RUIZ DEL CASTILLO, J., *La Casa de Campo. Más de un millón de años de Historia*, Madrid, 2003.

65 Archivo General de Palacio [en adelante, AGP], Patrimonio, Casa de Campo, legs. 5-11.

66 AGP, Patrimonio, Buen Retiro, cª. 11.751/ exp. 33; 11.752/ exp. 69 y 11.757/ exp. 33.

67 AGP, Patrimonio, Buen Retiro, cª. 11.752/ exps. 8 y11. 759/ exp. 12.

68 MAZO, A.V., «El oso hormiguero de su Majestad», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, LVIII, 1 (2006), , pp. 281-294.

69 GÓMEZ-CENTURIÓN, C., «Exóticos y feroces», *op. cit.*, pp. 3-25.

70 TOVAR MARTÍN, V., *El Real Sitio de El Pardo*, Madrid, 1996; SANCHO GASPAR, J.L., *El Palacio de Carlos III en El Pardo*, Madrid, 2002.

71 BONET CORREA, A. (ed.), *El Real Sitio de Aranjuez y el arte cortesano del siglo XVIII*, Madrid, 1987.

72 MERLOS ROMERO, Mª.M., *Aranjuez y Felipe II. Idea y forma de un Real Sitio*, Madrid, 1998; GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, C., «Exóticos pero útiles: los camellos reales de Aranjuez durante el siglo XVIII», *Cuadernos Dieciochistas*, 9 (2008), pp. 155-180.

73 ÁLVAREZ DE QUINDÓS, J.A., *op. cit.*, p. 333.

74 BOURGOING, J.F., *op. cit*, p. 530.

75 TOVAR MARTÍN, V., «Consideración del valor de lo «rústico» en los Sitios Reales (reinado de Carlos III)», *Fragmentos*, 12-13-14 (1988), pp. 219-231; SANCHO, J.L., «El Real Sitio de Aranjuez y el arte del jardín bajo el reinado de Carlos III», *Reales Sitios*, 98 (1998), pp. 49-59.

76 SÁNCHEZ ESPINOSA, G., «Un episodio en la recepción cultural dieciochesca de lo exótico: la llegada del elefante a Madrid en 1773», *Goya*, 295-296 (2003), pp. 269-286; MAZO, V.A., *Los cuatro elefantes del rey Carlos III*, Madrid, 2008; GÓMEZ-CENTURIÓN, C., «Treasures fit for a King: King Charles III of Spain´s Indian elephants», *Journal of the History of Collections,* 22, 1 (2010) pp. 29-44.

77 RODRÍGUEZ RUIZ, D. (ed.), *El Real Sitio de La Granja de San Ildefonso. Retrato y escena del rey*, Madrid, 2000.

78 AGP, Personal, cª. 471/ exp. 12; 881/ exps. 15, 16 y 17 y 917/ exp. 20; Patrimonio, San Ildefonso, cª. 13.557.

79 Sobre la adquisición de estas aves en Holanda durente el reinado de Felipe V, AGP, Patrimonio, San Ildefonso, cª. 13.554 y 13.571.

80 AGP, Patrimonio, San Ildefonso, cª. 13.631 y 13.632.

81 KUBLER, G., *La obra de El Escorial*, Madrid, 1985.

82 PEREYRA, C. (ed.), *Cartas confidenciales de la reina María Luisa y de don Manuel de Godoy*, Madrid, 1935, pp. 216-219.

83 LECLERC, G.L., Conde de Buffon, *Histoire Naturelle, générale et particulière*, t. VIII, París, 1750, pp. 101-102.

84 BRU DE RAMÓN, J.B., *Colección de láminas que representan los animales y monstruos del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, con una descripción individual de cada uno de ellos,* t. II, Madrid*,* 1786, «Al lector».

85 BOURGOING, J.F., *op. cit*,, pp. 530.

86 DIDEROT, D., y D´ALAMBERT, J.R. (eds.), *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, t. X, París, 1765, p. 330.

87 ROBBINS, L.E., *op. cit.*, pp. 60-67 y 206-230; BARATAY, E. y HARDOUIN-FUGIER, E., *op. cit.*, pp. 73-112; BARATAY, E., «Le zoo: un lieu politique (XVIe-XIXe siècles)» , en BACOT, P. y otros, *L´animal en politique*, París, 2003, pp. 15-36.

88 AGP, Patrimonio, Aranjuez, cª. 14.279.

89 AGP, Patrimonio, Aranjuez, cª. 14.284 y 14.285.

90 AGP, Reinados, José I, cª. 68.

91 AGP, Patrimonio, Buen Retiro, cª. 11.766/10 y 66.

92 MESONERO ROMANOS, R. de, *Escenas matritenses*, ed. facsímil, Madrid, 1991, pp. 688-694; ARIZA MUÑOZ, C., *Los jardines del Buen Retiro*, Madrid, 1990, t. I, pp. 100-114.

El proteccionismo hacia los animales: interpretación historica y vision nacional

José Marchena Domínguez
Universidad de Cádiz

Desde la noche de los tiempos, la humanidad compartió un camino en común con las especies animales pues, en definitiva, los humanos formaron parte de dicho reino, como así lo verifica la ambivalencia en las expresiones anglosajonas *human animals* y *no human animals*. La consideración hacia éstos es lo que ha ido variando, bien desde un punto de vista de simple disponibilidad sin más disquisiciones éticas –alimento, ayuda, compañía– bien desde una concienciación más ética que generaba una preocupación por construir una actitud más coherente, razonada y «humanitaria» hacia dicho reino.

Naturalmente que ambas actitudes desplegaron multitud de matices y altibajos a lo largo de los siglos de Historia, y a la vez que podemos identificar desde siempre un cierto desdén, crueldad y hasta desprecio por el enorme servicio de los animales a nuestra vida, por otra parte es posible percibir, también desde el principio, unas actitudes que pretendían valorar y considerar en su justa medida el impagable servicio de estos seres de la naturaleza; por lo tanto, una actitud altruista y, a la postre, proteccionista.

Desde gran parte de la antigüedad, la mayoría de las culturas ostentaron total disponibilidad del mundo –también la parte animal– por los hombres (Adán). En el Antiguo Testamento se hablaba de un paraíso quizás vegetariano, por eso fuera necesario desangrar a un animal para comerlo; quizás también por eso Balaam es recriminado por la propia burra al golpearla sin motivo. Sin embargo, y en opinión de Preece y Fraser, la Biblia rezuma una interpretación muy contradictoria –a veces de total disponibilidad del animal al humano, a veces de sensibilidad y reparo hacia ellos– que, desde luego, no ha terminado de definir el debate al respecto.[1]

En la época filosófica de la antigua Griega, Pitágoras sostenía que animales y humanos estaban equipados como el mismo tipo de alma y que entre unos y otros se reencarnaban, por lo que Pitágoras fue vegetariano. Poetas como Virgilio, Lucrecio, Ovidio incluyen alusiones y consideraciones a los animales, y filósofos como Plutarco, Plotino y Porfirio, llegando incluso a desaconsejar su sacrificio para la comida. También en la época bizantina, emperadores como Justiniano defendían un derecho natural común a cada ser vivo y no exclusivamente al humano.

Con Roma, se produce un replanteamiento en esta consideración al reino animal; Roma trataba como cosas a los animales, y se usaron sin ningún escrúpulo moral, para alimentación, trabajo y divertimento.

Por contra, las sociedades hindúes y budistas consideraron en la misma equivalencia moral a animales y seres humanos, llegando a calificar de delito el matar a un animal, y el Islam llegó a permitir matar animales, aunque prohibiendo la crueldad. Esa dispensa para la alimentación humana, fue de algún modo común también para las otras dos grandes profesiones monoteístas, la cristiana y la judaica.[2]

En el mundo occidental, la Edad Moderna no presentó demasiado consenso al respecto. Descartes aseveraba que los animales no sentían ni siquiera dolor, por lo que no podían tener consideración moral al carecer, por ejemplo, de alma. Inglaterra tiene la historia más extensa en protección de animales; aunque se constata que entre 1500 y 1800 se insistía en la subordinación del reino animal al ser humano, también es cierto que la gente vivía cerca de los animales. Tener mascotas era práctica común desde el siglo XVII.[3]

En 1654 se emitía en Inglaterra por parte de los puritanos la Ordenanza Protectorado, primera legislación sobre la crueldad de los animales, como paquete de reformas en pos de la sobriedad y el temor hacia Dios: en virtud de esta ley se prohibían los lanzamientos y peleas de gallos y demás «deportes» donde se peleaban toros y perros, y donde participaba toda la comunidad. Pero en realidad detrás de esta política, no había tanto de protección de animales, sino como un medio de oposición a la Corona y los Terratenientes. Aunque de todos modos, los puritanos insistían en el deber de que, al menos como dice la Biblia, hay que evitar el sufrimiento de los animales. En general, los proteccionistas pensaban que la violencia hacia los animales favorecía la violencia hacia los seres humanos (revolución, asesinatos, violaciones y…vivisecciones). Por otro lado, la aristocracia terrateniente intentó mantener sus privilegios de caza, mientras que se perseguía las depredaciones de cazadores

furtivos y aldeanos. Como se denota, algo confuso donde se entremezclaron intereses sociales, pero que de alguna forma moldeó la protección de los animales en Inglaterra.

William Horgarth. *First Stage of Cruelty* (1751).

En el siglo XVIII Jeremías Bentham decía que lo importante no era si los animales hablaban o entendían, sino que no debían sufrir. Se iniciaba por entonces un concepto del bienestar animal y una corriente de escritores y poetas simpatizando con la causa y criticando la crueldad y la explotación. En 1781, se promulgaba la primera ley respecto a los animales, donde se controlaba el trato al ganado en el mercado de Smithfield de Londres, y cinco años más tarde, una nueva normativa regularizadora en la que se exigía una licencia para ejercer la matanza. En realidad, no fue una casualidad que el puritanismo se convirtiera en el primer emanador de las ideas proteccionistas

en Gran Bretaña, ya que desde el principio, y como fue a entroncar en el siglo XIX, las tesis religiosas encajaron con los posibles argumentos humanistas y filosóficos.[4]

Londres, Mercado de Smithfield.

En el contexto de la clase media durante la Inglaterra victoriana, el desarrollo agrícola, el crecimiento económico, la expansión urbana y el cambio político cambió la relación hombres-animales. El alejamiento natural entre ellos intensificó la relación con sus mascotas. Pero la normativa proteccionista siguió fructificando en el ámbito legal británico. En 1822, y aprobada por el parlamento, nace la ley Richard Martin para prevenir el trato cruel al ganado; golpear a caballos, ovejas o ganado se consideraba un delito.

Pero el proteccionismo alcanzaba una nueva dimensión en la consolidación de sus filosofías con la creación de la primera Sociedad Protectora de Animales, que se funda en Londres en 1824 y veintiún años más tarde la primera francesa. Ambas sociedades coincidieron que las clases bajas solían ser más crueles con los animales, y que era preciso el castigo y la instrucción. Además, sostenían que los trabajadores urbanos, los campesinos europeos en general, los españoles y otros pueblos del Mediterráneo, que vivían al margen

de la «civilización», frecuentaban el trato brutal a los animales. Lo cierto fue que tales iniciativas no cayeron en saco roto y supusieron un efecto expansivo en nuevas normativas y creación de otras tantas instituciones; en 1835 una enmienda expandía la protección a perros y gatos; en 1866, nacía la primera sociedad protectora de animales en USA en donde, a inicios del siglo XX ya se contaban por centenares. En 1860 Mary Tealby funda una organización de bienestar animal en Gran Bretaña, y un hogar para perros callejeros.[5]

Pero este supuesto «rodillo proteccionista» se encontró con algunos escollos de difícil compatibilidad. Durante el último tercio del siglo XIX tuvo un especial auge la vivisección, como medio para avanzar en el estudio, afectando especialmente a perros y caballos, en el ámbito de la fisiología en Alemania y Francia. Por el contrario, los ingleses se opusieron a tales prácticas. Las vivisecciones se practicaron en laboratorios privados donde asistían estudiantes de medicina en una situación de semiclandestinidad en lo que se llegó a llamar en la época «la cámara de tortura de la ciencia». A pesar de que, por ejemplo, el óxido nitroso (anestesia) se disponía para los animales desde 1820, muchos investigadores pensaron que era necesario que los animales estuvieran despiertos para realizar los diferentes experimentos. En general, los proteccionistas criticaron la dureza del uso de animales domésticos, que ofrecían amor, consuelo y compañía. Incluso muchas mujeres lo asociaron con la racionalidad masculina.[6]

Imagen de una vivisección.

Curiosamente, durante la época nazi se desarrolló la legislación más completa de los animales jamás habida en Europa; no sólo se emitieron normas de pequeños calado donde, por ejemplo, se indicaba la forma correcta de

cocinar a una langosta para evitar dolor innecesario, o herrar a un caballo sin dolor. El ideal nazi iba más allá: partían de la base de las especies entre sí rompiendo el binario entre humanos y animales; según este parecer los seres humanos habían perdido su condición sacrosanta, y surge una jerarquía, donde algunas razas de animales llegan a superar algunas «razas» de seres humanos; cerdos, lobos, águilas y teutones estarían en la parte superior, mientras que los judíos y las ratas, lo estarían en el fondo.[7]

1. EL PROTECCIONISMO EN ESPAÑA

En nuestro país, el ideal proteccionista tuvo unas connotaciones que lo hicieron diferente, si bien a pesar del retraso económico, las vanguardias ideológicas que desarrollaron los ideales proteccionistas fueron calando desde el siglo XVIII de manos de los ilustrados. Pero es claramente notorio y reseñable, que las diferencias o peculiaridades culturales, determinaron desde el principio, que las acciones proteccionistas se desarrollaran sobre todo en el ambiente tauromáquico. Y además, como rúbrica a estas señas de identidad más generales, no hay que olvidar el protagonismo desempeñado por un núcleo gaditano, gracias a un elenco de pensadores e intelectuales fourieristas y krausistas.

Pero no hay que pasar por alto las acciones de la Iglesia en contra de esta tradición taurina, prácticamente desde sus comienzos institucionales, y como quedó debidamente corroborado por los pontífices San Pío V con su bula condenatoria *Saluti Gregis* (1567), Gregorio XIII (1585) o Clemente VII (1596). Detrás de tales acciones se estructuraban razones de condena moral ante la peculiaridad de crueldad y violencia. Algo que dejó a la Iglesia en una posición claramente antitaurina en los tiempos postreros.[8]

La labor de modernización de los ilustrados en todos los campos humanos, científicos y sociales, incluyeron también el de la posición del hombre respecto a la naturaleza, y a una convicción de la armonía y el respeto. Los propios referentes europeos daban una medida de las tendencias que, ideológicamente, iban a ser santo y seña de tales pensamientos. Así, Alberto de las Carreras sostiene que tanto Rousseau como Voltaire desplegaron su concepto de armonía hasta los estadios animales, pasando por el predicamento del buen trato hacia éstos. El segundo incluso, decidió no comer carne. En la órbita nacional, teóricos como Jovellanos o Campomanes defendieron

desde los estudios, escritos, tratados e instituciones (Sociedades Económicas de Amigos del País) una naturaleza respetuosa y equilibrada. Las prácticas de crueldad con los animales gozaron de su más intensa oposición (peleas de gallos, celebraciones con toros y novillos). Entre 1790 y 1796, Jovellanos realizó un informe titulado *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre el origen de España*, a petición del Consejo de Castilla a la Academia de Historia, con fin de reformar la legislación vigente. En él, Jovellanos hacía un repaso de las que consideraba diversiones públicas que, en mayor o menor medida, haciendo acopio de una no siempre afortunada valoración histórica y cultural, debía reformarse y reubicarse en una mejor posición de cara a la formación y recomposición de los órdenes sociales. En lo que afectaba a la relación hombre-animales, planteaba básicamente dos: la caza –de la que hacía un breve periplo de los siglos anteriores, muy vinculada a las monarquías históricas y al ambiente señorial– y en especial los toros del que teorizaba claramente en su contra, por atentar al equilibrio moral humano. Además relativizaba su carácter general y refrendaba claramente la prohibición de las autoridades competentes, desde sus prácticas globales, hasta sus peculiaridades zonales:

> La lucha de toros no ha sido jamás una diversión, ni cotidiana ni muy frecuentada, ni de todos los pueblos de España, ni generalmente buscada y aplaudida. En muchas provincias no se conoció jamás; en otras se circunscribió a las capitales, y dondequiera que fueron celebrados lo fue solamente a largos periodos y concurriendo a verla el pueblo de las capitales y tal cual aldea circunvecina. Se puede, por tanto, calcular que de todo el pueblo de España, apenas la centésima parte habrá visto alguna vez este espectáculo. ¿Cómo pues se ha pretendido darle el título de diversión nacional? […] sostener que en la proscripción de estas fiestas, que por otra parte puede producir grandes bienes políticos, hay el riesgo de que la nación sufra alguna pérdida real, ni en el orden moral ni en el civil, es ciertamente una ilusión, un delirio de la preocupación.[9]

Pero la nómina de escritores y profesionales del dieciocho ilustrado español en contra de los toros, no quedaban sólo en los escritos de estos privilegiados que coquetearon con la propia monarquía borbónica. José Cadalso en sus *Cartas Marruecas* reflejaba la crueldad y el espanto de estos espectáculos en boca de Gazel a Ben Beley. El Padre Feijoo con los toros de San Marcos, Cristóbal del Hoyo Sotomayor sobre las prácticas en la Villa y Corte

madrileña, y el padre Martín Sarmiento en Galicia, daban botón de muestra de diversos lugares de la geografía nacional, en torno a un único criterio de repulsa por la crueldad, la inmoralidad y la deformación en los valores humanos, de respetuosidad, y de armonía de los insensatos que a dichos eventos asistían.[10]

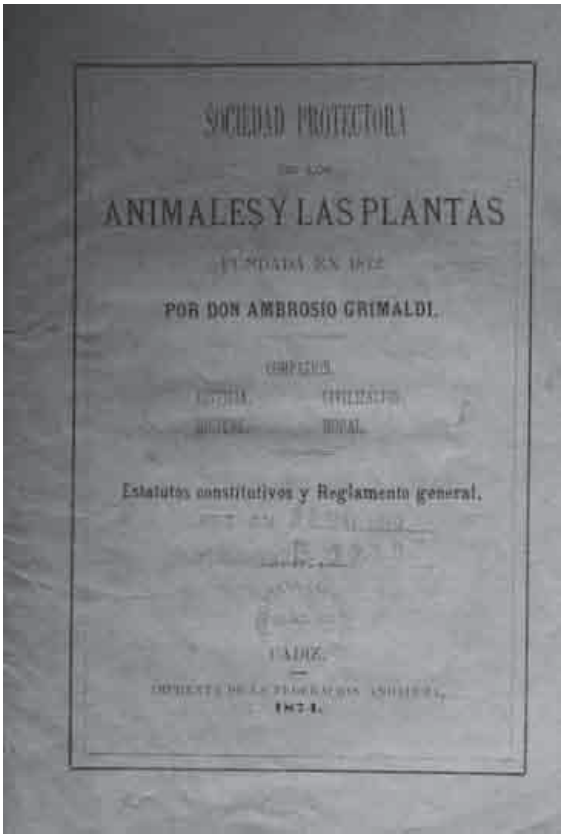
Y todo ello, sin perder las coordenadas científicas del entresiglos español donde, entre otras preferencias, se potenciaron determinadas ciencias relacionadas con la Historia Natural, y que no hacían más que favorecer, al socaire de un mayor conocimiento de las especies animales y vegetales, considerables dosis de admiración y respeto hacia las especies del orden natural; es en este contexto donde hay que señalar el impulso de la Botánica y la Zoología, la profusión de colecciones e inventarios faunísticos, la creación de gabinetes e instituciones afines como el Museo Natural de Ciencias Naturales de Madrid en 1772 y el Jardín Botánico, o la organización de expediciones científicas para conocimiento de la flora y la fauna, muchas de ellas al Nuevo Mundo, con la evidente influencia de investigadores europeos del prestigio de Buffon, Linneo o el entomólogo Léon Dufour, auténtico consolidador en España de los nuevos criterios ecológicos y evolucionistas.[11]

Estaba claro que en España no había caza del zorro ni otras prácticas más usuales del resto de Europa, pero sí tenía en las corridas de toros, una de las actividades más crueles y cruentas con los animales en opinión de tales teóricos. El siglo XIX había consolidado definitivamente el paso del toreo a caballo por el del toreo a pie; desarrollado el primero lo largo de la Edad Moderna, siendo más noble y aristocrático, este último encerraba fundamentos más vulgarizadores, pero era en cambio terriblemente popular. Efectivamente, el toreo iba camino de su consagración como fiestas de masas, y en pos de su Edad de Oro. Multitudes populares llenaban los nuevos cosos, se publicaban numerosos periódicos y boletines de la Fiesta Nacional, y surgían los primeros grandes héroes del toreo a partir del último tercio del XIX: Frascuelo, Lagartijo, Espartero, Guerrita y Mazzantini.

Hasta el último tercio de siglo no tenemos información de estos espectáculos taurinos, siendo pioneros de este estilo primigenio algunas publicaciones pioneras como tímidos artículos publicados en rotativos como *El Memorial literario* (1748), *El Correo de los Ciegos* (1786) o el *Semanario Erudito* (1787). *Diario de Madrid* (1789) comenzará a partir de este año a recoger por vez primera las, digamos, crónicas y discusiones en torno a las diferentes faenas de los diestros. Era la génesis de un cosmos de tratadores y público que

demandaba in crescendo un producto que no hacía sino corroborar el auge efervescente por el arte de Cúchares[12]; incluso se simultanean numerosos escritos, folletos y libros cada vez más técnicos y sofisticados que hablaban del ambiente, de los gustos del público, de las ganaderías, de la casta del toro, de los toreros, del vocabulario de argot o de la historia, todo ello en suma de la defensa y consolidación de la Fiesta Nacional.[13]

En ese contexto, las tendencias ideológicopolíticas más progresistas y radicales se mostraban en clara oposición contra la fiesta; en un principio, la influencia del socialista utópico Fourier, había creado anteriormente un adecuado caldo de cultivo en Cádiz y su provincia en contra de la fiesta, ¿por qué? Las tesis del pensador utópico francés habían recalado en el privilegiado escenario del meridión español, gracias a la absorción ideológica del político y escritor campogibraltareño Joaquín Abreu que, huido de España en Francia, contactó primero y se imbuyó luego de los planteamientos más importantes del fourierismo. Tal fue el predicamento del diputado veintañista que logró cimentar un núcleo en Cádiz y otro en la vecina Jerez de la Frontera, que harán de caldo de cultivo para la posterior consolidación del grupo republicano y posterior Partido Demócrata. Pero es que además, todas estas ideas republicanas, de oposición a los impuestos impopulares, de evangelismo social y de atracción pasional, tuvieron también reflejo en determinados niveles que interesaron a la relación humanos-animales. En concreto el referente a la armonía universal en el que Dios aplicaba el principio motor sobre su movimiento, dividía éste en cuatro ramas: el social (mecanismos por los que se mueven los globos habitados), el animal (distribución de pasiones e instintos a los seres creados), el orgánico (propiedades, formas, colores, sabores…de las sustancias creadas) y material (gravitación y distribución de la materia). A esto hay que añadir que, amén de Dios como principio activo y motor, la materia es principio pasivo y movido, y que el principio de ese movimiento viene regido por la justicia y las matemáticas. Pero también aserevera que el movimiento social es el que mueve a los otros tres (animal, orgánico y material). Ello significa que todo está interrelacionado con las pasiones humanas, desde los vegetales, animales, minerales y astros. Esta imbricación de animales y hombres en uno de los círculos constitutivos del movimiento universal, requería claramente la identificación del equilibrio y la armonía pasional de ellos, a la postre, un cuidado innato de todos los frutos de la naturaleza, incluyendo por supuesto al reino de los animales[14]. No es por ello una casualidad, que los primeros defensores del proteccionismo animal y vegetal provengan de esta aventajada escuela fourierista gaditana.


SOCIEDAD PROTECTORA

DE LOS

ANIMALES Y LAS PLANTAS

FUNDADA EN 1872

POR DON AMBROSIO GRIMALDI.

Estatutos constitutivos y Reglamento general.

CÁDIZ.

1874.

Estatutos de la Sociedad Protectora gaditana (1874).

Pero a otro nivel de la evolución puramente política de estos republicanos y teóricos de las ideas, y casi sin solución de continuidad, en el viejo *Emporio del Orbe*, se situaba una de las más importantes vanguardias proteccionistas a nivel nacional y europeo; en 1872 se fundaba en Cádiz la Sociedad Protectora de Animales y Plantas, la primera de España, gracias a la labor del periodista republicano Ambrosio Grimaldi Guitard. Desde un principio se desarrolló una profusa labor, con la publicación de boletines, folletos, asambleas, anuarios, así como de certámenes en el espíritu proteccionista, descollando desde sus inicios los escritos de los profesores Romualdo Álvarez Espino y Alfonso Moreno Espinosa, además de León Quederriba, José Navarrete, y por supuesto el filántropo Adolfo de Castro.

En general la numerosísima producción de escritos y material antitaurino, en ese ambiente institucional podría concentrarse en tres frentes perfectamente diferenciados y a la vez imbricados:

1. La producción emanada por la Sociedad Protectora de Animales y Plantas de Cádiz, a través de su Boletín.
2. La complementación del núcleo de la Sociedad con otros frentes periféricos, bien en armonía con instituciones afines de la propia ciudad, bien a través de los escritos y las publicaciones de sus miembros y correligionarios en otros boletines y ediciones.
3. La celebración de sendos concursos de escritos antitaurinos y pedagógico-proteccionistas en 1875 y 1877 respectivamente, organizados por la Sociedad y que revistieron importancia exenta, por dar como resultado un conjunto de escritos y folletos de muchos de sus miembros más destacados.

1. La Sociedad Protectora de Animales y Plantas publicaba sus Estatutos a los dos años de su fundación y con una directiva presidida por Juan Copieters, las vicepresidencias de Enrique Moresco y Rafael Carrillo, Antonia Pulido –viuda de Ambrosio Grimaldi-, Carmen Illescas y Magdalena Cerdan como consiliarias, Eduardo Gálvez, Guillermo Marli y Francisco Ghersy como consiliarios, Enrique Colom de tesorero, Pedro Camas de secretario contador, José María Rivas como secretario interior, y José María Franco como secretario general[15]. Desde un principio, y como quedaban fielmente reflejados en los estatutos, apostaban por una institución en pos de la conservación de animales y plantas, la cooperación y el derecho de igualdad con las mujeres, la inculcación de las doctrinas protectoras desde la enseñanza a los más pequeños, y la condena y lucha contra las corridas de toros, peleas de gallos y cuantas prácticas conllevaran desprecio, maltrato y crueldad hacia los animales[16]. En esa línea filosófica, se potenciaría ámbitos de educación y formación proteccionista, desplegando todo un frente de elementos favorecedores, como una biblioteca, un proyecto de jardín zoológico, así como la convicción de crear una «sección infantil», para favorecer desde esas tempranas edades el ideal benefactor a los animales.[17]

Desde un principio de la marcha de la Sociedad, su Boletín se convirtió en la herramienta más eficaz de comunicación y divulgación de sus doctrinas. Los prolijos artículos, escritos y composiciones se centraron mayoritariamente en dos asuntos: el proteccionismo en general y el tema de los toros.

Sobre el primero, se realzaban las virtudes humanas precisas para entroncar con el espíritu proteccionista; valores que no hacían sino ennoblecer la condición de las personas y su contribución a un mundo más armónico y respetuoso. Uno de los más prolijos fue E. Thuillier resaltando algunos como el que reforzaba la idea de una instrucción desde la base para el respeto del mundo animal y donde aludía a la creada «sección infantil» de la Sociedad (*Boletín de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas,* en adelante B.S.P., dic.1878). De algún modo, «La Escuela» (B.S.P., dic.1876), de Romualdo Álvarez Espino asentía en la misma línea de opinión. Otro escrito sin firmar, «La crueldad con los animales» (B.S.P., en.1876) seguía metiendo el dedo en la llaga sobre las conductas infames hacia la naturaleza.

Sobre el segundo tema, la mayor parte de su tratamiento lo hacen en el análisis de lo que es esencialmente una corrida, y la crítica que conlleva en el escenario de tamaño «escarnio» que no es otro que el coso o plaza. Son los ejemplos de José C. Bruna con «Toros en Cádiz» (B.S.P., may.1879), «Las corridas de Toros» de Manuel Navarro Murillo (B.S.P., oct.1880), de iguales títulos para los trabajos de Servando A. de Dios (B.S.P., en.1879) e Ignacio Fernández y Sánchez. Con un tono algo más ensayístico, pero sin salir de la patente crítica a la «fiesta nacional», encontramos los estudios de Roque Goy con «¡Vamos a los Toros! (B.S.P., ag.1878), «El Toro en la plaza» de Romualdo Álvarez Espino (B.S.P. en. 1880) o un escrito de redacción del director titulado «Algo peor que los Toros» (B.S.P., sep. 1879). A un nivel más específico localizamos los escritos de A. García Cabezas sobre el análisis desde una perspectiva económica de tales celebraciones en «El Toro en las industrias» (B.S.P., en.1880), la vinculación de las corridas con el cosmos de los monarcas y sus familias, como versaba en su artículo E. Thuillier «Fiestas Reales» (B.S.P., en.1880) o el estudio de Carolina Colorado al hilo de la creación de nuevos recintos en el país –«Sobre la construcción de nuevas Plazas de Toros en España» (B.S.P., sep.1880). Finalmente en torno al ámbito taurino, destacamos las entregas en capítulos de una vasta recopilación de datos históricos sobre el toreo, desde sus primeros momentos hasta los tiempos coetáneos, y en donde el Director del Boletín evidenciaba las nefasta consecuencias de tan amplia relación de sucesos para la cultura nacional –«…*se continuará desgraciadamente*…», advertía al aviso de la siguiente entrega.

2.-Pero la entidad y su Boletín no eran cosas inertes y aisladas; nada más lejos de la realidad. Desde sus comienzos, la Protectora contará con la inestimable colaboración de la Real Sociedad Económica Gaditana de Amigos del País desde cuya iniciativa conformará un expuesto a las Cortes, en junio de

1877, y precedido de un amplio y documentado informe –*Sobre abolición de las Corridas de Toros y demás fiestas y espectáculos* análogos- elaborado por su vice-bibliotecario José de Rivas García, y que se encaminaban a llevar a cabo un programa gradual de supresión de las Corridas de Toros, sin perjudicar intereses ajenos. Así, en un periodo máximo de una década, se instaba a la total eliminación de novilladas, toros de cuerda y corridas de reses fuera de los cosos. Además se conminaba a que los profesionales y beneficiarios el 25% de sus ganancias, la negativa a hacer nuevas plazas y arreglar las existentes, así como prohibir el consumo de las carnes de la matanza, potenciando finalmente la raza bovina, dadora de carnes y leches.[18]

Por su parte, la malagueña *Revista de Andalucía* se convirtió en portavoz de muchos sentires en pos de la protección y la antitauromaquia desde la provincia vecina. Fue muy frecuente el intercambio de artículos entre ésta y el *Boletín* de Cádiz, como fueron los casos de escritores como José Navarrete con su *Fiestas de Toros,* un amplio desarrollo crítico contra la lidia, arrancando desde los principios de la naturaleza, el proteccionismo y algunas pinceladas históricas desde el toreo aristocrático de la época de los Austrias[19], o el curioso soneto «a una taurófila» de Eduardo Bustillo, donde imbrica la extraña combinación de los valores crueles de quien comulga con los toros y quien, como mujer, es depositaria del potencial amor y vida que propicia la maternidad:

> En la Plaza te ví, te ví en la grada,/ y te confieso que con honda pena,/ te mantuviste ahí más que serena,/ implacable, feroz, transfigurada./ Viva, centelleante, tu mirada/ no se apartó de la sangrienta arena/ ni en el momento aquel de la faena/ en que expuesto a morir viste al espada/ ¡Oh! ¡que horrible te hallé de aquella suerte!/ Aún pienso con espanto en la corrida,/ pues ya sé que la sangre te divierte./ ¿tú mujer? ¿tú la madre prometida?/ ¡Si gozas con la lucha y con la muerte,/ y una madre es amor, y paz y vida!...[20]

Pero también tendremos ejemplos de libros propios publicados por estos adalides de la filosofía proteccionista en Cádiz. León Quederriba ofrecía un estudio acerca de las crueldades y prejuicios a las que se veían sometidos los caballos de los picadores en la corridas. Instigado por un escrito de un aficionado publicado en el periódico barcelonés *El Respingo* donde pretendía asignar a las corridas un base filosófica y moral, Quederriba rebate tales planteamientos. Una lucha cruel, injustificada, descompensada entre el torero y

el toro, y en donde los que asisten, sin importar su estatus social, despliegan rienda suelta a sus más bajos instintos[21]. Ya, en cuanto al tema propio de los caballos de los picadores, ponía en tela de juicio el sanguinario espectáculo que suponía, las agonías y muertes que ocasionaban a un incontable número de caballos en cada corrida. A menudo, jamelgos y jacos viejos que eran llevados al seguro sacrificio en el coso y que en su defecto –en determinadas zonas de la geografía española–, eran echados a ríos y rematados con piedras. Por ello, junto a las correspondientes argumentos de crítica a los espectáculos y defensa proteccionista, Quederriba instaba al uso de caballos jóvenes y vigorosos que permitieran maniobrar los embistes del toro, que los picadores fueran jinetes hábiles y que, en cierta manera en la filosofía del viejo torero Paquiro, por hacer menos sanguinaria la fiesta, proponía armar a los caballos con un peto de boquetes que le cubriera pecho y vientre.[22]

Ilustración tomada del *Memorial*…, de León Quederriba.

Quizás dos de los más prolíficos y paradigmáticos, fueran los catedráticos krausistas de Instituto en la ciudad Alfonso Moreno Espinosa y Romualdo Álvarez Espino. El primero publicaba en 1883 *Disertaciones y Discursos. Colección de los escritos en Cádiz*, en los que destacamos principalmente tres

intervenciones relacionadas con el asunto. Una referente al desarrollo de las Sociedades Protectoras pioneras en España, tanto en el sur como en Madrid y Cataluña; planteaba Álvarez Espino un arranque teórico natural donde, desde planteamientos armónicos fourieristas y algo de panteísmo, defendía un modelo natural donde niños bien instruidos se convertían en hombres buenos, y en donde la naturaleza se disponía a la humanidad en un concepto quasi fisiocrático[23]. Quizás en esta línea de disponibilidad natural, lo decantara por llegar a comprender y justificar en cierto modo la vivisección –no olvidar su formación filosófica alemana–, de la que trata otro de sus capítulos: «*…nuestras limitaciones de todo género, y muy especialmente nuestras imperfecciones materiales exigen el sacrificio de los animales para la conservación de nuestra vida y para la extirpación de nuestras enfermedades* […] *el sentimiento tiene que pasar por esta prueba*.»[24]

Finalmente en «Reseña histórica», abunda en los planteamientos anteriores, redondeándolos aún más, a nuestro juicio, ya que imbrica ciencia y religión con el proteccionismo, en una armonía que fue constante preocupación de aquellos teóricos demócratas y krausistas:

> Ni es posible estudiar la naturaleza sin admirarla, ni se puede contemplar uno sólo de sus individuos sin amarlos, ni es posible meditar en lo que el astro, el tallo de hierba o el insecto, sin pensar en Dios. Parece que el cuadro guía la mirada hacia el nombre del autor en todas partes escrito, y que el nombre de Dios es inseparable para el pensamiento de la consideración de nuestros deberes. Ama al hombre como a ti y a la Naturaleza como para ti; mas ama a uno y a la otra por Dios, o ama a Dios en el uno y en la otra, después de haberle amado en sí mismo.[25]

Por su parte, Alfonso Moreno Espinosa publicaba un año después *Coplas Callejeras* diversos escritos y composiciones, tomados algunos de su anterior trabajo *Los Seres Inferiores*, que trataremos más tarde.

Otros autores fueron publicando sus estudios antitaurinos, en medio de un ambiente contrario y en el que en diversas ocasiones tuvieron réplicas adversas. Mariano de Cavia –arropado a menudo por los pseudónimos «Sobaquillo» y «José Navarrete»– publicaba en los ochenta *División de plaza: las fiestas de toros impugnadas por José Navarrete*. En él, Cavia iniciaba una detallada pintura del ambiente que rodeaba todo lo que era Madrid en una corrida para luego, a continuación, ridiculizar aquéllos que pretenden comparar los

toros con el boxeo inglés. Deformación educativa y malos instintos para los niños, crueldad, espanto. Las opiniones de escritores como Cadalso o Lord Byron le dan argumentos para reforzar sus tesis contrarias a la lidia. También tiene palabras de crítica hacia una prensa taurina que, junto a los folletines o a las planas de anuncio, eran las principales razones de la mayoría de los suscriptores de prensa en España. Finalmente, continuando con su pliego de acusaciones hacia los responsables de dichos actos como los ganaderos, vinculaba la necesidad del fin de las plazas de toros, como medio para la regeneración y la instrucción de las clases sociales. Los argumentos de Cavia fueron respondidos por José Velarde con su folleto *Toros y Chimborazos*, donde defendía a capa y a espada los toros y en donde replicaba a Cavia –también lo hace en el periódico *La Palma de Cádiz*–, haber sido de joven un gran aficionado a las corridas, como buen hijo de la tierra gaditana[26]. Algo parecido a lo que sostenía José María Luque, donde reconocía en un delicioso artículo, haber sido un joven entusiasta de las corridas, devorador de prensa del ramo y asistente compulsivo a toros y novilladas, para terminar parapetado en una biblioteca rodeado de escritos y publicaciones antitaurinas.[27]

El polifacético Adolfo de Castro aportaba también su grano de arena al asunto de la antitauromaquia. Para tal fin elaboró un bosquejo crítico-histórico, basado en la reciente exposición Universal de París de 1889, donde describía la cierta tradición de los toros en algunas ciudades del sur de Francia. Teorizaba sobre el arraigo cultural de estas prácticas, que hasta los niños tomaban como juego en las callejuelas, y aludía al dieciocho donde los «elegantes» de Cádiz y Sevilla bajaban a sus más miserables instintos en la arena del coso, y en donde los animales se convertían en mártires al estilo de los circos romanos. Tomaba de un autor anónimo francés estas reflexiones para cimentar su discurso:

> Al fin se entrega uno a los aficionados: los palcos quedan desalojados, y llénase de gente la arena. Se entrega, por decirlo así, al pueblo el animal. Júzguese, pues, lo que habrá de suceder. Él reparte cornadas a diestro y siniestro: le ponen arpones, echa espumarajos, ruge y brinca como una cabra montés, hasta que se lanza sobre uno para recibir tantas puñaladas como tiene enemigos y espectadores.[28]

Rubricaba Castro con un deseo de regenerar las dinámicas socioculturales, pasando por una deshabituación taurómaca y por alentar otras que dulcificara las perspectivas morales:

> Muy grandes servicios el pueblo nos ha prestado, para que en recompensa deseemos la pureza, la dulzura y la civilización de sus costumbres; y por escenas de sangre y carnicería jamás se conseguirá ese anhelo, sino instruyéndolo y llevándolo a los placeres de la razón y del sentimiento […] en fiestas y diversiones que llamen a los hombres a ideas de paz y de dulzura se deben emplear los momentos desocupados; esto es, en espectáculos de costumbres generosas; porque con la conmiseración se debe dulcificar la esperanza de los caracteres. Propongo sustituir el combate de los toros por otra clase de fiestas, como bailes, fuegos artificiales, por escenas pacíficas, por todo lo que pueda ser agradable sin alterar la sensibilidad del hombre y sin inclinarlo a la destrucción y a la violencia.[29]

También desde las páginas del Boletín de la Protectora de Cádiz, podemos encontrar indicios de lo que fue una amplia difusión y relación con otros hombres y entidades de dentro y fuera del país. Desde un primer momento se dispusieron socios corresponsales en aquellas Sociedades que se iban creando en España tales como las de Barcelona, Sevilla o Soria. Existían nutridas colaboraciones desde fuera de Cádiz –ya citamos a Thuillier-, como las de Emilio Ruiz de Salazar o Luis Álvarez. Otros lo eran de ciudades y zonas asignadas como Castellví de Gerona, Roque Goy de Galicia o Rosendo M.ª Orue de Valencia de Alcántara. Y además, los contactos, apoyos y correspondencia con Sociedades Protectoras de Europa y América fueron muy destacadas, como las que se efectuaron con la de Cracovia, Cannes, Clevedon, Suiza, Hamburgo, Copenhague, Goerlitz, Gibraltar, Oporto, Florencia, La Haya, Hannover, Berna, Roma, Devon-Port, Plymouth, Turín, Lyon, Or-an, Bruselas, Lisboa, Londres, Nueva York o Viena.

3. Pero en realidad, toda esta dinámica proteccionista y antitaurina, se apuntaba años atrás en Cádiz, casi desde la propia de inauguración de la Sociedad. Los contactos tenidos con Maria Dollfus Mieg, viuda de Daniel Dollfus, miembro de una poderosa saga de industriales franceses de Mulhouse, y acérrima proteccionista y opositora a las corridas de toros, dieron como fruto la promoción de la referida viuda para patrocinar un concurso de escritos contra las corridas de toros. Ello no sólo supuso el arranque de la Protectora gaditana con un certamen de empaque, sino que puso en evidencia el buen número de escritores afines a las ideas proteccionistas. Así, el 26 de diciembre de 1875 en el Salón de plenos de ayuntamiento gaditano se fallaba un concurso al que se habían presentado veinticinco trabajos con sus correspondientes títulos y lemas[30]. El secretario del jurado José Franco de

Terán otorgaba el primer premio –dotado con quinientos francos- al trabajo del soriano Manuel Navarro Murillo titulado *El Progreso es Ley Divina*, mientras que el correspondiente accésit, costeado por la Protectora de Cádiz, lo conseguía el hispalense Fernando de Antón con *Gutta Cavat Lapidem.* Finalmente, el jurado rogaba a la entidad que se otorgara un segundo accésit al trabajo del también sevillano Antonio Guerola *La corrida del domingo fue muy buena…*, por su calidad y merecimiento[31]. Algo que pudo dar una idea de la trascendencia y aceptación que tuvo dicho certamen fue la publicación de los tres trabajos en menos de un año.

El soriano Manuel Navarro tuvo en el reconocimiento del premio, su conexión con el grupo gaditano, que se hizo especialmente intenso a través de distintas y posteriores colaboraciones en el Boletín de la Gaditana, donde llegó a desempeñar corresponsalías desde su ciudad natal. En su trabajo, exponía las constantes de armonía y progreso natural que resultaban irrefrenables a cualquier era, cultura o civilización basada en excesos materiales, de vanidades y orgullos; por ello, asiente que de la misma forma que cayó la gran Roma y sus espectáculos cruentos, también caerán las corridas de toros[32]. Defendía un progreso incompatible e irrefrenable frente a esas prácticas sangrientas que casi sacralizaban en Madrid todo lo que se refería a la fiesta nacional. Los argumentos históricos, con una profusión de normas y leyes a lo largo de las monarquías históricas españolas, y las consideraciones morales y pedagógicas reforzaban para Navarro las tesis antitaurinas[33], al igual que algunos documentos y apéndices referentes a opiniones autorizadas y hechos taurómacos entre los siglos XVI y XVIII. En el fondo de todo, un regreso constante al ideal proteccionista.

> La protección a las criaturas débiles es una fuente inagotable de poesía, de amor, y de estudio científico y filosófico. ¿Por qué hemos de ser refractarios a los dulces placeres que nos proporcionan?[34]

Años después, el propio Navarro vino a complementar algunas de sus hipótesis, dando algunos argumentos de tipo zoo-económico, llegando a sostener que la profusión de dehesas con toros para la Lidia, frenaba el progreso y aumento de las ganaderías mansas, así como del uso de su carne y leche[35]. Planteaba el avance de los escritos y movimientos antitaurinos como positivos pero insuficientes ante la rigidez de las tradiciones taurinas, unas tradiciones supuestamente sobre valores culturales y étnicos pero que no

desempañan las sórdidas costumbres de la «raza latina, …venció a las fieras; y orgullosa de su poder, hizo alarde de la destreza, y estéril, o poco menos, aplicación de su ingenio; poniendo ambas cosas al servicio de los monopolios del vicio, de la fuerza bruta o de la barbarie cruel para hombres y animales…»[36]. Un diagnóstico que venía a perjudicar al país de cara al ritmo de progreso y avance exterior:

> Con las corridas de toros, los españoles somos ridiculizados, rechazados por el mundo de la belleza, del trabajo, de la compasión, de la ternura y de la justicia: con la protección de animales útiles, España es el campo de nuevas sementeras, y prisma diáfano que refracta la luz del adelanto. Podemos decir pues, que el progreso es ley divina, que las corridas de toros se han ido, y que la Protección ha venido.[37]

De perfil muy curioso eran las afirmaciones que establecía, tras un estudio de datos económicos sobre gastos e ingresos, donde concluía ser muy escasos los beneficios resultantes de las actividades tauromáquicas y, amén del freno a otras empresas más prósperas, la directa relación entre las provincias más taurinas con aquéllas que presentaban mayores índices de analfabetos. Por ello, no dudaba en la supresión y reconversión de los Toros, y el aprovechamiento de los espacios y plazas para otros menesteres y que para siempre dejara de ser

> …un gratísimo placer del bello sexo al ver correr la sangre del toro, y al escuchar sus mugidos de agonía; una delicia indescriptible de la infancia cuando los caballos se pisan las tripas: una satisfacción de orgullo y vanidad en padres y maestros dando ejemplos prácticos de tanta belleza y ternura, al plantel de la nueva generación encomendada a la educación de sus educados sentimientos…[38]

Fernando Antón con su primer accésit en el concurso de la señora Dollfus, coincidía en las ideas económicas de Navarro, en cuanto a los escasos ingresos del negocio taurino, y del espacio de terreno que queda ajeno a otras mejoras labores agrícolas y ganaderas; pero resultaban curiosos sus achaques al público que al asistir a las corridas, perdía tiempo en el desplazamiento, dinero en los gastos y desapego al trabajo y a la producción nacional[39]. Ya más metido en la descripción de la faena relata con crítico tremendismo, desde el tercio de varas hasta el final, donde el calvario de animales es continuo:

> El caballo cae horriblemente herido, derribando al picador. Ya corre la sangre en abundancia. La ebria multitud se electriza. El toro embravecido derriba otro caballo, y otro, y otro…El público pide caballos delirante de gozo y entusiasmo. Los banderilleros clavan acerados rehiletes en la fiera, que corre de un lado a otro del redondel despedazada, chorreando sangre y lanzando mugidos de dolor y de rabia […] la fiera embiste con ímpetu al diestro, quien se ladea, la atrae, la fascina y finalmente le hunde la espada por detrás de las astas. El toro lanza un lastimero mugido; arroja un chorro de sangre por la boca; vacila unos instantes, y cae al fin en horrible convulsión…[40].

Su conclusión pasaba por la lógica supresión de tales prácticas, otorgando un amplio argumento de razones técnicas, materiales y morales, y proponía un acercamiento a la institución eclesiástica que, por su tradicional oposición en la historia, podría reforzar tales presupuestos.

Por su parte, Antonio Guerola con su segundo accésit del concurso, volvía a incidir en las apreciaciones planteadas por los otros dos premiados: toros martirizados, caballos destrozados, y rienda suelta a los más bajos instintos criminales. Quizás en cuanto al tratamiento de la crueldad animal, su mayor despliegue lo desarrollaba en el capítulo VI, «crueldad con caballos y toros», precediendo éste de un Universo de disponibilidad animal pero jamás de martirio:

> …son criaturas de Dios, aunque de un orden muy inferior al hombre, sujetas a éste para su servicio y hasta para su alimentación […] pero el derecho del hombre a matarlos, cuando son dañosos o los necesita para su sustento, no se extiende a hacerlo por pura diversión y con muerte de martirio, en vez de golpe mortal que evite la agonía[41].

Y máxime cuando se tratan de las dos especies animales más nobles y útiles de la naturaleza:

> El toro […] es en estado ordinario un animal pacífico y útil. Con su fuerza poderosa sirve de bestia de arrastre, ayuda a labrar la tierra, procrea y multiplica su especie […] el caballo es un auxiliar permanente del hombre desde sus primeros años. La guerra, la locomoción, la agricultura, la industria, hasta el placer y el regalo ocupan en su servicio al caballo…[42]

Y en premio a tantos servicios, se llevan a ambos al sufrimiento y a la muerte lenta y horrible del Coso. Un trabajo en suma, que vuelve a insistir en parecidos presupuestos críticos, que sería contestada por una amplia réplica de *Un Aficionado*, publicada un año después en la ciudad condal.[43]

Como segunda inciativa de esta serie de certámenes proteccionistas la Sociedad Protectora de Cádiz promovía en 1875 un concurso para premiar al mejor libro destinado a propagar las doctrinas protectoras en las Escuelas de Instrucción Primaria. Se trataba de una iniciativa del socio José María Uceda que coincidía plenamente con una de las preferencias filosóficas de la entidad: la culturización e inculcación de los valores proteccionistas desde las más tempranas edades. Así, de nuevo en la Sala Capitular, en sesión constituida el día 6 de agosto, y con la presencia de las máximas autoridades de Cádiz y su provincia, proteccionistas sevillanos, representantes docentes, y de algunos rotativos de la ciudad. El jurado, formado por Francisco Flores Arenas como presidente, Romualdo Álvares Espino como secretario y José Franco de Terán, Cayetano del Toro, Luis Oliveros y el propio Uceda como miembros, otorgaban de entre once candidatos las 1.500 pesetas correspondientes al ganador, al trabajo de Alfonso Moreno Espinosa titulado *Los Seres Inferiores. Obra dedicada a la enseñanza de la Lectura*[44]. Dentro de la memoria justificativa del jurado, se insistía en el predominio de valores de armonía natural, donde el hombre siendo el dominador de la misma, usa y dispone de ésta con respeto y amor. Se trataba de un libro repleto de pequeñas historias, leyendas y tradiciones de la historia universal y nacional,

Portada de *Los Seres Inferiores*.

junto con poesías alusivas a los ideales proteccionistas. Destacaba también el jurado su claridad y facilidad comprensiva, algo muy importante para su uso escolar.[45]

Los Seres Inferiores era un libro de lecturas para niños, consistentes en treinta y cinco pequeñas historias y composiciones poéticas, donde, desde la tradición de historias y leyendas, se potenciaban los valores de protección y respeto a los animales, a la vez que daba lustre a las nobles virtudes de los moradores de la naturaleza: animales y plantas. Así, desde una historia que nos remontaba a la antigua Roma, donde los nidos hechos por los pájaros en los muros del Capitolio, eran usados por lo soldados para tirar piedras con hondas, pasando por la historia de perros salvadores de naúfragos o infalibles lazarillos[46], la ejemplar actitud de un oso que devora al rey D. Favila por querer robarle sus dos hijos y que le habla «porque Dios quiere…»[47],

Curiosa resulta la historia de *Caramelo* un toro que va al coso y se encuentra con *Bucéfalo* un caballo que conoce de su época en la dehesa, y en donde se ponen a »hablar» sobre la farsa de las corridas de toros y de los valores humanos:

> …¿Cómo he de creer yo que los hombres, seres racionales, formados a imagen y semejanza de Dios, se diviertan y regocijen atormentando a pobres animales que ningún daño les han hecho y que pueden serles de grande utilidad? Pero si es como tú aseguras, consistirá en que los más perversos y malvados de la especie humana se habrán reunido aquí, sin que lo sepan los buenos; ten por cierto, que si las autoridades lo supieran, no consentirían un espectáculo tan indigno del ser que más se acerca a la naturaleza divina.[48]

Pero las historias del libro cubren también otras funciones importantes de los animales para el hombre, como es el de la noble alimentación como sucede con el cerdo: «…Dios te guarde animalito;/ pues no tiene tu cuerpo/ ni un desperdicio:/ rabie Mahoma,/ y no impida a los suyos/ que cerdo coman..»[49] , la admiración por los prodigios de algunos insectos como la tela de araña o la transformación de gusano en mariposa[50], el impagable servicio del transporte para el hombre en lugares duros como los camellos o los renos[51], los perros pastores, los bueyes arando, etc. Finalmente destacar también la capacidad constructiva de algunas especies como las hormigas o las abejas.[52]

Los años ochenta no hizo sino aumentar la producción de actividades y materiales proteccionistas. En Madrid proliferaron exposiciones de plantas,

flores y aves de la Protectora tanto en el Retiro como en el jardín del Parterre. Igualmente en Madrid, se publicaba *Los cuentos del Pastor* un libro con unos objetivos pedagógicos parecidos al de *Los Seres Inferiores*. Sevilla también desarrollaba sus actividades al uso. Barcelona había creado una *Revista Zóofila* y una fuerte campaña contra los toros [53]. En Cádiz, cuyos escritos ya dimos cuenta de la considerable proliferación, determinados sectores políticos comenzaron a vertebrar una opinión algo más clara al respecto, como los republicanos quienes, a raíz de la muerte del torero Espartero, exigieron la prohibición de las corridas. La réplica vino de los conservadores del turno, con un discurso, a caballo entre los prejuicios electorales de tal medida y un cierto desdén por el regeneracionismo que miraba a Europa:

> …presentar una moción a las Cámaras pidiendo que se supriman en España las corridas de toros, que desaparezca la fiesta popular por excelencia. ¡Pedir es! Pero estamos seguros de que no han de conseguir con ello absolutamente nada, primero porque cuando se ve la popularidad de que disfrutan los toreros, es insólito meterse en tales pretensiones […] está tan arraigado en España […] y no querrán los republicanos que les ocurra con los aficionados lo que les han sucedido con los socialistas, es decir, que han perdido las masas que en un tiempo eran las que formaban sus fuerzas. *[la muerte de Espartero]* habrá servido únicamente para que se vea que en España todavía quedan entusiasmos y que no es ésta una nación muerta como pudieran figurarse algunos.[54]

Hasta finales de siglo, y antes de los remolinos ocasionados por el 98, la tendencia a publicar escritos antitaurinos se mantuvo, como fue el caso del catalán Antonio Torrens, de la Sociedad Económica Graciense de Amigos del País, donde venía a abundar en los mismos presupuestos que los escritos iniciados dos décadas antes.[55]

El alborear del nuevo siglo y tras las sacudidas internas a las estructuras físicas y mentales por las consecuencias del »desastre del 98», los pensadores españoles, aquellos llevados por las tesis del krausismo y demás repertorios filosóficos de vanguardia, integraron un argumento más en sus postulados de reflexión y acción. La regeneración se desparramó en muchos de sus centros de debate y, en el caso de los proteccionistas y exaltadores de la naturaleza, se les agregó el estado de la nación, una nación postrada, sin energías, con una cierta interpretación del darwinismo social; quizás mezcla de resignación y de opción de vida, los regeneracionistas aceptaron la realidad de que tras lo de Cuba y Filipinas, era mejor replegarse hacía el interior, olvidar las nostalgias

imperialistas, e intentar descubrir en su propia naturaleza, una manera de encontrar las raíces de la regeneración nacional[56]. En realidad, no se trataba más que darle énfasis a una tendencia que ya se estaba marcando desde el último tercio del siglo XIX, sólo que ahora tenía también marchamo de remedio contra el desastre nacional. En este sentido, la exaltación de lo natural, de la naturaleza, de la apertura, el descubrimiento o la puesta en valor de espacios y parajes naturales se venía realizando y planteando por diversos grupos de pensadores krausistas y ligados a la Institución Libre de Enseñanza; y siendo todo ello, perfectamente compatible con las preferencias pedagógicas y la armonía natural con Dios y el Hombre. Por ello, las excursiones, las salidas al campo y, en definitiva, el descubrimiento de la naturaleza, formaron parte de sus estrategias, y más a partir de este momento coyuntural.[57]

En Cádiz, siguiendo quizás el espíritu con el que proliferaron las exposiciones madrileñas, abundaron en el entresiglos diversos certámenes alusivos como la Exposición de Plantas y Flores de 1890, el Concurso agrícola organizado por el Ateneo de Cádiz de 1901 o la Exposición Regional de Plantas y Flores, celebrada en el Parque Genovés en 1906[58]. Quizás los nuevos rigores filosóficos tras la crisis noventayochista, quizás un mayor calado literario en el tapete de la opinión pública, quizás otros protagonistas con otros estilos, los escritos proteccionistas y antitaurinos, en la forma en que se presentaron y conocieron en el anterior tercio de siglo, dejaron de prodigarse. No deja de ser representativo que en un periódico gaditano de 1894, reedite un artículo de Ramón Macías publicado más de cuarenta años antes, para emitir una opinión adversa a las corridas[59]. Algún oasis de opinión antitaurómaca la localizamos en 1904, a raíz de un proyecto de nueva plaza de toros para Cádiz, o dos años más tarde criticando el peligro de los toros de cuerda en Puerto Real o una composición del poeta Manuel Fernández Mayo sobre la barbarie de los caballos que mueren en la plaza[60]. Finalmente, anotar que los escritores de la Generación del 98, muy influidos por las ideas del krausismo, hicieron que muchos de ellos se opusieran a los toros y de forma manifiesta como fueron los casos de Azorín, Baroja y Unamuno[61], pero en especial el madrileño Eugenio Noel, que hizo de toda su vida productiva, una constante cruzada contra la tauromaquia, el casticismo y el flamenquismo, a su entender, gran parte de los males del país. Noel desarrolló una gran producción literaria y charlas por toda la geografía nacional en pos de su particular oposición a la Fiesta Nacional, a la que ya vislumbraba una cierta decadencia a inicios de siglo.[62]

2. CONCLUSIONES

El proteccionismo fue un movimiento concienciador de la sociedad moderna europea, que pretendió reubicar la relación entre el hombre, y los animales, en definitiva, una de las partes más importantes de la naturaleza. Sus protagonistas formaron parte de ese girón ideológico, acomodados en los asientos de la vanguardia del pensamiento y la política, herederos en parte de muchos de los viejos postulados del XVIII, y persistentes desde mediados del siglo XIX, al beneplácito de las corrientes filosóficas europeas, al republicanismo político y al institucionismo krausista, todo ello dirigido a lograr un país moderno, renovado, culto y abierto a las nuevas perspectivas del futuro. Su ubicación socioprofesional se circunscribió básicamente a actividades liberales, destacando la vertiente docente, y un nivel social de pequeña-media burguesía.

Pero también hay que matizar que su vinculación con los movimientos ideológicos más progresistas, no eximió la cierta identificación con otros sectores que, en definitiva, seguían defendiendo situaciones elitistas frente al resto social, como sucedió con los puritanos –en el caso británico–, o la propia Iglesia española ante los toros. No sólo se seguirán tomando como referencia las bulas y demás decisiones condenatorias a las corridas, sino que en algunos casos se llegaría a proponer un acercamiento en un hipotético marco de acción, que llevara a la ansiada prohibición en el momento coetáneo, algo realmente complicado a tenor del especial auge en el que por entonces discurría tal celebración.

Quizás a tenor de las actividades descritas nos pueda dar la sensación de una cierta infructuosidad y un bagaje algo estéril, pero no cabe duda que formaron referentes y modelos plausibles en la época que les tocaron vivir y que, en la actualidad, frente a otras conductas más egoístas, nos puedan servir para desarrollar una conciencia más positiva pues en definitiva, los animales están a nuestra disposición pero no a nuestras perversiones, ya que nuestra conducta hacia los animales, es en gran parte termómetro de nuestra conducta a nuestros semejantes y a la propia naturaleza que tanto maltratamos.

NOTAS

1 PREECE, R. y FRASER, D. «The Status of animals in Biblical and Christian Throught: a study in colliding values.», *Society and Animals…*, 2000, Vol.8, n.3, pp. 245-263.

2 BENNISON, R. «Ecological inclusión and no-human animals in the islamic tradition», *Society and Animals…*, 2003, Vol.11, n.1, pp. 105 y 106.

3 En este sentido, Sophia Menache estudia el elemento del perro como animal doméstico para introducirse en la actitud de las sociedades antiguas y modernas, y verificar así su actitud más o menos condescendiente. «Dogs and Human Beings. A Story of Frienship» *Society and Animals. Journal of Human-Animal Studies*, Reino Unido, 1998, Vol.6, n.1, pp. 67-87.

4 LI, C.H. «A union of Christianity, Humanity and Philanthropy: the christian tradition of the prevention of cruelty to animals in nineteenth century England», *Society and Animals…*, 2000, Vol.8, n.3, pp. 2 y 13.

5 GRIER, K.C. «Chilhood Socialization and companion animals: United States, 1820-1870», *Society and Animals…*, 1999, Vol.7, n.2, pp. 95-120.

6 Al respecto resulta muy útil el trabajo que abunda en el debate entre los partidarios y opositores a la vivisección que aún subyace en el ámbito científico de las universidades norteamericanas, BROIDA, J., TINGLEY, L., KIMBALL, R. and MIELE, J. «Personality differences between pro- and anti- vivisectionists», en *Society anda Animals. Journal of Human-Animal Studies*, MI, U.S.A., 1993, Vol.1. n.2, pp. 129-144.

7 Cfr., «Beastlly Agendas: an interview with Kathleen Kete. *Cabinet*, U.S.A., 2001, Issue 4 Animals.

8 PEREDA, J. *Los Toros ante la Iglesia y la Moral*, Bilbao, 1945, pp. 37-55, MOREIRO, J.M. *Historia, cultura y memoria del arte de torear,* Madrid, 1994, pp. 155-172 y ANTÓN, P. «La prohibición de las corridas de toros en días festivos y los obispos de Cádiz», en *Archivo Hispalense*, Sevilla, 1971, n.167, pp. 97-111.

9 JOVELLANOS, G. M. *Espectáculos y diversiones públicas. Informe sobre la Ley Agraria. Edición de José Lage*, Madrid, 1982, pp. 85-98.

10 LÓPEZ IZQUIERDO, F. *Cincuenta autores y sus escritos sobre toros*, Madrid, 1996, pp. 173-215.

11 Un intenso trabajo que despuntó en especial bajo el reinado de Carlos III, y que se desenvolverá entre no pocas dificultades, desde la coyuntura bélica, el «afrancesamiento» final y desprecio de muchos de sus protagonistas, y el rechazo institucional de algunas universidades nacionales a las nuevas tesis excesivamente transgresoras como las de Charles Darwin. Cfr., JOSA, J. «La Historia Natural en la España del siglo XIX: Botánica y Zoología», *Ayer*, Madrid, 1992, n.7, pp. 109-152. V., también, para una visión general del naturalismo que influyó las ciencias del dieciocho español, MARCHENA, J. (Dir.). *Entre la Ciencia y la Aventura*. *El legado de la generación Mutis en la España de la Ilustración*. Cádiz, 2009.

12 Los años posteriores abrieron sobremanera el abanico de periódicos específicamente taurinos: *Cartel de Toros* (1820), *El Toro* (1845), *La Flor de la Canela* (1847), *La Tauromaquia* (1848), *El Clarín* (1850), *El Enano* (1851), *El Mengue* (1867), *El Tábano* (1870), *El Toreo* (1874) o *La Lidia* (1882) entre otros. CARMENA, L. *El Periodismo Taurino. Índice de periódicos taurinos desde 1819 a 1898*, Madrid, 1898. También para una visión global de este asunto, V., ALTABELLA, J. *Crónicas Taurinas. Antología*, Madrid, 1965.

[13] La totalidad de la producción verificada en este intenso periodo de explosión taurómaca resultaría inabarcable. Valga este botón de muestra. Ejemplos en cuanto al cubrimiento informativo que van desde las ediciones anuales de lo que pasa en las plazas madrileñas –Manuel Serrano y su *El año taurino de 1898*, Madrid, 1899 o el de «Alegrías y Jeremías» que hace lo propio para el ejercicio de 1892, pasando por libros más ambiciosos que cubren grandes periodos como el trabajo de Leopoldo Vázquez *Un siglo taurino (1786-1886)*, Madrid, 1886. Están también las publicaciones que pretenden cubrir aspectos de forma erudita con extensos trabajos como los de Luis Carmena y su bilogía *Lances de Capa* y *Estocadas y Pinchazos*, Madrid, 1900, Josef de la Tixera con *La Fiesta de los Toros*, Madrid, 1894, Francisco Soto con *Perfiles Taurinos*, Madrid, 1896 autor quizás de uno de los primeros compendios sobre biografías de diestros, Enrique Casellas que hace lo propio con el vocabulario taurino, o incluso un tal A.E. y J. que con su *Críticos Taurinos. Biografías*, Madrid, 1889, evidencia que ya son una buena pléyade de escritores, periodistas y articulistas los que se dedican a este menester. Tenemos también trabajos con una mayor vertiente poética y ensayista como los del Duque de Veraguas (*Cuernos Históricos*, Lima, 1897), Deusdeit Criado (*Apuntes Taurinos*, Madrid, 1893) o Ruperto Bosque (*Ensayos Taurinos*, Madrid 1897). También considerar las ediciones más desenfadadas y de corte satírico-humorístico como *Chistes, anécdotas y chascarrillos taurinos*, Madrid, 1900, de Miguel Moliné, o el *Diccionario Cómico Taurino*, Madrid, 1893, de Paco Media-Luna. Finalmente no olvidamos los tratamientos más artísticos, recreándose en las ilustraciones plásticas de la lidia como el hermoso trabajo del Ilustrador Daniel Perea que en *¡A los Toros!*, Barcelona, 1900, cubre de hermosas acuarelas una publicación en español, francés e inglés flanqueada por escritos explicativos y la inclusión de la partitura de la zarzuela de los años sesenta «Pan y Toros».

[14] FOURIER, C. *La armonía pasional del nuevo mundo*, Madrid, 1973, pp. 71-76, FOURIER, C. *El Extravío de la razón,* Barcelona, Grijalbo, 1974, pp. 37-43 y FOURIER, C. *Crítica de la Civilización y de las Ideologías*, Buenos Aires, 1973, pp. 107-127.

[15] *Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas. Estatutos constitutivos y Reglamento General.* Cádiz, 1874, pp. 21 y 22.

[16] *Ibidem*, pp. 3-5

[17] *Ibidem* pp. 7-9 y *Estatutos de las Sociedades Infantiles protectoras de los Animales y Plantas*, Cádiz, 1875.

[18] MARTÍN FERRERO, P. *La Real Sociedad Económica Gaditana de Amigos del País*, Cádiz, 1988, pp. 43-47 y RIVAS Y GARCÍA, J. *Informe presentado a la Sociedad económica Gaditana de Amigos del País por…sobre Abolición de las Corridas de Toros y demás fiestas y espectáculos análogos*, Cádiz, 1877.

[19] *Revista de Andalucía*, Málaga, 1877.

[20] *Ibidem*, 1878.

[21] QUEDERRIBA, L. *Memorial en favor de los caballos de los picadores*. Cádiz, 1877, pp. 3-22.

[22] *Ibidem*, pp. 22-51. Los intentos por proteger a los caballos de los picadores no cejaron hasta la definitiva reglamentación que generalizó el uso de petos, ya durante la Dictadura de Primo de Rivera. En esa línea localizamos un trabajo, donde no sólo se pretendía proteger a los caballos, sino también a los diestros. V., CARBONELL, F. *El toreo con menos peligro o el salvavidas humanitario de los toreros y de los caballos*, Madrid, 1988.

[23] ÁLVAREZ ESPINO, R. «Sociedad Protectora de Animales y Plantas. Sesiones publicadas de 1875 a 1877 y acaso en 1880. Boletín de la Protectora madrileña», *Disertaciones y Discursos. Colección de escritos en Cádiz*, Cádiz, 1883, pp. 100-110.

[24] ÁLVAREZ ESPINO, R. «Las vivisecciones», *Ibidem*, pp. 181 y 182.

[25] ÁLVAREZ ESPINO, R. «Reseña Histórica», *Ibidem*, pp. 161-165. Para más información en torno al discurso conciliador entre los presupuestos del progreso y la religión, V. MARCHENA, J. «Los debates entre Ciencia y Fe en el Cádiz de la Restauración borbónica: una interpretación». *Trocadero*, Cádiz, 1994-95, n. 6-7, pp. 203-218.

[26] VELARDE, J. *Toros y Chimborazos. Cartas dirigidas al Sr. D. José Navarrete, impugnador de las corridas de toros*, Madrid, 1886 y *La Palma de Cádiz*, 23-jun.-1886.

[27] LUQUE, J. Mª. «Curado radicalmente», *Impresiones y recuerdos. Artículos publicados en el Diario de Cádiz*, Cádiz, 1895.

[28] CASTRO, A. d. *Combates de toros en España y Francia*, Madrid, 1889, pp. 31-41.

[29] *Ibidem*, pp. 41-61.

[30] Alguno de los títulos más sugerentes, lo que nos podía hacer una idea de sus contenidos teóricos fueron: «*-.Deducciones sobre las corridas de toro, -.No hay industria más inmoral que la que comercia con las pasiones de sus semejantes, -.Anatema contra las corridas de toros, La ilustración es el más fuerte dique para contener las avenidas del crimen, -.Las hecatombes modernas, -.La corrida del Domingo fue muy buena: 32 caballos muertos y tres lidiadores retirados a la enfermería, -.Las fiestas de toros son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor patrio y los talleres de nuestras costumbres políticas, -.Civilización y corridas de toros son dos conceptos antitéticos, -.El hombre no será verdaderamente hombre hasta que trabaje seriamente en la obra que de él espera la tierra: la pacificación y el enlace armónico de la naturaleza viva, -.De la brutalidad contra el animal a la crueldad contra el hombre no hay más diferencia que la víctima.*

[31] *Acta de la sesión pública celebrada por la Sociedad Protectora de los animales y las plantas de Cádiz el 26 de diciembre de 1875…para la adjudicación de los premios obtenidos en el concurso contra las corridas de toros promovida por la Sra. Viuda de Daniel Dollfus*, Cádiz, 1876, pp. 1-16.

[32] NAVARRO, M. *Memoria sobre los absurdos, males, peligros y otros excesos de las Corridas de Toros…*, Cádiz, 1876, pp. 1-6.

[33] *Ibidem, pp. 24-35.*

[34] *Ibidem, p.46.*

[35] NAVARRO, M. *Contra las Corridas de Toros*, San Martín de Provensals, 1881, pp. 13-23.

[36] *Ibidem,*, pp. 40 y 41.

[37] *Ibidem,* p.53.

[38] *Ibidem,* pp. 112-114.

[39] ANTÓN, F. d. *Memoria escrita contra las Corridas de Toros*…, Cádiz, 1876, pp. 5-7.

[40] *Ibidem*, pp. 9 y 10.

[41] GUEROLA, A. *Memoria contra las Corridas de Toros sus inconvenientes y perjuicios…* Cádiz, 1876, p.21.

[42] *Ibidem*, pp. 20-22.

[43] Como es de suponer, esta réplica va rebatiendo todos los argumentos en contra para ponerlos justo en el lado contratio: no crueldad, no salvaje, no tanto sufrimiento, etc. *El Respingo: contestación a la memoria escrita por Antonio Guerola «Corridas de Toros»… por Un Aficionado*, Barcelona, 1877.

[44] *Acta de la Sesión pública celebrada por la Sociedad Protectora de Animales y Plantas de Cádiz, para la adjudicación del premio instituido por el Sr. D. José María Uceda.* Cádiz,1877, pp. 1-10.

[45] *Ibidem,* pp. 11-23. Precisamente en esta línea pedagógica, el acta iba rematada de diversos escritos y composiciones literarias en las que se exaltaban la nobleza de la enseñanza a los niños, y el valor de las escuelas y sus enseñantes.

[46] MORENO ESPINOSA, A. *Los Seres Inferiores. Obra dedicada a la enseñanza de la Lectura en las Escuelas de Primera Enseñanza*, Cádiz, 1878, pp. 17-36 y 49-50.

[47] *Ibidem,* pp. 41-47.

[48] *Ibidem,* pp. 75-85 Finalmente el toro acaba con la vida del caballo, pero también con la del banderillero y del propio matador, y eso le hace que sea perdonado, cuestión ésta que el toro «le comenta» a sus compañeros en la dehesa, para que sepan lo que deben de hacer.

[49] *Ibidem,* pp. 87-90.

[50] *Ibidem,* pp. 91-96 y 99-107.

[51] *Ibidem*, pp. 131-133 y 143.

[52] *Ibidem*, pp. 192-200 y 217-219.

[53] NAVARRO, M. *Contra las corridas de toros*, pp. 120-125.

[54] *La Dinastía,* 3-jun.-1894.

[55] TORRENS y MONNER, A. *Abajo las corridas de Toros!*, Gracia, 1894.

[56] CASADO DE OTAOLA, S. *Naturaleza patria. Ciencia y sentimiento de la naturaleza en la España del regeneracionismo*, Madrid, 2010, pp. 319-329.

[57] LÓPEZ, J. *La Visión de la Naturaleza en el krausoinstitucionismo*. Art. inédito.

[58] TORO, C. del. *Discurso leído en la inauguración de la Exposición de Labores de la Mujer, Bellas Artes y Plantas y Flores*, Cadiz, 1890, *Programa-Convocatoria del Concurso Agrícola que, por iniciativa del Ateneo de Cádiz se ha de celebrar en el mes de agosto de 1901*, Cádiz, 1901 y *Exposición Regional de Plantas y Flores que se ha de celebrar en Cádiz desde el 4 al 31 de agosto de 1906 en los jardines y Parque Genovés coincidiendo con la fecha de la feria de Nuestra Señora de los Ángeles*. Cádiz, 1906.

[59] *La Dinastía*, 6-jun.-1894.

[60] *El Programa*, 16-ab.-1904, *La Dinastía*, 15-may.-1906 y *Cádiz en Broma*, 30-jun.-1906.

[61] CAMBRIA, R. *Los Toros, tema polémico en el ensayo español del siglo XX*. Madrid, 1974, pp. 51-59.

[62] *Ibidem*, pp. 178-274.

La guerra de las bestias. Una lectura de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial a través de los comics de animales

José Joaquín Rodríguez Moreno
Universidad de Cádiz

La segunda guerra mundial fue mucho más que un conflicto bélico. Fue un conflicto ideológico. Un conflicto que enfrentó diferentes formas de entender la política, el estado, la nacionalidad e incluso la cultura, lo que obligó a cada país a utilizar cuantos mecanismos propagandísticos tuviera a su alcance para presentar su causa como justa ante sus ciudadanos. Aún más, el hecho de que los países contendientes volcaran todos sus recursos hacia la consecución de la victoria hizo aún más acuciante el convencer a la población de que todos los sacrificios que estaban sufriendo eran imprescindibles. Como Goebbels demostrara en la Alemania nazi, todo podía ser convertido en propaganda. El ministerio de propaganda nazi incluía no solamente la prensa, sino también la radio, el cine, el teatro, la música, la literatura, las artes e incluso el turismo.[1] Otros países, también emplearían dichos medios, y si bien el control sería en ocasiones menos directo que en la Alemania de Hitler, los resultados serían igualmente positivos.

Este amplio repertorio propagandístico ha despertado el interés de numerosos académicos, que con el paso de las décadas han ido pasando de los medios más evidentes (prensa, cine y cartelería) a otros menos evidentes. En los últimas años, a los estudios tradicionales se han unido los referentes al cómic, sobre todo en los Estados Unidos, país donde este medio de comunicación alcanzó gran auge a través de la prensa y las revistas (*comic books*).[2] Muchos de estos trabajos dedican amplios apartados a la simbología, y sin embargo la mayoría pasan de puntillas, cuando no ignoran completamente, a los animales. Como ya hemos visto en capítulos anteriores de este libro, el animal como símbolo y emblema ha sido utilizado a lo largo de toda la Historia de manera muy consciente. El objetivo del presente capítulo es rellenar

ese hueco que hasta ahora existía en los estudios sobre propaganda y cómic, empleando para ellos la simbología y el mensaje de dos de los géneros más importantes de principios de los años 40: los superhéroes y los animales antropomórficos.

1. LA SIMBOLOGÍA

Los *comic books* poseen un obstáculo fundamental a la hora de transmitir un mensaje: su limitado espacio. En los años 40, lo habitual es que una aventura tuviese unas ocho páginas, en ocasiones la mitad, con una media de entre seis y nueve viñetas por página. Esto obligaba a los artistas a utilizar un lenguaje gráfico que suministrase mucha información al lector. Por lo tanto, el héroe de cómic ha de tener unas características muy concretas: una apariencia hermosa y un rostro amable que nos recuerdan a los cánones clásicos, siendo su belleza exterior un reflejo de su buen corazón.[3] De igual manera, el villano tiene una apariencia grotesca y una conducta totalmente depravada, que nos hace entender inmediatamente que es una amenaza inmediata y fácilmente reconocible.[4] Es decir, en la narrativa de los *comic books*, al menos en estos primeros años del medio, lectores y lectoras reconocen a los héroes y villanos meramente por su apariencia.

Ahora bien, antes de que estallase la segunda guerra mundial, estos arquetipos de héroe y villano habían representado a justicieros por un lado, a delincuentes comunes y científicos locos por otro. Sin embargo, a partir de 1939, a pesar de no estar inmersos en el conflicto de forma directa, una gran cantidad de cómics estadounidenses comenzaron a enfrentar a sus héroes contra los nazis. Puesto que parte de la opinión pública era contraria a entrar en la guerra,[5] el discurso de los cómics se iba a volver algo más complejo, en tanto que ya no basta con diferenciar al bueno del malo, sino que también hay que convencer al lector de que el héroe lucha por él y el villano, a partir de ese momento un nazi, lo hace contra él. Como los artistas tuvieron que hacer visible conceptos abstractos (bien, mal, justicia, patriotismo), hicieron algo corriente en el arte: recurrieron a la metáfora y al símbolo.[6] A continuación veremos y explicaremos la simbología animal más empleada.

Portadas de diversos cómics patrióticos con elementos simbólicos (1941-1942).

2. **EL HÉROE COMO ÁGUILA**

Sin lugar a dudas, el símbolo patriótico por antonomasia iban a ser las barras y estrellas de la bandera estadounidense, que lucieron personajes como The Shield, Uncle Sam, Captain America, USA, Miss America, Yank & Doodle, American Crusader, Star Spangled Kid, Fighting Yank, Captain Flagg, Captain Courageous, The Flag o The Liberator.[7]

No obstante, el águila seguiría muy de cerca a la bandera. A fin de cuentas, el águila calva, una especie autóctona de Norteamérica, era y es el animal nacional estadounidense, y su imagen aparece en el gran sello de los Estados Unidos, en la bandera presidencial, y en el reverso de muchas de las monedas y billetes (por ejemplo, en el común billete de un dólar). Así, encontramos héroes cuyo nombre y, en ocasiones, también su uniforme hacen

referencia al águila: Eagle, Lone Eagle, Man of War, Yankee Eagle, Phantom Eagle, War Eagle, American Eagle, Bald Eagle, Red Hawk, Golden Eagle.[8] Además, otros personajes patrióticos portarán elementos del águila, como las alas que lleva en su máscara Captain America, o directamente se harán acompañar por un águila como mascota, como Captain Flagg. Un personaje que no tenía originalmente ninguna connotación patriótica, Hawkman, aparecería sobrevolando Japón junto a un águila calva, arrojando ambos bombas sobre el país.[9] Incluso héroes cuyos uniformes no poseían ningún distintivo patriótico, se harían acompañar del águila cuando diesen un mensaje sobre la guerra. Así, coincidiendo con el inicio de la guerra tras el bombardeo de Pearl Habor, Superman y Spy Smasher aparecerían junto a un águila calva, el uno con las barras y estrellas de fondo, el otro junto al Capitolio;[10] por su parte, Batman y Robin, ya en plena contienda, volarían sobre un águila calva, gritando a los lectores: «¡Mantén volando al águila americana! ¡Compra bonos y cupones de guerra!»[11].

Los héroes patrióticos en general, y aquéllos que usaban el emblema del águila en particular, representaban una serie de valores muy concretos. En primer lugar, no eran personajes agresivos que luchasen sin razón contra los nazis, muy por el contrario, combatían a los saboteadores y quintacolumnistas que querían debilitar la producción de armamento estadounidense.[12] Ciertamente una vez comenzada la guerra, los héroes tomarían la ofensiva, pero sólo para acabar una guerra que ellos no había buscado, de tal modo que mientras Captain America golpeaba a un oficial japonés, exclamaría: «¡Vosotros empezásteis! Ahora... ¡nosotros le pondremos fin!».[13] Incluso en plena guerra, los protagonistas de los *comic* books serían piadosos y humanitarios, protegiendo a los heridos y a los miembros de la Cruz Roja de la barbarie nazi,[14] y por supuesto valientes y habilidosos.[15] La descripción que un policía haría de Hawkman serviría para todos estos héroes: «un buen ejemplo de masculinidad estadounidense» y, por lo tanto, un buen ejemplo a seguir.[16]

3. EL VILLANO COMO BESTIA

Si el águila es símbolo del héroe, alemanes y japoneses no van a ser representados por un animal concreto. Es posible que esto se debiera a dos factores: la esvástica como símbolo inconfundible del nazismo y la caricaturización a la que ya estaba sometida la imagen del oriental en general, si

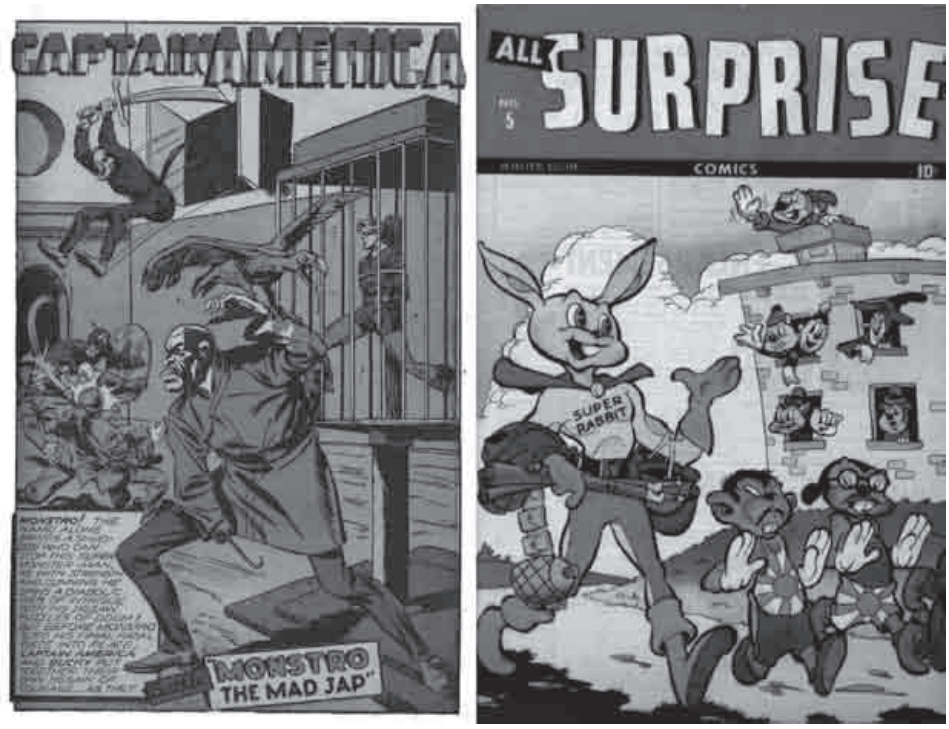
bien en un puñado de ocasiones también aparecerá como un monstruo o un dragón.[17]

Frente al nazi alemán, que es considerado una persona normal, si bien malvada, el japonés es víctima de una serie de estereotipos culturales que lo convertirían en un personaje cómico, como relata Gene La Roque, a la sazón un estudiante universitario cuando comenzó la guerra:

> Los japoneses nos parecían casi como monos. No eran una gente ni muy amable, ni muy inteligente (...) no eran tan altos como nosotros y, en las caricaturas, parecían muy graciosos. Antes de Pearl Harbor veíamos a los japoneses como un pueblo débil y un tanto atrasado. Nos parecían de otro planeta (...) Pensábamos que los japoneses no veían bien, sobre todo de noche, porque en todas las imágenes que habíamos visto de ellos a lo largo de los años siempre llevaban gafas de montura gruesa (...) Sabíamos que los japoneses eran seres infrahumanos. De veras lo creíamos.[18]

De hecho, además de un simio, los japoneses también llegarán a aparecer como osos pandas.[19] No obstante, en los cómics de animales antropomórficos *(funny animals)*, donde los héroes eran animales de rostro amable y connotaciones pacíficas, los alemanes podían llegar a ser representados como bestias torpes o rabiosas,[20] pero los japoneses aparecían más comúnmente como humanoides bajitos, dentudos y miopes, con la piel de un color amarillo chillón.[21] Dicho de otra manera: los japoneses no eran dibujados como animales porque ya eran percibidos como tales. Por el contrario, las pocas veces que se representará a un chino se le pondría una apariencia más humana y con ropas más occidentales, si bien siempre poseería ese color amarillo chillón y los ojos almendrados.[22]

La animalización del japonés era aún mayor en los cómics de aventuras. La figura de los generales japoneses solía ser menos desagradable, ya que recordaban al gran genio del mal asiático de la primera mitad del siglo XX, Fu-Manchú; sin embargo, los soldados y secuaces japoneses llegaban a perder cualquier atisbo de humanidad: cuerpos amorfos, ropas extrañas, rostros desfigurados y salvajes, uñas como las de animales, cabezas calvas, colmillos afilados...[23] En ocasiones, el mismo nombre del villano hace referencia a lo repugnante que resulta, como un enemigo de Captain America llamado Monstro.[24] Curiosamente, al menos en un cómic publicado inmediatamente después de la guerra, descubrimos a un japonés representado con rasgos humanos, ropas occidentales y un color amarillo menos intenso.[25]



Una representación monstruosa de los japoneses en *All Winners Comics* (invierno 1941) y cómica en *Our Flag Comics* (2, X/1942).

4. **EL MENSAJE**

Un buen puñado de editoriales y autores de cómics tuvieron interés en presentar un mensaje contrario al nazismo incluso antes de que comenzase la guerra; una vez iniciada, prácticamente todas las editoriales y autores se sumarían a la causa aliada. Sin embargo, hemos de ser conscientes de que los cómics transmitían mucho más de lo que editores y artistas pensaban. En la moral y actitud de los personajes, además de en el tono de las aventuras, encontramos unos valores e ideas (o unos sonoros silencios) que los creadores de aquellas historietas ni siquiera se pararon a plantearse, pues en su contexto eran universalmente aceptados, y que sin embargo hoy nos pueden decir mucho sobre la sociedad estadounidense de aquellos años. Ciertamente, el objetivo de aquellos artistas no era dejarnos un retrato de su época, pero justamente por ello su testimonio es interesante, pues recordando las palabras

de Peter Burke, «en el caso de las imágenes [...] su testimonio resulta más fiable cuando nos dicen algo que ellas, en realidad los artistas, no saben que saben».[26]

5. LOS MENSAJES CONSCIENTES

El mensaje más repetido fue, sin duda alguna, la bondad de los héroes estadounidenses y la maldad de sus adversarios nazis y japoneses. La simbología animal que vimos en el epígrafe anterior tenía un mensaje muy claro: hacer que el lector sintiera repulsa hacia el villano bestializado y admiración hacia el héroe que representa un animal hermoso o patriótico.[27]

Sin embargo, aunque prácticamente todas las series y editoriales estadounidenses hicieron hincapié en la guerra entre 1942 y 1945, hay que tener en cuenta que no todas las historietas se centraban en el conflicto bélico.[28] Pero no hacía falta hablar de los campos de batalla para transmitir un mensaje patriótico y edulcorado en el que se hiciera referencia a la armonía del sistema estadounidense y a su capacidad para defender a los débiles. Así, por poner sólo algunos ejemplos, la mayoría de los animales que protagonizaban las historietas serían de diferentes razas. El Captain Marvel Bunny, un conejo, saludaría a la bandera estadounidense acompañado de un cerdo, un castor y un pato; el martirio al que el ganso Gandy y el gato Sourpuss sometieran a los líderes del Eje sería observado con gran placer por un zorro, un ratón, un conejo, un perro y un cerdo; también Pluto y Donald, un perro y un pato, desfilarían uniformados y con la bandera estadounidense ondeando.[29] Se pretendía dar la sensación de que, frente a los estados totalitarios en los que imperaban políticas racistas, se encontraban unos Estados Unidos tolerantes, una nación de naciones[30] que también se mostraría en novelas, seriales y películas bajo la forma de irreales pelotones de soldados compuestos por «un grupo mixto de católicos, protestantes y judíos, el niño rico burgués y el niño pobre, el tonto y el genio».[31] Además, Estados Unidos aparecía como una nación pacífica pero al mismo tiempo fuerte. Los animales protagonistas de los cómics serían torpes y débiles, cierto, pero lograrían derrotar a la bestia fuerte, violenta y solitaria (usualmente representadas por el lobo), uniendo fuerzas.[32] En la diversidad que permite la democracia se encontraba la auténtica fuerza, no en la unidad forzosa de las dictaduras.

6. LOS MENSAJES INCONSCIENTES

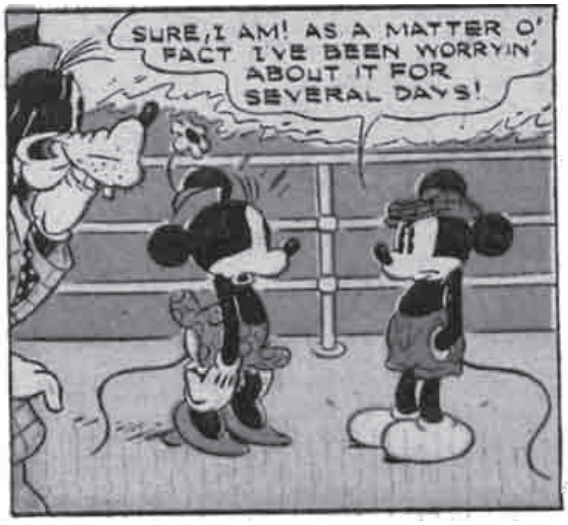
Si bien los mensajes propagandísticos eran importantes, nuestro interés no puede detenerse exclusivamente en ellos: lo que las viñetas nos cuentan sobre el resto del mundo y sobre la propia sociedad estadounidense nos resulta igualmente interesante para comprender la realidad de aquellos años.

El primer aspecto a tener en cuenta va a ser la visión que los artistas y gran parte de la sociedad tienen de Japón. Los estereotipos empleados son los mismos que durante décadas se habían utilizado para describir al Peligro Amarillo, de tal modo que la bestialización de los japoneses no es muy diferente de la que unos años antes hubo con respecto a China, Tíbet y prácticamente cualquier rincón de ese cajón de sastre cultural que es el concepto *Oriente*. El cruel y despiadado enemigo japonés al que Hawkman y sus aliados se enfrentarían en una de las primeras aventuras de la Justice Society of America no sería más que un remedo de Fu Manchú, mientras que, antes de la guerra, Captain America combatiría en la aventura titulada «The Ageless Orientals That Wouldn't Die!!» con unas extrañas criaturas tibetanas que no distarían mucho del retrato que unos meses después se iba a hacer de los japoneses.[33] De hecho, la caricaturización de los japoneses era prácticamente idéntica a la que se hacía en los cómics desde mucho antes de la guerra,[34] y el que llegasen a ser representados como osos panda (un animal que, recordemos, sólo se encuentra en el interior de China) confirma aún más esa sensación de que la idea que los estadounidenses tenían de Japón era, en general, muy difusa. La única aportación original a la representación del japonés fue, por lo tanto, el colocarle gafas.

En general, la percepción que existía del resto del mundo no era mucho mejor. Uno de los argumentos típicos en las historietas de animales, sobre todo en las de Disney, era la de la búsqueda del tesoro. Esta búsqueda llevaba al protagonista a perseguir un tesoro en alguna remota región del mundo, en ocasiones en Latinoamérica, en ocasiones en lugares como Egipto.[35] Estos tesoros estaban esperando la llegada de los personajes (que obviamente vienen de los Estados Unidos), pues no estaban guardados o, de estarlo, era por indígenas primitivos que no comprendían el valor del tesoro; en consecuencia, los personajes no son representados como saqueadores, puesto que dichas riquezas no tienen dueño real.[36]

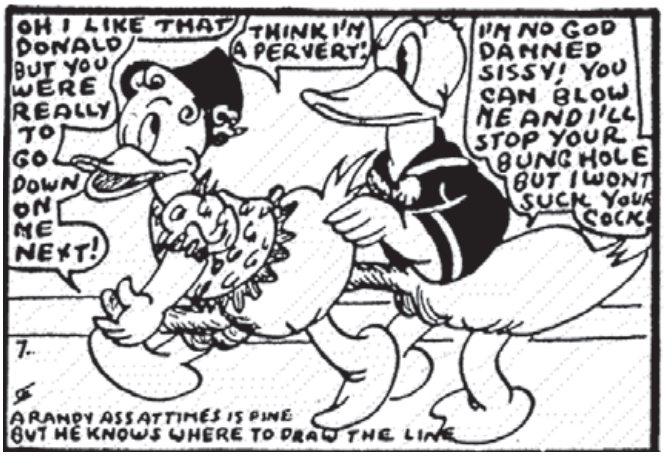
Un segundo aspecto que debemos tratar son las percepciones sobre género, sexo y sexualidad que estas historietas muestran con sus imágenes, pero casi nunca con sus textos. Y es que, a diferencia de los cómics de aventuras y

superhéroes, en los que los personajes femeninos tienen curvas bien marcadas y provocativas,[37] en los cómics de animales el sexo nunca es distinguible. Por contra, lo que sí se distingue es el género, es decir, la serie de características culturales que una sociedad considera que distinguen a hombres y mujeres, pero que no son innatas a la biología humana. Por lo tanto, nos encontramos con que el Pato Donald es físicamente idéntico a su novia Daisy, y sólo les distingue su indumentaria: Donald no usa pantalones y lleva ropa de marinero, mientras que Daisy usa maquillaje, lleva un pañuelo en la cabeza, pendientes y tacones; de igual modo, Mickey y Minnie sólo se distinguen por su indumentaria: él usa pantalones y ella combina una falda con un sombrero coronado por una flor, estando ambos desnudos de barriga para arriba; otro ejemplo distintivo es la cerdita novia de Super Rabbit, que cuando aparezca junto a un cerdo varón sólo se diferenciarán por la vestimenta y el peinado.[38] Por lo tanto, aunque los personajes puedan parecernos machos o hembras, lo cierto es que si les quitásemos las ropas y el maquillaje, descubriríamos que son idénticos, lo que va a permitir que, en ocasiones, los personajes no tengan reparos en travestirse para engañar a un villano.[39] Los autores no quieren sexualizar a los personajes pero sí quieren diferenciar a hombres y mujeres, ofreciéndonos un amplio abanico de señales culturales de lo que se considera masculino y lo que se piensa que es femenino: las mujeres cocinan y se maquillas, los hombres viven aventuras y buscan tesoros, etc.



Mickey y Minnie son físicamente iguales, diferenciándose sólo por la ropa y el maquillaje (*Walt Disney´s Comics*, 4, I/1941).

Ese mundo asexual se refuerza con la ausencia de relaciones de parentesco. Así, aunque los personajes pretendidamente masculinos tienen novias, sus relaciones son puramente protocolarias. Incluso cuando hay relaciones familiares, la paternidad y maternidad de los protagonistas nos son desconocidas: Donald tiene tres sobrinos, pero nunca conoceremos (y ni siquiera se mencionará) al hermano o hermana que los engendró. En los años inmediatamente posteriores a la guerra, este mundo de tíos y sobrinos se reforzará,[40] siendo los casos más conocidos la aparición de Uncle Scrooge (Tío Gilito en España y Tío Rico en Sudamérica) o las sobrinas de Minnie, sustitutas de unas hijas que Minnie y Mickey no pueden tener.[41]



Escena homosexual aparecida en *Donald Duck has a Universal Desire* (finales de los años 30).

Sin embargo, esta omisión tanto del sexo como de la sexualidad no era un reflejo de la falta de interés de la sociedad, sino de los límites que las propias editoriales se imponían para evitar tener problemas con la estricta moral. Libre de estas limitaciones, los cómics ilegales pornográficos (conocidos como *Biblias de Tijuana*) explotaron entre los años 30 y 40 la sexualidad de los personajes antropomórficos (y de otros muchos, reales o ficticios). Así, nos topamos con un Donald que muestra un enorme pene y que acaba descubriendo que su conquista no era una pata, sino un pato, lo cual no le impedirá mantener relaciones sexuales; Mickey también tendrá varios encuentros sexuales con Minnie, en ocasiones compartidos junto a Donald; otro personaje, Felix el gato, también mantendrá relaciones sexuales explícitas, si bien

con mujeres humanas.[42] El interés por la sexualidad de estos personajes de ficción era más que evidente, y el que ni las editoriales ni las salas de cine satisficieran dicha curiosidad no iba a ser impedimento para que dibujantes anónimos e impresores desconocidos sí lo hicieran.

7. LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO

En los años 40, críticos, educadores y parte de los artistas pensaban que los *comics books* atraían a un público meramente infantil.[43] No obstante, las estadísticas desmienten completamente este hecho (tabla 1).

Hombres	Edades	Mujeres
95,00%	6-11	91,00%
87,00%	12-17	81,00%
41,00%	18-30	28,00%
16,00%	Más de 30	16,00%

Tabla 1: Porcentaje de la población de los EE UU que leía cómics en 1945
(Fuente**:** Revista YANK del 23 de noviembre de 1945, citada en WRIGHT, Bradford W.: Comic Book Nation: The Transformation of Youth Culture in America, Baltimore, EE.UU., The Johns Hopkins University Press, 2003)

Esta edad tan variada se demuestra, además, en el hecho de que los cómics anunciaban la venta de bonos de guerra, que con un valor de un dólar difícilmente podía ser adquirido por un niño o una niña pequeños.[44] Sólo en una ocasión hemos encontrado un caso en el que un personaje, Donald, ofrecía solamente cupones de guerra, que resultaban mucho más baratos y, por lo tanto, más asequibles al bolsillo de los más pequeños.[45] Otro detalle que nos indica que en absoluto eran una lectura puramente infantil es el hecho de que el propio ejército estadounidense adquiriera una gran cantidad de cómics para distribuirlos entre las tropas.[46]

Si bien los superhéroes eran, sin lugar a dudas, el género más popular, los cómics de animales jugaron un papel muy importante en algunas editoriales, como pudieran ser Dell Comics o Timely Comics (la actual Marvel Comics). En el caso de esta última, los cómics de animales irían ganando cada vez más peso, hasta el punto de desbancar a los superhéroes durante el último año de la guerra (tabla 2).

	1940	1941	1942	1943	1944	1945
Funny Animals	0	0	7	31	30	50
Superhéroes	25	41	54	54	69	44

Tabla 2: Cómics Timely 1940-1945

(Fuente**:** Elaboración propia a partir de las bases de datos de Grand Comics Database, <http://www.comics.org/>, The Unofficial Handbook of Marvel Comics Creators <http://www.maelmill-insi.de/UHBMCC/index.htm>).

El sorprendente aumento de los cómics de animales se explica con facilidad: las editoriales compraban licencias para producir cómics de personajes populares en las pantallas de cine (Dell Comics compraría las de Disney y Warner, mientras que Timely adquiriría las de Terry-Toons), por lo que la respuesta del público solía ser bastante favorable. Este éxito inicial animaría a otras editoriales a crear sus propios personajes, casi siempre a imitación de Disney, obteniendo en ocasiones cierto éxito, como sería el caso de Hoppy the Marvel Bunny y su imitador Super Rabbit.[47]

El éxito de los superhéroes y los animales se refleja en la proliferación de series y editoriales que los Estados Unidos vivieron durante lo años de guerra, a pesar de los problemas inherentes al conflicto: los jóvenes artistas que constituían la base de la industria acababan siendo reclutados por el ejército y el racionamiento de papel ponía límite a la cantidad de cómics que una editorial podía producir. Mientras que la escasez de papel se solucionó concentrándose solamente en los títulos y géneros más populares y llegando con acuerdos puntuales con el gobierno[48], la constante sangría de artistas se fue solucionando, sobre todo en los dos últimos años de la guerra, dividiendo el trabajo de la siguiente manera: una persona escribía un guión, otra lo dibujaba a lápiz, un tercero aplicaba tintas y en ocasiones completaba los fondos, una cuarta persona seleccionaba los colores; aunque este modelo era idéntico tanto para producir superhéroes como animales, los artistas solían estar separados en diferentes salas según su función (escritores por un lado y dibujantes por otro) e incluso su especialidad (superhéroes por una parte y animales por otra).[49] Si este sistema de producción casi industrial impedía la creación de una obra personal e independiente, tendiendo a la repetición de tópicos,[50] el que los artistas fueran dejando de recibir un sueldo fijo y en su lugar cobrasen en función de las páginas de dibujo o de guión realizadas[51] no hizo más que favorecer la creación rápida e impersonal. El resultado de este modo de trabajo serían unas historietas con un mensaje sencillo y repetitivo, que bebían de tópicos como los que hemos venido viendo sobre los japoneses, la diferencia aparente entre hombres y mujeres, etc. No obstante,

no podemos olvidar que buena parte del atractivo del cómic se debía justamente a unos personajes y tramas que encajaban perfectamente con los sentimientos y expectativas de los lectores.

8. CONCLUSIONES

La segunda guerra mundial fue mucho más que un conflicto bélico. Para los Estados Unidos, en verdad para todos los países contendientes, fue una oportunidad para demostrar que su sistema socio-político-económico era el correcto y su ideología la acertada. Los vencedores tal vez pudieran convencer a los derrotados por la fuerza de las armas, pero antes tenían que convencer a sus propios ciudadanos; para ello iban a valerse de todos los recursos que tenían a su disposición: prensa, radio, cine y cómics.

La industria del cómic, igual que el cine y la radio, apoyaron al gobierno antes incluso de que la guerra comenzara. En el cine, Hitchcock concluiría su película *Foreign Correspondant* (United Artists, 1940) en una clara llamada a la ayuda de Inglaterra; en las ondas de radio, la voz de Jimmy Dorsey cantaba «My sister and me» (1941), la desgarradora historia de dos refugiados huidos de la guerra en Europa; en los cómics, Captain America golpeaba al propio Adolf Hitler. En un primer momento, esta propaganda se hizo a través de una serie de héroes patrióticos que, en no pocas ocasiones, emplearían al águila calva como símbolo de los valores estadounidenses: democracia, justicia y libertad se enfrentaban a los agentes enemigos, la mayoría de las veces nazis, que representaban todo lo contrario: dictadura, arbitrariedad y esclavitud. Sin embargo, tras el ataque a Pearl Harbor, los japoneses también aparecerían como enemigos. Para dar mayor fuerza a los héroes estadounidenses, éstos eran representados como auténticos modelos de belleza y rectitud. Frente a ellos, los enemigos eran embrutecidos, llegando a parecer auténticos monstruos en el caso de los japoneses. Posteriormente, ya comenzada la guerra, los cómics de animales antropomórficos fueron ganando peso y, al mismo tiempo, reflejando la guerra. Igual que los cómics de superhéroes, mostraron las bondades del sistema estadounidense al tiempo que se burlaban de los enemigos. Ahora bien, mientras que los nazis eran caricaturizados como perros o cerdos, los japoneses siguieron siendo japoneses, como si ya de por sí fueran animales y por eso mismo encajaran perfectamente en las aventuras antropomórficas.

Aunque el mensaje consciente que emitían estos cómics nos resulten muy interesantes para comprender un poco mejor la segunda guerra mundial, no podemos dejar de buscar otros mensajes, éstos inconscientes, que nos transmitían los cómics de animales. El escaso conocimiento de los japoneses, a los que se aplicaron todos y cada uno de los tópicos sobre «los orientales», la visión condescendiente respecto a otros países menos desarrollados o la rígida moral que evitaba cualquier referencia al sexo y que acababa explotando en forma de pornografía ilegal son sólo algunos ejemplos de lo que estos personajes, tan inocentes y sencillos a simple vista, pueden ofrecernos.

NOTAS

1 Sobre la propaganda nazi en los medios de masas léase WELCH, David: *The Third Reich: Politics and Propaganda*, Londres (Reino Unido), Routledge, 2002, pp.38-56.

2 Algunos textos publicados en la última década han sido MINEAR, Richard H.: *Dr. Seuss Goes to War: The World War II Editorial Cartoons of Theodor Seuss Geisel*, Nueva York (EE UU), The New Press, 2001; BRYANT, Mark: *World War II in Cartoons,* Nueva York (EE UU), Grub Street, 2005; DEWEY, Donald: *The Art of Ill Will: The Story of the American Political Cartoon*, Nueva York (EE UU), New York University Press, 2008; TIFFNEY, Christopher: *World War II in Cartoons*, Sparkford (Reino Unido), J.H. Haynes & Co, 2009; RODRÍGUEZ MORENO, José Joaquín, *Los cómics de la segunda guerra mundial: Producción y mensaje en la editorial Timely (1939-1945)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2010.

3 GASCA, Luis y GUBERN, Román: *El discurso del cómic*, Madrid, Cátedra, 1988, pp.62-64.

4 GASCA y GUBERN, Ibidem., p.94, y CLINE, William C.: *In the Nick of Time. Motion Picture Sound Serials*, Jefferson (EE UU), McFarland & Company Inc. Publishers, 1997, p.107.

5 JENKINS, Philip: *Breve Historia de Estados Unidos*, Madrid, Alianza Editorial S.A., 2002, p.285.

6 BURKE, Peter: *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico,* Barcelona, Crítica, 2001, p.77.

7 Aparecidos en *Pep Comics* #1 (enero 1940), *Uncle Sam* #1 (julio 1940), *Captain America Comics* #1 (marzo 1941), *Feature Comics* #42 (marzo 1941), *Military Comics* #1 (agosto 1941), *Prize Comics* #13 (agosto 1941), *Thrilling Comics* #19 (agosto 1941), *Action Comics* #40 (septiembre 1941), *Startling Comics* #10 (septiembre 1941), *Blue Ribbon Comics* #16 (septiembre 1941), *Banner Comics* #3 (septiembre 1941), *Our Flag Comics* #2 (octubre 1941) y *Exciting Comics* #15 (diciembre 1941) respectivamente.

8 Aparecidos en *Science Comics* #1 (febrero 1940), *Thrilling Comics* #3 (abril 1940), *Liberty Scouts Comics* #2 (junio 1941), *Military Comics* #1 (agosto 1941), *Wow Comics* #6 (julio 1942), *Crime Does Not Pay* #22 (julio 1942), *America's Best Comics* #2 (septiembre 1942), *Air Fighters Comics* #2 (noviembre 1942), *Blazing Comics* #1 (junio 1944) y *Contact Comics* #1 (julio 1944) respectivamente.

9 Hawkman aparecería en *Flash Comics* #1 (enero 1940) y el bombardeo de Japón tendría lugar en *Flash Comics* #33 (septiembre 1942).

10 En *Superman* #14 (enero 1942) y *Spy Smasher* #4 (abril 1942) respectivamente.

11 *Batman* #17 (junio 1943).

12 En *Captain America Comics* #1 veríamos, en un rincón de la portada, a un saboteador nazi dinamitando una fábrica estadounidense. Hawkman y la Justice Society of America se enfrentan a un grupo de saboteadores nazis en *All-Star Comics* #4 (marzo-abril 1944).

13 En la portada de *Captain America Comics* #13 (abril 1942), donde también se podía encontrar un cartel que recordaba al lector que la guerra había empezado con el traicionero ataque a Pearl Harbor.

14 *The Eagle* #4 (enero 1942).

15 En la portada de *Eagle Comics* #2 (abril-mayo 1945) un par de cazas estadounidenses se enfrentarían solos a cuatro cazas japoneses.

16 All-Star Comics #4.

17 Como un monstruo en *Sub-Mariner Comics* #12 (invierno 1944) y como un dragón oriental en *Spy Smasher* #7 (octubre 1942).

18 REES, Laurence: *El holocausto asiático*, Barcelona, Crítica, 2009, pp.71, 85 y 87.

19 Un ejemplo de japoneses como simios lo encontramos en *All Surprise Comics* #5 (invierno 1944), y como osos panda en *Terry Toon Comics* #25 (octubre 1944).

20 Adolf Hitler representado como un burro lo encontramos en *Terry-Toons Comics 01 (octubre 1942)*, los nazis como perros pueden verse en *Comedy Comics* #24 (verano 1944), y un ejemplo de cómic de animales en los que los japoneses no son disfrazados de una raza animal lo tenemos en *Comedy Comics* #21 (enero 1944).

21 Por poner solamente un par de ejemplos, *Action Comics* #58 (marzo 1943) y *Marvel Mystery Comics* #54 (abril 1944).

22 Ejemplos de ello pueden verse en *Captain Marvel Comics* #29 (noviembre 1943) y en *True Comics* #3 (agosto 1941).

23 Sirvan como ejemplos las portadas de *Pep Comics* #39 (mayo 1943) y *Marvel Mystery Comics* #54 (abril 1944).

24 En *All-Winners Comics* #14 (invierno 1944).

25 En *Captain Midnight* #35 (diciembre 1945).

26 BURKE, *op. cit.*, p.39.

27 WELLS, Paul: *The Animated bestiary. Animals, Cartoons, and Culture*, New Brunswick (EE UU), 2009, pp.157-158.

28 Por ejemplo, en un título tan patriótico como *Captain America,* veintisiete de sus cuarenta y dos portadas publicadas entre 1942 y 1945 mostraban claramente nazis y japoneses, mientras que para *Superman*, en ese mismo periodo, la cifra sería aún menor, sólo ocho de de veinticuatro.

29 En *Funny Animals* #8 (julio 1943), *Terry-Toons Comics* #7 (abril de 1943) y *Walt Disney's Comics and Stories* #22 (julio 1942).

30 Otro ejemplo de esto que encontramos en los cómics serán los Young Allies, que debutaron en *Young Allies Comics* #1 (verano 1941), contando con un personaje afroamericano que, a pesar de ser retratado mediante estereotipos, participaba en el grupo en igualdad con todos los demás miembros, algo realmente inusual en la época.

31 LECKIE, Robert: *Mi caso por almohada,* Barcelona, Marlow, 2010 (publicado originalmente en 1957), pp.53-54.

[32] Ejemplos de ello lo tenemos en *Terry-Toons Comics* #2 (noviembre 1942), *Krazy Komics* #1 (julio 1942) o en *Comedy Comics* #14 (marzo 1943).

[33] Respectivamente en *All-Star Comics* #12 (agosto-septiembre 1942) y *Captain America* #2 (abril 1941).

[34] Por ejemplo, en la tira de prensa *Terry and the Pirates*, que se publicaba desde 1934.

[35] El pato Donald y sus sobrinos buscarían un tesoro de un pirata y un faraón en *Four Color 9: Donald Duck Finds Pirate Gold* (octubre 1942) y en *Four Color 29: Donald Duck and the Mummy's Ring* (septiembre 1943), mientras que Bugs Bunny encontraría un tesoro mesoamericano (de los imaginarios zazztecas) en *Four Color 51: Bugs Bunny Finds the Lost Treasure* (1944).

[36] DORFMAN, Ariel; y MATTELART, Armand: *Para leer al Pato Donald. Comunicación de masa y colonialismo*, México D.F. (México), Siglo XXI, 2005, pp.45 y ss.

[37] Ejemplos de ello lo tenemos en la primera aparición Lois Lane, la ladrona Catwoman y la nazi Valkyrie en *Action Comics* #1 (junio 1938), *Batman* #1 (primavera 1940) y *Air Fighters Comics* #2 (noviembre 1943) respectivamente.

[38] Vistos respectivamente en *Walt Disney's Comics and Stories* #33 (junio 1943), Walt Disney's Comics 04 (enero1941) y *Comedy Comics* #20 (noviembre 1943).

[39] Por ejemplo, un cerdito disfrazado de Caperucita Roja en *Comedy Comics* #14 (marzo 1943).

[40] DORFMAN y MATTELART, *op. cit.*, p.23.

[41] Aparecidos en *Four Color Comics 396: Uncle Scrooge in Only a Poor Old* Man (marzo 1952) y en *Walt Disney's Comics and Stories* #87 (diciembre 1947).

[42] En *Donald Duck has a Universal Desire* (finales de los años 30), *Mickey Mouse and Donald Duck* (fecha desconocida), *Mickey Mouse* (fecha desconocida), *Mickey Mouse in the Flood* (fecha desconocida), *Felix in School Days* (fecha desconocida).

[43] Esto se debe al error de los críticos, que vieron en los cómics una forma temprana de acercamiento a las lectura, donde el escaso texto y las imágenes atraerían a los más pequeños, y no comprendieron que por encima de este posible uso era un medio de comunicación capaz de emplear un lenguaje propio. NYBERG, Amy Kiste: *Seal of Approval. The History of the Comics Code*, Jackson (EE.UU.), University of Mississippi, 1998, p.5.

[44] Como en *Batman* #17 (junio 1943), *Funny Animals* #6 (mayo 1943), *Walt Disney's Comics and Stories* #46 (julio 1944).

[45] *Walt Disney's Comics and Stories* #20 (mayo 1942).

[46] GUBERN, Román: *El lenguaje de los cómics*, Barcelona, Ediciones Península, 1972, p. 50.

[47] Vistos por primera vez en *Fawcett's Funny Animals* #1 (diciembre 1942) y *Comedy Comics* #14 (febrero 1943).

[48] Un apoyo visible a la guerra podía otorgar a las editoriales más papel o que algún editor no fuese enviado al frente. RODRÍGUEZ MORENO, José Joaquín: *Los cómics de la segunda guerra mundial: Producción y mensaje en la editorial Timely (1939-1945)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2010, pp.107 y 108.

[49] Ibídem., pp.85-86.

[50] El editor Sheldon Meyer reconocería que, en aquellos años, un buen escritor era aquel «*capaz de coger una fórmula estandarizada y repetirla mes tras mes sin que perdiese su encanto.*» Sheldon Mayer entrevistado por Anthony Tollin en *Amazing World #5,* Nueva York (EE UU), DC Comics, Marzo-Abril 1975, p.6.

[51] RODRÍGUEZ MORENO, op. cit., pp.109-110.

El bestiario fantástico de Joan Perucho

Angeles Prieto Barba
Universidad de Cádiz

Man gave name
To all the animals,
In the beginning,
Long time ago.

Bob Dylan

Mucho antes de que surgieran figuras emblemáticas de la zoología como Linneo o Buffon, esos grandes pioneros científicos gracias a los cuales podemos hoy en día clasificar a los animales con exactitud en tipos, clases, órdenes, familias y géneros, se difundieron por Europa los Bestiarios, especie de catálogos, nunca completos ni exhaustivos, confeccionados por el antiguo deseo humano de conocer nombrando a todos los animales, especialmente los más lejanos o exóticos, a fin de satisfacer con ellos unas necesidades materiales y espirituales cada vez más numerosas y complejas: alimentación, vestimenta, vigor físico y sexual, cura de enfermedades, otras supersticiones y favores divinos.

Unos Bestiarios que respondían claramente al interés, la curiosidad e incluso al afán coleccionista que desde la Antigüedad fueron característicos en el Occidente europeo, empezando primero por las distintas especies utilizadas como arma bélica (el ejército de Aníbal cruzando los Pirineos a lomos de elefantes), las diferentes clases de fieras empleadas en el circo romano, los presentes diplomáticos medievales (famoso elefante regalado por Harún al-Rachid a Carlomagno) e incluso los parques zoológicos de esa época, conocidos como «Casas de Fieras», de las que Federico II Hofenstaufen llegó a inaugurar tres: en Palermo, Melfi y Lucera (Sicilia), así como podemos destacar también la que se estableció en la ciudad andalusí de Medina Azahara. [1]

Asunto que respondía al interés por ahondar en un mayor conocimiento de los seres naturales desarrollado en las obras de Aristóteles, Plinio o Eliano, teniendo la zoología de entonces el carácter de ciencia auxiliar de la agricultura o de la medicina, siempre respondiendo a un interés utilitario, en el que asimismo debemos encuadrar diversos textos característicos y necesarios en la época como los manuales de caza o cetrería y los tratados de veterinaria[2].

Pero sin necesidad de remontarnos y recurrir a personajes de la Biblia como Adán, al que le fue concedido el dominio de todos los animales por mandato divino, o Noé, quien tuvo en su mano salvarlos del Diluvio acogiéndolos en su Arca por parejas reproductoras, la presencia de los animales en la historia de la literatura humana es muy antigua, con esos grandes hitos que supusieron las historias del legendario Esopo (s. VI a. de C.) o las recogidas en el Mahbarata hindú (s. IV a. de C.), desde un principio atribuyendo al animal, para poder describirlo, cualidades y defectos humanos, con intencionalidad claramente ejemplificante o moralizadora (fábulas o exempla).

Es sólo que, junto a animales reales y conocidos, también podemos encontrar transitando durante toda la historia clásica de la literatura y por ende, de la cultura, a numerosos animales fantásticos, cuya existencia, al habitar éstos imaginariamente en lugares muy alejados de lectores y escritores, no se pondrá en duda hasta muchos siglos después, al descubrir las contadas claves psicológicas, siempre por motivaciones o aspiraciones claramente humanas, de su creación. El propio Jorge Luis Borges, autor en 1967 del *Libro de los animales imaginarios*, refiriéndose a éstos afirmará que el zoológico producto de la fantasía de los hombres no

es ni por asomo más variado que el que nos proporciona la misma Naturaleza.

En principio, junto a las grandes bestias de la mitología clásica griega, hebrea o romana con cuerpo más o menos descriptible, Quimera (*Ilíada,* VI), centauros (*Ilíada,* XI), sirenas (*Odisea,* XII), harpías (*Eneida,* II), Gorgona (*Ilíada,* V), Escila y Caribdis (*Odisea,* XII) esfinges, grifos (Herodoto, X, 70), lamias, el Mantícora (Plinio VIII, 30), Pegaso, Hidra, cancerberos, Minotauro, unicornios (Plinio VIII, 31), dragones, ninfas, sátiros, silfos, basiliscos (Plinio el Antiguo VIII, 33), serpientes marinas (*Eneida,* II), el Ave Fénix (Herodoto, II, 73), el Behemoth (Job XL, 15-24), la salamandra (Plinio, X) y el Catoblepas (Plinio VIII, 32) convivirán otras, en el imaginario fantástico, que carecerán de forma definida, encarnando grandes fuerzas telúricas de la Naturaleza, como el uroboros. A los que posteriormente se incorporarán animales fantásticos nuevos, procedentes de otras culturas o fruto de la evolución histórica hasta fechas muy recientes, como las nagas, hipogrifos, vampiros, licántropos, elfos, gnomos, hadas, lemures, kobolds, trolls, el Kraken, el Ave Roc (Marco Polo III, 36), el Yeti, el monstruo del lago Ness, King Kong, Alien o los Gremlins.

Animales imaginarios que respondieron al ancestral deseo humano de batirse con encarnaciones demoníacas que le superaran en fuerza o fiereza, y ante las que demostrar bien la santidad (San Jorge venciendo al dragón), bien el heroísmo y la nobleza (Amadís de Gaula). Como asimismo suponían pelear contra la parte animal de sí mismo, donde anidan pasiones como la gula, la ira o la lujuria y por tanto abocada al mal, que sus creadores creían llevar dentro.

En un raudo paseo por la historia de la literatura en nuestra Península, y como no podía ser menos en una época medieval de necesario contacto con la Naturaleza, los animales aparecerán pronto, desde sus inicios, pues el primer autor de relatos cortos español, el oscense de origen hebreo Pedro Alfonso, en su *Disciplina clericalis*, ya los incluyó, obra por la que tradujo cuentos de origen oriental al latín, que data del siglo XII. Posteriormente, los animales serán protagonistas de buena parte del recopilatorio árabe de relatos *Calila e Dimna*, traducido al castellano bajo el patronazgo de Alfonso X en 1251.

Pero un avance literario más significativo lo obtuvimos con el séptimo libro que compone el *Llibre des maravelles* de Ramón Llull, el llamado *Llibre des bésties*, escrito en 1289 durante una estancia de su autor en París y en lengua catalana, quizá para escapar a la censura, pues sirvió para describir con

precisión y saña la sociedad y la organización política de su época, teniendo como eje o motivación principal de sus animales protagonistas, el león-monarca y sus acólitos, la ambición. [3]

Libro en el que nos debemos detener necesariamente puesto que Joan Perucho, autor del *Bestiario fantástico* que vamos a analizar, fue hasta el final de sus días un gran bibliómano y bibliógrafo, dueño de más de 30.000 volúmenes y particularmente aficionado a coleccionar primeras ediciones de Llull, de las que llegó a conseguir 200[4], y mostró especiales conocimientos sobre este libro concreto que rompe con la tradición animalística occidental transmitida por Esopo o por Fedro, puesto que ya no pretende la enmienda de pasiones y defectos individuales, sino que logra transmitirnos un auténtico mensaje colectivo de reforma social, anticipando así el Humanismo.

Porque en el Reino configurado en el *Llibre des besties,* se impone la ley del engaño entre unos animales que actúan careciendo de todo sentido moral, sólo de fuertes e incontrolables sentimientos que dominan al león, a la zorra, al elefante, al buey, al leopardo y a la pantera, principales protagonistas y entes maquiavélicos cuyo modus operandi será aprovechar todos los medios a su alcance a fin de acumular riquezas, aplacar su lujuria y destronar a un rey-león al que finalmente se someterán aplacados, enviando así el mensaje a los humanos de que deben aprender de los seres irracionales que éstos, bajo ninguna circunstancia, alterarían la Ley Natural o el Orden de la Creación. Sin embargo, para la profesora de la UNED, Julia Butiñá Jiménez, en realidad esta obra constituirá un auténtico dardo satírico contra un sector concreto: la secta de los apostólicos, contemporáneos de Llull y caracterizados por su disidencia, su quietismo y antijerarquismo. [5] Y libro del que Perucho, como veremos, obtendrá la idea general de emplear un catálogo amplio de animales fantásticos, por él inventados, esta vez para transmitir a los humanos ilustrados la necesidad de mantener la imaginación, la ilusión y las creencias en un mundo mágico y sobrenatural que se esconde en éste.

Tras los hitos fundamentales de la fabulación y la cuentística medieval que constituyeron luego *El conde Lucanor* y el *Libro del Buen Amor*, donde se incluyeron algunos relatos de animales a modo de *exempla*, directamente extraídos y adaptados del *Calila e Dimna*, de Esopo o Fedro[6], nos detendremos en el Siglo de Oro para encontrar ahí otra obra destacable con un catálogo variado de animales, esta vez con la finalidad de realizar una loa exultante al gobierno de Felipe IV.

Nos referimos a la singular *Curia Leónica* del granadino Álvaro Cubillo de Aragón (1596-1661), dramaturgo que compuso en verso esta obra alegórica-

política inicialmente en el *Annus Mirabilis* de 1625 *ad maiorem gloriam* del Conde Duque de Olivares, caracterizado en ella como un noble caballo andaluz. Obra que sin embargo llegó hasta nosotros reformada y reescrita en 1654, tras los cataclismos separatistas de 1640 y con un monarca ya en plena decadencia, teniendo entonces como valido a Luis de Haro, tan diferente de Olivares. Es por ello que en esta obra, donde el Rey León y sus ministros, convertidos estos últimos en sabios elefantes, se nos mostrarán sumamente agobiados en la tarea de aplacar las peticiones y atender los caprichos de los distintos grupos de animales, para conseguir así gobernarlos. De esta manera, encontraremos en estos versos cigarras que no trabajan, asnos que pretenden ser tratados como caballos o lechuzas traidoras que mudan de plumaje, animales que terminarán por convertir las labores de gobierno del León, o de Felipe IV, en una tarea ímproba, de tan ardua.

Como asimismo destacaremos, a modo de bestiario colectivo del Siglo de Oro, la tardía novela bizantina del clérigo toledano Cosme Gómez Tejada de los Reyes, poeta y dramaturgo, que nos legó *El león prodigioso* en 1636, protagonizado por la pareja de felinos Auricrino y Crisaura quiénes, tras vivir todas las peripecias propias de este tipo de novela, terminarán con la consabida boda feliz, después de enfrentarse o ser ayudados por variados miembros del reino animal, reales o míticos, como el tigre Pardal, el Lebrel, las palomas o el Grifo, todo ello puesto al servicio de una intención claramente simbólica. Y dentro de una obra que está plagada de apólogos morales de cuño esópico y tonalidad claramente cristiana, que podemos interpretar como una alegoría de la peregrinación vital del hombre en busca de la virtud ascética.

Pero tras obras fabulísticas bien conocidas de los grandes dramaturgos de la época como Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina o de Francisco de Rojas Zorrilla, asistiremos al auténtico renacimiento y popularización del género en el siglo XVIII, pues la fábula pasó a ser considerada entonces como instrumento didáctico de primera magnitud, necesario para la instrucción pública del pueblo ignorante, preso de sus distintas supersticiones y necesitado de normas de carácter moral y social.

Sin duda, y por influencia de la obra de La Fontaine, ampliamente difundida en España[7], la literatura castellana conocerá este claro predominio de la fábula de la mano de Iriarte y Samaniego quiénes, coetáneos, rivalizarán otorgando un nuevo empuje al género restituyendo, mediante las ideas de la Ilustración, la Naturaleza al Arte, simplificándola y librándola en su transmisión de los excesos del barroco anterior, empleando un tono más jovial que satírico, con claro predominio de la moraleja.

Pues bien, no contra estos fabuladores precisamente, sino frente a la voluntad racionalista de sesudos varones dieciochescos como sus contemporáneos Feijóo, Mayans y Siscar, Finestres o Clavijo, se alzarán dos siglos después los divertidos monstruos creados por Joan Perucho en su *Bestiario fantástico*, infiltrándose en sus gabinetes ilustrados, perturbando sus reflexiones más doctas y desbaratando sus teorías en lo posible, en una fabulosa y secreta venganza contra los abusos de la racionalidad. [8]

Es por ello que diez[9] de los veintitrés animales recogidos en este especial bestiario contemporáneo (el Alejo, el Dorado, el Bernabó, el monstruo de Bodegones, el Palmarium, el Canuto, la Pesanta, la Feram, el Escupidor y el Papelero), serán descubiertos por sesudos varones ilustrados durante el siglo XVIII. De hecho, Perucho data el nacimiento de la zoología fantástica contemporánea concretamente en 1726, cuando apareció el primer volumen del *Teatro Crítico Universal*, de Benito Jerónimo Feijóo, al que luego convertirá en víctima de su *Papelero*. Un insecto de dimensiones pavorosas, semejante a una hormiga alada, el cual, alzándose sobre un manuscrito recién redactado por el benedictino sobre las supersticiones, sorbió impecablemente la grafía escrita con tinta, hoja por hoja. Y aunque Feijóo pudo espantarlo con esencia de flor de «carqueixa», singular remedio universal contra las polillas, este bicho singular logró escapar y atacar con la misma saña a otros conocidos ilustrados[10]

El motivo de este ataque animalístico, nos explica Perucho, fue llevar a término el nefasto racionalismo de la Ilustración, pues paralelamente a la aparición del abbé Pluche y del abbé Nollet, naturalistas deliciosos, el padre Feijóo despertó entonces y temerariamente el espíritu crítico, hasta el extremo de negar la existencia de los monstruos, admitiendo sólo a los híbridos, los productos de cruzamiento contra natura, y considerando a todos los demás animales como fabulosos, producto de la imaginación humana, por lo cual negó la existencia a los ya familiares basiliscos, grifos o unicornios.

Por ello, según Perucho, «surgieron entonces verdaderamente unos monstruos reales en los centros vivos del criticismo, junto a famosos hombres de letras y sabios eminentes. De alguna manera, ello representó la venganza del irracionalismo frente a la Ilustración y las «Luces». Los hechos, sin embargo, dentro de su desconcertante evidencia, se mantuvieron secretos y, hasta el límite de lo humanamente posible, se ocultaron y se negó toda verosimilitud a lo que vagamente se murmuraba. Puede decirse que, desde aquel momento, la Ilustración española estuvo implicada, más o menos, terroríficamente.

Pocos nombres ilustres escapan de la influencia de los monstruos. Nosotros nos proponemos dar noticia de los más importantes después de una rigurosa selección. Los designamos con los nombres con que originalmente fueron conocidos.»[11]

Porque al monstruo *Papelero* pronto le acompañaron en esta imaginaria existencia dieciochesca animales como *El Dorado*, singular y pisciforme monstruo que se extendió sobre la superficie del espejo en el que se miraba el hijo pequeño del marqués de la Mina, entonces capitán general de Cataluña. Animal ante el que después se presentaron científicos eminentes de la época como Pedro Virgili del Real Colegio de Cirugía o el padre Mateo Aymerich, para examinarlo y conseguir espantarlo con eficacia tras el suplicio de leer y leer, ante el espejo que lo reflejaba, aburridas odas neoclásicas.

Aunque mucha más suerte tuvo el erudito Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, cuando escribía su *Ensayo sobre alfabetos de letras desconocidas* en 1752 y se encontró con *El Alejo,* un animal deforme, no comestible y de vaga apariencia reptiliana, el cual tenía la suprema virtud de poder hablar lenguas hispánicas prerromanas y preferentemente, el ibérico, idioma que dominaba a la perfección. O el naturalista José Clavijo Fajardo, a quien enviaron desde París, en una interesante bombona de cristal, a una inclasificable mezcla de serpiente y ciempiés, conocida más tarde, al ser extraído del vidrio, como *Sputator o El Escupidor,* denominado así por los negros salivazos venenosos que lanzaba y que producían en la piel de sus víctimas eruditas una segura inflamación. Extraño animal patriótico que perseguiría más tarde y con bastante saña a Juan Antonio Llorente, nefasto autor (según Perucho) de la *Histoire critique de l'Inquisicion d'Espagne.*

Mientras, *La Feram*, cuadrúpedo de gran corpulencia, y de mandíbula y garras poderosas, se erigió contra el gran símbolo de la prosperidad dieciochesca, la agricultura intensiva, devorando golosamente por doquier, especialmente en Cataluña, ganados y sembrados hasta arrasarlo todo y sólo hasta que esta *Feram* pudo ser pacificada y domesticada con música, a la que son sensibles tantas bestias literarias, por su actividad destructiva se considera el monstruo que más contribuyó a que luego se generalizara el cultivo de la patata, que puso fin al hambre de los pobres, y de la alfalfa.

Aunque sin duda, más singular nos resultaría aún el cabrón *Canuto*, también conocido en las montañas de Jaca como *Hirco*, poseedor de tres cuernos de diferente tamaño y dueño del supremo don sobrenatural de avizorar el futuro mediante versos literariamente pésimos, aunque dotados de mayor

acierto y claridad que los del humano Nostradamus. He aquí la profecía pronunciada por Canuto en 1780 sobre los próximos avatares de la nación vecina:

> En el año ochenta y nueve
> Habrá gran cambio en verdad;
> Por él serás libre ¡oh, pueblo!
> Mas la sangre correrá,
> Y de tu rey el destino
> Señala la muerte ya.[12]

También Gregorio Mayans Siscar, otra de las grandes figuras del siglo, fue atacado por un extraño animal del tamaño de un perro, fino pelaje y cuatro patas de hierro, que le enviara el dramaturgo José Finestres en un cajón con libros y chocolates. Un auténtico «regalo» porque la *Pesanta*, nombre de este animal formidable y doméstico, provocaba sueños escalofriantes a sus dueños eruditos, verdaderamente pavorosos porque les hacía creer en ellos que habían sido asaltados con nocturnidad y pérdida de sus más insignes obras, recién compuestas.

Aunque hemos de destacar asimismo a otro ente de apariencia humanoide, cubierto de pelaje negro, sin boca y con tres ojos que refulgían en la noche, produciendo susto. Se trata del *Bernabó,* monstruo catalanista que se apareció en 1732 a Pedro Serra Postius, historiador sui generis y autor de los *Prodigios y finezas de los santos ángeles hechos en el principado de Cataluña,* obra severamente denostada y amonestada por José de Tavernet, ilustrado obispo de Gerona, aficionado a las antigüedades. De tal modo que Serra, cariacontecido, no tuvo más remedio que hacer aparecer a su *Bernabó* en una reunión académica en el palacio de Peralada, haciendo huir a todo el respetable allí reunido, de manera tumultuosa.

Y así, sirviéndose de éstos y algunos otros monstruos anteriormente mencionados, Joan Perucho, juez de profesión y uno de los más destacados cultivadores españoles del género fantástico en el siglo XX, llevó a cabo su venganza particular contra estos personajes concretos, y más que seguros culpables, de la poca afición que los lectores españoles han mostrado de continuo a la literatura fantástica. Cuestión que Álvaro Cunqueiro achacó a la tradicional gravedad del escritor español, que evitó abordar este género para no ser ridiculizado, y que terminó por desacostumbrar del todo a los lectores de la creencia en que hechos extraordinarios, al margen de la religión,

pudieran ocurrir, sin descartar otro tipo de factores como el clima, con su exceso de sol, los avatares históricos, la estructura social, la política educativa, y diversas cuestiones de tipo psicológico, como la atávica visión hispánica a ras de tierra (sanchopanzismo) y el miedo al ridículo o un inusitado sentido del pudor.

En cualquier caso, mientras que en el siglo XIX fueron incontables los escritores españoles que utilizaron animales reales como protagonistas, pero dentro del género estrictamente fabulístico en su literatura de finalidad didáctica (Hartzenbusch, Ramón de Campoamor, Antonio de Trueba, Pascual Fernández Baeza, Concepción Arenal, Teodoro Guerrero, Manuel Ossorio y Bernard, Vicente Regúlez y Bravo, Raimundo de Miguel, Felipe Jacinto Sala, Ramón Torres Muñoz de Luna, Francisco Garcés de Marcilla, Carlos de Pravia o el gaditano José Joaquín de Mora, entre otros muchos); en otras latitudes el cultivo de la literatura fantástica culminará, al final del siglo, con un nuevo Bestiario fantástico y singular, no buscando el interés pedagógico y sí la crítica social. Me refiero a *La isla del doctor Moreau,* obra escrita en 1896 por el padre británico de la ciencia ficción, H. G. Wells, mientras la comunidad científica de Gran Bretaña estaba sumida en agrios debates en torno a la vivisección de animales y los futuros peligros consecuentes de la ingeniería genética.

Pues la pretensión ahí del eminente fisiólogo Moreau, renovado doctor Frankenstein, no es otra sino crear una nueva humanidad no belicosa a partir de sus experimentos con animales, creando así el hombre-cerdo o el hombre-pantera, híbridos sometidos a un particular decálogo o mandamientos por los cuales debían adorar a su creador y tenían prohibido matar a cualquier otro animal. Experimento que acabará con el consabido desastre de la muerte de Moreau enfrentado al hombre-pantera y con el terror perpetuo de Pendrick, testigo de estos hechos, de que la Humanidad vuelva a sufrir repentinas y violentas regresiones a un animalismo que le es inherente. Lo que sin duda ocurriría en el siglo siguiente, marcado por los regímenes totalitarios y las dos guerras mundiales.

Es por ello que, también fuera de nuestras fronteras, pero leído y disfrutado por los escritores españoles de la segunda mitad del siglo XX como Joan Perucho, surgirá en 1945 otro gran Bestiario literario en Inglaterra, hito de la fabulística fantástica, que constituye a la vez un libro didáctico, apto para ser disfrutado por niños y empleado en educación primaria, pero a la vez, una formidable sátira de carácter político contra el régimen estalinista.

Nos referimos al *Animal Farm* o *Rebelión en la granja* en su traducción al castellano, de George Orwell, donde son perfectamente reconocibles los personajes de Lenin (Cerdo Mayor), Stalin (cerdo Napoleón), Trotsky (cerdo Bola de Nieve), Stajanov (el caballo Boxer), Maiavovsky (el cerdo poeta Mínimus), sin faltar cuervos que representan a la Iglesia ortodoxa y ovejas, analfabetas y apolíticas, que simbolizan al campesinado. Animales asimismo regidos, como los de la imaginaria isla de H. G. Wells, gran admirador este último de la Rusia revolucionaria, por mandamientos, en este caso siete:

1. Todo lo que camine en dos piernas es un enemigo.
2. Todo lo que camine sobre cuatro patas o tenga alas es amigo.
3. Los animales no deben usar ropa.
4. Ningún animal debe dormir en una cama.
5. Ningún animal beberá alcohol.
6. Ningún animal matará a otro animal.
7. Todos los animales son iguales.[13]

Y que al final de la obra, como todos sabemos, se resumirán en el *All the animals are equal, but some animals are more equals than other*, que sentenciará definitivamente al régimen, despojándolo así de toda su hipocresía redentora.

Novela encuadrada en una época concreta (1945), que sin duda influyó en Joan Perucho, autor de la obra que aquí comentamos, nacido en Barcelona en 1920 y por tanto conocedor de los avatares bélicos de nuestra Guerra Civil, asimismo recogidos por George Orwell en su *Homenaje a Cataluña*.

Es sólo que, acabada la contienda, donde participó durante contados meses encuadrado en el bando nacional, inició estudios de Derecho en la Universidad de Barcelona trabando amistad con lo más granado de la intelectualidad catalana (Néstor Luján, Josep y Francesc Mayans, Manuel Valls, Carles Fisas y Carles Ribas) e iniciando así una profusa, erudita y exquisita obra literaria, marcada por su bilingüismo natural y su defensa de la lengua catalana, pero completamente alejado de todo sesgo independentista, opción política de la que Perucho renegó hasta el final de sus días, puesto que llegó a manifestar que su mayor aporte literario fue «incorporar lo catalán a lo español»[14]

Autor que tampoco mostró, en el ejercicio de su profesión como juez rural y en el desarrollo de su obra narrativa y poética, afán o interés mediático alguno, causa de que fuera considerado como autor de culto y nunca escritor

de masas, que le otorgaran el Premio Nacional de las Letras Españolas a sólo un año de su muerte, y motivo quizá del desconocimiento actual de su obra, necesitada de reediciones. Particularmente destacaremos tres: El *Llibre des cavalleries* (1957), su primera novela, imaginario viaje artúrico, *Les histories naturals* (1960), proclamada su mejor obra por los críticos, que narra las aventuras de un vampiro singular en el desenlace de las guerras carlistas y *Las aventuras del caballero Kosmas* (1981), una revisión fantástica de las tradicionales novelas bizantinas, su libro más popular y difundido.

Quizá por ello, dentro del conjunto de su obra, podamos entender mejor el sentido del *Bestiario Fantástico* que aquí comentamos, dentro de la postura heterodoxa del autor de abocar toda su obra a la fantasía erudita, muy lejos del compromiso social y político, más mediático y relevante, que caracterizara a la inmensa mayoría de los escritores españoles durante la postguerra. Un *Bestiario* considerado como obra menor dentro de la considerable producción de un autor prolífico, escrita y publicada en catalán en 1976, y un año después, traducida al castellano. Obra plagada de referencias a la historia y cultura catalanas en la mayoría de monstruos allí retratados (*El Pamphilio, El Bernabó, La Escabrosa, La Feram, El fardacho, El monstruo de Casentino* o *Canuto*) y que supuso también una especie de contraprestación amistosa al que fuera su *alter ego* literario, su inseparable compañero en el mundo de las letras españolas de la época, Álvaro Cunqueiro.

Con el que guardó, durante toda su vida, no pocas similitudes. En primer lugar, por la práctica continuada de un humor socarrón y erudito, presente en todas sus obras y arma con la que ambos hicieron frente «a la literatura escolástica de la angustia y el tremendismo», en punzantes palabras de Cunqueiro[15] para definir a la literatura entonces en boga. Pero inmediatamente después, destacaremos en ellos una clara defensa de sus respectivas culturas regionales, puesto que algunos años antes encontramos también un singular Bestiario en Cunqueiro, dentro de un libro exquisito, escrito en gallego y elaborado mediante semblanzas eruditas titulado *Escola de menciñeiros* (Vigo, 1960). Pues en él, dentro de la sección *Novidades do mundo e fauna máxica* nos encontramos asimismo animales fantásticos extraídos de la mitología galaica, como el tordavisco, especie de gallo en miniatura, el saltaparedes o el gatipedro, singular animal que ocasiona pesadillas infantiles, provocando micciones nocturnas.

Una apuesta compartida por la fantasía y el humor que ahora precisamente se está recuperando en la más reciente literatura española que otorga un

mayor auge al cuento fantástico, y en la que celebramos no cesen de aparecer nuevos animales fantásticos, bien como aporte individual, bien elaborando otros originales bestiarios, como *Leyendario. Las criaturas del agua* de Oscar Sipán, surgidas del mismísimo río Ebro, el *Bestiario* de Antón Castro, o las *Criaturas voraces* de Norberto Luis Romero, entre otros.

NOTAS

1 MORALES-MUÑIZ, Dolores Carmen, *La fauna exótica .en la Península Ibérica: apuntes para el estudio del coleccionismo animal en el Medievo hispánico,* Espacio, Tiempo y Forma, S. III, Hº. Medieval, t. 13, 2000, págs. 233-270.

2 En este campo, resulta enormemente ilustrativo el artículo «Originalidad de la literatura cinegética» del profesor José Manuel Fradejas Rueda, verdadero conocedor de la materia, publicado en *Epos: Revista de filología* (2), UNED, Madrid, 1986.

3 OZAETA, María Rosario, *Los fabulistas españoles (con especial referencia a los siglos XVIII y XIX,* Epos XIV (1998), pág. 170.

4 Entrevista a Joan Perucho en *La Vanguardia,* 9 de septiembre de 2001.

5 BUTIÑÁ JIMÉNEZ, Julia, *Sobre el escandaloso «Llibre des bèsties» de Ramón Llull y su audiencia,* Espacio, tiempo y forma, Serie III, Historia medieval, t. 17, 2004, págs. 79-94

6 Caso de la «Fábula de las ranas que pidieron rey a Júpiter», del *Libro de Buen Amor,* estrofas 199-205, que directamente está recogida de la recopilación árabe *Calila e Dimna*, que a su vez la extrajo del *Mahbarata* hindú, considerado el primer cuento democrático de la humanidad, logrando transmitir la imagen de unas ranas, incapaces de gobernarse por sí mismas y necesitadas de un poder superior, que finalmente consiguen gracias a una grulla despótica, enviada por la divinidad, que las devora a todas. Posteriormente, este arquetipo del batracio súbdito, se volverá a reproducir en el *Tirano Banderas,* cuyo protagonista se dedicará durante toda la novela a dar patadas a sapos y ranas hasta aniquilarlos.

7 VV.AA, *Las traducciones castellanas de las fábulas de La Fontaine durante el siglo XVIII,* ed. en microficha, Madrid, UNED, 1998.

8 Como así consta en el prólogo del *Bestiario*, incluido en el volumen *Ficciones*, ed. de Carlos Puyol, Madrid, 1996, págs. 388-389.

9 Y no siete, como afirma el propio autor . PERUCHO, Joan, op.cit, pag. 403.

10 Víctimas singulares del monstruo fueron Antonio Ponz, Félix Torres Amat, el padre Martín Sarmiento, los redactores del «Diario de los literatos de España», la Real Audiencia de Barcelona en el año 1783 y José de Bastero. PERUCHO, op. cit., pag. 431.

11 PERUCHO, Joan, *La zoología fantàstica a Catalunya en la cultura de la Il.lustració.* Discurso de su ingreso a la Real Academia de Buenas Letras. Barcelona, 1976.

12 Entre los logros proféticos de este animal debemos incluir también sendos versos sobre Napoleón, la invasión francesa o la Primera Guerra Mundial. Antipático y repugnante monstruo que también predijo en verso, y en sospechosa lengua arábiga, la destrucción de la muy ilustre, ilustrada y liberal ciudad de Cádiz, ignorando los motivos de esta extraña

animadversión del bicho, en modo alguno compartida. *Este elemento que te arrulla, Cádiz,/ Y blandos besos sin cesar te da./ Igual suerte que a «Gades» te prepara/ Y a sepultarte en tus entrañas va.* PERUCHO, J., op.cit, pag. 469.

13 ORWELL, George, *Rebelión en la granja,* trad. de Rafael Abella, Madrid, 1999, pág.41.

14 En la Biblioteca Virtual Cervantes se encuentra esta frase, recogida dentro una inmejorable biografía literaria del autor, a la cual nos remitimos.

15 Contraportada de *El laberinto habitado* de Álvaro Cunqueiro, Vigo, 2007.